

Roxane Gay

MUJERES DIFÍCILES



MUJERES DIFÍCILES

Las mujeres de estos relatos llevan vidas de privilegio y de pobreza, viven matrimonios tiernos pero también atormentados por crímenes o chantajes emocionales del pasado. Dos hermanas, ya adultas, han sido uña y carne desde que las secuestraron siendo unas niñas, y deben negociar el matrimonio de la hermana más joven. Una mujer casada con un hombre que tiene un gemelo finge no darse cuenta cuando marido y hermano se intercambian los roles. Una estriper que consigue sacarse el título de bachillerato repele las insinuaciones de un cliente ultraceloso. Una ingeniera negra se traslada por trabajo a la península superior de Michigan y se enfrenta a la curiosidad maliciosa de sus colegas y a la dificultad de dejar atrás su pasado. Bien sea en un club de lucha de chicas, bien en un opulento complejo urbanístico de Florida, con vecinos que se amoldan, compiten y espían entre sí, Gay ofrece al lector una visión sardónica, hermosa e inquietante de la América moderna.

Título Original: *Difficult Women*

Traductor: Enguix Tercero, María

©2017, Gay, Roxane

©2019, Alianza Editorial, S. A

ISBN: 9788491814283

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 29/04/2019

Roxane Gay

Mujeres difíciles

Traducido del inglés por María Enguix Tercero

Alianza de Novelas

Metadatos

TÍTULO original: *Difficult Women*

Copyright © 2017 by Roxane Gay

© de la traducción: María Enguix Tercero, 2019

© (Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2019

ISBN: 978-84-9181-428-3

Depósito legal: M. 4.738-2019



*A las mujeres difíciles,
dignas de homenaje por su naturaleza misma*

Iré adonde tú vayas

MI hermana decidió que teníamos que ir a ver a su marido a Reno, donde vivía por su cuenta. Cuando me lo dijo, yo no estaba de humor y le contesté: «¿Y yo qué pinto allí?».

Carolina se casó a los diecinueve años. Darryl, su marido, le sacaba diez, pero como conservaba todo el pelo, ella creyó que era un detalle importante. El primer año vivieron con nosotros en casa. Mi madre decía que estaban «echando plumas», pero, visto que apenas salían de la cama, supuse que «echar plumas» era un eufemismo para referirse al sexo. Al final Carolina y Darryl se mudaron a un piso de mala muerte empapelado de verde guisante y con un balcón cuya barandilla estaba suelta como un diente podrido. Yo iba a verlos después de mis clases en la universidad local. Normalmente, Carolina no había vuelto aún de su trabajo como voluntaria, de modo que yo la esperaba viendo la televisión y bebiendo cerveza caliente mientras Darryl, que, al parecer, no era capaz de encontrar empleo, se quedaba mirándome y me decía que era muy guapa. Cuando se lo conté a mi hermana, se rio meneando la cabeza y me dijo: «Los hombres no tienen remedio, pero descuida, que no te va a dar la lata, te lo prometo». Y así fue.

Darryl decidió mudarse a Nevada, donde, según él, sus perspectivas serían mejores, y le dijo a Carolina que era su mujer y que debía acompañarlo. Darryl no tenía necesidad de trabajar estando casado con mi hermana, pero a veces era chapado a la antigua con las cosas más peregrinas. A Carolina no le gusta que le digan lo que tiene que hacer y no pensaba dejarme sola. Como yo no quería ir a Nevada, mi hermana se quedó conmigo, y ellos siguieron

casados, aunque cada uno viviera por su lado.

Yo estaba durmiendo, con el robusto y cálido brazo de mi novio Spencer echado sobre mi pecho, cuando Carolina llamó a la puerta. Mi relación con Spencer dejaba mucho que desear por numerosas razones, no siendo la menor de ellas que el muchacho hablaba solo con frases de películas, convencido de que eso le daba mayor credibilidad como cinéfilo. Spencer me sacudió, pero yo gruñí y me di la vuelta rodando en la cama. Como no contestamos, Carolina abrió ella misma la puerta, irrumpió en nuestro dormitorio y se recostó a mi lado. Tenía la piel húmeda y extrañamente fría, como si hubiera salido a correr en pleno invierno. Olía a laca y a perfume.

Carolina me dio un beso en la nuca.

—Es hora de irnos, Savvie —susurró.

—Es que no me apetece nada.

Spencer se tapó la cara con una almohada y masculló algo ininteligible.

—No me hagas ir sola —dijo Carolina con voz quebrada—. No me hagas quedarme aquí, otra vez no.

Una hora más tarde circulábamos por la interestatal en dirección este. Me acurruqué en la puerta, con la mejilla apoyada en el cristal. Cuando cruzábamos la frontera de California, me senté recta y dije: «No sabes cuánto te odio», pero me aferré al brazo de mi hermana de todos modos.

El motel Blue Desert presentaba un estado de abandono, como olvidado. El moho cubría las paredes de estuco en formaciones verde oscuro y negras. El letrero de neón que anunciaba que quedaban habitaciones VAC N ES chisporroteaba, pugnando por seguir encendido.

—Esta es exactamente la clase de lugar donde imaginaba que acabaría tu marido —dije mientras accedíamos al aparcamiento—. Como duermas aquí con él, me decepcionarás, y mucho.

Darryl nos abrió la puerta en unos holgados calzones y una camiseta de nuestro instituto. El cabello le caía sobre los ojos y tenía los labios agrietados.

Se rascó la barbilla.

—Siempre supe que volverías conmigo.

Carolina le frotó la barba incipiente con el pulgar.

—Pórtate.

Lo apartó para pasar y yo la seguí, despacio. La habitación era pequeña,

pero estaba más limpia de lo que me había esperado. La cama doble de tamaño *queen* que había en el centro del cuarto estaba hundida; junto a ella había una mesita y dos sillas y, al otro lado, una cómoda de roble repleta de tazas de café de poliestireno usadas, una de ellas con una mancha de carmín.

Señalé el enorme televisor de tubo.

—No sabía que siguieran fabricándolos.

El labio superior de Darryl se frunció. Hizo un gesto hacia la puerta que daba a la habitación contigua.

—Anda, ve a ver si la habitación de al lado está disponible. —Darryl dio unas palmaditas en la cama y se echó en el colchón, que gimió suavemente cuando aterrizó sobre él—. Tu hermana y yo tenemos faena.

En la oficina, un viejo barrigón con una gruesa mata pelirroja se apoyó en el mostrador y se puso a dar golpecitos en un plano del hotel mientras me explicaba los méritos de cada una de las habitaciones disponibles. Señalé con el dedo la habitación contigua a la de Darryl.

—¿Qué me dice de esta habitación?

El recepcionista se rascó la panza y luego se crujió los nudillos.

—Que es una habitación que está bien. El techo del baño gotea un poco, pero si estás en la ducha ya te estás mojando.

Tragué saliva.

—Me la quedo.

Me miró de arriba abajo.

—¿Necesitarás dos llaves o necesitarás compañía?

Deslicé tres billetes de veinte por encima del mostrador.

—No necesitaré nada.

—Como gustes —dijo el recepcionista—. Como gustes.

El aire de mi habitación era denso y rancio. La cama presentaba una combadura familiar, como si la misma persona hubiera pasado de una habitación a otra dejando atrás el peso de su memoria. Después de una inspección concienzuda, apoyé la oreja en la puerta que separaba mi habitación de la de Darryl. Carolina y su marido estaban en silencio, asombrosamente. Cerré los ojos. Mi respiración se hizo más pausada. No sé cuánto tiempo permanecí así, pero un aporreo en la puerta me sobresaltó.

—Sé que estás escuchando, Savvie.

Abrí la puerta y acuchillé con la mirada a mi hermana, que estaba allí de pie con los brazos en jarras. Darryl yacía en su cama, sin desvestirse, con los tobillos cruzados. Me saludó con un gesto y sonrió de oreja a oreja.

—Estás hecha un pincel, hermanita.

Antes de poder contestarle, Carolina me tapó la boca.

—Darryl nos lleva a cenar fuera, a un casino, nada menos.

Me miré la ropa: vaqueros raídos con un agujero deshilachado donde antes la tela cubría la rodilla izquierda y camiseta blanca sin mangas.

—No pienso cambiarme.

El Paradise Deluxe era estridente miraras donde miraras: las moquetas eran un desafortunado estallido de rojo y naranja, verde y violeta; el *rock* clásico atronaba desde los altavoces en el techo. El suelo del casino estaba sembrado de rutilantes máquinas tragaperras que emitían una serie de sonidos agudos que no se asemejaban ni por asomo a ninguna melodía discernible, y en la mayoría de las máquinas había gente borracha rebuznando ruidosamente mientras apretaba el botón de apuestas una y otra vez. Mientras cruzábamos el casino, en fila india —Darryl, Carolina y yo—, él iba asintiendo cada pocos pasos, como si todo aquello fuera suyo.

El restaurante estaba oscuro y vacío. Nuestro camarero, un chico espigado cuyo pelo grasiento le caía por la cara, nos entregó unas cartas forradas de plástico sucio, y durante los siguientes veinte minutos no nos hizo el menor caso.

Darryl se recostó en su silla y estiró los brazos, rodeando con uno los hombros de Carolina.

—Esto es el paraíso —dijo—. Aquí sirven los mejores filetes de Reno: la carne está tan tierna y jugosa que se corta como si fuera mantequilla.

Fingí una profunda concentración en el menú y su selección de carnes baratas y fritangas.

Darryl me dio una patada por debajo de la mesa.

Aparté los ojos de la carta.

—¿Quieres estarte quieto?

Darryl dio una palmada en la mesa.

—La banda vuelve a reunirse.

Mientras esperábamos, Carolina se dedicó a frotarle distraídamente el

muslo a Darryl con la mano. Él hizo cosas raras con la cara y se puso a fumar, echando la ceniza del cigarrillo encima de la mesa.

—No creo que eso que estás haciendo esté permitido —dije.

Darryl se encogió de hombros.

—Tengo enchufe aquí. No van a decir ni mu.

Contemplé el montoncito de ceniza que estaba formando.

—Vamos a comer en esta mesa.

Él exhaló una bocanada de humo perfecta.

Carolina me tocó ligeramente el codo y miró al otro extremo de la mesa.

—Déjala tranquila —dijo.

Darryl y mi hermana se casaron en un juzgado de paz. Yo estaba a su lado, luciendo mi mejor vestido —amarillo, sin mangas, cintura imperio— y unos botines Converse rosa. El hermano de Darryl, Dennis, fue el padrino. No se molestó siquiera en ponerse unos pantalones y anduvo rondando cerca de Darryl y mi hermana en unas bermudas caqui. Mientras el juez peroraba monótonamente sobre el amor y la obediencia, yo me quedé mirando las pálidas rodillas de Dennis y lo abultadas que eran. Nuestros padres y hermanos permanecieron en una rígida línea junto a la madre de Darryl, que mascaba chicle ruidosamente. La mujer siempre tenía un cigarrillo en la boca; si estaba diez minutos sin fumar, las pasaba canutas.

Después del intercambio de votos, salimos al concurrido vestíbulo, medio repleto de personas que se dirigían a la jefatura de tráfico a renovar el permiso de conducir y reclamar justicia. Tres años antes, nosotras estuvimos en el juzgado para reclamar algo de lo que no hablamos el día de la boda. Fingimos que teníamos sobradas razones para estar de celebración. Dennis rebuscó en una mochila y sacó dos cervezas calientes. Él y Darryl las abrieron con un crujido allí mismo.

Carolina rio. Un poli cuya barriga asomaba por encima de sus pantalones los observó bajo unos pesados párpados y luego se miró los zapatos. Todo el mundo empezó a salir poco a poco hacia el aparcamiento, pero Carolina y yo nos rezagamos.

Mi hermana apoyó la frente en la mía.

Algo húmedo y pesado se atoró en mi garganta.

—¿Por qué él?

—Yo no le haría ningún bien a un hombre bueno de verdad y Darryl, en el fondo, no es un mal hombre.

Yo sabía exactamente de qué estaba hablando.

Darryl trabajaba de noche gestionando un pequeño campo de vuelo en las afueras de Reno, la clase de aeródromo frecuentado por jugadores de apuestas y otros maleantes con buenos cuartos que apreciaban la discreción en lo relativo a sus viajes. Era un misterio cómo le había caído este empleo, porque apenas sabía nada de gestión, aviación o trabajo. Nos invitó a acompañarlo, como temiendo que Carolina pudiera desaparecer si la perdía de vista. Un amigo suyo, Cooper, iba a traer cerveza y algo de hierba. Mientras conducíamos hacia el campo de vuelo, yo iba sentada en el asiento de atrás, mirándole las pecas de la nuca que apuntaban hacia la columna desde el nacimiento del pelo formando una V ancha. Cuando Carolina se apoyó en él, como si jamás se hubieran separado, aparté la mirada.

—¿No tienes trabajo de verdad que hacer?

Él se volvió y me sonrió.

—Con vosotras aquí para ayudarme, no tanto, señoritas.

—Preferiría que me llevaras de vuelta al motel.

Carolina se volvió.

—Si tú te vuelves, yo me vuelvo contigo —dijo tajante—. Ya sabes cómo va esto.

—¿Seguís pegadas como esos mellizos rarunos, cómo se llaman, ya sabéis, como los gatos esos?

Hurgué en un agujero del respaldo del asiento del conductor.

—¿Siameses?

Darryl dio una palmada al volante y tocó la bocina.

—Siameses, sí, eso es.

Asentí y Carolina se dio la vuelta.

—Somos algo así.

Una vez fuimos jóvenes.

Yo iba siempre adonde iba Carolina. Solo nos llevábamos un año, poquísimos tiempo. Nuestros padres se mudaron a Los Ángeles después de que

yo naciera. Con dos hijas, parecía más razonable vivir en un lugar más tranquilo y seguro. Terminamos cerca de Carmel, en una urbanización de amplias casitas españolas rodeadas de altos robles.

Yo tenía diez años, y Carolina, once. Estábamos en el pequeño aparcamiento contiguo al parque próximo a nuestro vecindario. Había una camioneta con un cielo nocturno pintado en un lateral en tonos azules claros y puntos de luz blanca perfectos, una belleza. Quise tocar las relucientes estrellas que se extendían desde el morro del vehículo hasta la parte de atrás. Un amigo de Carolina, Jessie Schachter, se acercó a nosotras y los dos se pusieron a hablar. Al tacto de la palma de mi mano, la camioneta estaba caliente, muy caliente. Yo siempre había imaginado que las estrellas eran frías. Las estrellas empezaron a moverse y la puerta se abrió de par en par. Un hombre, de la edad de mi padre, se agachó en el vano de la puerta y me miró; una extraña sonrisa pendía de sus finos labios.

Me agarró de los tirantes del peto y me arrastró al interior de la camioneta. Intenté gritar, pero me tapó la boca. Tenía las manos sudorosas y sabían a aceite de motor. Carolina me oyó intentando tragar el aire circundante. En lugar de salir corriendo, mi hermana se precipitó hacia la camioneta y lanzó su menudo cuerpo entre ambos, con cara de mucha concentración. Aquel hombre era el señor Peter. Cerró rápidamente la puerta y nos ató las muñecas y los tobillos.

—Como hagáis el menor ruido, mataré a vuestros padres y hasta al último de vuestros amigos —dijo, puntuando cada palabra con el dedo.

El señor Peter nos dejó en un hospital cerca de nuestra casa seis semanas más tarde. Nos quedamos cerca de la entrada de la sala de urgencias, viendo cómo se alejaba junto con las rutilantes estrellas de su camioneta. Apreté la mano de Carolina mientras nos dirigimos a un mostrador con un cartel que rezaba registro. Por nuestra altura apenas alcanzábamos a ver por encima. Yo estaba callada, y lo seguiría estando durante mucho tiempo. Carolina le dijo en voz baja nuestro nombre a la señora. Supo quiénes éramos; incluso nos enseñó un impreso con nuestra foto y nuestro nombre, el color de nuestros ojos y pelo y la ropa que llevábamos cuando fuimos vistas por última vez. Me tambaleé, mareada, y vomité, manchando todo el mostrador. Carolina me arrimó más a ella.

—Necesitamos atención médica —dijo.

Más tarde, nuestros padres entraron corriendo en la sala de urgencias, llamándonos a gritos frenéticamente. Intentaron abrazarnos y los rechazamos. Dijeron que estábamos muy flacas. Se sentaron entre nuestras camas del hospital para estar cerca de las dos. Nuestros padres le preguntaron a Carolina por qué había subido a la camioneta en lugar de salir corriendo en busca de ayuda. Ella dijo: «No podía dejar a mi hermana sola».

Cuando nos dieron el alta, los detectives nos llevaron a una sala con mesitas, sillitas, cuadernos de colorear y lapiceros, como si necesitáramos cosas de niños.

El primer día que volvimos de nuevo al colegio habían transcurrido tres meses. Me senté en la sala de tutoría y aguardé hasta que la señora Sewell pasó lista. Cuando hubo terminado, salí del aula mientras la señora Sewell me llamaba. Fui a la clase de Carolina y me senté en el suelo junto a su pupitre, apoyando la cabeza en su muslo. Su profesora calló un momento y después siguió hablando. Yo iba a las clases de Carolina y me quedaba allí con ella, sin importarme lo que nadie dijera o hiciera. Como los profesores no sabían qué hacer, al final el colegio me dejó entrar en su clase directamente. Mi hermana era el único lugar que tenía sentido.

En el campo de vuelo seguimos a Darryl hasta una terminal minúscula. Había un gran ventanal que daba a la pista. Darryl señaló una pequeña zona para sentarse: tres bancos en forma de U.

—Esta es la zona vip —dijo riendo. Nos enseñó una oficina angosta, repleta de papeles sucios, conos de tráfico naranja butano, una especie de auriculares y una pila de trastos cuya utilidad se me escapaba. Carolina y yo nos sentamos en la zona de estar mientras Darryl hacía quién sabe qué. Unos minutos más tarde dijo:

—Acercaos a la ventana, que os voy a enseñar una cosa.

Una vez allí, me incliné hacia delante. De repente, el aeródromo entero se iluminó en largas hileras de luces azules. Di un grito ahogado. Era bonito estar rodeada de aquella inesperada belleza.

Darryl se acercó sigilosamente por detrás y nos levantó con un abrazo.

—¿A que es una vista preciosa, señoritas?

Al rato, un camión pesado se detuvo delante de la ventana.

Darryl se puso a dar saltos, arriba y abajo, batiendo los brazos.

—Mi colega Cooper está aquí. Que empiece la fiesta.

Salió corriendo a recibir a su amigo. Se abrazaron, golpeándose mutuamente las espaldas, con esa violencia con que los hombres se muestran afecto. Se subieron de un salto al capó del camión y se abrieron unas latas de cerveza.

Me volví hacia mi hermana.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí, Carolina?

Ella perfiló la animada silueta de Darryl en el cristal.

—Sé quién es. Sé exactamente quién es. Necesito estar cerca de alguien a quien pueda entender al cien por cien. —Se apartó el pelo de la cara.

Carolina estaba mintiendo, pero no iba a contarme la verdad hasta que se sintiera preparada.

Corrió al camión y los muchachos se apartaron para hacerle sitio entre ellos. La observé mientras se abría una cerveza y la espuma le salpicaba la cara. Se atusó el pelo hacia atrás y se rio. La envidiaba. Yo no entendía ni una sola cosa de Spencer, ni siquiera después de casi dos años. Quería saber qué pensaba él de eso. Respondió al primer timbrazo.

—No te entiendo —dije—. Necesito entender al hombre con el que estoy.

Spencer se aclaró la garganta.

—«Presten atención a lo que digo, porque escojo las palabras cuidadosamente y no las repetiré otra vez. Les he dicho mi nombre: soy el quién».

No soportaba su retraso mental ni un segundo más.

—¿Sabes qué, Spencer? Adiós.

Colgué antes de tener que escucharle otro de sus estúpidos diálogos de película.

Fui donde estaban mi hermana, Darryl y su amigo, en la pista. Carolina sonrió de oreja a oreja y me lanzó una cerveza.

—¿Cómo está el empleado del videoclub?

—Hemos roto.

Carolina se llevó las manos a la cabeza y chascó la lengua. Luego trepó a gatas por el parabrisas hasta subirse a lo alto de la cabina y me gritó que fuera yo también. Cooper metió un brazo en la cabina y subió el volumen de la

radio. Bebimos y bailamos subidas al camión mientras los chicos se pasaban un porro de un lado a otro por debajo de nosotras. La noche se oscureció, pero no dejamos de bailar. Finalmente, terminamos rendidas, y nos descolgamos hasta la caja del camión. Seguía haciendo calor y contemplamos las estrellas. Me entraron ganas de llorar.

Carolina se volvió hacia mí.

—No llores —dijo.

—No vamos a ir a casa, ¿verdad?

Me cogió la cara entre las manos.

Me desperté y pestañeé. Tenía los ojos reseco y la boca reseca. Tenía la cara reseca, la tez muy tirante. El desierto se me había metido dentro. Me senté, despacito, y miré en derredor. Estaba de vuelta en la habitación del motel; el tufo a humedad era insoportable. Me agarré el pecho. Seguía vestida. La puerta que daba a la habitación de Darryl estaba abierta y él estaba durmiendo, despanzurrado, con uno de sus largos brazos colgando por el borde de la cama. Apoyada en el cabezal, Carolina hacía un crucigrama sentada en la cama, con las gafas encaramadas en la punta de la nariz.

—No has dormido mucho.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

Echó un vistazo al reloj de la mesilla de noche.

—Un par de horas.

Carolina dejó el crucigrama y me recondujo a mi habitación. Me ayudó a quitarme los vaqueros y me metió una camiseta limpia por la cabeza. Me lavó la cara con una toalla fresca y se ovilló en la cama conmigo.

Me volví para mirarla de frente.

—Deberías dormir algo.

Ella asintió y yo tiré del edredón hasta taparnos.

—Tú vigila —susurró.

Se me encogió el pecho.

—Shhh —dije—. Shhh.

Me quedé mirando el techo, marrón por el desgaste del tiempo y el deterioro de la lluvia. Carolina se puso a roncar levemente. Cuando empecé a aburrirme, encendí el televisor y vi un documental sobre los manatíes de la

costa de Florida; medían dos metros y medio de promedio y la mayoría morían por culpa del ser humano. Cuando el científico dijo esto, el entrevistador se quedó callado. «El ser humano siempre se entromete», dijo el entrevistador con pesadumbre.

Una vez fuimos jóvenes y luego dejamos de serlo.

El señor Peter condujo durante mucho rato. Éramos tan pequeñas y estábamos tan asustadas que eso fue suficiente para que no chistásemos. Cuando nos detuvimos, no habíamos llegado a ningún sitio reconocible. Él tampoco dijo gran cosa; nos agarró del cuello con las manos y nos arrastró de la camioneta al interior de una casa. Nos llevó a un dormitorio con dos camas individuales. El papel pintado estaba lleno de ositos con pajaritas azules, con un ribete azul claro. No había ventanas. En aquel dormitorio no había nada más que las camas y las paredes, nuestros cuerpos y nuestro miedo. Nos dejó solas un minuto tras cerrar la puerta con llave. Carolina y yo nos sentamos en el borde de la cama más alejado de la puerta. Permanecimos en silencio, y nuestras delgadas piernas se rozaban y temblaban. Cuando el señor Peter volvió, me lanzó un cabo de cuerda.

—Átala —dijo; yo vacilé y él me sacudió el hombro con virulencia—. No me hagas esperar.

—Lo siento —musité mientras pasaba la cuerda alrededor de las muñecas de Carolina, sin apretarla.

El señor Peter me dio un puntapié.

—Más fuerte.

Carolina empezó a balbucear y su voz subió pronto de tono cuando ceñí más la cuerda. Sus labios se humedecieron de lágrimas, saliva, inquina.

—Tómeme —suplicó—, tómeme a mí. —Él se negó. Cuando hube terminado, tanteó la cuerda. Satisfecho, me arrastró tirando de mi camiseta. Carolina se puso en pie y me cogió las manos. Tenía las yemas de los dedos de un rojo vivo; los nudillos, blancos. Mientras el señor Peter me sacaba a rastras del dormitorio, Carolina me apretó la mano con más fuerza, hasta que finalmente él la apartó de un empujón. Se me ensancharon los ojos mientras la puerta se cerraba. Mi hermana enloqueció. Se puso a chillar y se abalanzó contra la puerta una y otra vez.

El señor Peter me llevó a otro dormitorio con una cama tan grande como la

de mis padres. Había una cómoda, desnuda, sin fotos, nada. Carolina seguía desgañitándose y aporreando la puerta, y era un sonido que venía de un lugar lejano.

—Podemos ser amigos o podemos ser enemigos —dijo el señor Peter.

No lo entendí pero sí lo entendí, por su forma de mirarme, por su forma de relamerse los labios sin cesar.

—¿Va a hacerle daño a mi hermana?

Sonrió.

—No, si tú y yo somos amigos.

Me arrimó a él y me frotó los labios con el pulgar. Yo quería apartar la mirada. Sus ojos no eran normales, no parecían ojos. No aparté la mirada. Me introdujo el pulgar en la boca. Pensé en mordérselo. Pensé en ponerme a gritar. Pensé en mi hermana, sola en una habitación lejana, en sus muñecas maniatadas y en lo que le haría a ella, a mí, a ambas. No entendí por qué tenía su dedo en la boca. Me temblaba la mandíbula. No lo mordí.

El señor Peter enarcó una ceja.

—Amigos —dijo. Me arrimó a él. Mi cuerpo devino nada.

Más tarde, me llevó de vuelta al otro cuarto. Carolina estaba desplomada contra la pared del fondo. Al vernos, corrió hacia él y cayó precipitadamente a sus rodillas.

Él se rio y la apartó de una patada.

—No me des problemas. Tu hermana y yo vamos a ser buenos amigos.

—Y una mierda —dijo Carolina, precipitándose hacia él otra vez.

Él se la quitó de encima de un manotazo, tiró una caja de rollos de fruta deshidratada al suelo y nos dejó solas. Cuando oímos que se alejaba, Carolina me dijo que la desatara. Yo no me moví de mi rincón, deseando que las paredes nos envolvieran.

Mi hermana me estudió durante un buen rato.

—¿Qué te ha hecho?

Me miré las zapatillas.

—Uf, no —dijo quedamente, muy quedamente.

Caímos en una rutina: explorábamos Reno de día y por las noches íbamos al campo de vuelo con Darryl. A veces nos dejaba jugar con equipos que en

teoría no debíamos tocar. Cuando aterrizaban aeroplanos, nos quedábamos en el borde de la pista, levantando los brazos bien alto, como si intentásemos asir las alas. En cuanto tocaban suelo, los perseguíamos, como queriendo apresar el viento.

Spencer nunca me llamó, no hizo grandes gestos por recuperarme. Me dio lo mismo. Nuestros padres estaban más que acostumbrados a que Carolina y yo fuésemos la una detrás de la otra. Una vez seguros de que no corríamos peligro, nos enviaban mensajes de texto cada pocos días para recordarnos que nos querían, que los llamásemos si necesitábamos cualquier cosa. No nos comprendían. No reconocieron a las niñas que volvieron a casa después de lo del señor Peter.

Una mañana que no podía dormir me encontré a Darryl en la cama, velando por Carolina, dormida a su lado. Me acurruqué junto a ella y él me miró por encima del estrecho cuerpo de mi hermana.

Fue como si supiera exactamente lo que yo estaba pensando.

—Ya no soy el de antes —dijo—. He madurado y mi intención es ser fiel. —Le besó el hombro a mi hermana. Yo asentí con la cabeza y cerré los ojos.

Todos los días, el señor Peter venía y me ordenaba atar a mi hermana. A mí me llevaba al otro dormitorio. Tomaba lo que quería de mi cuerpo. Carolina perdía los estribos, siempre intentaba retenerme, siempre intentaba que le contara lo que había ocurrido. Yo era incapaz.

Era peor para ella hasta que el señor Peter le ordenó atarme a mí. Chillé hasta que me sangró la garganta. Le escupí sangre a los pies.

—Se suponía que éramos amigos —dije—. Me lo prometió.

Él se rio.

—Tu hermana y yo vamos a ser amigos también, pequeña.

Mientras ella estaba fuera, yo me lanzaba contra la puerta, magullándome el cuerpo con furia, gritando su nombre. Yo sabía demasiado. Cuando la trajo de vuelta, ella se acercó a mí a duras penas y me desató las muñecas. Nos sentamos en el suelo y me dijo: «Es mejor así, más justo», pero estaba llorando, y yo estaba llorando, y no sabíamos cómo parar.

Después de esto, el señor Peter venía a buscarnos todos los días, a veces más de una vez. A veces venían otros hombres también. A veces nos tendíamos la una junto a la otra en su ancha cama y nos mirábamos mutuamente, sin

apartar jamás la mirada, hiciese lo que nos hiciese. Movíamos los labios y decíamos cosas que solo nosotras podíamos oír. Él nos bañaba en un pequeño cuarto de baño con una tina verde mar, en la que nos sentábamos cara a cara, con las rodillas dobladas contra el pecho. No nos dejaba a solas ni para lavarnos. Hizo que nuestro único mundo fueran las habitaciones ciegas de su casa, siempre ocupadas por su presencia.

El olor del motel Blue Desert estaba volviéndome loca. El aire estaba tan enmohecido y recargado que me cubría la piel, la ropa, los dientes. Una mañana vi una cucaracha paseándose perezosamente por la pantalla del televisor y estallé. Entré dando pisotones en la habitación de Darryl y encontré a mi hermana agazapada en sus brazos mientras él le atusaba el pelo. Desvié la mirada, con el rostro enardecido. No se me había ocurrido que semejante intimidad fuera posible entre ellos.

—No pienso quedarme aquí ni un día más.

Carolina se sentó.

—No quiero ir a casa. —La crispación en su voz me encogió el corazón.

Yo estaba dispuesta a discutirse, pero la vi muy cansada.

—Podemos quedarnos en un sitio que esté mejor. —Agité la mano por la habitación—. Pero no vamos a vivir así.

Ella hincó un dedo en el pecho de Darryl.

—Y él ¿qué?

—A ver, ¿no estáis jugando a las casitas ahora mismo?

Carolina sonrió burlona. Darryl me miró levantando los pulgares.

Cuando salimos del aparcamiento del motel Blue Desert, el cartel que anunciaba las habitaciones rezaba VAC ES.

Cuando la policía atrapó al señor Peter nosotras teníamos quince y dieciséis años, respectivamente. Se llamaba Peter James Iversen. Su mujer y sus hijos vivían en la casa de enfrente de la casa donde nos tenía secuestradas. Las autoridades descubrieron cintas de vídeo. Nosotras no sabíamos nada. Dos detectives vinieron a casa. Carolina y yo nos sentamos en el sofá y ellos hablaron. Nosotras no pestañeamos. Nos contaron lo de las cintas; las habían visto. Me incliné hacia delante, con la frente sobre las rodillas. Carolina

apoyó una mano en la parte baja de mi espalda. Nuestros padres permanecieron a un lado, meneando lentamente la cabeza. Cuando me reincorporé, no oía nada. Los detectives seguían hablando, pero lo único en lo que pude pensar fue: «Hay gente que ha visto las cintas». Me puse en pie y salí del salón. Salí de casa. Carolina vino tras de mí. Me detuve en el extremo del camino de la entrada. Nos quedamos mirando el tráfico.

—Bueno —dijo finalmente—. Vaya mierda.

Pasó un descapotable. Una mujer ocupaba el asiento del pasajero y su pelo rojo llenaba el aire alrededor de su cara. Sonreía, mostrando sus blancos dientes.

—El muy cabrón —dije.

Volvimos a casa y dijimos que queríamos ver las cintas. Al principio los detectives y nuestros padres protestaron, pero finalmente nos salimos con la nuestra. A los pocos días, mi hermana y yo estábamos sentadas una al lado de la otra en una pequeña sala ciega con un televisor y un aparato de vídeo en un carrito. Varios adultos inquietos merodeaban a nuestro alrededor: un detective, una especie de asistente social, un abogado.

—Nuestros padres no pueden ver estas cintas jamás —dijo Carolina—. En la vida.

El detective asintió.

Visionamos horas de vídeos en blanco y negro de las niñas que habíamos sido y en lo que nos habían transformado. Me tapé la boca con la mano para impedir que se me escapara algún sonido. Después de una escena particularmente perturbadora, el detective dijo: «Creo que ya es suficiente». Carolina dijo: «Estar allí fue peor». Cuando terminamos, pregunté si podían destruir las cintas. Eso era lo único que queríamos. Nadie nos miró a los ojos. «Pruebas», dijeron. Mientras salíamos de la comisaría, mis piernas amenazaron con ceder. Carolina no dejó que me cayera.

El juicio penal fue rápido. Había «pruebas» de sobra. El señor Peter fue condenado a cadena perpetua. Se celebró un juicio civil porque el señor Peter tenía dinero y nuestros padres decidieron que su dinero debía ser nuestro. Ambas testificamos. Yo la primera. Intenté no mirarlo, sentado al lado de su abogado, los dos vestidos con un traje azul y un cuidado corte de pelo. Las palabras se pudrían en mi lengua. Carolina testificó. Entre las dos, contamos tanto de la historia como jamás volveríamos a contar. Cuando concluimos, mi

hermana me miró, con los ojos destellando inquietud. Se contempló las manos, revolviéndose. La sala del tribunal guardó silencio, solo se oía el ocasional papeleo o un cuerpo moviéndose en la tribuna. El juez le dio permiso para irse, pero Carolina no se movió del estrado. Meneó la cabeza y se aferró a la barandilla que tenía delante. El labio inferior le temblaba y yo me puse en pie. El juez se inclinó hacia mi hermana, miró hacia abajo, luego tosió y despejó la sala. Fui junto a mi hermana. Olí algo afilado, su miedo, algo más. Miré hacia abajo y vi una mancha húmeda en su falda, extendiéndose por el muslo. Se había orinado encima. Estaba temblando.

Le cogí la mano y la estrujé.

—No pasa nada, lo arreglaremos.

—Vengan conmigo —dijo el juez. Nos quedamos petrificadas. Me puse delante de mi hermana y ella enterró su cara en mi espalda, rodeándome la cintura con sus brazos tremulosos. No dejé que cayera. El juez se ruborizó—. No es eso —tartamudeó—. Hay un cuarto de baño en mi despacho.

Lo seguimos, con recelo. En el cuarto de baño, Carolina no se movió ni habló. La ayudé a quitarse la falda y la ropa interior. La lavé lo mejor que pude con el jabón del dosificador y toallas de papel.

Un rato después, un toque en la puerta: nuestra madre, susurrando.

—Chicas —dijo—, he traído una muda.

Abrí la puerta. Una rendija, apenas. Mi madre llevaba su traje de los domingos y una ristra de perlas ceñidas al cuello. Alargué el brazo hacia la bolsa de plástico y me la entregó, cogiéndome amablemente la muñeca.

—¿Puedo ayudar?

Negué con la cabeza y me aparté. Cerré la puerta. Vestí a mi hermana. Le lavé la cara. Nuestras frentes se encontraron y le susurré las palabras tiernas que le decía cuando se encerraba en sí misma.

En el camino de vuelta a casa, nos sentamos en el asiento de atrás. Nuestros padres tenían la mirada al frente. Cuando doblamos la esquina de nuestra calle, nuestro padre se aclaró la garganta e intentó sonar contento.

—Al menos ya se ha acabado.

Un sonido horrible salió de la boca de Carolina.

Mi padre apretó con más fuerza el volante.

El nuevo hotel era mucho mejor. Contaba con un servicio de habitaciones y de limpieza diario, además de numerosas *comodidades*. Mientras Darryl se pavoneaba por la habitación, Carolina y yo nos sentamos en la cama y escudriñamos una gruesa carpeta de cuero que pormenorizaba las prestaciones del hotel. Tenía piscina, *jacuzzi* y sauna.

Mientras estudiábamos la carta del servicio de habitaciones, meneé despacio el brazo de Carolina.

—¿Qué está pasando realmente? No me cuentes más chorradas.

—Pues que me desperté una mañana y comprendí que nunca habíamos salido de aquella ciudad, ¿y para qué?

—Tienen torrijas. —Señalé una foto colorida de una gruesa tostada cubierta de azúcar glas.

Carolina revolvió en su bolso y sacó un sobre con las palabras departamento de prisiones en la esquina superior izquierda. Alisó la carta.

—No —dije, pero sonó como tres palabras.

A Carolina le temblaron las manos hasta que enroscó los dedos en unos puños apretados. Yo empecé a leer y luego cogí la carta y bajé de la cama de un salto. Seguí leyendo y volví la página.

—Que no cunda el pánico —dijo Carolina.

Di una patada al aire. Dejé la carta en la mesilla de noche y empecé a darme cabezazos contra la pared hasta que una sorda punzada me atravesó el cráneo.

Carolina atajó la distancia entre ambas y me agarró de los hombros.

—Mírame.

Me mordí el labio.

Me sacudió con fuerza.

—Mírame.

Finalmente levanté la barbilla. Había pasado los mejores y los peores momentos de mi vida mirando a mi hermana a los ojos.

—Nos has traído aquí para escondernos —dije—. Tendrías que haberme dicho la verdad.

Carolina se agachó y me secó las lágrimas con su cabello. Se sentó a mi lado y la vi con once años, lanzándose en la boca de algo abominable para no dejarme sola.

—La verdad es esta: sabe mi dirección y ha enviado esta carta, y eso significa que puede encontrarnos. No quiero volver allí nunca más —susurró—. No quiero que vuelva a encontrarnos nunca más.

El jurado nos compensó con muchísimo dinero, tanto que nunca tendríamos que volver a trabajar ni pasar necesidades. Durante mucho tiempo nos negamos a gastarlo. Todas las noches yo me metía en internet y verificaba el saldo de mi cuenta, pensando: «Este es el precio de mi vida».

Mi hermana y yo fuimos al trabajo con Darryl. Íbamos en el asiento de atrás mientras él conducía.

—Chicas, estáis muy calladas —dijo mientras entrábamos en el campo de vuelo.

Le sostuve la mirada por el espejo retrovisor. Quise decir algo, pero mi voz se cerró a cal y canto. Carolina le entregó la carta del señor Peter. Mientras la leía, Darryl mascullaba entre dientes.

Cuando hubo terminado, se volvió para mirarnos.

—Puede que yo no parezca muy hombre, pero ese hideputa aquí no va a tocaros ni un pelo, y tampoco os va a encontrar.

Dobló con esmero la carta y se la devolvió a Carolina. En este instante comprendí por qué mi hermana había vuelto a su lado.

Mientras Darryl trabajaba, mi hermana y yo nos quedamos en la pista de aterrizaje, entre dos líneas paralelas de luces azules intermitentes. El pavimento seguía desprendiendo calor y el suelo nos mantenía estables. Nuestros cuerpos casi brillaban.

El señor Peter iba a salir en libertad condicional y el señor Peter era un hombre que había cambiado. El señor Peter necesitaba demostrar que era un hombre que había cambiado y, para demostrarlo, el señor Peter necesitaba nuestra ayuda. El señor Peter había encontrado a Dios. El señor Peter quería nuestro perdón. El señor Peter necesitaba nuestro perdón para poder conseguir la libertad condicional. El señor Peter lamentaba todas las cosas abominables que nos había hecho. El señor Peter no había podido resistirse a dos niñas tan guapas. El deseo del señor Peter por nosotras era tal que no pudo contenerse. El señor Peter era ya un anciano, nunca podría volver a lastimar a otras niñas pequeñas. El señor Peter imploraba nuestro perdón.

Una vez fuimos jóvenes.

Yo tenía diez años, y Carolina, once. No hubo nada que no le implorásemos al señor Peter: comida, aire fresco, un momento a solas con el agua caliente... Imploramos clemencia, que les diera un respiro a nuestros cuerpos antes de que se rompieran definitivamente. Nos desoyó. Aprendimos a dejar de implorar. Él también aprendería, o no. Poco importaba.

Carolina se sacó la carta del bolsillo y sostuvo una esquina sobre la llama directa de un mechero antes de lanzar al aire la carta quemada. Nos tumbamos en la pista, cogidas de la mano. La llama se extinguió después de arder con un color blanquecino. Las cenizas cayeron lentamente al suelo, flotando sobre nuestra ropa, nuestra cara, nuestros oídos sordos, nuestra lengua silente.

Agua, todo su peso

EL agua y sus estragos perseguían a Bianca. Cada vez que levantaba la vista, dondequiera que la levantara, había manchas de agua, en volutas que se oscurecían y se enroscaban a través de los paneles de yeso o de fibra de vidrio, llenándolos de podredumbre y moho. Le caían goterones de agua en el antebrazo, el cuello, la frente, el labio inferior.

En el gimnasio, uno de los paneles de fibra de vidrio sobre los aparatos de musculación se había partido finalmente. La masilla disuelta yacía en una pila ordenada en el suelo. Había una escalera de mano debajo del hueco vacío con una caja de herramientas abierta, pero ni rastro del personal de mantenimiento. Bianca se subió a la cinta y empezó a correr. Sus músculos se estiraron, separándose de sus huesos, y adoptó una marcha acompasada. Una gotita de agua en la nuca, luego otra. Levantó la vista, manteniendo el ritmo. Una nueva mancha se extendía lentamente por el panel. Ella siguió corriendo.

Más tarde, en el trabajo, Bianca se sentó a su mesa y comió un almuerzo frugal: un sándwich de pavo con mostaza, lechuga y tomate. Sobre su cabeza, los paneles del techo llevaban tiempo degradados en algo oscuro e irreconocible. Un tufo rancio invadía su menudo despacho y le impregnaba la ropa durante horas después de salir del trabajo cada noche.

Por fortuna, Bianca era muy buena en lo suyo. Trabajaba con eficacia. Trabajaba rápido. Era hermosa de ver, la humedad le quedaba bien. Cuando se terminó el sándwich, se sacudió las migas de las manos y se volvió hacia la pantalla del ordenador. Bianca tecleó y tecleó y tecleó, ejecutando un trabajo rápido con los dedos. No miró la fotografía de su exmarido en la esquina de su

mesa. Hacía meses que tendría que haberla quitado, pero no iba a permitir que su rostro desapareciera por las buenas.

Pasaron su luna de miel en el desierto del Sáhara, para hacer algo bueno, dijo Bianca cuando Dean, su ahora exmarido, le preguntó por qué razón debían ir a los confines del mundo. De pueblo en pueblo, los niños corrían a recibirlos bailando y extendían los dedos hacia la lluvia que aparecía de súbito. Personas de piel oscura y dientes blancos como la nieve formaban ceñidos círculos en torno a Bianca. Le pintaban la cara, la levantaban en hombros. Decían que era una diosa. Cuando se marchó, profirieron agudos lamentos de tristeza. Luego la lluvia cesó y Dean y Bianca empezaron su vida de casados.

En el camino de vuelta, Bianca abrió el techo solar y contempló el sol poniente. Permaneció sentada en el coche mucho después de haber aparcado en su plaza, observando cómo se formaban nubarrones furiosos e inminentes. Para cenar comió pasta con un poco de mantequilla y queso, y se bebió tres copas de vino. Sobre su cabeza, los techos gemían, hinchados por el peso del agua. Algunas noches se quedaba en el sofá y levantaba la vista y estudiaba las concatenaciones de las manchas acuosas, las nuevas formas que adoptaba el techo, las ondulaciones de los paneles cuando sus vecinos de arriba pasaban de una estancia a otra. Cuando la vencía el aburrimiento, reptaba hasta su cama vacía y, haciéndose a un lado, trazaba con la mano la leve mella donde solía dormir su exmarido.

—Esta es mi vida —le decía al dormitorio vacío—. Me siento agradecida. —Luego intentaba domeñar la fe.

A Dean se le hizo insoportable la acuosa podredumbre que perseguía a Bianca. La caída del agua, la decadencia por doquier, acabaron superándolo. En su última noche hicieron el amor, él tendido de espaldas, asiéndole las nalgas a Bianca, deleitándose con las curvas de su cuerpo ceñidas a él, mientras ella se estremecía y gemía con dulzura y él le decía que la quería por última vez. Dean abrió repentinamente los ojos y lo único que vio, más allá de su amada esposa, más allá de la llanura de su abdomen, de la suave loma de sus pechos, del lustre de sus negros cabellos, fue la negrura en descomposición sobre ellos. Se le puso el pene flácido. Sintió que toda la fortaleza que siempre había poseído se filtraba por sus poros. Bianca gimió más fuerte, dejó de moverse y plantó las manos en el pecho de Dean. «¿Qué

pasa?», preguntó. Le besó la barbilla, le mordisqueó el labio inferior con los dientes, le hizo cosquillas en el cuello. Él la apartó de un empujón. A pesar de no quedarle fuerzas, no se mostró blando. Ella cayó de la cama al empapado suelo. A la mañana siguiente, Dean se había marchado. No se llevó consigo más que las esporas de moho que crecían en sus pulmones. Si hubiera sido una persona dada a la sensiblería, Bianca habría reconocido que también se había llevado su corazón.

Cuando Bianca contaba solo tres años, su madre se fijó en una pequeña mancha de agua en la esquina de su cuarto, justo encima de la cuna. No le dio mayor importancia. Tenía en brazos a su hermosa niña con una gruesa mata de pelo negro y ojos azul claro y la mecía con un vaivén, canturreándole cancioncillas. Le besó la fontanela a Bianca y aspiró su dulzor. Cuanto más crecía ella, más crecía la mancha, hasta que consumió completamente el techo, formando un mural de oscuro moho. Llamaron a un contratista. Sus padres le explicaron que había una gotera, que había algo desconocido en alguna parte. Buscaron exhaustivamente la fuente del daño, pero no encontraron nada y cambiaron el techo.

Bianca seguía creciendo, y se formaron nuevas manchas, que viajaban por el techo del cuarto del bebé a altas horas de la noche dibujando arcos profundos. A la tercera vez que cambiaron el techo, sus padres se dieron por vencidos. Era o su hija o su cordura, su matrimonio. Llevaron a Bianca al orfanato de las inmediaciones de la ciudad y la dejaron en los escalones de cemento con una nota remetida en su jersey. Bianca estuvo llorando durante cuatro días seguidos después de que la abandonaran; no hubo alma que la consolara. La única fotografía que Bianca conserva de su infancia es la que le sacaron las monjas en su segundo día de orfanato. Tiene tres años y la hermana Mary Angélica la sostiene en brazos. Sus rollizos brazos se extienden formando ángulos y sus menudos dedos se enroscan en puños prietos. La ira reluce en sus mejillas, por donde las lágrimas resbalan. Tiene los ojos y la boca rojos, muy abiertos.

Bianca aceptó salir con Dean, que trabajaba en un bufete de abogados unas plantas más abajo en su edificio, después de que él empezase a dejarle notas escritas a mano en su mesa cada mañana. Le escribía cosas bonitas, fantasiosas. Tenía una caligrafía perfecta. Le dijo todas las cosas que amaba de ella y usó esta palabra —*amar*— sin el menor cohibimiento. Cuando ella

cedió finalmente a sus insinuaciones, le sugirió una cafetería al aire libre. Mientras comían y se sonreían, unos oscuros nubarrones se arremolinaron sobre su mesa. Bianca notó las gotas de lluvia sobre sus hombros. En la distancia cercana hacía sol.

—Esto es lo más increíble que he visto en mi vida —dijo Dean.

Hacia el final de la comida, se provocaban con los pies. Él seguía el contorno de los finos nudillos de su mano con los dedos y sonreía, sin apartar jamás la mirada. Le preguntó si le parecía bien que se retiraran a su casa para tomarse una copa después de la cena. Bianca palideció y Dean balbució una disculpa por ser tan directo. «No —dijo Bianca—, no es eso. Es que mi casa está hecha un desastre.» Mientras él la llevaba en coche a casa, pasaron por un parque. Ella le apretó el hombro. «Para aquí.» Dean sonrió y entró en el aparcamiento vacío. Bianca se descalzó rápidamente y corrió por el ancho césped hasta el tiovivo.

En el orfanato había un parque infantil donde ella solía jugar sola. El resto de los niños le tenían miedo, lo mismo que la mayoría de las monjas, que intentaron quererla como a un hijo más de Dios, aunque no lo lograron. Trajeron a curas de lugares lejanos para examinarla, para ungir la con agua bendita. Todos decían lo mismo. Lo que fuera que la infestara era obra del diablo y sus demonios. Lo que fuera que la poseyera era más poderoso que su dios. Pronunciaron sermones sobre ella, sobre esta niña perseguida por el agua y la decadencia. Aun así, Bianca consiguió crecer como una niña feliz. Se agarraba a una barra metálica del tiovivo y corría tan rápido como podía. Corría hasta que el suelo se movía con ella y el viento azotaba poco a poco las nubes. Cuando empezaba a lloviznar, se subía al tiovivo y se abría paso hasta el centro. Se sentaba allí en medio y echaba los brazos hacia atrás, con el rostro abierto al cielo mojado.

—Llevaba años sin venir a uno —dijo Bianca, caminando lentamente alrededor del artilugio, tocando cada una de las barandillas. Con cuidado, se subió al centro. Dean empezó a darle vueltas y más vueltas. Ella cerró los ojos y sintió la fría brisa nocturna. Cuando notó que le dolían los brazos, Dean dejó de darle vueltas al tiovivo y subió a la plataforma de metal, que seguía girando lentamente. Se arrodilló entre los muslos de Bianca y ella le desabrochó la camisa. Cuando ambos se quedaron desnudos, Bianca se tumbó hacia atrás, deleitándose con la sensación de las estrías metálicas contra su piel. Dean le

besó la frente y los párpados y los labios. Sabía a vino y a sal y olía a limpio. Se maravilló ante la humedad de la piel de Bianca y lamió las gotas de agua del hueco de su cuello. Entonces la penetró —y para ella era su primera vez— y, con la boca ardiendo en el oído de ella, le susurró todas las cosas bonitas que le había escrito en sus cartas. Le dijo te quiero por primera vez. Ella lo repitió. Una lluvia cálida empezó a caer sobre sus cuerpos desnudos. Dean apresó el rostro de Bianca entre sus manos y le apartó delicadamente los largos mechones de su cabello. Cuando ella lo miró a los ojos y su cuerpo se abrió completamente a él, tuvo esperanza.

La marca de Caín

MI marido no es un hombre amable y, con él, yo no soy una buena persona.

A veces me despierto en mitad de la noche y él, Caleb, está arrodillado sobre mí, acariciando mi cuello con los dedos. Junto mis manos con las suyas, de piel áspera, con los nudillos hinchados. Aprieto.

Llevo abundante delineador de ojos y carmín oscuro porque mi marido dijo una vez que quiere verme siempre como la noche que nos conocimos, en un bar, yo borracha y empanada, buscando bulla antes de que ella nos encontrara a nosotros. No puede soportar verme de cualquier otra manera, me dijo. Y no fue porque estuviera nostálgico.

Sufro por el día en que me deje, desgarrada en nuestra cama, esperando a que vuelva y me recomponga otra vez.

Mi marido tiene un gemelo idéntico, Jacob. A veces se intercambian los roles durante varios días seguidos. Se piensan que no me doy cuenta. Soy la clase de mujer a la que no le importa consentir el engaño.

Mis maridos tienen un padre que no era ni un buen padre ni un hombre cariñoso. Cuando murió, por un tiro en la cabeza de una mujer a la que una vez pegó demasiado, Jacob y Caleb, entonces quinceañeros, le perdonaron inmediatamente los pecados a su padre: la bebida, sus carnosos puños contra sus jóvenes cuerpos, su forma de desembarazarlos de su madre. A cada año que pasaba, los hermanos reescribieron su pasado hasta acabar beatificando la memoria de su padre. Ambos tenían un tatuaje con su retrato en la espalda. La tinta, me contó Caleb en nuestra primera cita, estaba mezclada con las cenizas de su padre para que siempre estuviera con ellos.

Es prácticamente imposible distinguir a Caleb de Jacob. Tienen el mismo físico, el mismo corte de pelo, los mismos gestos. Ninguno de los dos ronca. Los dos son zurdos. Tienen el cabello oscuro, ojos azules, rostros afilados, pómulos prominentes. Mis maridos trabajan juntos en el despacho de arquitectos que fundaron, de modo que, bien sea Caleb, bien Jacob quien viene a casa, tienen la misma historia que contarme sobre su jornada. Me casé con Caleb, pero prefiero la compañía de Jacob. Cuando hacemos el amor, sus caricias desprenden una dolorosa bondad. Sé que nunca me dejará hecha pedazos.

Jacob tiene novia, Cassie, que en realidad es la novia de Caleb. Ella no es consciente de la diferencia. Estamos los cuatro cenando. Jacob, que finge ser Caleb, y yo estamos cogidos de la mano. Caleb, que finge ser Jacob, y Cassie están cogidos de la mano. Hay una luz en sus ojos que no está presente cuando es a mí a quien mira. Mis maridos terminan las frases del otro, entreteniéndonos a Cassie y a mí con historias de algún cliente especialmente difícil. Jacob pide otra botella de vino y seguimos bebiendo y hablando y fingiendo normalidad. Su brazo me pesa sobre el hombro; cada poco, se inclina y me roza con sus húmedos labios el punto del cuello que hace que se me arquee la espalda bruscamente. Luego le sonrío a su hermano y su hermano le sonrío a él. Esto sucede cuando están en su plenitud; cuando están juntos, compartiendo el mismo instante. Ellos encuentran seguridad en el otro.

Cassie es estudiante de posgrado en Museología. Caleb me lo contó en la cama después de que ella y Jacob empezaran a salir juntos. Me contó los planes de Cassie de comisariar exposiciones de arte moderno, de su estética única, de que cree que es la chica ideal para Jacob, pero en realidad me está diciendo que es la chica ideal para él. Tendida junto a Jacob, dejo que hable, trazando la imagen de su padre con mis uñas. Le dije que me alegraba por Jacob, pero en realidad me alegraba por él.

Cuando llega la hora de pagar la cuenta, Cassie y yo vamos al cuarto de baño y nos miramos mutuamente en el espejo mientras nos retocamos el pintalabios. «Debe de ser duro estar casada con un gemelo», dice. Empiezo a pensar que puede ser más lista de lo que creía. Le digo: «Es como estar casada con dos hombres».

Jacob me lleva a casa mientras Caleb lleva a Cassie a casa de Jacob, que

está cinco viviendas más abajo de la nuestra en la misma calle. En mitad de la noche intercambiarán sus sitios y yo lo sabré, porque Caleb olerá a otra mujer. Cassie no se percatará, porque es la clase de mujer que no presta atención a los detalles, o que decide no prestársela. En el trayecto de vuelta a casa, toco los nudillos de Jacob y las diminutas cicatrices de sus dedos, todas de cuando estudiaba arquitectura y hacía modelos en miniatura de grandiosas ideas con cuchillas afiladas. Le digo lo mucho que deseo que todas las noches sean como esta. Asiente y me dice: «Vamos a dar una vuelta». Me arrellano en mi asiento y me quito los zapatos de tacón con los pies. Jacob me lleva a una obra en la que está trabajando y subimos al último piso en el ascensor del edificio en construcción. Me estrecha con fuerza entre sus brazos mientras el montacargas sube lentamente con un chirrido. Todavía no han puesto el techo de la última planta y cuando salimos del ascensor nos desorienta la visión de la ciudad que se extiende en derredor, sin nada que impida que nos caigamos al vacío.

Me aferró a Jacob para estabilizarme y luego me río y lo atraigo hacia un vals lento, con la mirada puesta en el cielo nocturno. Cuando paramos, como el mundo sigue girando, caemos sobre el suelo de cemento y nos sentamos con las rodillas replegadas contra el pecho. Lo que quiero decirle es que sé quién es y que lo prefiero a él, que lo habría elegido a él para siempre, pero también sé que su primer amor es su hermano, y por eso no digo nada. Me quito el jersey, me desprendo de la falda y me echo en el frío suelo, granuloso por la tierra y el serrín. Atraigo a Jacob y suspiro cuando se tumba encima de mí. Nos besamos, dulcemente, y él cierra los ojos y me sopla en el cuello, por los hombros. Entonces le arranco la camisa y lo aprieto contra mí, abriéndome a él como le gusta. Le digo la única verdad posible: «Te quiero».

Cuando Caleb bebe en exceso, y el exceso es cualquier cosa más que un trago, olvida la nueva historia que su hermano y él han hilvanado a partir de los recuerdos de su padre. Después de intercambiarse con Jacob, Caleb se arrastra hasta la cama apestando a vino y tabaco. Me ladra que me despierte. Me cubro la cabeza con las sábanas, porque estoy pensando en Jacob y en la libertad de los edificios altos, y cayendo entre las estrellas mientras el marido al que más quiero se mueve encima y dentro de mí. Caleb aparta las sábanas y enciende las luces. Me siento en la cama, temblando, a solas con el marido que menos quiero.

Caleb empieza a contarme una historia sobre él y su hermano, sentados en el asiento trasero del Cadillac de su padre mientras al viejo se la estaba mamando una mujer que no era su madre; su padre hizo que esta mujer se la mamase a sus hijos también. Mientras me cuenta la historia, su voz se vuelve más tosca. Sus rasgos se vuelven menos reconocibles. Caleb me agarra de la cintura, me monta a horcajadas y me abofetea. «Ni se te ocurra hacer algo así en tu vida», dice. «No seas una puta zorra.» Luego me pone boca abajo y me planta su desagradable mano en el cráneo, aplastándome contra la cama, tratándome como la zorra que no quiere que sea. Pienso en la polla de Caleb, embadurnada con la simiente de Jacob. Pienso en lo mucho que odio y, por lo tanto, amo al marido con el que estoy porque me da pena, y quizás yo también me doy pena. Me corro inmoderadamente. Caleb se queda dormido tumbado encima de mí. Su cuerpo es pesado y está húmedo, su olor no es familiar.

Por la mañana, Caleb y yo evitamos mirarnos a los ojos. Se ducha y hace como que va al trabajo, pero va a casa de su hermano y me envía a Jacob. Estoy en el tocador, procurando maquillar el furioso cardenal cada vez más violáceo que se me extiende por la cara. Jacob se detiene en la entrada y sonrío con tanta amabilidad que me entran náuseas. «¿Qué haces?», pregunta. Entonces repara en el arco de venitas rotas que tengo debajo del ojo. Sus manos se cierran en puños prietos mientras se me acerca. Mientras me imprime suaves besos en las comisuras de la herida, la cara empieza a dolerme más profundamente que la víspera bajo el puño de Caleb. «Lo siento mucho», dice Jacob, cargando con el peso de los pecados de su hermano.

Cuando tengo dos faltas seguidas, es Jacob quien me encuentra en el cuarto de baño, sentada en el borde de la bañera, envuelta en una toalla, con el test de embarazo en la mano. Cae a mis rodillas y me abraza los muslos con las manos. Sonríe, me abre la toalla, dejándome desnuda, y apoya la cara en mis pechos. Surco sus cabellos con los dedos, masajeándole suavemente el cuero cabelludo. Nos imagino a los dos haciendo una maleta pequeña, comprando un coche barato, conduciendo al oeste por la 1-80 hasta llegar a un lugar mejor. Digo: «¿Crees que tu hermano se pondrá contento?». Él responde: «Me importa un comino lo que piense mi hermano». Durante un rato, me permito creerle.

Estoy embarazada de seis meses cuando Caleb me acompaña a una visita al médico. Se siente malhumorado, casi indiferente; ha venido conmigo solo

porque Jacob tenía una reunión ineludible. Estos últimos días veo a Caleb sobre todo bien entrada la noche, cuando vuelve con sigilo a su propia casa, cuando está furioso y necesita algo que solo yo puedo darle. Se sienta en la silla de los brazos de plástico duro que hay junto a la camilla, cruzando los brazos firmemente sobre el pecho. Mientras la doctora desliza el lápiz de la ecografía por mi bajo vientre, gira un botón de la máquina. «¿Lo oye?», pregunta. La habitación está en silencio salvo por el aleteo idéntico de dos corazones latiendo

Mujeres difíciles

Mujeres licenciosas

A quién admira una mujer licenciosa

Nunca a su madre. Está intentando matarla o, al menos, aquellas partes de su madre que acechan bajo su piel. Cuando se abre de piernas desea que la distancia entre ella y su madre sea aún mayor. Actúa así porque recuerda demasiadas cosas; ha visto demasiado: a su madre pálida y frágil, intimidada por la carne de su padre, su cuerpo carnosos, sus carnosas exigencias.

Dónde vive una mujer licenciosa

Su piso está limpio y reluciente, y no le falta de nada, aunque no parece un hogar habitado. Hay indicios de vida, pero nada más. Nunca permanece durante mucho tiempo en el mismo sitio. No tiene la necesidad. Cuando recibe visitas de caballeros, sus voces profundas resuenan por todo el espacio, limpio, claro y vacío. Hay una reproducción en blanco y negro en el recibidor. A veces, cuando se marcha, el caballero visitante examina la reproducción, como intentando entenderla. Ella lo observa, a su lado, con el cuerpo envuelto en una bata suave. Él dice: «Es bonito, pero ¿qué significa?». Ella se limita a sonreír.

Cómo anhela una mujer licenciosa que la toquen

Una vez conoció a un chico. Ella tenía veintitrés años y él tenía la misma edad. Era un chico sincero, y ella no sabía cómo tomárselo; ya había aprendido los peligros de la sinceridad. Él le dijo exactamente lo que sentía y le preguntó qué quería ella. La acariciaba con intención, con manos suaves pero fuertes. Cuando ella yacía debajo de él, se arqueaba contra su pecho de buena gana, adoraba la calidez de los lugares en los que se encontraban sus cuerpos. Aquello era demasiado, ni siquiera se atrevía a creérselo. Ella le rompió el corazón. Cuando cierra los ojos, recuerda los dedos de él, siguiendo el dibujo de los huesos de su columna.

Cómo se sienta una mujer licenciosa en el bar

Un *ultra lounge* es el epítome de la finura: montones de sillones de piel bajos, luces tenues, copas excesivamente caras. La música electrónica suena por los altavoces a molestos volúmenes y hay código de vestimenta, en particular para los hombres, de modo que siempre lucen sus mejores americanas, a veces con corbata. Calzan zapatos elegantes y relucientes, igualito que sus cabellos. Ocupan cargos que con frecuencia terminan en -ero. A veces ella va al bar de copas con personas que podrían considerarse amigas, aunque saben muy poco de ella. Se sienta donde puedan verla, al tiempo que se muestra indiferente con quien la mira de verdad. Cruza las piernas y mantiene juntas las pantorrillas. No pestañea. Intenta que no se le note que no se le escapa ni una.

Qué ve una mujer licenciosa en el espejo

Nada. No se mira. No lo necesita. Sabe exactamente quién es.

Mujeres frías

Cómo ha acabado siendo así

En segundo curso, se despellejó la rodilla cuando volvía del colegio a casa con su falda de cuadros y sus merceditas. Sentada sobre la encimera de la cocina, mientras observaba a su madre frotarle la herida con alcohol, para limpiarla, dijo, deseó más que nada hurgar en ella y ver cuánto dolor sería capaz de infligirse.

De quién se rodea

Tiene marido e hijo y los quiere a su manera, aunque a ambos les gusta confabularse contra ella y decirle que es una persona fría. Es ella contra ellos. Esto la enfurece, pero no dice nada. Sonríe con frialdad. De noche, su marido intenta arrimársele, pero ella se vuelve de espaldas, o se clava las uñas en la muñeca mientras lo rechaza. Él malinterpreta sus motivos y, cuando está con sus amigos en el campo de golf, fumando cigarros y bebiendo cerveza, cuyo pestazo se llevará a casa, le gusta decir que la parienta nunca se abre de piernas. No la engaña con otras, principalmente porque es un hombre ocupado, y quiere lo suficiente a su hijo, pero sí que frecuenta locales de *striptease* y se lleva el pestazo de estos lugares a casa también. De noche, ella siempre nota una quemazón en el pecho mientras intenta aguantar la respiración.

Qué viste una mujer fría

Todos los días se levanta a las cinco de la madrugada y sale a correr hasta que tiene la sensación de que el cuerpo se le hace pedazos. Todo el mundo le dice que por qué no participa en maratones, pero ella no ve el porqué. No necesita llevar un número en el pecho para sentir que vale. Vive en el campo. Puede correr lo que se le antoje. Puede ir más allá de 42 kilómetros. Puede hacer cualquier cosa. Corre porque le gusta. Corre porque ama su cuerpo, la fortaleza de su cuerpo, porque siempre la ha salvado cuando más necesitaba salvarse. Le gusta llevar prendas ajustadas para lucir su musculatura: sus piernas estilizadas, las amables curvas de sus pantorrillas, su vientre plano. Cuando nota que la gente la está mirando, recuerda la libertad de correr y sabe que un día no se detendrá.

Qué sucedió cuando murió su madre

Estaba embarazada de su hijo, con el cuerpo hinchado y ajeno, y podía dar a luz en cualquier momento. Recibió una llamada y permaneció ahí, de pie; a continuación escuchó el tono de marcado, incapaz de moverse. El agua caliente siguió corriendo en la pila de la cocina y ella se preguntó, impasible, si pararía en algún momento sin que interviniera una persona. Condujo despacio al hospital, con la barriga dolorosamente apretada contra el volante. No respondió al teléfono cuando su marido llamó. Halló el cadáver de su madre, rígido y solo, envuelto en una sábana azul, muy quieto. Desoyó a la enfermera mientras se deslizaba junto a su madre y su barriga palpitó contra la piel refrescante de esta. Llegaron muchas personas y se quedaron mirando; intentaron moverla de allí, pero ella no la dejó sola.

Adónde va una mujer frígida por la noche

Hay lugares para las personas que tienen secretos y ella tiene secretos, tantos que a veces amenazan con asfixiarla. Va a los lugares para las personas que tienen secretos y, allí, espera.

Mujeres locas

Por qué se malinterpreta a una mujer loca

Empezó con una llamada después de una tercera cita en que ella lo siguió a casa y lo hicieron; nada memorable, pero, en conjunto, aceptable. Desayunaron en el restaurante de al lado. Él comió huevos revueltos poco hechos. Ella comió panqueques bañados en sirope y mantequilla. «No me puedo creer que seas una mujer que come —dijo él—, eres un puto sueño.» Ella le sonrió, sintiendo el aroma del arce con mucha intensidad en la nariz. Cuando se despidieron, se besaron largo y tendido, y se magullaron los labios. Fue horas después, una vez en casa, cuando ella recordó que se había olvidado el maletín en su sofá. Lo llamó y él no respondió, pero había documentos importantes dentro, además de un iPad; no podía prescindir de ellos como si nada. Siguió llamándolo y él siguió sin responder. Él llamó a su mejor amigo y le dijo: «Esta puta loca va a reventarme el teléfono». Ella fue a su piso y, cuando él abrió la puerta, le dijo: «Soy un fuera de serie». Ella puso los ojos en blanco y dijo: «No fue para tanto», y señaló su maletín, que seguía exactamente en el mismo sitio donde lo había dejado. Él se puso rojo cuando ella pasó por su lado, cogió el maletín y salió con la cabeza bien alta.

De qué habla una mujer loca en terapia

El despacho del terapeuta es pequeño, tan pequeño que podría volver loca a una mujer. Cuando ella y su terapeuta se sientan una enfrente del otro en pequeños sillones, sus rodillas prácticamente se tocan. Esto la horroriza, pero es algo inevitable. Necesita a alguien con quien hablar. Necesita a alguien que la escuche, que la comprenda. Necesitaba ayuda. Ha hablado con demasiados terapeutas. Uno le dijo que era demasiado guapa como para tener problemas reales. Otro le dijo que se buscara un hombre bueno. Supo que este terapeuta no duraría mucho. Al final de la primera cita, después de una recitación de todas las cosas que volverían loco a cualquiera, le entregó cuatro hojas de papel grapado, fichas de autoayuda, y eso después de que ella le dijera

explícitamente que no creía en la terapia basada en la afirmación. Llegó la segunda visita. Él le preguntó si había rellenado las fichas y ella dijo: «Le he puesto un uno a todo». Él se inclinó hacia delante. Ella vio que tenía el cuero cabelludo de la calva seco. «¿Me está diciendo que nunca come usted regularmente?» La miró, con una ceja enarcada. Ella nunca desviaba la mirada.

En qué piensa una mujer loca cuando camina por la calle

Intenta no caminar ni muy deprisa ni muy despacio. No quiere llamar la atención de nadie. Finge no oír los silbidos y los piropos y los comentarios obscenos. A veces se le olvida, y sale de casa en falda o en camiseta de tirantes porque hace un día caluroso y quiere sentir el aire cálido en su piel desnuda. Al poco, cae en la cuenta. Lleva las llaves en la mano, tres de ellas sujetas entre los dedos, como una zarpa roma. Establece contacto visual solo cuando es necesario y, si resulta que un hombre capta su interés, saca barbilla y se asegura de mantener firme la línea de la mandíbula. Cuando sale tarde de la oficina o del bar, llama a un taxi y, cuando el vehículo se para delante de su edificio, otea rápidamente la calle para asegurarse de que puede recorrer sin peligro la corta distancia entre el bordillo y la puerta. Una vez le contó estas precauciones a un amigo y él dijo: «Has perdido completamente la cabeza». Después se lo contó a una nueva amiga en el trabajo y esta le dijo: «Cariño, no estás loca. Eres mujer».

Qué come una mujer loca

Cuesta recordar el sabor de la nata, la mantequilla, la sal... En la cocina tiene un estante de libros de cocina: *Comer sano y ligero*, *Platos creativos con col*, *Recetas ligeras* y un ejemplar muy usado de *El arte de la cocina francesa* que consulta solo cuando su hambre es tan voraz que lo único que podrá saciarla es leer sobre *veloutés* y *bouillabaisse*. Los domingos programa el menú de la semana con ayuda de estos libros. Es un proceso monótono que le deja la lengua reseca. Junto al hornillo hay una pequeña báscula que utiliza

para pesarlo todo. Entiende la importancia de usar las cantidades exactas.

Qué sucede cuando una mujer loca estalla

Está sentada a la mesa, trabajando hasta tarde, cuando su jefe entra pesadamente en su despacho y se sienta demasiado cerca de ella, en el borde de la mesa, ocupando espacio como solo los hombres saben hacer. El jefe recorre su blusa con la mirada, y es el atrevimiento con el que no oculta su interés lo que la lleva a sostener el afilado abrecartas en la fría palma de su mano.

Madres

Qué ve una madre en la cara de su hijo

Desde el momento en que nació, fue la viva imagen de su padre. «Esculpido directamente del culo de ese hombre», dijo en la habitación de hospital su madre, propensa a la vulgaridad, cuando cogió a su primer nieto en brazos. Cuando la dejaron finalmente sola —su marido había ido a buscar algo de comer a la cafetería—, ella abrazó a su primer hijo y lo contempló, anhelando descubrir su impronta en él, anhelando sentir que los nueve meses de embarazo, el reposo en cama y el desgarró al que la sometió para salir habían merecido la pena. Jamás halló lo que buscaba.

Qué les dice a las otras madres en el colegio de su hijo

Un miércoles al mes tiene que llevar un tentempié saludable a la clase de su hijo y hacer las veces de ayudante. A su marido le toca los jueves. Para poder hacerlo, ella saca tiempo libre del trabajo y recupera las horas por la noche, después de acostar al niño. A esto lo llaman flexibilidad laboral, pero en realidad es estirar el tiempo: nunca ha trabajado tantas horas como después

de tener a su hijo. A estas alturas, es difícil saber qué es saludable y qué no. Esto es lo que piensa semana tras semana. Una vez llevó mantequilla de cacahuete y galletitas saladas, pero una de las madres frunció el ceño y sus labios dibujaron una fina línea. «Alergia al cacahuete», murmuró la otra madre. Era todo muy confuso. Durante varios meses llevó únicamente gajos de naranja, hasta que otra madre se la llevó a un aparte y le dijo que los niños necesitan variedad para su crecimiento. Ella respondió: «¿No tienen variedad los otros días de la semana?». Fue poco después cuando le dijeron que ya no era necesaria como auxiliar de aula, y al siguiente miércoles, en la oficina, cuando normalmente habría estado en la clase de su hijo, se sintió triunfante.

Qué piensa de criar a un chico

Durante su embarazo, tenía el convencimiento de que daría a luz a una niña. Estaba preparada para que así fuera. Estaba preparada para amar a alguien que tendría algo esencial en común con ella. Cuando el médico le colocó su ensangrentado y lloroso hijo en el pecho, cuando la madre comprendió que él no era ella, fue tal su conmoción que no pudo hablar. Se encariñó con él porque era un bebé rollizo. Cada parte de su cuerpo se enrolla. A ella le gustaba seguir con el dedo cada pliegue de su piel y aplicarle talco para que estuviera seco y oliera dulce. Incluso tenía michelines en las muñecas, y ella los besaba a la mínima. A su marido no le parecía bien, decía que un afecto excesivo ablandaba a los chicos, pero ella no le hacía caso, porque a menudo lo espiaba haciendo exactamente lo mismo mientras le cambiaba el pañal al niño o lo acostaba para que se echara un sueñecito.

Adonde fue cuando supo que estaba embarazada de nuevo

Después del trabajo sintió náuseas e irritación y fue al bar donde a ella y a sus colegas les gustaba reunirse porque preparaban los martinis cargados y como se supone que deben prepararse. Se sentó sola, aunque sus amigos la instaron a sumarse a ellos. Se bebió un martini tras otro hasta que se emborrachó tanto que tuvo que llamar a su marido para que fuera a recogerla,

cosa que hizo. El marido cargó con ella escaleras arriba y la desvistió. Le dio agua, dos aspirinas y la atrajo hacia sí; intentó comprender qué le pasaba. Mientras se estaba quedando dormida, musitó: «No puedo pasar por esto otra vez». Él deseó, con todas sus fuerzas, saber de qué estaba hablando.

Cómo quiere una madre

A ella y a su hijo les gusta ver documentales de animales salvajes. Cuando protegen a sus cachorros, las madres suelen mostrarse agresivas y descubren sus afilados colmillos de babas relucientes. Ella desearía poder sentir eso por su hijo, al cual quiere lo justo. Comprende que las personas nunca serán tan fieles como los animales.

Chicas muertas

La muerte las hace más interesantes. La muerte las hace más bellas. Hay algo en sus cuerpos expuestos en el último reposo: los ojos muy abiertos, los labios azules, los miembros rígidos, la piel fría... Por fin, podría decirse, están en paz.

Florida

3333 *PALMETTO Crest Circle*

La adaptación no fue fácil. Marcy había vivido en el Medio Oeste durante toda su vida, con personas que comían carne roja y alimentos ricos en almidón, y dejaban que su cuerpo se ensanchara sin vergüenza. Y entonces trasladaron a su marido a Naples. La madre de Marcy dijo: «¿Te refieres a la ciudad de Italia?», y Marcy dijo: «No, me refiero a la de Florida», y su madre dijo: «¡Ay, hija!».

Todas las mujeres eran iguales en Naples: esbeltas, muy bronceadas, caras chupadas por una famélica disciplina, talladas por el mismo cirujano... Se quedaban mirando fijamente el físico tirando a amplio de Marcy con disgusto o envidia, o algo intermedio. De noche, Marcy se preocupaba por su culo y sus muslos. Su marido siempre decía: «Cielo, estás perfecta», y ella se exasperaba tanto que se ponía colorada. Los ánimos de su marido eran tan automáticos que resultaban insultantes.

En Ohama vivían en un barrio de vecinos. En Naples se mudaron a una comunidad privada, Palmetto Landing, donde cada urbanización era insulsamente única y vasta —altas fachadas, montones de cristal y balaustradas en torno a las ventanas, tejados de teja española— y las calles estaban adoquinadas con minúsculos ladrillos cuadrados. La primera vez que pasaron por la garita, custodiada por un señor de pelo cano vestido de poliéster, Marcy se inclinó hacia delante para estudiar el diseño del jardín —altos cipreses circundados por lirios del Perú que se cernían sobre la casa del guarda— y dijo suspirando: «Esto es un poco demasié». Su marido dijo:

«Cielo, a la gente le gusta la ilusión de seguridad y el espectáculo del confinamiento». Les dieron pegatinas con códigos de barras para los coches.

La comunidad tenía un club de campo. Se apuntaron porque el traslado venía con un ascenso y un aumento de sueldo. El marido de Marcy dijo que era importante que vivieran acordes con su nueva posición social. Quería, sobre todo, jugar al golf con hombres cuyas panzas fueran más gordas que la suya. En Palmetto Landing, el cuerpo de los hombres se ensanchaba en proporción inversa al de sus mujeres.

Todas las mañanas había una clase de *fitness* en el club de campo: *spinning*, zumba, *kickboxing*..., siempre algo diferente. La profesora era una mujer joven y de hechura imponente, Caridad. A las otras esposas les gustaba pronunciar su nombre, haciendo vibrar la erre para mostrarle a Caridad que «ellas hablan español». Marcy se quedaba al fondo del estudio, con sus pantalones de chándal y la camiseta vieja de su marido, mientras que las mujeres que la rodeaban transpiraban con su atuendo deportivo conjuntado a la perfección y más elegante que casi cualquier prenda del guardarropa de Marcy.

Después de cada clase, las leves agujetas eran una gozada para Marcy mientras recorría en coche los cinco bloques que la separaban de su casa. Le gustaba eso de tener que seguir, durante una hora, una serie de instrucciones precisas, un objetivo bien definido.

El resto de las esposas sentían una secreta fascinación por Marcy porque era una *rara avis* en aquel enclave de ricos: una esposa primeriza. Ellen Katz, que vivía tres puertas más abajo, a menudo le apretaba el hombro a Marcy con su mano fría y huesuda. «Estamos contigo», le decía, y le ofrecía palabras de ánimo conforme la figura de Marcy iba adelgazando. Marcy nunca sabía qué decir en estos momentos, pero sonreía con amabilidad porque entendía a aquella gente y sabía que existían únicamente en relación con quienes los rodeaban.

1217 Ridgewood Rd Unidad 11

Mi mujer y yo vemos documentales sobre la vida de personas extraordinariamente gordas para sentirnos mejor en nuestra piel, porque trabajamos por horas y vivimos en un piso de mala muerte rodeado de casoplones de chichinabo como parte de una «iniciativa para la diversidad

económica» en nuestra comunidad privada. Pasar las pruebas de acceso a la universidad no nos llevó tan lejos como habríamos querido, pero sí a Palmetto Landing, y a veces nos decimos que es suficiente. Hicimos las pruebas porque queríamos casarnos. Queríamos casarnos para poder tener relaciones sexuales, porque en aquel entonces nos creímos lo que nuestros padres nos contaban sobre que iríamos al infierno si fornicábamos, y, llegados a este punto, habíamos hecho de todo salvo acostarnos y sabíamos que la disposición de nuestras almas corría grave peligro si no hacíamos algo drástico. Nuestros padres nos decían que no podríamos casarnos hasta que nos sacáramos el bachillerato porque éramos muy jóvenes y necesitábamos una buena educación sólida para poder tomar decisiones adultas, y nosotros pensamos que deliraban, porque, de hecho, íbamos a clase todos los días y sabíamos que allí no nos enseñaban una mierda. Se lo demostramos cruzando la frontera del estado para casarnos, pero luego el sexo no fue para tanto, y después no encontrábamos ningún empleo que no fuera de atención al cliente, y ahora hemos aceptado que esto no está mal y tira que te va. Vemos en la tele a gente extraordinariamente gorda explicando a lágrima viva cómo llegaron a pesar cuatrocientos kilos, la pendiente resbaladiza que esto supuso para ellos, la cantidad de dietas que empezaron, lo apalancados que están ahora en su sucia cama y cómo los largan de sus casas para ingresarlos en un hospital especial para gordos y operarlos de urgencia asistidos por cuerpos especiales —que lucen fornidas espaldas, guantes de látex y expresiones graves— de intervención policial para gordos.

La mejor parte de estos documentales es cuando los profesionales médicos hablan de la gente gorda como si la comprendieran, con empatía, como si todo esto fuera normal, cuando sabes que, en cuanto vuelven a casa, estos médicos y estas enfermeras se sientan a llorar en la cama y se zampan un cubo de helado preguntándose cómo es posible que ocurran estas tragedias. A mi señora y a mí nos da la risa tonta cuando los médicos utilizan la palabra *pasmoso*, o cuando la persona gorda dice: «Perdí el control de la situación». Durante una semana entera repetimos esta frase a la mínima y luego nos reímos descontroladamente. Por ejemplo, yo llego a casa tarde del trabajo y mi señora está esperándome a la mesa de la cocina, un poco cabreada porque se ha tomado la molestia de hornear una lasaña de la marca Stouffer y calentar brécol congelado en el microondas, y entonces yo digo: «Perdí el control de la

situación». Ella reprime una sonrisa y luego las mejillas empiezan a crispársele y le entra tembleque y entonces los dos nos reímos tanto que se nos salen los mocos por la nariz e incluso lloramos, y ella se olvida de que he llegado tarde y por eso no se pasará la siguiente hora interrogándome sobre por qué la camisa me apesta a humo de cigarro aun cuando los dos sabemos que llego tarde porque he estado tomándome un par de cervezas con mi mejor amigo —al que ella odia, sobre todo porque él sí que terminó el instituto y no se casó— en el bar que regenta.

El sexo entre mi señora y yo ha mejorado significativamente durante los últimos siete años. Creo que el que nos casáramos a los diecisiete empieza a amargarnos mucho menos. Después de ver documentales sobre la vida de gente extraordinariamente gorda, mi mujer me folla como si estuviera haciendo una audición para que la contraten de estrella porno y me dice que revienta de gusto pensando que los dos somos delgados y que nuestra familia nos quiere lo suficiente como para no cebarnos hasta la muerte, y yo le digo que *yo* reviento de gusto pensando que los dos somos delgados, y le chupo los pezones y doy rienda suelta a mi creatividad y los dos nos ponemos a gemir y a jadear, y, como quiero que la cosa se alargue, me pongo a pensar en el pobre desgraciado que necesita a un equipo de fisioterapeutas para darse un baño, y en sus quejidos cuando lo levantan y le mueven los michelines y el engorroso cúmulo de grasa, todo ello por tardar un pelín más en correrme. Las mañanas posteriores al sexo de agradecimiento por no ser gordos, mi señora y yo tenemos por costumbre odiarnos un poco, así que no hablamos y nos miramos lo menos posible a los ojos. Por el contrario, nos deslizamos silenciosamente hacia nuestras rutinas matinales mientras intentamos valorar cualquier estropicio que hayamos podido ocasionar. Ella se lava los dientes y se da una ducha y se afeita las piernas y gasta todo el agua caliente y deja pelillos alrededor del desagüe y se riza el pelo y se pone maquillaje y se olvida de ponerle la tapa al rímel, y durante todo este tiempo yo estoy sentado en la taza del váter haciendo como que leo una revista, pero en realidad me dedico a mirar su cuerpo desnudo porque ella está más buena que yo. Luego se pone a preparar el café, muy cargado, justo como yo lo detesto, rellena sus termos, se va a su trabajo de recepcionista en un salón de belleza y yo me puedo pasar una hora o así a solas en nuestro piso viendo la teletienda hasta que me toca ir a la copistería donde trabajo y me paso el día delante de una fotocopiadora

apretando botones y ligando con colegialas que necesitan fotocopias y *parece que no consiguen arrancar la máquina* mientras me coloco con los vapores del tóner caliente.

De forma invariable, en algún punto de estos documentales sobre personas extraordinariamente gordas, llega la hora en que un cirujano tiene que cortar trozos de la barriga o del muslo superior, y la persona gorda yace en la mesa de operaciones, vulnerable y despatarrada, inconsciente mientras el cirujano utiliza utensilios especiales para estirar, arrancar y diseccionar. Luego el cirujano levanta triunfalmente las partes del cuerpo sangrientas y extirpadas y anuncia a voz en cuello lo mucho que pesan, y todo el personal de la sala jadea como fuera de sí. Es dolorosamente obvio que ya están todos cachondos, y cuando han terminado de coser al paciente y de cerrarlo, como si fueran el doctor Frankenstein, tienes la impresión de que uno de esos cirujanos va a trajinarse a una o más de las enfermeras en un cuarto de suministros, para echar un polvo, también ellos, de agradecimiento por no ser gordos. A mi señora no le gusta ver las operaciones; lo llama carnicería humana y le repugna la sangre. Ni siquiera le gusta cambiarse sus propios tampones, así que, cuando estamos viendo las intervenciones quirúrgicas, mi señora se tapa los ojos y entierra la cabeza en mi hombro, y yo le cuento con todo lujo de detalles lo amarilla y sinuosa y pulposa y resbaladiza que es la grasa y que tiran las partes del cuerpo extirpadas en bolsas para residuos biológicos peligrosos, y luego especulamos sobre lo que harán con los depósitos de grasa muerta de las personas extraordinariamente gordas y pensamos que sería buena idea que recibieran sepultura en el jardín, como hacen los críos con sus animales de compañía muertos.

Una noche en que estábamos viendo uno de estos documentales, mi señora se gira y me dice: «Estas historias nunca tienen un final feliz», y luego se atiza de un trago la mitad de mi cerveza. Parece que se va a echar a llorar y entonces a mí también me entran ganas de echarme a llorar pensando en toda esa gente enorme con vidas tan pequeñas e imposibles y digo: «El final feliz es cuando los sacan en silla de ruedas del hospital y solo pesan doscientos kilos y recuperan su silla especial en casa, donde sus seres queridos los cebarán del mismo modo que han hecho siempre, de manera que al cabo de tres años volverán a pesar media tonelada y nosotros podremos ver otro de estos documentales», y con lágrimas en los ojos mi esposa se sube en mi

regazo, sentándose a horcajadas sobre mí, y, cogiéndome la cara con las manos, me dice: «Cómo te quiero, me cago en la hostia».

2945 Palmetto Hollow Cir

Jean-Richard y Elsie Moreau llevaban viviendo casi siete años en Palmetto Landing cuando oyeron la noticia, por boca de Ellen Katz, de que otra familia haitiana iba a instalarse en su comunidad: los dos, médicos; tres hijos, dos de ellos aún en casa; nuevos ricos, y mucho. Ellen sintió vértigo al dar la noticia. Para ella, mantener a sus vecinos al tanto de estos avances era en cierto modo una responsabilidad personal.

Estaban sentadas en el *lanai* —como llaman a las verandas de arquitectura hawaiana— bebiendo vino y sudando en silencio.

Ellen le dijo a Elsie, señalándola con el dedo:

—Imagino que querrás invitar a la nueva familia, a un almuerzo, quizás, algo de tu tierra.

Elsie bebió despacio de su copa de vino, luego dio vueltas al pesado diamante que llevaba en el dedo y se arrellanó en su silla.

—¿Por qué ibas a imaginar algo así? —murmuró.

Unas semanas después, Elsie conducía su carrito de golf por el club de campo de Golf Femenino, rebotando lentamente por la calle adoquinada, cuando, al final del camino, vio a una mujer de tez marrón claro que se protegía los ojos del sol con una mano. Elsie supo inmediatamente que la mujer era uno de los nuevos médicos haitianos. Era capaz de reconocer a su gente en cualquier lugar; era motivo de orgullo. Mantuvo la mirada al frente mientras el motor eléctrico del carrito de golf zumbaba bajito al pasar.

Jean-Richard era el más sociable de los dos y se mostraba dispuesto a hacer más de lo que le tocaba por mantener su posición dentro de la comunidad, siempre sociable y extrovertido en los diversos actos sociales, muy numerosos: barbacoas y noches temáticas, *bridge* y cosas por el estilo. Si de él dependiera, ninguno de los dos se perdería una noche en el club de campo con los amigos.

Elsie prefería tener más control sobre las fronteras de su mundo. Rozaba los cincuenta, no necesitaba amigos nuevos.

Durante el almuerzo, mencionó que se había cruzado con la doctora haitiana.

—Deberíamos invitarlos, darles la bienvenida —dijo Jean-Richard frotándose sus pesadas manos.

Elsie hizo un mohín e intentó tragarse un suspiro.

—Nos marchamos de esa isla por una razón. Y ya sabes lo que pensarían los vecinos.

Jean-Richard se inclinó hacia delante para decir algo, pero se lo pensó mejor. Sonrió, en cambio, y dijo: «*Oui, ma chère*».

Habían transcurrido veinticinco años desde que Elsie emigrara a Estados Unidos. Lo que recordaba de su tierra era la promiscuidad; siempre llena de gente, por todas partes, acalorada y vocinglera. Elsie no solía pensar en las imponentes palmeras o las aguas turquesas o los viajes al campo para visitar a su abuela, ni en lo mucho que le gustaba su uniforme azul del colegio o ver a sus padres bailar en el pequeño patio trasero de su casa. Sus recuerdos más nítidos eran los de sus ocho hermanos y hermanas siempre abarrotando cualquier espacio que ella quisiera hacerse. Recordaba cuartos pequeños y atmósferas cargadas y paredes de hormigón calientes y piel y miembros resbalosos, que se estiraban desesperadamente en busca de lugares más frescos y secos.

121 7 Ridgewood Rd Unit 8

A Caridad le gustaba mucho su cuerpo, su fortaleza y también su forma. Lo que no le gustaba tanto era cómo otras personas gustaban de su cuerpo. Lo interpretaban erróneamente.

Trabaja de entrenadora de *fitness* en el club de campo de una comunidad privada en Naples. Era un buen empleo. Básicamente, ayudaba a las personas mayores a olvidar el escaso tiempo que les quedaba y a las personas que todavía no eran mayores a mantener a raya el envejecimiento. La vanidad era una cosa sencilla de entender. Durante las clases de *fitness* en grupo, Caridad observaba a las mujeres de la comunidad, cuya ropa deportiva costaba más que su sueldo semanal, cuyo maquillaje brillaba más cuanto más transpiraban y cuyo perfume llenaba el estudio, asfixiando el aire de la sala. Siempre intentaban superarse unas a otras, dominar los complejos movimientos que Caridad ejecutaba para ellas. Tenía debilidad por las mujeres de la última fila, con frecuencia jóvenes, esas nuevas ricas con maridos de más edad que no sabían aún dónde encajaban en el ecosistema del vecindario; esas mujeres con

las que habría hecho buenas migas en otras circunstancias. A veces, después de clase, Caridad se acercaba a las mujeres de la última fila para entablar conversación con ellas, pero con frecuencia estas temían alterar el delicado equilibrio que se les exigía, las reglas tácitas que imponían codearse con las *personas adecuadas*.

La jornada había sido larga. En la clase de *fitness* de la mañana, las señoras, descentradas, habían sido incapaces de seguir hasta los movimientos más simples, quejándose cada vez que Caridad intentaba aumentar la intensidad. «Por favor, Caridad —decían en español—, no más.» A las señoras de sus clases les encantaba chapurrear español para mostrarle que su origen étnico no las incomodaba pese a la palidez de su piel y la fortuna de sus maridos. Cada mañana, antes del trabajo, Caridad se observaba en el espejo y ensayaba para no poner los ojos en blanco y poder sonreír amablemente a las señoras de sus clases. Una de las últimas residentes llegadas a la comunidad se rezagó en el estudio después de la clase de zumba. Era joven y la única que no llevaba ropa de diseño conjuntada. Caridad no recordaba su nombre. La mujer estaba casada con alguien adecuado a su edad, y nadie podría acusarla jamás de seguir uno solo de los pasos, pero no la asustaba sudar o estar fea.

Caridad recorrió el estudio recogiendo botellas de agua dejadas por el suelo.

—¿Qué te parece el vecindario, te gusta? —preguntó.

La mujer le ofreció una sonrisa tímida y movió las manos en el aire.

—Cuesta un poco acostumbrarse a todo esto.

Caridad enarcó una ceja.

—Me lo imagino.

—Me llamo Marcy —dijo, atajando la distancia entre ambas y tendiéndole la mano—. No pegamos en este lugar, mi marido y yo. No tengo ni idea de qué hacemos aquí.

—Supongo que es golfista.

Marcy rio.

—Mayormente en su cabeza.

Sería agradable ir a tomar una copa después del trabajo, pensó Caridad. No le importaría tener a alguien amable con quien hablar. Caridad estaba a un tris de invitar a Marcy a tomar algo cuando una de las mujeres de pelo canoso que tenía la misma cara que varias de sus amigas asomó la cabeza por la

puerta del estudio.

—Yujuuu, Marcy, ya estamos listas para el almuerzo —dijo.

Marcy se encogió de hombros a modo de disculpa y salió del estudio arrastrando los pies. Caridad suspiró.

Más tarde, después de una sesión de entrenamiento personal, se produjo un incidente con Sal, quien no entendió por qué Caridad no tenía interés en ir de excursión nocturna a South Beach. Sal le sujetó el hombro a Caridad con excesiva firmeza, con los dientes al descubierto, húmedos. Le encantaba recostarse en el banco de pesas, separando completamente las piernas. Siempre llevaba *shorts* holgados y no se ponía calzoncillos durante las sesiones, y su polla flácida le colgaba perezosamente por el muslo izquierdo. Daba igual si levantaba mucho o poco peso, siempre gruñía a lo bestia. Caridad fingía que no se daba cuenta. Ahora se había arrimado demasiado a ella, con una toalla blanca y mullida colgada al cuello. Sal le apretó un dedo rechoncho contra la base de la garganta, produciéndole una sensación de ahogo.

—Recibirás una buena recompensa. Bailaremos, y puede que más —dijo.

A Caridad le quemaba el rostro, pero se mordió la lengua.

El empleo era bueno, por lo general.

Se apartó de Sal, salvando la complejidad de dejar las cosas claras sin jugarse el despido.

—Estoy aquí para ayudar a mejorar el cuerpo de mis alumnas. El mío no está en venta.

Sal resopló y dijo mientras se alejaba:

—Eso ya lo veremos.

Caridad vivía con su novio, Manny, en un complejo de pisos de estuco y colores chillones en Bonita Springs. Llevaban cuatro años saliendo y su relación era de lo más común y corriente. Ella era lo suficientemente lista como para querer más, pero estaba lo suficientemente cansada como para aceptar las cosas tal cual.

Cuando Caridad llegó a casa, Manny estaba haciendo estiramientos en el suelo del salón, con el torso desnudo, pantalones de futbolista, calcetines hasta la rodilla y zapatillas de tacos. Jugaba en una liga local y su equipo, Los Toreadors, entrenaba todas las tardes. Eran el equipo más temible de la zona; a veces incluso recorrían el estado compitiendo contra equipos de otras ligas.

Corrían rumores —por ejemplo, que los cazatalentos de equipos profesionales espiaban sus sesiones de entrenamiento—, pero nunca pudo demostrarse nada. Sin embargo, esto no impidió que los hombres del equipo siguieran soñando con llevar una camiseta de los Galaxy o quizá los colores de un equipo europeo, como el Manchester United o el Real Madrid. Cuando Caridad se quejó, Manny dijo encogiéndose de hombros: «Esto es lo que soy, nena, un futbolista».

Caridad se arrodilló entre sus muslos tensos y abiertos y empujó a Manny hacia atrás para tumbarlo. Se acostó sobre su pecho y exhaló con fuerza.

—He tenido un día horrible —le dijo. Manny le masajeó ligeramente los hombros y Caridad se puso tensa—. Déjame descansar un poco así —susurró.

Manny la apartó con cuidado a un lado, le besó la frente y dijo:

—Tengo que irme.

Caridad se quedó mirando una mancha de moho curva en el techo mientras él se levantaba. Se quedó mirándola durante un buen rato.

Después del entrenamiento, Manny parecía arrepentido. El pelo negro mojado se le pegaba a los contornos de la cara y llevaba la camiseta empapada en sudor. La besó de nuevo en la frente y quiso saber cómo había pasado el día, pero Caridad ya no tenía ningún interés en contarle nada.

Las palmeras jalonaban la entrada a su urbanización. De noche, los árboles se iluminaban de rosa, amarillo, azul y verde. A Caridad le encantaba sentarse bajo las luces, las encontraba indeciblemente hermosas. Cogió a Manny de la mano y se lo llevó fuera. Se sentaron en silencio bajo los árboles durante un rato, y entonces Manny se inclinó sobre Caridad, le manoseó los pechos e intentó meterle los dedos por debajo de la cinturilla de la falda vaquera.

Ella se rio e, impostando su voz melodiosa mientras se zafaba de sus manos, le dijo: «Espera un poco, cariño. Espera. Solo quiero que estés aquí conmigo. Sé bueno conmigo», pero Manny no la oyó, o no quiso oírla.

Caridad se sentía demasiado cansada como para oponer mucha resistencia. Alargó los brazos por encima de la cabeza mientras Manny se tumbaba sobre ella y le levantaba la falda hasta sus esbeltas caderas. Le besó el muslo izquierdo y dijo algo sin importancia. La luz rosa era de una calidad excepcional. Caridad sonrió y saboreó el quedo estremecimiento.

4411 Palmetto Pines Way

Al principio, la noticia de que existía un burdel fue solo un rumor. Los

hombres se precipitaban dentro y fuera del *spa* de Palmetto Landing a todas horas, a menudo con semblante preocupado al entrar y relajado al salir, pero no teníamos pruebas. Entonces Evelyn Marshall pilló a su marido mientras se la chupaban. Ella estaba en el *spa*, dándose un masaje con piedras calientes, cuando oyó un gemido familiar que venía del cuarto contiguo. La noticia corrió como la pólvora en nuestra pequeña comunidad, pero nadie avisó a las autoridades. Estos tejemanejes entre nosotros nos hacían sentir importantes.

Por la tarde, las «terapeutas» solían sentarse en el amplio *lanai* de detrás del *spa* en camisoncito o albornoz, muy maquilladas, fumando y tomando bebidas afrutadas de colores claros, a la espera de los próximos clientes. El balcón de mi casa da a este *lanai* donde las damas pasan el rato. No son tan guapas como podría presumirse, pero sí interesantes y ruidosas cuando hablan. A pesar de la humedad, no parecen sudar nunca. Tienen la voz profunda y aterciopelada igual que esas mujeres que saben cosas. Me siento en mi balcón casi todas las tardes con las gafas de sol puestas. Tengo un libro en el regazo. Hago como que estoy leyendo.

Una de las mujeres que trabajan en el *spa* es muy alta; una altura tan poco habitual en una mujer que la gente se la queda mirando. Tiene una larga cabellera negra que siempre lleva suelta. Es hermosa y me encanta mirarla, su manera de moverse, la ira en sus ojos. Una vez me pilló mirándola y se puso en pie y se le abrió la bata. Levantó una pierna y la apoyó en la barandilla, se señaló entre los muslos y luego lanzó las manos al aire. Yo no dejé de mirarla. Ella no cerró las piernas.

Fui a verla. La mujer del mostrador me estudió detenidamente. Dijo: «Nadia es una de nuestras terapeutas especiales; cobra tarifas altas». Dije: «Lo sé». La recepcionista se encogió de hombros. Poco después me acompañaron al fondo de la casa. Oí sonidos interesantes. Nadia tenía un marcado acento ruso, pero hablaba bien inglés. «¿Quieres un masaje? ¿Velas? ¿Qué?», preguntó. Dije: «Quiero follar». Las palabras sonaron pesadas y extrañas en mi boca. Nadia ladeó la cabeza. «Eres diferente», dijo. Más tarde, sentí su lengua fresca y suave entre los muslos. Surqué sus cabellos con los dedos, apoyando los tacones en su espalda. Quería explayarme. Tardé mucho en correrme, como siempre, pero Nadia era paciente. Sus atenciones fueron correspondidas. Yo no tenía miedo.

Cuando me iba, me topé con mi vecina de al lado. Se acercó el bolso al cuerpo y desvió la mirada. Yo le apreté el hombro con la mano al cruzarnos. Ella siguió empeñada en no mirarme, pero se inclinó a mi caricia. Ahora Nadia me observa cuando ella está en su *lanai* y yo salgo a mi balcón. No desvió la vista.

Mi marido dice que soy un gato salvaje. Después de hacer el amor, siempre silba en voz baja y me da una palmadita en el muslo, diciendo: «Joder, mujer, vas a matarme un día de estos». El día de nuestra boda mi madre me llevó aparte en la capilla. Yo estaba a medio vestir, caminando por ahí en unas medias blancas, un corsé y zapatos de tacón blancos de charol. Mi vestido era una monstruosidad de satén y gasa y quería llevarlo el menor tiempo posible. Estábamos en un vestíbulo oscuro y mi madre se puso a alisarme los rizos, apartándomelos de la cara, enredando con la diadema de perlas que me sujetaba el pelo hacia atrás. Me dijo: «Conservar a un hombre no tiene mucho misterio». Me retocó los labios con un pañuelo que llevaba, plegado, en la palma de la mano. Dijo: «Haz cualquier marranada que quiera, cuando quiera, y nunca tendrás problemas». Ese fue el único consejo que me dio en su vida. Ella y mi padre se divorciaron cuando yo tenía nueve años.

1217 Ridgewood Rd Unit 23

Tricia limpiaba casas y se le daba bien, sabía exactamente cómo ingeniárselas en casa de otra persona para arreglar los desórdenes de los que nadie quería responsabilizarse. Le encantaba hablar con sus clientes. Le servía para juzgar a las personas. Si no le hacían caso o eran herméticos en sus respuestas, ella sabía que no eran buena gente y no tenía remordimientos si se agenciaba algunas de sus posesiones —pequeñeces que nunca echarían en falta por tener demasiadas—. Tricia llevaba camisetas sin mangas y *shorts* vaqueros recortados para trabajar, dejando al descubierto sus bronceados brazos y sus largas piernas. Se hacía un moño alto y se soltaba en el cuello algunos mechones finos de su pelo rubio trigueño. El sudor solía estancarse entre sus pechos, dejándole una línea húmeda en el centro de la camiseta, y esto a Tricia le traía sin cuidado: estaba orgullosa de trabajar tan duro que su esfuerzo dejara una marca. Las esposas que empleaban a Tricia no apreciaban lo cómoda que ella se sentía con su cuerpo y su labor, especialmente si sus maridos estaban en casa. Lo tomaban como un insulto. Una mujer que limpiaba

sus casas tenía de natural un cuerpo precioso, mientras que los mejores cirujanos del sur de Florida las estiraban a ellas hasta la tirantez y no tenían ni la mitad de buen aspecto. No era justo. Se suponía que el dinero estaba para que las cosas fueran justas. Tricia limpiaba casas muy grandes; esas con habitaciones con nombres especiales del tipo «sala multimedia», «centro de *fitness*» y «biblioteca». Los suelos eran de mármol por lo general y, cuando las mujeres que vivían en estas casas caminaban, se oía el clic-clac-clic-clac de sus tacones. La mayoría de las mujeres que limpiaban casas en la zona eran de piel oscura y hablaban español o criollo. Tricia era toda una novedad y sus servicios eran muy requeridos porque a sus clientes les gustaba tener una criada anglohablante en la misma medida en que les incomodaba ver a una mujer blanca realizando las tareas de «la gente». De vez en cuando las esposas le preguntaban a Tricia de dónde era y ella explicaba que su pueblo estaba en la región de Everglades: su familia había vivido durante generaciones en el pantano, tan en sus entrañas que era necesario un aerobote para llegar hasta su tierra, donde las casas eran todas de estuco, con moho y las ventanas abiertas de par en par. Cuando Tricia decía esto, era como si estuviera diciendo algo más, pero las esposas nunca supieron qué a ciencia cierta.

La negra blanca

EN el club, Sarah se hace llamar Sierra. El gerente le puso este nombre el día que la contrataron, hace cuatro años. Le preguntó si tenía alguna preferencia, pero ella se encogió de hombros, dio un sorbo de su refresco recalentado y le dijo que improvisara. Él la miró de arriba abajo y arriba otra vez. «Sierra —dijo—. Pues eso, cuando oigas tu nombre, vuelves la cabeza.»

A veces, cuando está abriendo el frigorífico o un cajón para sacar unos *shorts*, Sarah se descubre cimbreando las caderas y arqueando la espalda. Incluso cuando no está en la barra, baila alrededor de ella. Se hincha a ibuprofeno en cápsulas porque, incluso en casa, no deja de oír el pum, pum, pum de la línea de bajo.

Candy, su mejor amiga en el club, miró de reojo a Sarah en su primer día de trabajo y le dijo que bailara música *booty-shaking*, propia de las negras, porque a los tíos les encanta ver a las blancas de culo jugoso meneando su material. Sarah se sonrojó y giró sobre sí misma para verse mejor el culo. «¿Tengo un culo jugoso?», preguntó.

Candy se rio y le agarró una buena molla al culo de Sarah, pero esta ya sabía que tenía un culo jugoso y de dónde le venía. Su madre es negra y su padre es blanco, pero durante años todo el mundo ha supuesto que es blanca porque tiene los ojos verdes y el pelo rubio y lacio. No se avergüenza de quién es, pero en Baltimore es más fácil ser una chica blanca con el culo de una negra que ser una negra que parece blanca o, para el caso, cualquier otra clase de negra.

Su sello personal es agarrarse a la barra con ambas manos, arquear la

espalda y deslizarse hacia abajo hasta que su larga cabellera roza el escenario mientras agita frenéticamente la pelvis arriba y abajo. Sarah odia la barra, siempre caliente y pegajosa al tacto, pringada de efluvios grasientos, y también odia el hecho de que, cuando se reclina hacia atrás, enrosca una pierna a la barra o se cuelga boca abajo meneando las tetas, no está haciendo nada especial, la verdad.

Sarah detesta el olor de los billetes de uno y cinco dólares, pero puede vivir con el pestazo de los billetes más grandes. Toma el sol tres días a la semana, desnuda, para no tener marcas en el cuerpo. Va al esteticista para hacerse una depilación integral una o dos veces al mes. Realza su peinado con extensiones rubias que renueva dos veces al mes. Trabaja fuera de casa dos horas al día, los siete días de la semana. Ingiere mil cuatrocientas calorías al día. Es un régimen agotador, pero son gajes del oficio. Entre semana estudia en la Universidad Johns Hopkins, cuya matrícula asciende a casi cuarenta mil dólares, y la ayuda económica que recibe cubre solo dos tercios. El resto lo paga de su bolsillo. Le queda un año para graduarse en las licenciaturas de Estudios Internacionales y Lenguas Románicas, además de un curso de árabe. Es 2004. Su idea es trabajar para la CIA, porque pasar por blanca es algo que desempeña con cierta eficacia.

Al principio, Sarah era un desastre de estríper. No sabía bailar. No le gustaba que la miraran. No *quería* que la tocaran. Odiaba los ostentosos vestidos que caían rápidamente al suelo cuando actuaba en el escenario u ofrecía un *lap dance*. Odiaba los tacones imposibles y los tangas de hilo que se le metían por la raja del culo, y apestar a tabaco después de una larga noche y tener que mirar siempre por encima del hombro cuando caminaba hacia el coche al final de su turno. Aun así, tampoco es que le hiciera mucha gracia ponerse un uniforme de poliéster y una gorra con visera, y de todas formas no habría podido vivir con el sueldo de esa clase de empleos. Sarah siguió el consejo de Candy y empezó a ver BET, el canal de ocio para afroamericanos, para instruirse debidamente. En la privacidad de su apartamento, en Towson, procuraba darse palmaditas en el culo y bailar y menear el cuerpo como las chicas de los vídeos y las de su juventud en el oeste de Baltimore, que se movían muy rápido y con elegante precisión.

William Livingston III vive básicamente para ver a Sierra bailar el *Get*

Low de Lil Jon, porque la canción sigue siendo muy popular en este tipo de establecimientos. No le importa pagar por el privilegio de ver bailar a Sierra. Le gusta su numerito: señala hacia la ventana, hacia la pared e imita el sudor chorreando por sus proverbiales redondeces. William va a verla al club tres veces por semana, los miércoles, los viernes y los sábados. Pasa dos horas allí. Le da propinas a Sierra que oscilan entre los cien y los quinientos dólares. Después de bailar *Get Low*, Sierra le baila en el regazo, desprendiéndose de su vestidito con un leve contoneo y se lo pone a William en el hombro. Se sienta a horcajadas en su regazo, se afloja el sostén con movimientos sexis, se lo enrolla en su encalvecida cabeza y luego se lo abrocha alrededor del cuello como una correa. Se junta los pechos apretándoselos, se lame los pezones y siente la verga dura de William entre sus muslos separados. Se inclina sobre su torso, pero se aparta bruscamente antes de acercarse demasiado.

Cuanto más dinero desliza él bajo la estrecha cinturilla de su tanga, más baja y con virulencia retuerce ella las caderas. Si Sierra baja la vista y ve una corona de billetes envolviendo su cintura, permite que William le agarre el culo, a pesar de que siempre le deja pequeños cardenales. William le hace proposiciones a Sierra cada dos por tres. Quiere follársela en el cuarto de baño de un restaurante. Quiere llevársela a un buen hotel y sorber champán de su cuerpo, darle de comer uvas frías. Quiere lamerle el ombligo y regarla de diamantes y cabalgarla en la postura del perrito. William todavía no ha calculado su precio. Había hecho progresos en cuanto a la posibilidad de ver a Sierra fuera del club —ella ya no fruncía tanto el ceño al verlo—, hasta que un día le dijo: «Quiero follarte a lo guarro porque mi mujer es una mojigata de cuidado». Sierra apartó a William con la mano y le dijo: «No puedo creer que acabes de decir eso».

Sierra volvió a fruncir el ceño, más profundamente esta vez, así que él empezó a ir al club cuatro noches a la semana; le dijo a su mujer que había encontrado un nuevo grupo de *bridge*.

Sierra intenta dejar a Sarah en casa, pero no siempre lo consigue. Le reconcome la culpa cuando piensa en todos los hombres casados que le lanzan miradas lascivas desde la barandilla de las propinas y se sientan en oscurecidos reservados con las piernas abiertas de par en par lamentándose de

todas las cerdadas que no les hacen sus mujeres. A Sarah estas conversaciones le parecen una descortesía, y después de haber visto a tantos hombres así, demasiados, sus mujeres no le inspiran la menor de las simpatías.

Cuando Sarah termina su turno va a una cafetería que está unas puertas más abajo del club, con la cara limpia tras frotársela a conciencia. Lleva una camiseta, unos vaqueros y el cabello recogido en una pulcra coleta. Se sienta a una mesa libre y alisa esmeradamente los billetes que ha acumulado, separándolos en montoncitos según su valor. A veces un camarero llamado Álvarez se sienta con ella y también se pone a contar sus propinas. Ella está desesperadamente enamorada de Álvarez porque él nunca le pide salir, porque tiene las manos suaves y limpias y porque no dice ninguna grosería sobre su profesión aunque pueda olerlo en ella. Álvarez nunca deja que se le entibie el café y le sirve más recién hecho, y le prepara generosas ensaladas con el aliño a un lado del plato, y luego le da sobres de toallitas húmedas para que ella se limpie las manos una vez ha terminado de calcular su valía de esa noche.

Álvarez ama a Sarah con el mismo fervor, pero es ilegal, un «sin papeles», y le preocupa qué pasaría si una cosa llevara a la otra. Álvarez es un guerrero. Cuando era un bebé, en Honduras, su madre se encontraba a su hermoso niño en su cuna no llorando, sino inquieto y royéndose los finos repelos de sus uñas de bebé. Las noches en las que está demasiado cansado o atolondrado como para estar preocupado, se sienta junto a Sarah, en el mismo lado de la mesa que ella, y le coge la mano. Le susurra en español. A veces canta su canción preferida, *Volver*, de Estrella Morente. Mientras Álvarez canta, da golpecitos en la mesa con un ritmo constante y Sarah se mece de lado a lado y a veces se une a su canto. Él adora esta canción porque adora el nombre de Estrella. Cuando acompaña a Sarah hasta el coche, señala el cielo nocturno y dice: «Mira las estrellas», y Sarah levanta la vista y su corazón late ferozmente, con ternura.

William adora a las mujeres negras, pero es rico y su riqueza tiene historia. No tiene lo que hay que tener para atreverse.

Los hombres como él no pueden permitírselo. Su padre, William Livingston II, le contó una vez que los Livingston llevaban largo tiempo tocados por un punto de fetichismo racial, pero que los hombres de su rango no cedían a semejantes reclamos menores. Mientras William y su padre

observaban a sus criadas negras con sus ceñidos uniformes grises y blancos inclinándose para limpiar el polvo y ordenar los objetos de su vida, padre e hijo las devoraban con los ojos con una sonrisa taimada. William II le agarró el hombro a William III y le dijo: «Eso se mira, hijo, pero no se toca. La familia no puede permitirse un escándalo así». William sublima sus deseos escuchando música rap. Cuando la urgencia se vuelve insoportable, cuando el deseo de catar la piel de una mujer negra le humedece la lengua, conduce lentamente por el oeste de Baltimore mientras mira con descaro a las jóvenes negras en vaqueros Apple Bottoms, el pelo engominado en el cuero cabelludo, los aretes rebotando en las orejas y los labios pintados de llamativos colores. Se queda mirándolas hasta que ellas le lanzan miradas asesinas y lo llaman viejo verde o cosas peores. En esos momentos, cuando las chicas lo miran directamente con justificada rabia, la polla se le hincha y se tensa contra sus pantalones de lana fina. Entonces susurra: «Se mira pero no se toca» hasta tener la boca seca y llena.

William vive en Guilford con su mujer y su hijo adolescente, en una mansión de ladrillo, vieja pero solariega, que su padre le dejó en herencia con un fondo fiduciario respetable. Cuando William trajo por primera vez a su mujer, Estelle, un palillo con el pelo rubio platino de Connecticut, esta se apretó las perlas que llevaba al cuello y dijo: «Esto no se parece en nada a Baltimore. Gracias a Dios». Había oído todo tipo de cosas sobre Baltimore en Greenwich. Sus amigos le habían dicho que mudarse allí sería como mudarse a la jungla. Estelle desconoce la inclinación de William por la mora más negra, aunque su gusto musical le choca bastante. De noche, antes de acostarse, él se queda en la sala multimedia entre sus altavoces de última generación que truenan con DMX, Method Man y Soulja Boy. Ve videoclips de rap y saborea las morbosas imágenes de las zorritas de la tele que se deslizan por barras y gatean por el suelo mientras los raperos les pasan tarjetas de crédito por sus generosas nalgas. Se permite fantasear con que se folla a una de estas mujeres de ébano allí mismo, entre los altavoces, con el bajo tan potente que los presiona a ambos como un espíritu santo.

Carmen, una negra joven, es la criada de William y Estelle. Vive en las dependencias del servicio, encima del garaje. Tiene la piel caoba oscuro, los labios carnosos, los pechos grandes, el talle estrecho y un culo negro perfecto. William describió a la joven a sus amigos del club de campo así: «Tiene el

culo como esas mujeres que llevan a los críos encima en África», y luego se rio y saboreó un trago de su brandi. Carmen tiene un habla dulce, con un deje sureño. Huele a manteca de cacao. Cuando se presentó en la mansión de los Livingston, la contrataron en el acto. William se apresuró a instalar por todo su apartamento una serie de cámaras de vigilancia y micrófonos que conectaban con un disco duro al que podía acceder desde cualquier sitio. Siempre había pensado que su fortuna era una carga, pero pronto comprendió que podía salirse con la suya.

Como William alquila un espacio para oficinas, tiene una razón para salir de casa. Aparte de supervisar sus inversiones en línea, no trabaja. Ve vídeos de Carmen mientras duerme o se ducha, habla con su madre, que está en Carolina del Sur, ve la televisión o lee.

Una vez casi se la folló. Era de madrugada y fue a su dormitorio, con el batín bien ceñido a la cintura. Cuando Carmen abrió la puerta, estaba claro que la había despertado. Ella cruzó las manos delante del pecho y se movió nerviosa.

William la agarró de los hombros, respirando pesadamente por la nariz. «Todo lo que hay en esta casa me pertenece», dijo. Después se rio con la misma risa con que se rio ante el lecho de muerte de su padre y comprendió lo rico que estaba a punto de ser.

Carmen llevaba puesto únicamente un fino camisón blanco con finos tirantes y el escote bordado de flores. Él alargó la mano hacia sus muslos y la miró fijamente a los ojos. Carmen le sostuvo la mirada, le agarró la muñeca y se la apartó. «Necesito este empleo», dijo. William sonrió y miró al suelo. Carmen nunca hablaba mucho, pero era una chica lista.

Cuando Carmen se puso lentamente de rodillas, William le apoyó su mano carnosa en la coronilla y siguió el nacimiento de su pelo con el pulgar. «¿Conoces esa canción de Twista, *Wetter?*» No esperó la respuesta. «En esa canción la chica dice que necesita un viejo ricachón. ¿Lo necesitas tú, Carmen?»

Ella se aflojó el cinturón que le ceñía el batín, suspiró y se inclinó. Mientras su criada se la chupaba, William Livingston III se tranquilizó en su fuero interno, diciéndose que aquello no era lo mismo que tirarse a una negra. Le estaban chupando la polla, cosa habitual entre los hombres de su ralea desde hacía más de cien años. Cerró los ojos, afianzó el agarre sobre la

cabeza bamboleante de Carmen y se imaginó que se la estaba follando en una playa de Ibiza o sobre la mesa de su oficina. Justo antes de correrse le ordenó que se quitara el camión. Ella se sometió. Eyaculó sobre sus pechos y le ordenó que se lo restregara en la piel. Se fue de allí tan rápido como había llegado y luego vio el vídeo de Carmen lavándose a conciencia desde la tranquilidad y la comodidad de su estudio. Nunca volvió a molestarla. Había obtenido lo que quería.

Cuando no está observando a su criada, William se pone su música y repite las letras que hablan de corridas y de Beckys —esas blancas que van de guais pero son unas pijas privilegiadas—, y de sacar culo y vivir la vida mafiosa. Su despacho tiene un pequeño armario donde guarda la ropa urbana que le manda comprar a su asistente en el oeste de Baltimore: vaqueros Sean Johns, sudaderas Phat Farm y botas Timberland. Su visión de lo que visten los chavales está desfásada. A veces posa delante del espejo de cuerpo entero, agarrándose con la mano abierta el tiro del pantalón, y ladea la barbilla intentando recrear con los dedos los gestos de los pandilleros. Después de un ajetreado día de ensimismamiento, William se retira al club de campo para cenar con su mujer y su hijo, asiste a una gala benéfica o va a ver a Sierra, la chica blanca con culo de negra.

William se está volviendo cada vez más posesivo y se enfada si la ve riéndose con otros clientes o bailando para ellos. Sus manos son más ávidas y sobonas que nunca. A Sierra esto no le hace ni pizca de gracia, no le gusta que la interrogue sobre el baile que les estaba haciendo a dos universitarios cuando él ha entrado en el club. Le dice que sus celos la aburren. Él frunce el ceño. Una canción de los Ying Yang Twins trueno por los altavoces, *The Whisper Song*. Es una de las canciones favoritas de William.

Ella hace una mueca.

—Tú solo pagas por mi tiempo cuando estás aquí, William. Creí que lo sabías.

Él se lame los labios e intenta agarrarle los pechos antes de meterle mano en el culo, gozando de la abundante carne que asoma por los espacios entre sus dedos. Sierra permite el afecto porque lleva en la cintura una guirnalda de trescientos dólares, como mínimo.

—Preferiría comprar todo tu tiempo. ¿Por qué no te conviertes en mi

bailarina particular?

Sierra se ríe.

—¿Como la canción?

William se empalma. Le encanta Tina Turner. Sus piernas. Su voz. Sus labios. Sonríe maliciosamente.

—Exactamente como la canción.

Sierra se vuelve, poniéndole el culo en plena cara. Se contonea coquetamente y sus nalgas vibran y le rebotan en la cara. Se vuelve para mirarlo por encima del hombro, echándose la larga cabellera a un lado. Se relame despacio los labios. William gime, se arrellana en su asiento, atrae a Sierra hacia sí y se tocan. Cierra los ojos y piensa en las chicas del oeste de Baltimore. Escucha las letras de las canciones. Cree en las letras. Quiere que una puta le mire la polla. Quiere zumbarse ese coño. Se corre en los pantalones; una mancha húmeda avanza lentamente hacia la entrepierna. Cuando Sierra intenta levantarse, él la sujeta con firmeza. Sierra intenta soltarse los dedos, pero él es más fuerte. Ella mira fijamente al mazas que está observando la escena y levanta las manos en alto. El mazas se encoge de hombros y sigue mirando. William siempre deja generosas propinas para que el mazas no intervenga cuando rompe las reglas del club, cosa que hace con regularidad. Sierra le saca el dedo al mazas, la ira la abrasa lentamente por dentro.

Después del trabajo, Sarah está de un humor de perros. Va a la cafetería y se queda cerca de la entrada, caminando arriba y abajo. Álvarez está rellenando de sal y pimienta los saleros. Levanta la vista y sonríe, pero luego hace un mohín cuando advierte la rigidez de Sarah, la furia que irradia en oleadas. Se seca las manos en el delantal y le dice a su jefe que tiene que irse antes. Álvarez lleva a Sarah a casa. Le pregunta qué le pasa, pero ella calla. Ninguna canción ni estrella la consolará. Cuando llegan al piso de Sarah, Álvarez entra con ella y se sienta en el sofá, nervioso. Sarah coge una fotografía de un estante y se la da. Señala a una mujer alta y atractiva de piel caramelo y sonrisa triste. Se sienta.

—Es mi madre —dice.

Los ojos de Álvarez se agrandan, pero se arrima más a Sarah. Le dice en español: «Tu madre es bonita. Eres mi negra blanca». Se quita el delantal, se arremanga y le prepara un baño. Ella se desviste delante de él, sin el menor

rubor. Entra en el calor de la bañera, primero un pie y luego el otro, y suspira mientras sumerge el cuerpo en el agua. Álvarez alcanza la manopla, cuidadosamente doblada en un toallero, y la lava despacio, borrando el sudor y los efluvios humanos y el rancio olor a cigarrillo y los comportamientos inapropiados. Sarah le habla a Álvarez de su horrorosa noche en el trabajo. Le habla de los hombres que no aceptan un no por respuesta y de los que permiten que ocurran esta clase de cosas. Está cansada, cansadísima. «Voy a matarlos», farfulla él. Sarah apoya su húmeda mano en la mejilla de Álvarez. «No es necesario. Son gajes del oficio», le dice. Álvarez asiente, pero mientras Sarah yace en la bañera, con su piel limpia y rosa, los ojos cerrados y canturreando una desconocida melodía, él aprieta los puños hasta que se le ponen blancos los nudillos. Luego la besa en la frente.

William Livingston III espera en su BMW sedán fuera del apartamento de Sierra. No entiende qué hace la estríper con un camarero sudaca cuando podría estar con un hombre como él. Está escuchando un tema agresivo de DMX mientras se fuma un puro dulce barato que le ha robado a su hijo de su cuarto. Se mira en el espejo retrovisor e intenta ladrar ferozmente como el rapero. Llama a su mujer, Estelle, para decirle que llegará tarde. Percibe la ginebra en la voz de ella, sabe que si vuelve tarde no pasará nada.

Cuando el camarero se marcha, William aplasta la colilla en la calle e intenta alisarse el pelo sobre la calva. No es la primera vez que sigue a Sierra hasta su casa. Llama a la puerta y traza un siete con el dedo. Sarah abre la puerta con su esbelto torso envuelto en una toalla. Se está riendo, pero ahoga un grito cuando reconoce a William, del club de *striptease*. Intenta cerrar la puerta, pero él hace cuña con el pie en la jamba.

Sarah analiza a menudo los peores escenarios posibles de los gajes de su oficio, pero que un cliente se presente en su casa, al norte de la ciudad, nunca se le había pasado por la cabeza. Intenta cerrar la puerta de nuevo, pero esta vez William la abre a empujones y entra en el apartamento.

Sarah se traga el escalofrío que se retuerce alrededor de su espina dorsal. Piensa en el ensayo de ciencias políticas que debe terminar, en el texto de Sartre que tiene que leer, en el fragmento que debe traducir, en la cita con su tutor..., todo esto y más antes de su siguiente turno en el club. Piensa en Álvarez, que ha elegido el nombre de Estrella para la hija de ambos. Piensa en

la comida que ha ido a recoger él y en su voz dulce cuando le canta *Volver* para serenarla. No tiene tiempo para esto.

—Si no te vas, voy a llamar a la policía —dice—. Y si mi novio te pillará aquí, te matará.

William no se deja intimidar por sus furiosas palabras. Se desata la corbata y empuja a Sarah. Ella se golpea la cabeza contra la mesa de centro y cae al suelo. A ella le parece que su voz y sus gritos son tan fuertes que las ventanas tiemblan, pero lo único que oye William es un agudo timbrazo.

Este le da un puñetazo en la mandíbula a Sarah y un dolor agudo le penetra en el hueso. Unas lágrimas calientes le recorren las mejillas, pero intenta aguantar el tipo. Intenta centrarse más allá del cuerpo orondo de William, que se cierne sobre ella. Intenta no perder el conocimiento, porque así podrá testificar.

William se arrodilla entre los muslos de Sarah. Se pone un condón. No sabe con quién habrá estado la estríper. Pone en práctica la jerga que ha aprendido a base de escuchar música rap durante años. «Quiero hincártela desde el primer día que te vi, Sierra. Me flipa tu culazo.» Sarah gime y se arrastra, intentando alcanzar su teléfono móvil, que está en la mesa de centro. Pero no llega por los pelos. William la pone boca abajo y luego la penetra, respirando acaloradamente en su oreja, diciéndole que follársela es igual que follarse a una negra sin tener que follarse a una negra. Le abofetea el muslo y le dice que haga lo que Lil Jon ordena, que menee sin parar ese culazo.

Sarah se centra en su furia. Deja que le cuaje en el pecho y en el corazón. Deja que le cubra la piel. La siente en su sangre. Su furia le apelmaza la boca.

William no se demora mucho. Con un último embate, le gruñe en la oreja. Aprieta sus finos labios contra el hombro de Sarah, una pequeña muestra de afecto. Sarah se encoge. Está tumbado encima de ella y su sudoroso peso la aplasta más contra el suelo. Ella intenta huir arrastrándose, pero su peso, cargado de licor, comida y grasa, es excesivo. Finalmente William se levanta y admira de nuevo el culo perfecto de Sarah. Se viste y se sienta en el sofá. Deja diez de los grandes, nuevecitos, en la mesa de centro y dice: «Podríamos haberlo hecho por las buenas, Sierra». Cuando está a punto de despedirse, mira la fotografía de la madre de Sarah y se detiene. «Esta mujer negra es igual que tú», constata.

Sarah alcanza su toalla y se protege con ella. Se recobra y aspira

profundamente. «Deberías irte ya», dice, deseando sonar firme.

William levanta la fotografía y la señala furioso. «¿Por qué se parece a ti esta mujer?»

En la puerta, Álvarez percibe la tensión en la voz de Sarah y entra en el apartamento. Mira detenidamente a William, inspecciona el desorden y cae en la cuenta. Cuidadosamente, cubre los hombros de Sarah con su abrigo y se planta delante de ella, que apoya la mejilla en su espalda. Le rodea la cintura con un brazo. Respira.

El rostro de William se tiñe de rojo encarnado mientras la fotografía le resbala de las manos. Se retira del apartamento de Sarah negando con la cabeza. Álvarez hace ademán de seguirlo, pero Sarah le ciñe más la cintura.

—Tenemos que ir a la policía —dice él, pero Sarah niega con la cabeza.

—Gajes del oficio —susurra, forzando sus labios en un amago de sonrisa—. Estoy muy cansada. —Está más que cansada, realmente. Está vacía y quiere sosiego. Eso es lo que quiere.

Álvarez se vuelve para mirarla, los cardenales que le ha dejado en la cara, en los brazos. Le preocupan los cardenales que no puede ver. Le prepara otro baño. Ella se sienta en la bañera y se abraza las rodillas. Permanece en silencio mientras él intenta limpiarla otra vez a conciencia. Más tarde, se tenderán juntos en la cama, respirando silenciosamente, en una quietud perfecta. No se tocarán, pero Álvarez no bajará la guardia. Aparcará sus inquietudes y le dirá a Sarah que la ama. Le hablará de Estrella y, en la oscuridad, ella sonreirá al fin. Quiere decirle a Álvarez que lo ama, también, pero no lo hará; no cuando su cuerpo sigue soportando el peso de William Livingston III. En cambio, cubrirá la corta distancia entre ellos.

En cambio, le cogerá la mano, esperando que eso sea suficiente.

William se acomoda en el asiento de piel de su BMW y la ingeniería alemana le reconforta al instante. Arranca a toda velocidad, pero frena tan pronto como ha puesto distancia entre él y el apartamento de la estríper. Se asoma por el coche y vomita, los ácidos le queman la garganta y la boca. Hay güisqui en la guantera. Da un buen trago de la botella y se enjuga los labios con el dorso de la mano. Se le ha caído un poco de güisqui en los pantalones. Intenta limpiarse. Le quema la piel. Penitencia, piensa. Y absolución.

Mientras conduce, ignora el revestimiento acre en sus labios, sus dientes y su lengua. Está horrorizado. Está exultante. Atrapa su reflejo en el espejo retrovisor e ignora la mirada de reproche que su padre le devuelve.

William permanece sentado a la entrada de su casa, con la frente aplastada contra el volante de piel durante un buen rato. Intenta reconciliarse con el hecho de que ha culminado algo que los Livingston han tenido la disciplina de evitar durante generaciones.

Oye pisadas y levanta la vista. William Livingston IV camina silbando mientras va del garaje a la casa. Livingston sénior siente, al observar a su despreocupado hijo, que le quitan una enorme carga de encima. Sale del coche y le hace una seña. Livingston júnior se para, sonrío y espera a su padre. «Estamos en el mejor de los mundos», le dice William a su hijo, dándole una palmadita en la espalda con sus manos ávidas y sobonas antes de rodearle los hombros con un brazo y llevarlo dentro.

El brazo de bebé

SALGO con un chico que trabaja de promotor de ventas en unos grandes almacenes y una de sus tareas es diseñar escaparates. Me lo cuenta en nuestra tercera cita. Ya nos hemos acostado, dos veces. No me hago de rogar. Cuando me habla de su empleo, estamos en un bar sórdido tomando cerveza de barril en jarras refrigeradas. Le doy un golpecito en el pie con mi pie y le digo: «Estoy lista para volver a tu casa cuando tú lo estés». Las «conversaciones para conocerse» que estamos teniendo me sacan de quicio. Nunca me ha gustado ver los tráileres de las películas, siempre me han parecido una pérdida total de tiempo. Me cuenta que decora escaparates y que tiene acceso a un almacén lleno de maniqués enteros y de partes sueltas. Le digo: «Como en la peli *Maniquí*», pero no pilla la referencia... Decepcionante. Le recuerdo a Andrew McCarthy, Meshach Taylor y Kim Cattrall haciendo de las suyas a altas horas de la noche en el interior de un almacén gracias a la magia de un antiguo collar egipcio, todo ello con el sonido sintetizado de la banda sonora de fondo, típico de los ochenta. De camino a su casa nos paramos en un Redbox para alquilar la película y le encanta, y es la primera vez que pienso que el chico no es un cero a la izquierda. Un par de meses más tarde, se pasa por mi piso en mitad de la noche, porque ya hace tiempo que hemos desistido de cualquier pretensión de un interés mutuo por otra cosa que no sea sexo guarro, y me trae un brazo de bebé de fibra de vidrio, pintado de color carne. Me lo da y me dice: «He pensado que esto podría gustarte», y yo cojo el brazo y le digo que como se descuide terminará enamorándose de él y me responde que por él sin problema.

Nos llevamos una botella de vino y el brazo de bebé a mi cuarto, que acaricio mientras apuramos el tintorro. Tengo un regusto afrutado en la boca, pero agrio, barato. No me importa. Me estoy prendando rápidamente de la descuidada barba que cubre a retazos la cara de mi amante y de sus finos labios y de la sensación cuando me roza la espalda en perezosos círculos porque nunca sabe cómo dar el paso; sigue sin entender que lo único que tiene que hacer es empujarme contra la cama y decirme que abra las piernas. Dejo el brazo de bebé en la mesilla de noche y alecciono a mi amante un poco sobre cómo seducirme. Él sigue mis instrucciones al pie de la letra, así que yazco debajo de él y me imagino un poco más de vello en su pecho, un poco más de músculo en torno a sus huesos. Sonríe abiertamente y yo pienso en mi mejor amiga, Tate. Ella y yo trabajamos juntas de publicistas para un sello discográfico y a menudo nos lamentamos por estar sacrificando nuestras almas. No estamos motivadas para cambiar nuestras circunstancias profesionales. Siempre debemos estar guapas y conseguir que la gente crea en ídolos falsos y aguante nuestro ritmo alcohólico. Nos recompensan generosamente por hacerlo. Nos desgravamos la cuota del gimnasio y los tratamientos depilatorios. Nuestros despachos están puerta con puerta, pero nos pasamos la mayor parte del tiempo colgadas al teléfono, hablando de nuestro club de lucha exclusivamente para chicas, nada de chicos. Los chicos no tienen ni idea de cómo lastimar a las chicas.

—Oye —me dice él—, ¿estás conmigo? —Abro los ojos y lo miro, encima de mí. Una delgada línea de sudor perlado le recorre el nacimiento del pelo. Sonríe. Le digo que me odie más. Lo hace, y un dolor placentero empieza a extenderse por entre mis muslos, y me doy en la cabeza con el cabezal de la cama. Ahora estoy con él.

Más tarde, sigo despierta porque lo de dormir no es lo mío y estoy dolorida, y por eso el chico me inspira cierta ternura. En lugar de despertarlo a codazos y decirle que se vaya a su casa, lo observo dormir. Cojo el brazo de bebé y me maravilla lo pequeño y perfecto que es, con cada uno de sus dedos exactamente donde se supone que tiene que estar, ligeramente enroscado hacia la muñeca. Utilizo el brazo de bebé para acariciar el brazo de mi especie de novio. Se llama Gus. Ahora que sé su nombre a ciencia cierta, ya no lo llamo Ey Tú ni me refiero a él como «el pavo al que me estoy tirando» cuando hablo con mis amigos. Apoyo el brazo de bebé contra mi pecho y finalmente me

vence el sueño. La verdad es que había subestimado a Gus.

A la mañana siguiente en la oficina llamo a Tate y le cuento lo bien que Gus se deja guiar. Ella dice: «La próxima vez que folléis llámame para oíros y cuando te corras di mi nombre». Le digo que lo haré. Para eso están las amigas. Hablamos del brazo de bebé, que casi articula y todo. Le cuento que lo he limpiado amorosamente con una toallita húmeda para bebés y que le he dado besitos en las yemas de los dedos. Ella dice: «Quiero un chico que me traiga un brazo de bebé». Me pregunta cómo he tenido tanta suerte y me quedo en blanco hasta que analizo la secuencia de acontecimientos que han traído a Gus a mi vida. Le explico que he tenido tanta suerte gracias a una vida dedicada al zorreo y a las conductas indebidas y a mi capacidad de beber tequila a secas. Tate masculla algo a modo de aprobación. Quiero decirle que es el destino, pero ella es dura de pelar y probablemente se reiría. Le digo que le preguntaré a Gus si tiene algún amigo hetero en el mercado. Ella dice: «Esto hay que celebrarlo. Esta noche tenemos pelea en el club», y me repite una dirección que no me suena. «¿Cómo vamos a hacer famoso a un cantante pop de trece años?», le pregunto, desviando brevemente la conversación hacia el trabajo. Tate guarda silencio un rato. Finalmente, dice: «Señoras mayores blancas que se hacen la permanente». Somos muy buenas en nuestro trabajo.

Cuando se acerca la hora de ir al club de lucha, llego a una zona comercial con una ristra de tiendas, algunas de ellas vacías; es uno de esos minicentros comerciales que incluyen una sala de culto deprimente repleta de pósteres con un Jesucristo negro y sillas plegables; una caseta de pollo frito con dos mesas y un mostrador sucio que promete su poquito de salmonelosis; un emporio minorista para estríperes y allegados, y un servicio de urgencias. El minicentro comercial es el mejor sitio del mundo. Antes de salir del trabajo, Tate me dijo que entrara en el emporio estríper y que pidiera que me llevaran al sótano para echarle un ojo a unos zapatos de acrílico transparente que me quedarían de vicio. Tate está esperándome allí, con su cabello rubio trigueño repeinado hacia atrás en una estirada coleta. Lleva vaqueros, camiseta sin mangas y chupa de cuero, como yo. Lo mismo que todas las chicas que hemos invitado; somos diez en total, guapas y desquiciadas, chicas que llevan la fealdad por dentro, que es donde tiene que estar, incluso si a veces cuesta contenerla. Estamos todas que partimos la pana. Digo: «Esta sala es un sueño húmedo», y todas se ríen nerviosas, y Tate dice: «Vamos a darle duro».

Tate se echa a correr hacia una pelirroja flaca, una modelo que es relativamente conocida y que merodea en una esquina de la sala. Tate le asesta un puñetazo en la barriga y yo siento un hormigueo por todo el cuerpo, cuando, en eso, unos nudillos entran en contacto con mi rostro y noto el regusto de la sangre en el fondo de mi garganta. Me enfurezco tanto que empiezo a lanzar golpes. No me importa a qué le estoy sacudiendo. No pierdo el tiempo en establecer reglas o pontificar el significado de nuestro club de lucha. Nosotras no hacemos nada de esa mierda de peleas de chicas. Aquí no hay tirones de pelo, arañazos ni chillidos impotentes. A nosotras lo que nos va son los puños cerrados, las hostias a mano abierta en la cara y los rodillazos contra vientres planos. Agarramos cuellos entre los dedos hasta que unas manos desesperadas se nos clavan en las muñecas. Luchamos en el pegajoso suelo y nos llamamos de todo hasta que la sala se endulza de sudor y profundos hematomas. Peleamos hasta que los brazos nos pesan y nos duelen tanto que no podemos levantarlos y una chica, que está atrapada debajo de un enorme chico que da miedo, grita de pronto: «¡Que te quites de encima, culo gordo!». Sus palabras son tan afiladas que todas las oímos por encima de los puños que caen contra la carne y los quejidos y los jadeos. Todas resoplamos porque su oponente es corpulenta, pero no está *gorda*.

Tate deja de golpearle la cabeza contra el suelo a un hada de pelo rosa y me mira desde el otro extremo de la sala. «Te quiero», leo que dicen sus labios, y yo sonrío a pesar del dolor, y otra serie de nudillos entran en contacto con mi cara, arruinando el momento: las zorras lo arruinan todo. Me noto la mandíbula suelta y unos cardenales feos empiezan a formarse en mis pómulos. Estoy segura de tener un par de costillas rotas. Me arrastro hasta una pared cercana y me siento con las rodillas recogidas contra el pecho. Tate se agacha despacio a mi lado. Me coge las manos entre las suyas y me besa las yemas de los dedos, la parte interior de las muñecas. Dice: «¿Lo ves? Nadie puede lastimar tanto como una chica». Estamos todas desplomadas y llenas de lesiones. Intentamos recomponernos mientras consideramos estrategias cosméticas para ir al trabajo al día siguiente. Me compro los zapatos de acrílico transparente y otros artículos básicos al salir, y Tate y yo coqueteamos con el peligro comiendo pollo de la caseta. Arrancamos con los dientes la carne frita y grasienta de sus huesos humeantes. Tenemos las manos raspadas, pero brillantes y resbalosas. Nos sonreímos mutuamente. Esto es lo más que

puedo querer a una persona.

Cuando Gus viene a casa unas noches más tarde, trae una pantorrilla de bebé regordeta. Se ha afeitado la barba. Le digo que, como siga así, me casaré con él. Dice: «Puedo vivir con eso». Gus me entrega el muslo de bebé, con hoyuelos alrededor de la rodilla, y me besa la mejilla. Me vuelvo y aplasto los labios contra él a pesar de que me duele cada centímetro de mi cuerpo. No nos molestamos siquiera en abrir un vino. Somos todo dientes y lengua. Nos arrancamos mutuamente la ropa y, en mi dormitorio, me tira encima de la cama. Estoy impresionada. Qué rápido aprende este chico. Gus va siguiendo los cardenales de mi tórax y de mi rostro, incluso los aprieta hasta arrancarme una mueca de dolor. Le digo que apriete más. Obedece. Levanto una mano y digo: «Tiempo muerto», y marco el número de Tate. Le paso el teléfono y le digo: «Tate quiere hablar contigo». Él sonrío con la más sórdida de las sonrisas y dice: «Dos chatis. Eso sí que me pone», y yo le digo que no hable mucho para seguir teniendo la posibilidad de enamorarnos y casarnos y de que él siga cortejándome con trozos de bebé de fibra de vidrio. Gus pone el manos libres y Tate le dice todas las cosas horribles que quiere que me haga. Me maravillan su creatividad y su crueldad y lo mucho que me quiere. Gus hace lo que le ordenan. Es un buen chico. Me folla como un tipo malo, muy malo, y cuando me corro, a lo bestia, sus dedos siguen vibrando alrededor de mi cuello. Apenas puedo respirar, me falta el aire. Digo en voz alta el nombre de Tate hasta que tengo la impresión de que se me van a desgarrar los músculos del cuello. Puedo saborearla en la boca. La próxima vez que la llame por teléfono, le diré que es el hombre de mis sueños.

Mientras Gus duerme, me aferró al brazo y la pantorrilla de bebé, tan duros y suaves, tan adorables. Pienso que, cuanto más dure lo mío con Gus, más trozos de bebé me traerá, y, quizás, al cabo, tendremos una pequeña familia de trozos de niño de fibra de vidrio que nunca llegarán a ser nada más de lo que son.

North Country

ME he mudado a los confines del mundo por un período de dos años. Si no tengo cuidado, me caeré. Después de mi primera reunión de departamento, mis nuevos colegas me animan a embarcarme en un crucero turístico para conocer a otros lugareños. El Estrella Península surcará el canal Portage hasta Copper Harbor y luego ganará el lago Superior. Me entregan un folleto lustroso con fotos coloridas, cielos azules y tranquilas aguas lacustres. «Podrás apreciar el follaje», me dicen, dando muestras de un radiante entusiasmo por la península superior. «¿Sabes nadar?», me preguntan.

Me armo de una petaca, un buen abrigo y un libro. En el muelle hay una larga hilera de michiguenses rubicundos que parlotean amigablemente sobre la predicción de las primeras nieves. Es el mes de agosto. Acabo de mudarme a la península superior para impartir un posdoctorado en el Instituto Tecnológico de Michigan. Mis colegas, que son todos ingenieros civiles, me saludan. «¡Has venido!», exclaman. Ya han empezado a beber y yo, por no quedarme atrás, le doy un sorbo a mi petaca. «Te va a encantar el crucero», dicen. «¿Estás soltera?», preguntan.

Nos sentamos en una angosta cabina a beber cerveza Rolling Rock. Cada pocos minutos uno de mis colegas nos ofrece un dato interesante sobre los lugares comunes de la península superior, como el elevado número de cataratas en la zona o los siete metros y medio de nieve que caen anualmente. Le doy un buen trago a mi petaca. Me flanquean un experto en túneles con calvicie y sobrepeso a mi derecha y un hidrólogo de piel oscura de la India a mi izquierda. El hidrólogo es flaco y callado y su rodilla me aprieta

incómodamente la mía. Me informa de que tiene una mujer en Chennai, pero que en Michigan está abierto a lo que surja. Soy la única mujer en el departamento y, como tal, una doble novedad. Mis nuevos colegas siguen invitándome a beber y yo sigo aceptando hasta que me pitan los oídos y se me encienden las mejillas. El sudor me gotea por la espalda. «Necesito que me dé el aire», farfullo, excusándome. Me dirijo a la cubierta superior lentamente, haciendo caso omiso de las miradas y de las pausas en la conversación.

Fuera, el aire es frío y ligero, y en la cubierta superior apenas hay gente. Cerca de la proa, una joven pareja se lo está haciendo, fogosa, ruidosamente. A pocos metros de ellos hay un corrillo de adolescentes sofocando la risa. Me siento en un banco de plástico rojo y apoyo la cabeza entre las manos. Mi petaca descansa cómoda y reconfortantemente sobre mi tórax.

—Te he visto abajo —dice un hombre de voz profunda.

El sol se está poniendo, proyectando esa luz rara que todo lo vuelve blanco, invisible, casi. Bizqueo y levanto despacio la vista hacia un hombre alto de cabellos greñudos que le caen sobre las orejas. Lo saludo con la cabeza.

—¿Eres de Detroit?

Me han hecho esta pregunta veintitrés veces desde que me mudé a la región. Dentro de un mes habré dejado de contar, tras haber alcanzado un número de cuatro dígitos. Poco después empezaré a decir que acabo de llegar de África. La gente asentirá, exhalará de la emoción y querrá saber cuál es mi tribu. Esto yo todavía no lo sé, de manera que no me sirve de mucho consuelo. Niego con la cabeza.

—¿Hablas?

—Hablo —digo—. ¿Y tú eres de Detroit?

Sonríe, despacio y con pereza. Es atractivo a su manera: tiene la piel bronceada y curtida y los ojos casi tan azul grisáceo como el lago por el que navegamos. Se sienta. Le miro los dedos: son los más grandes que he visto jamás. El sudoroso botellín de cerveza que lleva en la mano parece una miniatura.

—¿De dónde eres, entonces?

Me meto las manos en los bolsillos y me escurro de su lado.

—Nebraska.

—Nunca he conocido a nadie de Nebraska —dice.

—Suelen decírmelo.

El barco ha salido del canal Portage y nos hemos adentrado tanto en el lago que no puedo ver tierra firme. Me siento pequeña. El mundo se me hace inmenso.

—Será mejor que vuelva con mis compañeros —digo, poniéndome en pie. Cuando me estoy alejando, grita: «¡Me llamo Magnus!». Lanzo una mano al aire, pero no me vuelvo para mirar.

En mi laboratorio las cosas tienen sentido. Soy ingeniera especialista en estructuras y diseño mezclas de hormigón. Experimento con nuevos agregados, como la ceniza volante y otros subproductos energéticos, partículas artificiales, tipos de agua que permitan crear hormigón inquebrantable, no solo más duro, sino permanente, perfecto. Enseño una sección de Diseño de Estructuras de Hormigón y una sección de Dinámica Estructural. No tengo chicas en ninguno de los cursos. Los chicos se quedan mirándome y, después de clase, se rezagan en el pasillo a la salida del aula. Intentan ligar conmigo. Les recuerdo que soy quien evaluará sus calificaciones finales. Hacen comentarios inapropiados sobre conseguir créditos extra.

Por la noche me quedo en casa viendo la televisión y buscando plazas docentes y otras oportunidades profesionales más cerca del centro del mundo. Hay una pizzería al otro lado de la calle y, encima del restaurante, un piso lleno de chicas blancas escandalosas que escuchan música rap a todo volumen a altas horas de la madrugada y se pelean a voces con sus novios, que juegan al baloncesto en el equipo de la universidad. Una de las chicas ha abortado y otra no se habla con su padre, y la tercera compañera de piso practica sexo atlético con su novio incluso cuando las otras dos están despiertas; tiene un hijo, pero vive con su padre. A mí todo esto no me interesa lo más mínimo.

En mi nuevo piso hay varias cajas sin abrir. Deshacerlas significaría que voy a quedarme, y quedarme significaría permanecer atrapada en este lugar desolado durante dos años, sola. Alquilé mi nueva casa por teléfono; es una antigua tintorería convertida en vivienda. No hay ventanas salvo una en la puerta principal. El piso, pensé mientras pasaba de una estancia a otra después de mudarme, era como la celda de una cárcel. Me habían condenado. Mi nueva casera, una italiana octogenaria que había regentado la tintorería durante más de treinta años, dio un grito ahogado al verme. «No parecía una chica de color

al teléfono», dijo. «Suelen decírmelo», contesté.

El género siempre está pasado en el ultramarinos del barrio; estamos demasiado al norte como para recibir el suministro de alimentos a tiempo. Me paro delante de un cajón de tomates, blandos, con la piel arrugada, algunos salpicados de cráteres blancos y mullidos, rodeados de una especie de moho negro. Me pongo a meditar el precio de mi dignidad en caso de que me instalara con mis padres cuando noto una mano pesada en el hombro. Cuando me giro, luchando por mantener el equilibrio, reconozco a Magnus. Le cojo la muñeca entre dos dedos y me aparto de él unos pasos.

—¿Siempre tocas a los desconocidos?

—No somos desconocidos.

Me apuro con la selección de los tomates menos descompuestos y paso a la lechuga. Magnus me sigue.

—Tenemos percepciones distintas de la palabra *desconocido*. Ni siquiera sabes mi nombre —digo.

—Me gusta cómo hablas.

—¿Y qué se supone que quieres decir con eso?

Magnus se pone rojo.

—Exactamente lo que he dicho. A menos que tengamos percepciones distintas de las palabras *me, gusta, cómo y hablas*.

Me muerdo el interior de la mejilla para reprimir una sonrisa. Tengo debilidad por los hombres que replican con ingenio.

—¿Me dejas que te invite a una copa?

Miro los patéticos tomates que llevo en la cesta y, puede que sea por la abrumadora luminosidad de los fluorescentes o por la música ambiente que canalizan los altavoces de la tienda, pero asiento y digo: «Me llamo Kate». Magnus dice: «Nos vemos en el Thirsty Fish, Kate».

Durante el trayecto miro mi reflejo en el espejo retrovisor y me aliso las cejas. Llevo las compras en una bolsa de lona en el asiento trasero. Hace frío fuera, me digo. Ellas pueden esperar, yo no. En el bar, Magnus me entretiene con las bobadas que a las chicas les gusta tomarse en serio. Me invita a un sinfín de copas y me las bebo todas. Me adula con palabras sobre mis ojos bonitos. Dice que se nota que soy inteligente. Llevo más de dos meses sin acostarme con nadie. Llevo más de dos meses sin mantener una conversación

real con nadie. No estoy en mi apogeo, precisamente.

En el aparcamiento, me quedo junto a mi coche, apoyada en la puerta, intentando mantener el equilibrio. Magnus dice: «No puedo dejar que conduzcas en tu estado». Farfullo algo de la altura y mi tolerancia. Dice: «No estamos en las montañas». Está muy pegado a mí. La calidez de su pecho colma la escasa distancia entre nosotros. Magnus me quita las llaves y, cuando intento alcanzarlas, me caigo encima de él. Me levanta la barbilla con uno de sus enormes dedos y yo digo: «Joder». Lo beso, con ternura. Nuestros labios apenas se mueven, pero no nos separamos. Su mano me agarra firmemente la parte baja de mi espalda y me aprieta contra el coche.

Cuando me despierto, tengo la boca acartonada y agria. Gruño y, al intentar incorporarme, me golpeo la cabeza contra algo extraño. Pestañeo. La cabeza entera me baila, desorientada.

—Ten cuidado, aquí hay muy poco espacio.

Me froto los ojos y trato de ingerir el pánico que burbujea en la base de mi garganta. Me aferró a mi pecho.

—Relájate. No sabía dónde vivías y te traje a mi casa.

Aspiro hondo, miro en derredor. Estoy sentada en una cama estrecha y veo a Magnus a través de un pasillo estrecho, de pie junto a una cocinilla de dos fuegos. Estoy descalza. Un gato me salta al regazo. Chillo.

Magnus vive en una caravana, y no precisamente en una de esas lujosas casas rodantes con un jardín bien cuidado delante, sino, más bien, en una caravana vieja y oxidada que puede engancharse a una camioneta y desplazarse de un lugar a otro. Es esa clase de caravana que ves en lugares tristes y olvidados, que se han rendido a la herrumbre, la maleza, los vehículos sobre bloques de hormigón y cuerdas de tender caídas. Por fuera, la caravana está hecha unos zorros, pero por dentro está immaculada. Todo tiene su sitio. Agradezco el detalle.

—Será mejor que comas algo —dice.

Me quito de encima al gato y voy a la zona de la cocina. Magnus me invita a sentarme a la mesa y me deja delante un plato de huevos revueltos resacos y una taza de café. Me ruge el estómago salvajemente. Ahueco las manos en la taza de café y aspiro hondo. Intento dilucidar la trayectoria entre los tomates podridos y esta caravana. Magnus se desliza en el banco enfrente de mí. Me explica que vive en esta caravana porque es gratis. Es gratis porque su

caravana ocupa una esquina de una parcela de tierra que su hermana Mira y su marido, Jonathan, cultivan. La granja está a veinte minutos de la ciudad. No hay cobertura móvil. No puedo verificar mi correo electrónico, me dice al verme mover el teléfono en todos los ángulos, desesperada por captar una señal. Le pregunto por qué vive así. Dice que tiene una habitación en casa de su hermana' que usa raras veces. Le gusta tener privacidad, dice.

—Me quitaste los zapatos.

Magnus asiente con la cabeza.

—Tienes unos pies bonitos.

—¿Puedes llevarme a mi coche?

Magnus suspira y vierte rápidamente el resto de su café en la pequeña pila. Es un hombre paciente. Eso me gusta, también.

En el camino de vuelta a la ciudad me siento lo más alejada de Magnus que puedo. Intento recrear los acontecimientos entre el momento del aparcamiento y el despertar en una caravana con un gato en el regazo. Me niego a pedirle a Magnus que rellene los huecos. Una vez que hemos llegado a mi coche, aprieta con fuerza el volante. Le agradezco que me haya acercado y me entrega las llaves.

—Me encantaría tener tu número de teléfono —dice.

Me obligo a sonreír.

—Gracias por evitar que condujera anoche. No suelo beber mucho normalmente, pero acabo de mudarme.

—Sí, la altitud —dice, y aguarda a que me haya alejado antes de volver a su caravana. Mi padre agradecería el gesto. Recuerdo la presión de los labios de Magnus contra los míos, su textura y el olor de sus sábanas. Estoy metida en un lío.

En mi laboratorio todo tiene sentido. La primera nieve cae a finales de septiembre. Seguirá nevando hasta mayo. Le digo a mi madre que no sé si sobreviviré. Se lo digo tantas veces que empiezo a preocuparla. Pruebo la idoneidad del cemento. Relleno moldes con cilindros de hormigón. Experimento con agua salada, agua embotellada, agua lacustre y agua del grifo. Realizo el acondicionamiento y curado de las muestras. Tomo notas detalladas. Escribo un artículo. Rechazo tres citas con tres colegas distintos. El hidrólogo de Chennai reafirma la apertura de sus opciones en Estados

Unidos. Yo reafirmo mi desinterés en sus opciones o en ser una de ellas. Hago un examen que impulsa a mis estudiantes a llamarme «vieja arpía». Asisto a una reunión en el campus para docentes solteros, donde los participantes son siete mujeres y más de treinta hombres. El hidrólogo también ha venido. No lleva la alianza de casado. Me preguntan treinta y cuatro veces si soy de Detroit, un nuevo récord para un único día. Intento hacer memoria del paradero de Magnus, pero lo único que he retenido es el recuerdo borroso de estar como una cuba, con la cara enterrada en su brazo mientras íbamos en el coche y él cantaba a los Counting Crows. Adoro a los Counting Crows.

Una vez hubo un hombre. Siempre hay algún hombre. Estuvimos juntos seis años. Era ingeniero, como yo. Algunas personas lo llamaban mi asesor de tesis, y lo era. Cuando nos enrollamos, me dijo que me enseñaría mucho y me moldearía para llegar a ser una gran investigadora. Me dijo que era la chica más brillante que jamás había conocido. Luego empezó a contradecirse. Dijo que se casaría conmigo y me lo creí. Transcurrieron un par de años y me dijo que se casaría conmigo cuando lo promovieran a profesor titular y entonces fue cuando terminé mi grado. Me quedé embarazada y dijo que se casaría conmigo cuando naciera el bebé. El bebé nació muerto y dijo que se casaría conmigo cuando me recuperara de la pérdida. Le dije que eso era todo lo recuperada que jamás podría estar. No le quedaban excusas y a mí ya me daba igual casarme o no con él. Mientras él dormía a pierna suelta, yo me pasaba casi todas las noches en vela, recordando la sensación de cuando me acariciaba el hinchado vientre y sentía las patadas del bebé. Me dijo que estaba fría y distante. Me dijo que no tenía motivos para hacer duelo por un hijo que no había llegado a vivir. Se entretenía con una nueva ayudante de laboratorio que lucía consistentemente zapatos de vestir y minifaldas aunque nos pasáramos los días trabajando con arena y cemento y demás suciedades. Los pillé follando, ella inclinada sobre una pila de ladrillos de hormigón, soltando grititos como una actriz porno debutante, y él hincándose con vigor, literalmente tirándose a la ayudante de laboratorio directamente sobre sus altos tacones. Jadeaba en ráfagas cortas y repulsivas, con su gorda cara roja y reluciente. La escena era tan típica que ni siquiera logró enfadarme. Hacía tiempo que ya no sentía nada en lo que a él respectaba. Volví a mi despacho, acepté el puesto posdoctoral y no volví a mirar atrás. Habría llamado Amelia

a nuestra hija. Habría sido hermosa pese a su padre. Habría tenido cuatro meses cuando me fui.

Ha estado nevando sin cesar. Los lugareños están encantados. Todas las noches oigo el agudo silbido de las motos de nieve que pasan a toda mecha por delante de mi piso. Voy a necesitar varias cosas para sobrellevar el invierno: sal, una pala, una tapa para el váter nueva, cuerda... Desafío el clima y voy a una ferretería. Llevo botas con los cordones atados bien alto alrededor de las pantorrillas, un abrigo, guantes, sombrero y pañuelo, ropa interior térmica. Nunca me quito estas prendas a no ser que esté en casa; exige demasiado esfuerzo. Me pregunto cómo consigue reproducirse esta gente. Veo a Magnus junto a las motosierras expuestas. Es más guapo de lo que recordaba. Me vuelvo para irme, pero entonces me lo pienso mejor. Me quedo quieta, con la esperanza de que repare en mí. Caigo en la cuenta de que, tal como voy vestida, ni siquiera mi familia me reconocería. Le doy un toquecito en el hombro.

—¿Qué estás planeando masacrar? —le digo.

Levanta despacio la vista y se encoge de hombros.

—Solo estaba mirando.

—¿Mirando a ver si encuentras una víctima?

—Qué simpática estás hoy, ¿no?

—Quería decirte hola.

Magnus asiente de nuevo.

—Ya has dicho hola.

Trago saliva, con fuerza. Mi irritación sabe amarga. Le doy rápidamente mi número de teléfono y voy a buscar un tipo de cuerda más resistente. Cuando salgo, percibo que Magnus me está observando desde el interior de la tienda. Sonrío.

En mi laboratorio todo tiene sentido. Enseño a mis estudiantes a hacer cilindros de hormigón perfectos, a realizar pruebas de compresión. Los estudiantes aplastan sus cilindros perfectos y rugen con deleite cada vez que el hormigón se hace añicos y un polvo fino flota en el aire. Romper cosas aporta grandes satisfacciones.

Cada persona con la que me encuentro dispensa su aporte de sabiduría sobre cómo sobrevivir a los inviernos «difíciles»: disfrutar del aire libre, beber, viajar, beber, lámparas solares, beber, sexo, beber... El hidrólogo se ofrece a preparar curris picantes para que yo entre en calor, a darme a probar su curri especial de la casa. Declino la oferta, le digo que tengo una constitución delicada. Nils, mi jefe de departamento, pasa por el despacho y dice: «¿Cómo lo llevas?». Lo tranquilizo y le digo que todo va bien. Prosigue: «El primer año siempre es el más duro. Si quieres ir a Detroit a ver a tu familia, adelante». Le agradezco el apoyo.

* * *

Me paseo por el laboratorio observando cómo trabajan los estudiantes cuando suena el teléfono: es Magnus. Me excuso y respondo a la llamada en el pasillo, sin prestar atención a los alumnos que se arremolinan con expresión errante.

Mi corazón late más fuerte. Apenas puedo oírlo.

—No hacía falta que tardaras tanto en llamarme.

—¿Me estás dando una lección?

—¿Te gustaría que lo fuera?

—¿Puedo prepararte la cena?

Ignoro mi impulso natural de decir que no. Estoy más nerviosa de lo que nunca sería capaz de reconocer. Me invita a su caravana, donde prepara filetes con judías verdes y patatas asadas. Bebemos cerveza. Hablamos, o hablo, diría más bien, llenando su caravana con todas las palabras que me he guardado para mí desde que me mudé a North Country. Me quejo del clima. En cierto punto, él abre la mano y yo deslizo la mía dentro. Sigue el contorno de mis nudillos con el pulgar. Es llano y sincero. Su voz es fuerte y clara. Tiene una sonrisa cariñosa y un tacto cariñoso. Habla de su trabajo de leñador y de su banda; toca la guitarra. Cuando finalmente nos callamos, dice: «Me gustas», y entonces se levanta y me pone en pie. Ningún hombre me ha dicho nunca que le gusto. Gustar es más interesante que amar. Me yergo sobre sus botas y lo rodeo con los brazos. Es compacto y sólido. Cuando nos besamos, es tierno, demasiado tierno. Digo: «No tienes que ser suave conmigo», y él gruñe. Me agarra el cuello con una de sus gigantes manos y me besa con más ímpetu mientras sus labios fuerzan la apertura de los míos. La llana blandura de su

lengua me estremece. Me roza la barbilla con los labios. Me hunde los dientes en el cuello y le apreso la camisa entre los puños. Intento permanecer en pie. Digo: «Mi cuello es la contraseña secreta». Me muerde el cuello con más fuerza y me olvido de todo, y los ruidos en mi cabeza se acallan.

Me quito la camisa y me despojo de los vaqueros, y Magnus me eleva y me sienta en el borde de la mesa de la cocina. Coloca sus grandes manos entre mis muslos y los separa. Le desabrocho rápidamente el cinturón y le meto la mano, él me sujeta la muñeca. Dice: «No puedes mandar en todo». Rezo una oración silenciosa. Cierro los ojos y él arrastra la mano de mi barbilla al centro del pecho y por la planicie de mi vientre. Me besa los hombros, los pechos, las rodillas. Me hace temblar y gemir. «No tienes que ser suave conmigo», repito. Magnus me besa la parte interna de los tobillos y luego los labios, su lengua ruda e impetuosa contra la mía. Intento atraerlo hacia mí envolviéndole la cintura con las piernas. Se ríe, grave y profundo. Dice: «Di que quieres esto». Me muerdo el labio inferior. Pongo en la balanza mi orgullo y mi deseo. Cuando me folla, es lento, deliberado, rudo de una manera tremendamente controlada. Entierro la cara en su hombro. Cuando me pregunta por qué lloro, no respondo. Durante un breve rato, él colma todo el vacío.

Por la mañana quiero irme temprano a pesar de que sigo sintiendo a Magnus en la piel. Mientras me siento en el borde de la cama y me pongo los pantalones, dice: «Quiero volver a verte». Digo que sí, pero le explico que tiene que ser algo desenfadado, que no podemos convertirnos en «algo», aunque no le doy ninguna razón. No la tengo, al menos ninguna que sea mínimamente lógica. Recorre mi columna desnuda con los dedos y me estremezco.

—Eso que dices ni siquiera es posible —dice—. A veces, cuando estoy en lo más profundo de los bosques, buscando una nueva zona de tala, tengo la sensación de ser el primer hombre que ha estado allí. Levanto la vista y los árboles son tan densos que casi no se ve el cielo. Me asusto mucho, pero allí el mundo cobra cierto sentido. Estar contigo es algo así.

Sacudo la cabeza, los dedos trémulos mientras termino de vestirme. Siento náuseas y mareo. Digo: «Soy alérgica a los gatos. No digas eso. Tú también me gustas». Recito sus palabras una y otra vez durante lo que queda del día, la semana, el mes...

Varias semanas más tarde, estoy en la caravana de Magnus. Nos hemos visto prácticamente todas las noches, en su casa, donde cocina y hablamos y nos acostamos. Yacemos desnudos en su estrecha cama. Digo: «Si esto se prolonga, vamos a tener que dormir en mi casa. Tengo una buena cama y habitaciones de verdad, con puertas». Él sonríe y asiente. Dice: «Lo que tú quieras». Cuando le ha vencido el sueño, me quedo mirando el bajo techo y luego, por la pequeña ventana, el cielo despejado del invierno. Me pregunto qué le habría parecido Amelia, si la habría querido. Intento tragarme el vacío. Me sujeto el estómago mientras unas lágrimas calientes me resbalan por la cara y se escurren por el cuello.

Justo cuando me vence el sueño, suena su alarma. Magnus se sienta en la cama y se frota los ojos. Aun en la oscuridad, veo su pelo erizado. Dice: «Quiero enseñarte algo». Nos vestimos, pero me dice que puedo dejar el abrigo. En su lugar, me da una colcha. Fuera hay un manto de nieve reciente. La luna sigue alta. Todo es perfecto y silencioso y calmo. El aire lacera, pero se respira limpio. Magnus abre una senda hasta el granero y yo sigo sus pisadas. Mientras camina, va mirando el cielo. Me digo que no siento nada. Es mentira. Cuando estoy con él, lo siento todo. En el granero tiritito y bailo de un pie al otro para entrar en calor. Dice: «Tenemos que ordeñar las vacas». Señala un taburete plegable con la cabeza junto a una vaca muy grande. Digo: «Ni lo sueñes». Magnus me lleva hasta el taburete y me obliga a sentarme encima. Se encorva detrás de mí y le da una palmadita a la vaca en el costado. No se ha afeitado aún y su barba incipiente me hace cosquillas. Me besa el cuello tiernamente. Coloca su mano sobre la mía y aprendo a ordeñar una vaca. Aquí nada tiene sentido.

Da comienzo la temporada de caza. Magnus me muestra su rifle, largo, pulido y poderoso. Cuando habla de su rifle, lo hace en femenino. Bromeo y le digo que el rifle es su amante.

Él frunce el ceño y dice que nunca me haría algo así. Le creo. Le digo que mi padre caza y se emociona. Dice: «Un día tu padre y yo podríamos ir juntos de caza». Le explico que mi padre caza faisanes y que para él la caza es darse una vuelta con sus amigos en un cuatro por cuatro, pero sin llegar a matar mucho de nada, y que con frecuencia sale malherido de accidentes vergonzosos. Digo: «Él y tú cazáis de modos diferentes». Él dice: «Aun así,

quiero conocer a tu padre». «Solo presento a los novios formales a mi familia», digo. Magnus me sujeta la barbilla entre dos dedos y me mira con dureza. Me hace temblar. Esta es la primera vez que lo veo enfadarse en serio. Me pregunto cuánto puedo tensar la cuerda. Dice: «No vamos a vernos durante unos días, pero voy a matar un ciervo macho para ti». Cinco días después, Magnus se presenta en mi piso con el peto de camuflaje Carhartt puesto. Lleva la barba crecida y descuidada. Apesta. Está sucio. Solo reconozco sus ojos. Entra y me atrae hacia sí con un abrazo musculoso que me hace sentir como si me estuviera reordenando las tripas. Aspiro hondo. La aguda punzada entre mis muslos me sorprende. Cuando me besa, es posesivo, controlador, salado. Me gime en la boca y me da la vuelta, sujetándome los brazos por encima de la cabeza. Me folla contra la puerta de la entrada. Sonrío. Después, los dos nos hundimos en el suelo. Dice: «El ciervo está en el coche. Te he echado de menos». Yo quiero decir algo, lo que corresponde a ese momento, algo amable. Le doy una palmadita en el muslo. Lo empujo y le digo: «Por favor, dúchate». Yo, sin embargo, no me ducho hasta después de muchas horas.

Voy a visitar a mis padres a Florida por Acción de Gracias y mi madre me pregunta por qué ya no la llamo tanto por teléfono como antes. Le explico que estamos teniendo más trabajo que de costumbre. Le explico que ha estado nevando todos y cada uno de los días durante más de un mes y que todo el mundo cree que soy de Detroit. Mi madre dice que he adelgazado. Que estoy muy callada. No hablamos del bebé muerto o del padre del bebé muerto. Existe esta vida y aquella vida. Hacemos como que aquella vida nunca tuvo lugar. Es una bendición. Magnus me llama cada mañana antes de ir al trabajo y cada noche antes de quedarse dormido. Una tarde me llama y mi madre me coge el teléfono y contesta ella. La oigo reírse mientras dice: «Qué nombre tan original». Cuando me pasa el teléfono, me pregunta: «Quién es este Magnus. Qué joven tan agradable». Tenso la cuerda. Digo que no es nadie importante, porque no sé cómo explicarle quién es o quién soy yo cuando estoy con él. Lo digo un poco demasiado fuerte. Cuando me pongo el teléfono en la oreja lo único que oigo es un tono de marcado. Magnus no vuelve a llamarme durante el resto del viaje. No hablaremos hasta finales de enero.

En mi laboratorio todo tiene sentido pero no lo tiene. No puedo

concentrarme. Quiero llamar a Magnus, pero mi reiterada mala conducta me agobia. El clima es cada vez más frío, más severo. El mundo crece y yo me encojo. Mis estudiantes trabajan en su proyecto de fin de curso. Me han aceptado una ponencia en un congreso importante. Termina el semestre y vuelvo a Florida a pasar las vacaciones. Mi madre dice que estoy delgada. Dice que estoy muy callada. Cuando me pregunta si quiero hablar de mi niña, niego con la cabeza. Digo: «Por favor, nunca vuelvas a mencionarla, nunca». Mi madre me pone la palma de una mano en la mejilla y la otra en el corazón. Le mando una postal a Magnus y una carta y un regalo y otra carta y otra carta más, ofreciéndole mis disculpas, reconociendo que claro que somos algo, reconociendo que lo añoro. Me escribe un mensaje de texto que dice: «Sigo enfadado». Le mando más cartas. Me responde a una y llevo su carta conmigo a todas partes. Intento cogerle gusto a la carne de venado. Empieza el nuevo semestre. Me aceptan otra ponencia en un congreso, esta vez en Europa. Un nuevo grupo de estudiantes intenta ligar conmigo mientras aprende sobre el milagro del hormigón. Me dan una beca de investigación y mi jefe de departamento me ofrece un puesto permanente en el departamento. Me dice que me tome el tiempo que considere necesario para pensarme su oferta. Dice que el departamento necesita de veras a alguien como yo. Me dice: «Matas dos pájaros de un tiro, Katie». Considero la posibilidad de meterle la cabeza en la máquina para ensayos de compresión y el sonido que emitiría. Digo: «Prefiero que me llamen Kate».

El hidrólogo me arrincona en mi laboratorio ya entrada la noche y me hace proposiciones indecentes que me dejan alterada. Durante semanas notaré sus largos y delgados dedos, su forma de meter mano a cosas que no le correspondía agarrar. Me da igual que sea pasada la medianoche, llamo a Magnus. Me tiembla la voz. Dice: «Heriste mis sentimientos», y la simple sinceridad de sus palabras duele. Digo: «Lo siento. No dije lo que sentía de verdad», y lloro. Me pregunta: «¿Qué te pasa?». Me conoce mejor de lo que quisiera admitir. Le hablo del hidrólogo casado, un hombre sucio con una lengua rosa brillante que ha intentado lamarme la oreja y que me ha llamado Belleza Negra y que se ha puesto agresivo cuando he intentado apartarlo, y le digo que me asusta ir caminando hasta mi coche. Magnus dice: «Salgo para allá». Lo espero en la entrada principal y, cuando reconozco su cuerpo fornido atravesando la nieve hacia mí, todo se me hace más soportable. Magnus no

dice ni una palabra. Se limita a abrazarme. Después de un largo rato, da un puñetazo a la pared de ladrillo y dice: «Voy a matar a ese tipo». Le creo. Me acompaña al laboratorio a recoger mis cosas.

En mi piso, le pongo una bolsa de maíz congelado sobre los raspados nudillos a Magnus. Le digo: «No tendría que haberte llamado». Dice: «Sí, sí tenías. Tienes que ser más cariñosa conmigo». Digo: «Lo soy». Me siento a horcajadas en su regazo y le beso sus despellejados nudillos y le meto las manos por debajo de mi camisa y miro sus preciosos ojos azul grisáceo y no lo digo pero pienso: «Te quiero».

Magnus empieza a recogerme en el trabajo todas las noches y, si me tengo que quedar a trabajar hasta tarde, se queda conmigo, viéndome trabajar. Se produce un encuentro con el hidrólogo. Un intercambio de palabras. Magnus le aclara mi desinterés en cualquier clase de curri. No vuelve a molestarme. Mientras trabajo, Magnus me habla de los árboles y de todo lo que un hombre podría saber jamás a fuerza de pasarse el día entero entre ellos. Muchas veces huele a pino y a serrín.

En marzo, el invierno se rezaga. Magnus me construye un iglú y, en su interior, enciende una pequeña hoguera. Dice: «A veces tengo la impresión de que no sé nada de ti». Estoy sentada entre sus piernas, con la espalda apoyada en su pecho. Aunque llevamos capas de ropa, es como si estuviéramos desnudos. Digo: «Sabes que no soy muy cariñosa». Me besa la mejilla. Dice: «Eso no es verdad. Cuéntame alguna verdad». Le cuento que sigo pensando en Amelia aunque no debería, que ella es lo único en lo que pienso, en que ahora estaría dando sus primeros pasos o diciendo sus primeras palabras. Le digo que lo amo y que me encanta cómo me besa. Se lleva mis fríos dedos a sus cálidos labios. Colma todos los espacios huecos.

Cómo

CÓMO llegan a acontecer esta clase de cosas A Hanna le vienen sus mejores ideas ya entrada la noche, cuando todos los usurpadores que viven en su casa duermen. Si no es invierno, cosa poco frecuente, trepa al tejado con un paquete de cigarrillos y un mechero. Fuma y contempla el cielo nocturno negro azulado. Vive en North Country, donde las estrellas cobran sentido. Hanna comparte su casa con su marido en paro, su hermana gemela, el marido de su hermana, el hijo de estos y su padre. Es la única que trabaja; por la mañana sirve mesas en el Koivu Café y de noche atiende la barra del club gastronómico Karpela. Deja la mayoría de sus propinas en casa de su mejor amiga Laura. Hanna está tramando su fuga.

El plato más solicitado del Koivu son las *pannukakku*, unas tortitas finlandesas. Si Larsen el Viejo tiene mucha resaca, Hanna calienta la sartén de hierro en la cocina y prepara la mezcla: primero los huevos, ligeramente batidos; luego añade despacio la miel, la sal y la leche y, por último, la harina tamizada. Le gusta el sonido de carraca cuando aprieta el gatillo del tamizador. Se balancea de un lado a otro y se imagina que es una bailaora de flamenco. Está en España, donde hace calor, donde hay sol y belleza. A Hanna le gusta añadir a las *pannukakku* un extra de mantequilla para que los bordes queden dorados y crujientes. A veces recorta con cuidado los bordes de una tortita y se los come así, a secas. Sigue en España, y está comiendo pan de la panadería, acaso saboreando un vinito. Entonces oye que alguien grita «¡Pedido!» y deja de estar en España. Ahora está en tierra de nadie, de pie junto a un fogón caliente y grasiento.

Peter, el marido de Hanna, viene a desayunar todas las mañanas. Ella le reserva un sitio en la barra y le toma nota. Él le mira el uniforme de arriba abajo, comiéndose con los ojos su escote y moviendo las cejas. Ella finge afecto, le da un capón en la cabeza con su cuaderno de pedidos y le pasa el tique de Peter a Larsen el Viejo, que gruñe: «Aquí no hacemos ningún maldito canje», pero luego le prepara tres huevos poco hechos, tortitas de patata con cebolla y queso, cuatro lonchas de beicon, tostadas de pan de molde y dos *pannukakku* poco cocidas. Cuando la comida está lista, Hanna se toma un descanso y se sienta al lado de Peter y lo ve comer. Le está creciendo la barba. Un hombre sin empleo no necesita afeitarse, le dice él. Ella aborrece ver a Peter comer. Aborrece que la siga al trabajo. Aborrece su cara.

Su marido piensa que están intentando tener un bebé. Se pone calzoncillos bóxer en vez de *slips* aunque prefiera la seguridad de los segundos, porque leyó una vez en una revista que llevar bóxeres aumentaba la movilidad de los espermatozoides. Él y Hanna solo tienen relaciones sexuales cuando el kit de ovulación doméstico que él compró en Walmart indica que ella es fértil. Peter preferiría tener relaciones sexuales todos los días. Hanna preferiría no volver a tener nunca relaciones sexuales con Peter, no porque sea frígida, sino porque le cuesta excitarse con un hombre desempleado a perpetuidad. Dos años atrás, Hanna dijo que se iba de vacaciones con Laura al sur del estado, pero en vez de eso condujo hasta Marquette, donde le practicaron una ligadura de trompas.

No tenía la menor intención de terminar como su madre, rodeada de muchísimos niños en una casa pequeñísima con poquísimo que llevarse a la boca. No obstante, a pesar de todos sus esfuerzos, ha terminado viviendo en una casa pequeñísima con muchísima gente y poquísimo que llevarse a la boca. Es un trago amargo.

Cuando sale del trabajo a las tres de la tarde, Hanna vuelve a casa, se lava la grasa y la sal de la piel y se pone un conjunto bonito pero un pelín picantón. Se dirige a la universidad del pueblo vecino. Tiene veintisiete años, pero como parece mucho más joven se hace pasar por estudiante. A veces se cuela en una clase de uno de los auditorios grandes. Toma apuntes y juguetea con su pelo y piensa en todas las cosas que podría haber hecho. Otros días se sienta en la biblioteca a leer libros y a aprender cosas, y así, cuando huya definitivamente, podrá ser algo más que una camarera con un gran escote en un pueblo fantasma de la península superior de Michigan.

Hanna coquetea con chicos, porque en el Instituto Tecnológico de Michigan hay montones y montones de chicos que lo único que ansían es que una chica guapa les haga caso. Ella nunca finge ser nada más que una chica inteligente. Es demasiado mayor para eso. A veces los chicos la llevan al refectorio o a la cafetería del campus para tomar un pisco. Ella les dice que está en Ingeniería Mecánica porque Laura es secretaria en ese departamento. A veces los chicos la invitan a la residencia, a sus leoneras sembradas de ropa sucia y consolas de videojuegos y compañeros de habitación, o a sus sórdidos apartamentos fuera del campus universitario. Les hace mamadas y se acuesta con ellos en sus estrechas camas individuales donde se tapan con sábanas finas y les dice las mentiras que quieren oír. Cuando los chicos se duermen, Hanna vuelve por el puente y va al Karpela, donde atiende la barra hasta las dos de la mañana.

Peter también va a visitar a Hanna al club gastronómico, pero como tiene que pagarse las copas no aparece mucho por allí. Don Karpela, el propietario, siempre anda merodeando cerca, agarrando cosas con sus rollizos dedos. Es un hombre codicioso y amigo del padre de Hanna. Aunque roza los sesenta, tiene a Don siempre respirándole en la nuca, chocando contra ella en el angosto espacio de detrás de la barra y diciéndole que la haría condenadamente feliz si dejara a su maridito. Cuando hace estas cosas, Hanna cierra los ojos y respira con paciencia porque necesita el empleo. Si Peter anda cerca cuando Don se insinúa, se ríe y levanta el vaso. «Te la dejo», farfulla, como si tuviera voz y voto en el asunto.

Cuando el bar ha cerrado, Hanna lo limpia todo, lava los vasos y vacía los ceniceros. Ella y Laura, que también trabaja en el club, se sientan en el capó del coche de Hanna en la callejuela de atrás y se cogen de la mano. Hanna se apoya en el hombro de Laura y aspirará profundamente, maravillada porque su amiga sigue oliendo bien después de haberse pasado horas en ese espacio oscuro y lleno de humo donde los hombres no oyen la palabra *no*. Si la noche está lo bastante desierta, se besan durante largo rato, hasta que sus fríos labios entren en calor, hasta que el mundo se desmorone, hasta que parezca que sus cuerpos van a partirse a la altura del corazón. Hanna y Laura nunca hablan de estos momentos, pero en su plan de huida Hanna no se marcha sola.

La hermana gemela de Hanna, Anna, suele esperarla despierta. Se preocupa. Siempre lo ha hecho. Es una mujer nerviosa. De pequeña era una

niña nerviosa. Su madre, antes de abandonarlas, solía decir que Hanna había heredado todo el *sisu*, la feroz fortaleza que ambas niñas deberían tener en común. Hanna y Anna siempre supieron que su madre no las conocía lo más mínimo. Ambas eran fuertes y feroces. El marido de Anna trabajaba en la fábrica de papel de Niágara hasta que una compañía de fuera la compró y la cerró, y entonces casi toda la gente del pueblo perdió su hogar porque el único trabajo que había que hacer ya estaba hecho. Cuando Anna llamó, nerviosa como siempre, para preguntar si ella y su familia podían quedarse en casa de Hanna, esta dijo que sí antes de oír la pregunta siquiera.

Hanna y Anna no son de gestos afectuosos, pero se quieren con locura. En el instituto Anna salió con un chico que no la trataba bien. Cuando Hanna lo descubrió, le dio su merecido. Se hizo pasar por su hermana y se llevó al chico malo a los caminos que había detrás del recinto ferial del condado. Se puso de rodillas y empezó a chupársela y le dijo que «si alguna vez volvía a ponerle una mano encima a su hermana...», y antes de terminar la frase le mordió la polla y se dijo que no dejaría de morderle hasta que sus dientes se tocaran. Sonrió cuando probó su sangre. El chico chilló con una voz tan queda que se le puso la piel de gallina. Hanna sigue viendo de cuando en cuando al chico por la calle. Ya no es un chaval, pero camina con dificultad y siempre cambia de acera cuando la ve venir.

Las noches en que Hanna y Laura se sientan en el capó del coche de Laura y se besan hasta que sus fríos labios entran en calor, Anna se queda en el porche de la casa, temblando, esperando. Se le encienden las mejillas. El corazón le aletea en el pecho torpemente. Anna le pregunta a Hanna si está viendo a otro hombre y Hanna le dice a su hermana la verdad. Le dice que no y Anna frunce el ceño. Sabe que Hanna dice la verdad. Sabe que Hanna miente. No acierta a imaginar cómo hace las dos cosas al mismo tiempo. Las hermanas se fuman juntas un cigarro y, antes de entrar, Anna apoya una mano cariñosamente en el brazo de Hanna. Le dice: «Ten cuidado».

Hanna le besa la frente a su hermana gemela y piensa «Lo tendré», y Anna la oye.

Cómo sabe Hanna Ikonen que ha llegado el momento de coger a la chica y largarse del pueblo

El padre de Hanna y Anna, Red, vive en el sótano. No le permiten subir a

la segunda planta, donde duerme todo el mundo. Cuando Peter pregunta por qué, Hanna se limita a sacudir la cabeza y a decir: «Es personal». No comparte asuntos personales con su marido. Su padre trabajaba en las minas. Cuando la última mina de cobre cerró, no se molestó en intentar aprender un nuevo oficio. Empezó a sujetarse la espalda al caminar y a decir que estaba lesionado. Consiguió la invalidez y, cuando se le terminó, vivió de una serie de novias, que no tardaron mucho en darle la patada. Finalmente, cuando no quedó ni una sola mujer en el pueblo que no le hubiese retirado el saludo, Red se presentó en la puerta de Hanna, apestando a güisqui y con la barba larga y descuidada. Farfulló una disculpa incoherente por ser un pésimo padre. Le suplicó a su hija que se apiadara del hombre viejo que era. Sus ruegos no conmovieron a Hanna, pero sabía que su padre acabaría siendo su problema de una forma u otra. Le dijo que podía acomodarse en el sótano, pero que si alguna vez lo veía en la segunda planta se le acabaría el chollo. Han transcurrido quince años desde el cierre de la mina, pero Red sigue diciendo que es minero.

Se desconoce el paradero de la madre de Hanna y Anna, Ilse. Se marchó cuando las niñas tenían once años. Fue un jueves por la mañana. Ilse preparó a las niñas y a sus hermanos para ir al colegio y les dio de desayunar —copos de avena cubiertos con rodajas de plátano—. Les dio un beso en su coronilla rubio platino y les dijo que fueran buenos.

Cuando volvieron del colegio, se había ido. Durante un tiempo oyeron rumores de que Ilse alternaba con un vendedor de zapatos de Marquette. Más tarde se oyeron noticias de ella desde Iron Mountain, que se había casado con un dentista y tenía una nueva familia. Luego dejaron de llegar noticias de ella.

Hanna y Anna tienen cinco hermanos esparcidos por todo el estado. En su mayoría son unos amargados perezosos, indiferentes y nada dispuestos a echar una mano con el cuidado y la manutención de su padre. Cuando Hanna organizó una teleconferencia con todos sus hermanos para hablar de la situación de su padre, los Chicos, como se los conoce, dijeron que eso era cosa de las mujeres y que si las Gemelas no querían hacerse cargo de esa tarea por ellos como si el viejo se pudría. Uno de los hermanos, Venn, se ofreció a enviarle a Hanna o a Anna, quien fuera que cargara con el peso de cuidar a Red, veinte dólares al mes. Simultáneamente, las Gemelas le dijeron que se los metiera por el culo y luego les dijeron a los Chicos que se fueran a la

mierda. Después de colgar, Hanna llamó a Anna y esta se ofreció a cuidar de Red hasta que el alcohol terminara matándolo, pero Hanna temía que la muerte por alcohol tardara demasiado tiempo en llegar. Anna tenía un hijo que criar, después de todo.

Es un martes como cualquier otro cuando Hanna decide ir a casa después de trabajar en la cafetería en lugar de cruzar el puente hasta la universidad para fantasear con los estudiantes. Siente la grasa exudando de sus poros y lo que más quiere en ese momento es remojarse en una bañera limpia, en una casa vacía. Cuando entra por la vereda de casa y ve a Anna paseando arriba y abajo delante del garaje, Hanna sabe que ese día no habrá baño ni casa vacía para ella. Aparca el coche, respira hondo y va junto a su hermana, que le informa de que su madre está en el salón, sentada en el sofá que compraron en una tienda del Ejército de Salvación, tomando una taza de té. Hanna piensa: «Lo que faltaba».

Cómo Hanna conoció a Peter Lahti y se casó con él Anna se enamoró cuando tenía diecisiete años. Él se llamaba Logan y vivía en la reserva de Baraga. Ella adoraba su larga melena negra y su tersa piel marrón y su voz suave. Se conocieron en un partido de fútbol americano y, el día después de la graduación, se casaron y se fueron a vivir juntos. Cuando Anna se fue, Hanna se alegró por su hermana, pero también deseó más allá de toda esperanza que ella y su nuevo esposo la llevaran consigo. Podría haberles dicho algo. Años después, Hanna comprendió que debería haber dicho algo, pero fue la que se quedó de las dos. Consiguió un apartamento propio y empezó a frecuentar la universidad y a asistir a clases que no podía pagarse. Peter vivía en el apartamento contiguo y, como en aquel entonces trabajaba de camionero transportando madera al sur del estado, a Hanna no le importaba salir con él porque no lo veía mucho.

Tras un largo viaje durante el cual Peter se había ausentado tres semanas, se presentó en la puerta de Hanna, con el pelo repeinado hacia atrás, la barba recortada, una camisa de botones y vaqueros recién planchados. En una mano llevaba un ramo de claveles barato. Había olvidado que Hanna le había dicho, en su primera cita, que odiaba los claveles. Le endilgó las flores, se autoinvitó a entrar en el apartamento y dijo: «Te he echado mucho de menos. Casémonos». Hanna, que en ese momento estaba empujando el codo con una

botella de vino, se encogió de hombros. Peter, que en el fondo era un optimista, interpretó el gesto como una respuesta afirmativa. Se casaron no mucho después; a la ceremonia asistieron Anna y su marido, Red y tres de los Chicos. No acudió nadie de la familia de Peter. Su madre estaba escandalizada porque su niño fuera a casarse con uno de los vástagos de Red Ikonen.

Cómo se ganó Red Ikonen su reputación Red Ikonen llevaba la minería en las venas. Su padre y el padre de su padre fueron mineros en Calumet, más al norte, cuando la minería era algo que importaba y el pueblo era rico y cada domingo las iglesias se llenaban de buenas gentes agradecidas por las bondades de la dura tierra. De niño, Red adoraba las historias de su padre sobre el mundo que había debajo del mundo. Cuando le llegó el turno a Red de meterse bajo tierra, las minas estaban de capa caída y aquello se convirtió en una cruz infernal. Era como un soldado sin guerra. Red empezó a darle a la botella para entumecer su decepción. Se casó con una chica bonita, tuvo cinco hijos guapos y dos hijas adorables, y siguió bebiendo para celebrar su buena fortuna. La chica bonita se fue y él bebió para no sentirse tan solo. Al final, beber era lo único que sabía hacer, así que eso fue lo único que hizo.

Era un hombre alto —de dos metros cuatro—, tenía la voz chillona y ni el menor sentido de comportarse adecuadamente. Eso, sencillamente, no iba con él. No había un bar en el pueblo donde Red no hubiera empezado una pelea o hecho algo inapropiado con su mujer o la mujer de otro. Las cosas se pusieron tan mal que tenía que coger el coche para ir hasta South Range o Chassell para echarse un trago con las viejas glorias del Centro de Veteranos, que sí que eran verdaderos soldados sin guerra, porque nadie en el pueblo le servía ya alcohol. Cuando los Chicos seguían viviendo en el pueblo, los camareros llamaban a alguno de ellos para que viniera a recoger a su padre. Cuando Red Ikonen empezó a beber para no sentirse tan solo, ya era un borrachuzo. Jamás tuvo una palabra cariñosa para sus chicos, que conducían durante kilómetros en mitad de la noche para traer de vuelta a casa a su padre ebrio.

Uno a uno, los Chicos se marcharon de casa, intentaron alejarse de su padre todo lo que pudieron, hasta que solo quedaron las Gemelas, y entonces él empezó a hacer cosas indecorosas con ellas, y, como era un pueblo pequeño, la gente hablaba, y no transcurrió mucho tiempo antes de que nadie quisiera tener nada que ver con Red Ikonen.

Cómo se hicieron Laura y Hanna mejores amigas Laura Kappi se crio puerta con puerta con los Ikonen. Durante un tiempo en el instituto salió con uno de los Chicos, pero entonces este se mudó para ir a la universidad y no se molestó en llevársela consigo. De hecho, Laura había sido amiga tanto de Hanna como de Anna en todos los cursos del instituto. Cuando Anna y Logan se fueron a vivir a Niágara, Laura vio lo perdida que estaba Hanna sin su gemela. Decidió esforzarse al máximo para tomar el relevo de Anna. Hanna le dejó hacer, encantada de la vida. Se hicieron mejores amigas y después se hicieron algo más que amigas, pero nunca hablaban de ello, porque no había mucho que decir al respecto.

Cómo reacciona Hanna cuando ve a su madre por primera vez en dieciséis años

Antes de entrar en casa, Anna busca la mano expectante de Hanna. Se dan un apretón de manos, con fuerza, y sus nudillos crujen, y luego las Gemelas entran en casa. Ilse Ikonen está sentada en el borde del sofá. Es una mujer menuda de facciones afiladas. Siempre ha sido guapa y ni el tiempo ni la distancia han cambiado este hecho. Está encaneciendo alrededor del cuero cabelludo, los rasgos se le descuelgan un poco, pero no aparenta ni un día más de la cuarentena. Red está sentado en el mismo sitio donde siempre pasa el día, en la butaca reclinable junto al sofá, mirando fijamente a la esposa que los abandonó. Se ha escondido en su camisa, pero le tiemblan las manos porque intenta no beber. Quiere estar lúcido, pero su mujer es tan despampanante que no necesita beber para que el mundo le dé vueltas. Peter está sentado junto a Ilse, y no deja de mirar tampoco, porque el parecido entre su esposa y la madre de esta es asombroso. Nunca se habían visto. El marido de Anna, Logan, está sentado al lado de Peter, con su hijo medio dormido en el regazo. Está evitando deliberadamente mirar a su suegra a los ojos. Está ayudando a su mujer con el peso de la ira.

Tan pronto como Hanna y Anna entran en la habitación, se les revuelve el estómago. Perlas de sudor les pueblan poco a poco la frente. Ilse se inclina hacia delante para dejar su taza de té en la mesa de centro. Sonríe a sus hijas. Hanna piensa: «¿Por qué le has ofrecido té?». Anna piensa: «Por educación». Hanna se muerde el labio.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ilse? —pregunta.

Ilse Ikonen descruza las piernas y despliega las manos en el regazo.

—Ha pasado mucho tiempo —dice.

Hanna mira a todas las personas rotas sentadas en su salón sobre sus muebles rotos que recurren a ella para arreglar sus vidas rotas. Se da la vuelta y enfila hacia la entrada de la casa. Anna se excusa y corre tras ella. Se encuentra a Hanna apoyada en el capó todavía caliente de su coche, doblada, vomitando. Anna tiene el estómago revuelto, es incómodo. Cuando Hanna se endereza, se limpia los labios con el reverso de la mano y dice: «O sea..., ¿en serio?».

Cómo Laura convence finalmente a Hanna para que huya con ella

Hanna se queda en el coche hasta que Ilse Ikonen se despide y reserva una habitación en el motel que hay más abajo en la misma calle. Después de que su madre se haya marchado, Hanna conduce al campus y se dirige al cuarto frío y húmedo de uno de sus universitarios. Tendida en su angosta y maloliente cama individual, contempla la constelación de estrellas del techo que refulgen en la oscuridad mientras el chico le soba torpemente los pechos con sus dedos huesudos. Ella suspira, cierra los ojos y piensa en Laura. Después, cuando el chico se queda profundamente dormido, sus dedos enroscados en un puño flojo cerca de su boca, Hanna se escabulle de la cama y se dirige cruzando el puente a casa de Laura.

Esta sonrío cuando abre la puerta de entrada. Hanna se encoge de hombros y se queda de pie en el umbral, con las mejillas entumecidas, todavía sintiendo un poco de náuseas. Se mete las manos menudas en los bolsillos e intenta olvidarse del frío. Laura la arroja con sus brazos mientras cambia rápidamente de un pie al otro.

—¿Por qué no entras?

Hanna sacude la cabeza.

—No puedo seguir haciendo esto.

Laura enarca una ceja y, a pesar de ir descalza, sale al porche nevado. Jadea, se monta en las botas de Hanna, y desliza los brazos debajo del abrigo de su amiga y alrededor de su cintura. Laura le roza muy sutilmente los labios a Hanna con los suyos. Esta cierra los ojos. Respira hondo.

Cómo Hanna se enamora más de Laura, hasta un punto que no creía posible

Cuando Laura ya no se siente los pies, dice:

—Será mejor que entremos antes de que me congele y tenga que pasarme el resto de mi vida andando a la pata coja detrás de ti.

Hanna asiente y sigue a Laura al interior de la casa. Todo le resulta familiar, apenas ha cambiado nada en los últimos veinte años, y esto la reconforta. Una vez en el vestíbulo, entre abrigo y botas, una pala, una bufanda de punto y un saco de sal, Hanna se hunde en el suelo y se sienta con las piernas cruzadas. Laura se sienta enfrente de ella, extiende las piernas y descansa sus fríos pies en el regazo de su amiga.

—¿Quieres contármelo?

Hanna sacude furiosamente la cabeza.

—Mi madre ha vuelto.

—O sea..., ¿en serio? —dice.

Hanna no regresa a su casa. Llama a Anna y le asegura a su hermana que se encuentra bien. Anna no le pregunta dónde está. Empieza a entender las cosas. Hanna deja que Laura la suba por las empinadas escaleras bordeadas de libros. Deja que la sumerja en un baño caliente. Deja que la lave. La sigue hasta la cama y, por primera vez en meses, le vence el sueño en una casa prácticamente vacía. Piensa: «Esto es lo único que quiero».

Mientras Hanna duerme, Laura calcula cuánto dinero ha ahorrado, el desgaste de los neumáticos, cuán lejos tendrán que ir para que Hanna empiece a olvidar la vida que dejará atrás... Todo ello cansa mucho a Laura, pero entonces ve el labio inferior de Hanna, que tiembla mientras duerme.

Cómo ha sido siempre

A la mañana siguiente, Laura oye que llaman a su puerta. Se envuelve en una fina bata y echa un último vistazo a Hanna, que sigue durmiendo, con el labio inferior temblando todavía. Laura siempre ha amado a Hanna, antes incluso de entender por qué su cuerpo entero se ruborizaba al verla en el colegio, corriendo por su jardín o sentada en el tejado, debajo de la ventana de su dormitorio. Salir con uno de los Chicos era una manera de estar más cerca de ella. Cuando Laura besaba al hermano de Hanna, pensaba en su

hermana, en su sonrisa, en su forma de caminar con los músculos de los hombros contraídos. Estar con el hermano no era lo que Laura quería, pero se dijo que era suficiente. Por primera vez, Laura siente algo desconocido en la garganta, un ligero mareo en el estómago. Piensa que puede ser la esperanza. Abajo, Anna está en el porche, temblando. Tiene una jaqueca horrible. Cuando Laura abre la puerta, Anna se cuele rápidamente en la casa. Le aprieta la mano a Laura y sube a su dormitorio. Se ovilla en la cama detrás de su hermana y le rodea la cintura con las manos. Hanna le cubre una mano a Anna con la suya. Aún no está del todo espabilada.

—No me hagas volver allí —dice Hanna con voz ronca.

Anna ciñe los brazos alrededor de su hermana y le besa los hombros. Dice: «Tienes que volver para despedirte». Hay una confianza en la voz de Anna que reconforta a Hanna.

Esta suspira y abre despacio los ojos. Ve a Laura en el vano de la puerta. Sonríe. «No hace falta que te quedes tan lejos», dice. Laura sonríe y se acurruca con las Gemelas en la cama, y dice: «¿Os acordáis de cuando éramos pequeñas y en verano nos subíamos las tres al tejado por la noche para refrescarnos?». Hanna y Anna asienten. Las tres mujeres ruedan de espaldas y se quedan contemplando el techo, las grietas y las manchas de agua, la combadura. «Éramos desdichadas incluso entonces», dice Laura.

Cómo Hanna se enfrenta finalmente a su madre Mientras que Hanna siempre ha sido la protectora, Anna siempre ha sido la voz de la razón, hábil en sus elecciones entre las alternativas imposibles. Cuando eran pequeñas y Hanna tramaba dar su merecido a cualquiera que hubiera ofendido a las Gemelas, era Anna quien disuadía a su hermana de actuar sin pensar. Cuando Red Ikonen irrumpía borracho en su dormitorio y Hanna intentaba apuñalarlo con un cuchillo de cocina o arrancarle la oreja de un mordisco, era Anna quien le sujetaba el brazo a su hermana y decía: «Es él o el Hogar Superior». Era Anna quien le cantaba a su padre y le acariciaba la barba y aplacaba toda la maldad que había en él. En esos momentos, Hanna sentía tanta rabia dentro que creía que el corazón se le iba a hacer pedazos, pero luego dejaba caer el cuchillo al suelo o aflojaba los dientes porque cualquier cosa era mejor que el Hogar Superior, el centro estatal donde solían recluir a los niños huérfanos de madre hasta que cumplían dieciocho años. Habían oído historias tan terribles

como para creer que existían cosas peores que el tufo del aliento de Red Ikonen en sus mejillas cuando olvidaba comportarse como un padre normal.

Anna le apretó la mano a Hanna mientras volvían caminando a su casa y un viento tonificante empujaba sus cuerpos a través de la nieve. Hanna intentó respirar, pero el aire, fino y frío, le hirió los pulmones. Mientras subían los escalones del porche, Hanna se detuvo y se apoyó en la barandilla, le pesaba el cuerpo.

—No me encuentro muy bien —dijo.

Anna le apoyó la palma de la mano en la frente a Hanna.

—Pronto te habrás ido —dijo—. Piensa en eso.

Hanna miró a su hermana.

—Veníos con nosotras —dijo—. Tú y Logan y el bebé.

Anna negó con la cabeza.

—Ahora es mi turno de quedarme.

—Chorradas. Ya nos hemos turnado de sobra.

La puerta de la casa se abrió. Peter miró ferozmente a las Gemelas.

—¿Se puede saber dónde habéis pasado la noche? —Agarró a Hanna del codo y la empujó dentro de la casa, y ella lo dejó hacer. Quería ahorrarse otra pelea.

En el salón, la escena se asemejaba mucho al cuadro con el que Hanna se había topado el día anterior, con Ilse Ikonen sentada en el sofá, en pose regia, como si no se hubiera movido de allí y no necesitara ofrecer actos de contrición.

Hanna intentó zafarse de Peter y finalmente él transigió cuando Anna dijo despacio y con calma: «Suelta a mi hermana». Peter sentía una desconfianza natural hacia las gemelas. No era normal, pensaba, que existieran dos personas tan idénticas. La relación que las Gemelas compartían tampoco le despertaba ni un ápice de celos. Peter no era un hombre brillante, pero sí lo bastante listo como para saber que nunca tendría la intimidad que él deseaba con su esposa.

Las Gemelas estaban ante su padre, su madre y sus maridos. Estaban en la casa en la que se habían criado, llena de personas rotas y cosas rotas. Anna pensó: «Esta es la última vez que estaremos en esta habitación», y Hanna sintió de pronto que podía respirar otra vez. Quiso decir algo, pero no le salió la voz. Tenía la garganta seca y hueca. Las Gemelas miraron a sus padres y

pensaron en todo lo que siempre habían querido decirles a esas dos personas tan poco indicadas para mirar por el bien de sus hijos.

—Siento la intrusión —dijo Ilse con voz prieta y palabras entrecortadas; cruzó las piernas y jugueteó con el enorme anillo de diamante que llevaba en la mano izquierda—. Quería saber cómo estabais, hijas, y también los Chicos, quizás explicarme, también.

Anna negó con la cabeza.

—Las explicaciones no son necesarias —dijo—. De tu partida ya hace mucho tiempo.

Hanna se quitó la alianza y la soltó en la mesa de centro. Peter se mofó y dijo: «Acabáramos», y Hanna puso los ojos en blanco.

Las Gemelas estaban ante su madre, su padre y sus maridos. Sorbieron una gran masa de aire y echaron los hombros hacia atrás. Habían ensayado este momento más de una vez, pero entonces comprendieron que, después de todo el tiempo transcurrido y de los entuertos, no había nada que mereciera la pena ser dicho.

Cómo escaparon Hanna, Laura, Anna, Logan y el bebé Se apiñaron en la camioneta de Laura, con las pertenencias apretujadas en un pequeño remolque enganchado a la parte trasera. Se sentaron en perfecta quietud, aguantaron la respiración y miraron directamente al frente.

Réquiem por un corazón de cristal

EL lanzador de piedras vive en una casa de cristal con su familia de cristal. Es un hombre de carne y hueso que consagra su vida a su mujer de cristal y su hijo de cristal, a sus muebles de cristal y a sus vidas de cristal.

El lanzador de piedras, un hombre bueno pero imperfecto por su excesiva complacencia, conoció a su mujer en una playa después de una tormenta eléctrica, una noche en que el cielo se negaba a rendirse a la oscuridad, aunque a pesar de ello había estrellas en lo alto. Primero vio la pequeña hendidura que su cuerpo había dejado en la arena, y se acercó un poco más, con sigilo. Entonces la vio a ella, con el cuerpo bañado por la luz de la luna y los ojos refulgentes. Se enamoró de ella al instante porque no daba crédito a lo que tenía ante sí. Su belleza era tan desconcertante y cautivadora que le perforó la piel hasta la sangre y se ciñó a su corazón.

No pensó en lo que significaría amar a una mujer de cristal. Cayó de rodillas. Le cogió una mano y le volvió la palma. Depositó con suavidad sus labios en el tierno hueco entre los dedos pulgar e índice. Cerró los ojos e inspiró profundamente. Rogó que cuando los abriera ella siguiera allí. Cuando lo hizo, allí seguía.

La mujer del lanzador de piedras se enamoró al instante de él porque el lanzador de piedras era todo lo que ella no era. Era el primer hombre que no veía a través de ella. La ayudó a levantarse y luego caminaron durante horas y kilómetros y más kilómetros. Él la escuchó y se deleitó con su voz áspera, y

ella le contó todas sus esperanzas, sus sueños y sus miedos. Intentó guardarse algunos secretos para ella, pero no pudo. La propensión de él a la complacencia era contagiosa.

Ella se desnudó ante él y no pensó en lo que significaría amar a un hombre de carne y hueso.

El lanzador de piedras y su mujer festejaron durante siete meses y se casaron el séptimo día de ese séptimo mes. Ella lució un vestido plateado y diamantes en sus cabellos de cristal.

El lanzador de piedras permaneció a su lado, enfrente de sus amigos, de sus familias. Se prometieron amor, honor, respeto y obediencia, aunque él no sabía aún cómo cumpliría su palabra.

Cuando el lanzador de piedras y su mujer hacen el amor, ella siempre se pone encima y le presiona el pecho con sus frescas manos de cristal. Se acuesta sobre él, pierna contra pierna, senos contra pecho, cara contra cara. Él le besa su cuello fino y delgado, los espacios huecos de sus clavículas. Desliza las manos por toda su cabellera de cristal, y luego le coge la cara y recorre sus labios con los pulgares. La mujer del lanzador de piedras entra en calor bajo sus caricias, leves, muy leves, y aunque él no puede verlo, siente que el cuerpo de ella responde. Le gusta la presión de sus muslos de cristal, temblando contra los suyos, y la forma que ella tiene de respirar en su boca, superficial y rápida.

Cuando la mujer del lanzador de piedras se corre, su cuerpo se empaña formando un dibujo caprichoso desde su corazón hacia fuera. Mientras recupera el aliento, a menudo oye el lamento agudo del cristal que sucumbe a la presión y su corazón, que amenaza con implosionar. Cuando está segura de que su corazón no va a romperse, rueda a un lado y el lanzador de piedras traza amorosamente las líneas en el vaho que ha dejado tras de sí. A veces, después de hacer el amor, el lanzador de piedras enciende una vela y se sienta de espaldas al cabecero de la cama rodeando con los brazos a su mujer, cuya cristalina columna se arquea contra su grueso y enmarañado pecho. Mira abajo, a su simiente, que, despacio, se escurre del cuerpo de su mujer. Él le pide que se desnude más para él, que comparta secretos que todavía desconoce. Se ha acostumbrado a ver demasiado y ahora anhela saber demasiado. Ella suele ceder, habla sin prisa, explora su ser de complicadas maneras. El lanzador de piedras sonríe. Su mujer, no.

Cada mañana, él se sienta enfrente de su mujer de cristal a su mesa de cristal y observa el discurrir del zumo de naranja por la garganta de cristal hasta el estómago de cristal. Cuando las cortinas están echadas, ella se preocupa raras veces de ir vestida, siente que no tiene nada que ocultar. Es algo realmente destacable —piensa con frecuencia el lanzador de piedras— la posibilidad de ver tales intimidades, la posibilidad de ver la separación de su integridad en partes. Ella lo mira a él y luego mira a lo lejos, con las mejillas encendidas por el recuerdo de la noche anterior. Mientras comentan el día por venir, la mujer del lanzador de piedras extiende una mano sobre la mesa y le coge la suya. Le recorre los callos, sus dedos torcidos pero no rotos. Él la aprieta a su vez, con dulzura, siempre cuidadoso de no romperla.

Después de que el lanzador de piedras y su mujer de cristal hayan desayunado juntos, él lleva a su hijo de cristal al colegio, cogiéndole de su mano fresca y translúcida. Escucha atentamente mientras el chico le cuenta sus esperanzas, sus sueños y sus miedos. A cada palabra pronunciada por el hijo, el lanzador de piedras siente que su corazón se expande, casi rompiendo la caja ósea que lo protege. Después de besar al chico en la frente y de despacharlo a clase, el lanzador de piedras se queda fuera del aula a veces y echa una ojeada dentro, conteniendo la respiración, deseando que los otros niños sean amables y cariñosos, por muy frágil que pueda ser este deseo.

Durante el día, la mujer del lanzador de piedras se entretiene con la tarea de vivir en una casa de cristal. De una estancia a otra, utiliza trapos suaves para limpiar cada superficie, porque su marido no puede evitar las cosas que va dejando a su paso. Mientras quita las huellas y la piel y los pelos sueltos, sonrío para sí y canturrea el vals que ella y el lanzador de piedras bailaron en su boda. A veces sus vecinos se paran delante de la casa de cristal para mirar y vislumbran los contornos de su cuerpo de cristal debajo de la ropa que ella se ha puesto más pensando en ellos que en sí misma. Los vecinos se susurran y menean la cabeza. Condenan aquello que no pueden entender.

Lo que más le gusta a la mujer del lanzador de piedras es despojarse de sus ropas y perderse en el mundo sin ser vista. Es un tiempo sagrado, esas horas entre el cumplimiento de sus tareas y el regreso a casa del hijo y del

esposo. Roba para sí estos momentos, porque su vida es tan transparente que ansía tener algo privado, algo precioso. Confecciona, a partir de ellos, secretos para sí misma que no ha compartido y no compartirá con su marido, quien ve demasiado y ama con demasiado cuidado.

Casi todos los días, la mujer del lanzador de piedras acude a un parque cercano con espacios al aire libre que no pueden contenerla. Estira sus largos miembros y observa el cielo. La clara luminosidad azul la maravilla. Cierra los ojos y reza una breve oración. Luego corre. Corre porque la sensación del viento contra su desnuda piel de cristal la embriaga. Se complace en el abandono de forzar su cuerpo de cristal y probar sus límites y sentir la rugosa calzada y la fría y lisa hierba bajo sus desnudos pies de cristal. Su marido la ama, pero se alborota. Se agota. La cree delicada. Teme que la cosa más leve la astille o la devuelva a los granos de arena de los que surgió. El lanzador de piedras prefiere mantener a su mujer atrapada en la seguridad de su casa de cristal, donde los peligros no se ven, pero se conocen. Ella sabe que las paredes de cristal de su hogar no pueden protegerla. Corre.

Después de sus tardes en el parque, la mujer del lanzador de piedras está sudada y placenteramente dolorida. Vuelve caminando despacio a casa, respirando hondo. Se deleita. Luego se da una ducha fría, emerge y se envuelve en una suave bata de algodón. Cuando su hijo llega a casa, lo coge en brazos y lo escucha cuando le habla de sus esperanzas, sus sueños y sus miedos. El hijo parlotea y ella recorre sus diáfanos rasgos con sus yemas de cristal. El contacto entre sus cuerpos de cristal produce un melodioso lamento que acrecienta la sonrisa del niño. La mujer del lanzador de piedras se enamora cada día más de su hijo. Aunque le apena, acepta que la vida del chico es tanto una bendición como una maldición. Cuando su corazón ha tenido su dosis de estos preciosos momentos, cuando siente literalmente el feroz latido de las venas de cristal que traban su corazón, amenazando con resquebrajarse, manda al niño a jugar fuera con sus amigos hasta la hora de la cena. Ella necesita que él forme parte del mundo, que vaya al encuentro de eso que se ve pero se desconoce.

El hijo del lanzador de piedras sabe que él es una rareza, pero aún no sabe por qué. En el colegio se sienta a su pupitre con su cuerpo cristalino cubierto por su uniforme escolar. Es taciturno pero estudioso. Es cariñoso pero fuerte, como su madre. Es duro y tozudo, como su padre. Aunque algunos compañeros

se burlan de él y hacen muecas al mirarlo, el hijo del lanzador de piedras tiene varios amigos que ya no se inmutan ante eso que los hace diferentes, eso que no pueden comprender. Para ellos, es un niño que los hace reír y los persigue en el recreo y hace bonitos castillos de arena.

El lanzador de piedras trabaja duro y lo da todo y colma las necesidades de su familia de cristal. Durante ocho horas al día trabaja en una cantera, con el pecho desnudo y sudoroso, lanzando toda clase de piedras de las profundidades de la cantera a los camiones que esperan arriba. Es tan bueno en lo suyo que a veces la gente se congrega a su alrededor. Los mirones merodean cerca, admirando la intrincada red de músculos que reviste su cuerpo y el modo que tiene de trabajar, en apariencia sin esfuerzo alguno. A él no le molestan los mirones. Se ha acostumbrado a vivir en una casa de cristal.

Cuando por fin llega a casa, el lanzador de piedras se sienta a la mesa de la cocina con su mujer de cristal y su hijo de cristal. La familia se come la cena, preparada con amor, y el lanzador de piedras trata de apartar la vista de los momentos íntimos entre su mujer y su hijo que él no puede compartir. Ayuda al chico con sus deberes; luego, juntos, marido y mujer lo acuestan en la cama. Algunas noches llaman a una niñera, le dejan una minuciosa serie de instrucciones para el cuidado y la alimentación del hijo de cristal y luego salen a tomar una copa a una coctelería cercana. Su mujer luce su vestidito negro preferido, se relaja contra el robusto cuerpo de su esposo y disfruta de la presión de su mano en la parte baja de su espalda mientras la conduce a una mesa desde donde pueden ver sin ser vistos, oír sin ser oídos.

En ocasiones muy especiales, visten sus mejores galas para ir a la ópera. Se sientan en un palco privado sobre la orquesta y admiran los floridos techos, la rica textura de las butacas sobre las que se sientan. La mujer del lanzador de piedras se pierde en la música y sus cristalinas lágrimas le coronan los párpados mientras es transportada a lugares mágicos. El lanzador de piedras intenta pasar un buen rato, pero con cada nota de cada aria su cuerpo entero se tensa. Le angustia que solo sea cuestión de tiempo que una diva con el tono perfecto y los pulmones de hierro llene la ópera con una nota tan perfecta que coincida con la frecuencia natural del cuerpo de su mujer. Le angustia que, en ese momento de resonancia, ella empiece a vibrar y luego a retemblar y que su cuerpo de cristal se fracture. Él se quedaría allí, parado, arrodillado sobre fragmentos de cristal mientras sujeta el palpitante corazón cristalino de su

mujer con sus callosas manos. Cuando él y su mujer salen de la ópera, el lanzador de piedras lo hace siempre en silencio, humillado por la frágil naturaleza de una esposa de cristal. Ella le pregunta qué sucede y él la mira con ternura y le miente diciendo que nada.

El lanzador de piedras, un hombre bueno pero imperfecto por su excesiva complacencia, tiene una amante a la que visita varias veces a la semana. Ella es una mujer que no está hecha de cristal; es toda de carne y hueso, con un cuerpo generoso y carnoso como el suyo. Ella es un misterio de otro tipo.

Lo que más detesta la mujer del lanzador de piedras es cuando se despoja de sus ropas y se desliza por el mundo sin ser vista. Sabe de la existencia de la amante. A veces observa a su esposo y a la otra mujer escabullirse en el apartamento de la amante, pisando con sigilo la gruesa moqueta del salón. Ella permanece en el vano de la puerta y ve a su esposo agarrando a la otra con sus largas y callosas manos, con un proceder imprudente y rudo. Después se vuelve caminando a casa, dejando un rastro de lágrimas de cristal para el lanzador de piedras. Este no ama a su amante, pero necesita los momentos que comparte con ella, esos momentos en los que no tiene que ver demasiado ni amar con demasiado cuidado.

En el supuesto de la muerte de mi padre

CUANDO era pequeña, mi padre me dijo una vez que las mujeres no servían para mucho. Estábamos aparcados en el mirador de la montaña que había a las afueras de la ciudad. Yo iba en el asiento trasero, mirándome los zapatos, mordiéndome las uñas. Él estaba en el asiento delantero, bebiendo burbon Maker's Mark de una botella envuelta en una bolsa de papel marrón. Él y mi madre acababan de tener otra pelea acalorada y él me arrastró consigo fuera de casa, como si yo hubiera elegido su bando alguna vez. Dijo: «No te vuelvas como tu madre. Es una mujer insignificante». A mi padre no le gustaba mi madre. Ni siquiera pienso que yo le gustara, pero lo que sí le gustaba, en cambio, era amargarnos la vida con su negativa a marcharse.

Las opiniones de mi padre no le impedían fornicar con cuantas mujeres quisiera. Mi madre me dijo que una vez había encontrado los zarcillos de otra mujer en su mesita de noche. «Una hortera de bisutería», dijo, como si la calidad de los zarcillos la desquiciara más que su presencia en el dormitorio.

Durante años, mi padre estuvo viéndose con otra mujer, Teresa. Era siete años más joven y trabajaba de camarera en un bar llamado Mosquito Inn, que habían decorado como un safari africano. Nadie le veía la gracia, la verdad, porque estábamos en la península superior de Michigan. Teresa tenía el pelo rojo y siempre se lo recogía en una maraña despeinada en lo alto de la cabeza. Fumaba cigarrillos finos y llevaba camisas escotadas y un pegote de maquillaje. Me llamaba Steph por mucho que yo la corrigiera, diciéndole:

«Me llamo Stephanie». Le daba igual que mi padre estuviera casado y tuviera una hija. Nunca esperó mucho de él. Era la clase de mujer que no esperaba mucho de la vida. Encajaban bien.

Cada sábado, papá le decía a mamá que nos íbamos de pesca, hiciera el tiempo que hiciera. No estoy segura de si estaba siendo cruel o piadoso con esta mentira. Salíamos de casa al alba; la víspera, yo metía en mi mochila libros, un cuaderno, mi *walkman* y una muda. Conducíamos los veintisiete kilómetros que nos separaban de casa de Teresa. Vivía en una caravana en un vasto terreno heredado de su padre. No había nada en kilómetros a la redonda. Lo sé. Busqué. Al llegar, Teresa nos estaba esperando en la puerta, con una bata sedosa entreabierta que dejaba caer al suelo. Debajo solo llevaba unas braguitas de encaje. Mi padre siempre sonreía nada más verla, y luego me despeinaba y decía: «Puedes mirar, ricura, pero no tocar». Yo me zafaba de él con un mohín, pero me quedaba mirando porque Teresa era hermosa, con esa dureza propia de las mujeres como ella.

Cuando nos metíamos en la caravana, Teresa me pasaba el mando a distancia del pequeño televisor colocado sobre la mesa de la cocina y me decía que me pusiera cómoda. Luego ella y mi padre se encerraban en su cuarto durante horas. No eran ni discretos ni silenciosos. Mi padre era un amante empalagoso y vulgar, por lo que yo podía oír: respiración pesada, gruñidos y cachetes en el culo. Me juré que nunca dejaría que un hombre así me pusiera las manos encima. A Teresa siempre le daba la risa tonta, una risa aguda ineludible en aquella caravana minúscula. Yo me sentaba en el pequeño sillón junto a la cocina y zapeaba por los tres canales que la televisión de Teresa recibía, e intentaba leer o dibujar, pero sobre todo soñaba con el día en que no tuviera que pasar los fines de semana en una caravana de mierda viendo programas de mierda mientras oía a mi padre follarse a su amante.

Finalmente, Teresa y mi padre salían de la habitación. Él nunca llevaba camisa y siempre dejaba al descubierto su panza blanca y flácida, como si se sintiera orgulloso de ella. Los dos se deshacían en sonrisas, y mi padre se estiraba a mi lado en el sofá, rascándose su panza desnuda. Teresa nos preparaba un sándwich de queso a la plancha o salchichas rebozadas o buñuelos de patata o cualquier otra comida típica de blancos. Luego, los tres nos poníamos a ver más televisión, a veces una película. A eso de las nueve, iban a acostarse y yo me quedaba tumbada en el sofá, mirando por la pequeña

ventana, escuchando las risas y los gruñidos y los cachetes en el culo y las respiraciones pesadas, deseando que mi madre estuviera teniendo una aventura con el tipo de la ferretería o con uno de los diáconos de la iglesia. Volvíamos a casa a última hora de la tarde del sábado y mi madre siempre nos esperaba con una comida casera. Mi padre le daba flores que habíamos comprado en el ultramarinos y la besaba en la mejilla. Mi madre nunca me preguntó sobre nuestras salidas a pescar o por qué no traíamos pescado a casa.

Cuando mi padre murió por conducir a demasiada velocidad por un puente helado, Teresa vino a su funeral. Mi madre, a quien nunca se le había dado bien armar escándalos por cosas que no eran de recibo, no dijo nada. Se limitó a mirar al frente, quemando con los ojos un agujero en el ataúd de mi padre mientras su amante se sentaba al otro lado del pasillo. Mi madre permaneció con la columna tiesa como un palo. No derramó ni una sola lágrima. Y llevaría el luto de mi padre con una dignidad que él nunca tuvo en vida. Teresa, por el contrario, estaba hecha un cisco, sollozando abiertamente, sonándose la nariz con un pañuelo que le había dado un ujier. Después de la misa, mi madre se quedó delante de la iglesia, con su traje lavanda pulcramente planchado, saludando a los invitados, agradeciéndoles su asistencia, desoyendo las murmuraciones. Teresa permaneció junto a mi padre, con una mano que mostraba una manicura perfecta apoyada en el ataúd, todavía aturullada con sus sollozos. Supongo que lo amaba. Era bonito que alguien lo hiciera.

Fui a ver a Teresa el primer sábado tras la muerte de mi padre. Yo iba conduciendo y me venía casi de paso a la universidad. Al romper el alba, llamé a su puerta y esperé, cambiando mi peso de un pie al otro. Cuando me abrió, lucía su bata de seda, como siempre, y la llevaba abierta, revelando su cuerpo, tan hermoso como siempre. Tenía los ojos rojos. Después de que mi padre muriera, no sé si dejó de llorar alguna vez. En silencio, Teresa se hizo a un lado y yo entré en la caravana agachándome por debajo de su brazo. Se sentó a la minúscula mesa de la cocina y se encendió un cigarro, luego me ofreció uno a mí. Asentí con la cabeza y durante un rato nos quedamos así sentadas, con las piernas cruzadas, mirándonos, fumándonos sus finos cigarrillos baratos.

—Le encantaba pasar los sábados contigo —dijo por fin.

Negué con la cabeza.

—Le encantaba pasar los sábados contigo.

Teresa sonrió apenada.

—No es tan sencillo.

Me encogí de hombros, me hundí más en mi asiento y me encendí otro cigarro.

Ella deslizó su mano hasta el otro lado de la mesa y arrastró los dedos por mis nudillos. Miré a Teresa y vi que la experiencia de una vida dura se había asentado en sus rasgos.

Le apreté la mano cariñosamente. Quería que sintiera algo suave. Ella se levantó, dejó caer su bata de seda al suelo y se puso a caminar hacia su cuarto. Luego se volvió para mirarme por encima del hombro y me levanté.

Romperme hasta la médula

LA madre del hijo menor de mi novio llamó en mitad de la noche. Mi novio estaba durmiendo y el calor de su cuerpo nos envolvía a ambos. Observé las oscuras sombras del ventilador de techo que giraba perezosamente sobre nosotros. Mi novio duerme profundamente a pesar de las numerosas razones que tiene para no hacerlo.

—Estoy en la entrada —dijo ella con un hilillo de voz tensa.

Intenté despertar a mi novio sacudiéndolo, pero apenas se movió, tan solo alargó la pierna hacia mi lado de la cama. Roncaba levemente. Suspiré.

Anna Lisa, la madre del hijo menor de mi novio, me entregó a su hija, dentro de su portabebés, así como una bolsa de lona grande. Señaló la bolsa: «Las cosas del bebé». Miré a la niña, que no era ni guapa ni fea, sino una masa de rasgos indeterminados. Nos quedamos calladas, escuchando las polillas y otros insectos que revoloteaban alrededor del farol que brillaba y zumbaba bañándonos con su luz. Me dolían los hombros. El aire era húmedo y denso. Anna Lisa es una mujer guapa, pero parecía exhausta. Llevaba un pantalón de chándal holgado con un texto desgastado en mayúsculas en la pierna izquierda. Tenía la camiseta manchada. Los senos hinchados. Eso no me pasó desapercibido. El pelo le caía lacio sobre la cara. Desprendía cierto hedor. Tenía negras ojeras. No sé si nuestro aspecto era muy distinto.

La invité a pasar y me ofrecí a darle un baño. Quería ayudarla a desvestirse, a sacarse la camiseta por la cabeza. Quería prepararle un baño de agua caliente, lavarle el cuerpo y frotarle la espalda y los muslos, la piel aún suelta de su estómago, limpiarla a conciencia.

—Ya no puedo encargarme de mi niña.

Miré de nuevo al bebé. Este me devolvió la mirada, bostezó y pestañeó, cansado.

—¿Quieres dejarle el bebé a él?

Anna Lisa sacudió la cabeza.

—Voy a dejarte el bebé a ti.

Mi marido odia a mi nuevo novio. Yo también. Es la clase de persona que todo el mundo odia. Mi marido es el hombre al que amo. Le gustan los huevos revueltos poco hechos con pimienta recién molida y sal marina. Yo me levantaba todas las mañanas temprano para prepararle el desayuno, y el ritmo de esa rutina me encantaba, ser útil de aquella manera me encantaba. Mi marido me llama a diario: «¿Por qué te castigas así? Vuelve a casa», me dice.

Mi novio no es mi novio de verdad; no vivimos exactamente juntos. Llegamos a un acuerdo tácito según el cual las más de las veces me quedo con él. Mis cosas siguen en mi casa —cuatro dormitorios, tres cuartos de baño— con mi marido. Voy a visitar mis cosas y a mi marido con frecuencia. Paso los dedos por la estatua moderna que hay en la entrada, por el hoyuelo de la barbilla de mi marido, por los gruesos y fibrosos músculos de sus hombros, por la repisa de caoba sobre la chimenea. Mi lugar está con estas cosas, son mías, por eso no me quedo mucho tiempo.

Me picó un mosquito en la mejilla e hice un mohín. Luego me apreté el estómago, ignorando el fino pliegue de la cicatriz, su pulsación contra la palma de mi mano. La niña gimió, así que dejé la bolsa de lona en la entrada del vestíbulo y la saqué del portabebés y me la apoyé en el hombro. Desprendía un aroma dulzón y a talco y se calmó cuando le di palmaditas en la espalda, suaves y uniformes. Le dije: «Eso es, cariñín, eso es». Anna Lisa puso su mano sobre la mía mientras yo reconfortaba a su hija. La tenía sudada.

Cuando se alejó, no se volvió para mirar al bebé.

Me senté en el salón con el bebé, que coloqué sobre una sábana limpia. Cuando me cansé de mirarla, me despecé y le apoyé una mano en el estómago. Me quedé dormida con el bebé mirándome con los ojos muy abiertos.

Por la mañana, mi novio me dio una patada en el pie con su pesada bota del trabajo.

—¿Qué coño es esto?

Me senté rápidamente y me llevé un dedo a los labios. Me levanté y me la llevé al dormitorio.

—Anna Lisa trajo al bebé anoche. Dijo que ya no puede ocuparse de ella.

Mi novio sacudió la cabeza y cogió el teléfono; marcó deprisa el número de su ex.

—Esto es una puta mierda —farfulló. Como Anna Lisa no respondía, estrelló el teléfono contra la pared—. ¿Qué leches se supone que voy a hacer yo con un bebé?

—Mantenerlo vivo.

Sacudió la cabeza y me apartó.

—Yo tengo que irme al trabajo. El marrón es tuyo.

He leído muchos libros sobre bebés. Cuando mi novio se hubo ido, llené la pila de la cocina con agua caliente y jabón y la lavé, le puse un pañal limpio y escogí la muda más bonita. Preparé un biberón, se lo di y se quedó dormida. Hice un rápido inventario: una pila de pijamas pulcramente plegados, siete mudas, un peluche, tres biberones y una bolsa hermética llena de tetinas, dos botes de leche en polvo, un paquete medio lleno de toallitas húmedas, seis pañales y un cuaderno con instrucciones detalladas sobre la personalidad del bebé, sus gustos y manías, sus horarios y el significado de sus distintos sonidos; la clase de recuento que solo una madre llena de amor podría hacer. Teníamos que ir de compras, pero primero necesitaba poner al corriente a mi marido de la nueva situación. Él trabajaba en casa uno o dos días a la semana y lo encontré en su despacho; llevaba unos pantalones de pijama de franela y el pecho descubierto. Sonrió al verme y quise deslizarme dentro de él.

Cuando vio que llevaba un bebé, se levantó con una mueca.

—¿Por qué tienes un bebé?

—Me lo ha dado una mujer.

Mi marido echó un vistazo al portabebés.

—No tiene gracia.

—No es una broma.

Cantidad de personas decidieron que me había vuelto loca después del accidente, y seguían creyendo que un día me desnudaría en un centro comercial o me comería un gato o algo así. Cuando me enrollé con un capullo, suspiraron de alivio. «Tu situación todavía tiene arreglo», dijo mi madre cuando aún

respondía a sus llamadas.

No estoy loca.

Mi marido, Ben, se agachó y le pellizcó la nariz al bebé. La cría sonrió y él repitió el gesto. Luego me miró.

—¿No habrás... robado el bebé, verdad?

Negué con la cabeza.

—Es hija de él. Su ex pasó a dejarla anoche. Dijo que me la confiaba a mí.

Ben se sentó y sacó a la niña del portabebés. Empezó a juntarle las manos y a cantar una cancioncilla tonta. Noté que la cicatriz que me cruzaba el estómago se tensaba. Corrí al cuarto de baño y llegué al lavabo justo a tiempo. Vomité hasta que me dolió la espalda.

Ben se asomó por la puerta.

—¿Te encuentras bien?

Me quedé mirando el desayuno, que flotaba lánguidamente en la superficie del agua del lavabo.

Esa noche, cuando mi novio volvió a casa del trabajo, iba borracho. Lo oí en la puerta, intentando entender cómo encajaba su llave en el cerrojo y lo que se suponía que debía hacer a continuación. No intenté ayudarlo. El bebé ya estaba dormido en un pequeño canasto que yo le había comprado en una tienda de bebés para personas con demasiado dinero y ningún juicio. La vendedora, que me conocía de otra vez, miró al bebé y dijo: «¡Cómo ha crecido el crío!», porque todos los bebés son iguales y todas las mujeres con bebés son iguales. Me mordí la lengua y asentí.

Me senté en el sofá con el bebé en su canasto y nos pusimos a ver un programa de telerrealidad sobre famosos que fingen ser adictos a algo.

Mi novio consiguió entrar en el piso finalmente.

—Mujer, ¿dónde te has metido? Joder —dijo cuando vio que no estaba sola—. ¿Esa cría sigue aquí?

Me sacó del sofá a tirones y me arrastró al dormitorio. Me relajé y me convertí en carne para él. Me lanzó sobre la cama y empezó a desabrocharse el cinturón.

—¿Por qué siempre estás tan quieta, joder? Me da repelús.

No dije nada. Él no necesitaba mi voz. Trepó a la cama, me separó las piernas y me bajó los vaqueros. Se puso encima de mí y su cuerpo, muy

pesado, me hundió en el colchón. Apretó sus ajumados labios contra mi cuello, estrujándome los senos entre los dedos, remodelándolos. Dolía. Gemí. «Di algo», dijo. Cerré los ojos y deseé que el bebé no pudiera oír a su padre. Me abofeteó y se me humedecieron los ojos; hubiera jurado que los huesos de la frente estaban a punto de astillarse. Giré levemente la cabeza, ofreciéndole mi rostro.

—Te lo digo en serio, si no dices nada se me irá la pinza.

Abrí los ojos.

—No despiertes al bebé. Ha tenido un día largo.

Me aferró la garganta y la apretó cada vez más, dejando su marca. Le sostuve la mirada. Esperé a que me castigara y cuando lo hizo fue un alivio perfecto.

Mi marido llamó al día siguiente.

—Si te apetece pasarte con la niña, por mí bien.

Busqué un jersey de manga larga con cuello alto, pero no encontré ninguno, de modo que me tapé con una sudadera con capucha y excesivo maquillaje. Mientras íbamos en el coche, no dejé de hablarle al bebé por el espejo retrovisor. Ben nos esperaba en el porche; vino hasta el coche cuando llegamos, sacó con cuidado al bebé de su sillita y me abrió la puerta.

—Como en los viejos tiempos —dijo cariñosamente.

Apreté los dientes cuando me senté en el sofá, una de las primeras cosas bonitas que habíamos comprado.

Ben dejó al bebé en el parque de juegos que llevaba vacío meses en la esquina de nuestro estudio. La cría se puso a jugar con los juguetes; cosas de plástico que hacían ruido. Mi marido se sentó a mi lado y me apartó la capucha de la sudadera. Pegó un puñetazo en la mesa de centro. Uno de los libros resbaló al suelo.

—Voy a matarlo.

Me apoyé en su hombro, cálido, y luego descansé la cabeza en su regazo.

—Estoy muy cansada.

Exhaló una pesada masa de aire y me acarició el brazo con ternura.

—Puedes quedarte aquí a descansar —dijo, y eso es lo que hice mientras él me velaba.

A los pocos días, el bebé tuvo fiebre. Lloraba sin cesar, con el rostro

enrojecido por una minúscula y acalorada ira. Le ató las correas del portabebés y me quedé con ella junto al congelador abierto mientras el aire acondicionado nos cubría de aire frío. No dejaba de llorar. Echaba de menos a su madre, asumí. Mi novio salió del dormitorio, con los calzoncillos bóxer colgando de sus estrechas caderas girados incómodamente. Me arrimé más al bebé, susurrándole con dulzura.

Él sacó una cerveza del frigorífico e inclinó la cabeza hacia nosotras mientras la destapaba.

—¿Qué le pasa?

—Tiene fiebre.

Le dio un buen trago a la cerveza y se enjugó los labios.

—¿Hay que llevarla al médico o algo?

—Todavía no lo sé. —Cuando la niña se calmó un poco, empecé a acunarla—. Tendremos que esperar a ver.

Mi novio se subió de un salto a la encimera y se sentó balanceando las piernas.

—¿Por qué sabes tanto de bebés?

Le acaricié despacio la espalda al bebé.

—Nosotros no nos hacemos ese tipo de preguntas.

Él escupió en la pila y le dio otro sorbo a la cerveza.

—Tú misma.

Cuando se aburrió, se volvió perezosamente al dormitorio. El bebé dejó de llorar, pero el cuerpo le temblaba cada pocos minutos mientras hipaba. Me senté con ella en el balcón, porque fuera hacía fresquito y el aire era limpio. Llamé a Anna Lisa.

Respondió al cabo de siete timbrazos.

—¿Va todo bien?

Asentí con la cabeza incluso aunque no pudiera verme.

—Pensé que querrías saber cómo está el bebé.

Calló un momento y luego tosió.

—Claro, buena idea.

El bebé se aferró a mi camiseta, con sus diminutos dedos enroscándose alrededor del algodón. Le conté a su madre lo de la fiebre y que Ben y yo habíamos jugado con ella y dado un largo paseo. Le conté a Anna Lisa que al

bebé le encantaba bañarse en la pila de la cocina. Le hablé de su ropa nueva.

—¿Me echa de menos?

—Y tanto.

—¿Se puede saber qué haces con un tipo como él?

—Te llamo la semana que viene.

Colgué y permanecí contemplando el cielo nocturno, negro, denso e inmóvil.

La niña seguía revoltosa por la mañana, mi abrazo no la aplacaba. Sudaba y se retorció y apenas había dormido. Yo tampoco. Mi novio se cabreó porque la niña seguía haciendo ese sonido, un gimoteo agudo incesante que a él le destrozaba los nervios. Me acuesto a su lado, esperando a que estalle, cosa que haría; cosa que hizo. Me relajé y deseé que me golpeará hasta que finalmente se me ablandaran los huesos.

Cuando hubo terminado, dijo: «Tú no estás bien acabada».

Más tarde, Ben telefoneó mientras el bebé sollozaba sin recato cuan anciana afligida.

—Quiero verte la cara —dijo.

Sonreí.

—Yo también.

—Menuda boquita tiene la cría.

Mecí a la niña en mi regazo.

—No lo sabes tú bien.

En el dormitorio, mi novio se despanzurró en la cama con unos vaqueros por única prenda. Le pregunté si pensaba ir a trabajar y gruñó algo ininteligible. En casa de Ben — que obligarme a pensar en ella de esta forma —, él nos estaba esperando, una vez más, en el camino de la entrada. Cogió al bebé y fue hasta la casa a trote corto. Me recliné mientras lo observaba. Se detuvo en el porche y me hizo una seña. Asentí y cerré los ojos.

Siete meses antes estábamos en el aparcamiento de una de esas tiendas de comestibles donde todo es orgánico y artesanal y excesivamente caro. Por primera vez desde que nos habíamos casado, podíamos permitirnos comprar donde se nos antojara. En aquella época comprábamos montones de aceitunas, porque en la tienda *gourmet* las vendían al peso. Era un disparate irresistible. Hicimos montones de olivadas. Éramos adultos. Teníamos un hijo que se

llamaba igual que su padre. Contaba catorce meses y aún estaba haciéndose al hecho de que sus piernas movían su cuerpo, con sus rollizos muslos balanceándose a cada paso torpe que daba. Siempre ponía las manos por delante cuando caminaba. Lo llamábamos BZ, o Bebé Zombi, y a veces, buena parte del tiempo, le poníamos fijador en el pelo para peinárselo de punta. Le sacamos cien mil fotografías —los excesos de los padres con un hijo único— y lo plasmamos enrollando los dedos cuando se acercaba a nosotros y arrugando la nariz antes de reírse, y, en cuanto a sus pestañas, eran tan largas que se podría decir que eran una extensión perfecta de su belleza. Para nuestros padres, Zombi era un apodo brutal. Para nosotros era divertido.

Ben y yo estábamos tonteando mientras metíamos las compras en el maletero. Teníamos una botella de vino —un merlot ecológico y todo eso— y la promesa de lo que haríamos después de bebemos ese vino. Le dije que no teníamos por qué esperar y él dijo algo de venderle los ojos al bebé de camino a casa, y nos reímos y nos inclinamos sobre el carrito para darnos un beso baboso con lengua. Ben hijo se puso a darle tortas al mango del carrito y a gritar «Da, da, da, da, da». Quería salir, de modo que lo levanté, gozando el peso de su cuerpo sobre las curvas formadas por mis índices y mis pulgares. Besé las dos mejillas y la frente de nuestro hijo y su padre le acarició la espalda mientras yo lo dejaba en tierra. Le acerqué una mano a mis vaqueros y le dije que se sujetara bien o de lo contrario tendría que quedarse en el carro. Asintió y sonrió con sus grandes hoyuelos, pestañeando mientras me abrazaba la pierna. Miré a este niño y al hombre que me había ayudado a concebirlo, teníamos una vida perfecta. El calor de esta dicha podría incluso habernos abrasado.

Un chaval que paseaba a un chucho pequeño pasó por allí. A Ben hijo le encantaban los perros, los llamaba «chusi». No teníamos ni idea de de dónde lo había sacado, pero era su palabra y se hizo nuestra: chusi, chusi, chusi. El niño gritó «Chusi» y se soltó. Cuando lo hizo, cuando dejé de notar el tirón de su mano, me quedé fría y hueca. No había nada que me sujetara al suelo. El niño salió corriendo y Ben y yo saltamos detrás de él, pero esas piernas suyas menudas y rollizas, cuando querían, se movían muy deprisa, y, como la felicidad seguía embargándonos, no vimos venir el peligro. Nuestro hijo fue detrás del «chusi», con los brazos hacia delante, como si tuviera la intención de convertir a aquel perro en un muerto viviente. Una anciana de ochenta y

cuatro años, Helen McGuigan, vino disparada por el aparcamiento. No vio a mi hijo por encima del capó de su Grand Prix 1974, un auténtico tanque de coche. Ben y yo chillamos. Ben hijo se paró y se volvió para mirarnos; el tono de nuestra voz lo asustó tanto que rompió a llorar. Lo último que hizo mi hijo fue llorar del susto. Levantó más los brazos, como suele hacer..., como solía hacer cuando quería que lo cogieras en brazos. Las curvas que formaban mis pulgares y mis índices latieron con virulencia. Cuando el coche lo atropelló, no aparté la mirada. Vi lo que le ocurrió al cuerpo de mi niño. Lo vi todo, su cuerpo por todas partes.

Ya no me acerco a los perros. Sería capaz de matarlos a todos, a cada uno de esos sucios animales con el rabo coleando y las lenguazas colgando. No puedo soportar su tufo.

Ben y yo no fuimos al funeral. Después del velatorio, después de ver el tamaño imposible del ataúd, no nos quedó nada. Nuestras familias no lo entendieron. Mientras se celebraba el funeral nosotros nos sentamos en el suelo del cuarto de Ben, esperando que volviera a casa. Seguimos allí sentados.

Ben me llamó. Estaba en el porche, guapo, con su cabello rizado revuelto y el bebé amarrado al pecho. Tragué con fuerza al salir del coche. En la esquina del jardín vi un bate de plástico rojo. El ácido me quemó la garganta y antes de poder detenerme vomité en los setos que ribeteaban la casa. Solíamos podarlos juntos. Nos levantábamos el sábado por la mañana y decíamos: «Hoy vamos a hacer jardinería». Soltábamos unas risitas porque nuestros padres sí que hacían jardinería: rastrillaban su jardín en sandalias y calcetines hasta las rodillas. Ben vino corriendo y me acarició la espalda. Me dijo cosas dulces, relajantes. Me llevó dentro de casa y me dio un vaso de agua. Bebí, pero mis labios seguían resecos.

Cuando me estaba inclinando sobre la pila de la cocina, se me levantó la camiseta. La cabeza me estallaba, así que olvidé bajármela.

Mi marido me la subió más, silbando. Se me cayó el alma a los pies. No tenía energía para pretender que no estaba viendo lo que veía.

—¿Qué coño es esto? En serio, cariño, ¿qué coño es esto?

Me subió la camiseta hasta los hombros y me giró despacio. No me atreví a mirarlo a los ojos. Recorrió un furioso cardenal que me estaba creciendo en el tórax, morado oscuro, casi negro en los bordes. Hice un mohín.

—Se acabó —dijo Ben—. Se acabó de verdad, Natasha. —Se desabrochó al bebé del pecho y me lo tendió—. Quédate aquí.

—No lo hagas —dije, agarrándole el brazo.

Sacudió la cabeza y salió corriendo de la casa. Dio una patada a la puerta del coche antes de abrirla y siguió pateándola hasta que cedió. Nunca lo había visto tan furioso. Me señaló con un dedo y me dijo:

—Ni se te ocurra marcharte.

Lo vi alejándose a toda velocidad. Me llevé al bebé a nuestro dormitorio y me tumbé de costado, apretándolo contra mi pecho, inhalando su cálida y lechosa respiración. Al final dejó de revolverse y nos quedamos dormidas. Cuando me desperté, Ben estaba sentado en el sillón de lectura, a los pies de la cama. Me senté despacio llevando las rodillas al pecho. Ben tenía un moratón en la barbilla y los nudillos rojos y en carne viva.

—Se acabó —dijo—. Basta ya de destrozarte. Vuelves a casa.

Apreté la frente contra las rodillas. Tenía el pecho vacío. Sentaba bien que alguien me dijera lo que tenía que hacer. Ben se puso de pie y cogió al bebé, aún dormido. Desapareció con él y, cuando volvió, lo hizo solo. Dejó un vigilabebés en el borde de la mesa y se ovilló conmigo en la cama. Es difícil respirar en una casa sin aire, pero lo intenté. Me estiré junto a él y cuando empezó a desvestirme le dejé que lo hiciera. Mi deseo hacia él no había disminuido. Mi lengua no había podido olvidar el sabor de su piel, de su boca. La pálida luz de la tarde inundó la habitación, lo suficiente como para vernos con claridad. Me besó los cardenales esparcidos por la clavícula, alrededor del ombligo, las negras extensiones violáceas en la parte superior de los brazos, en los muslos, en la parte baja de la espalda. Hacía mucho tiempo que un hombre no me tocaba con delicadeza; qué lujo. Casi se me había olvidado. Ben me cogió la cara entre sus manos y me besó, y entonces caí sobre él, caí sobre nosotros, su lengua en mi boca, su boca en mis senos, sus dedos entre mis muslos. Me colmó de tal manera que supe que me estaba recuperando. Me abrí a él. Le besé los nudillos rojos en carne viva, y la barbilla, y lo rodeé con mis brazos. Dije: «Sujétame al suelo».

Era tarde, se oyeron unos sollozos desde otra habitación. Yo estaba tumbada boca arriba y el cuerpo de Ben cubría la mitad del mío mientras dormía. Me tapé el pecho con la mano, lo acaricié suavemente, como si eso pudiera desplazar mi corazón de nuevo al sitio que le correspondía. Seguían

oyéndose lloros desde otra habitación. Intenté recordar en qué momento estaba. Tenía la boca seca y triste, los labios aún reseco, los ojos secos. Todo estaba seco. Surqué el pelo de Ben con los dedos. Los sollozos se hicieron más fuertes, de modo que le besé la frente a mi marido y me escurrí de la cama, intentando recordar la geografía de la habitación en la que llevaba meses sin dormir. Me dolían los senos, hinchados por la leche de la fruta dulcemente pasada. Me puse la camiseta de Ben, que estaba en el suelo, y luego apoyé la mano en la pared y fui al otro cuarto. Cuando encendí la luz, el bebé rodó sobre su cuerpo y pestañeó. La estancia seguía oliendo a mi hijo. Estaba allí aunque no estuviera allí. Lo sentía en los dedos. Levanté al bebé y lo acuné a lo largo de mi brazo extendido, y su peso casi me arrancaba el corazón del cuerpo. Salimos fuera, al aire fresco, y nos sentamos en el patio que Ben y yo nos habíamos construido, todo de ladrillo, más jardinería. Llamé a Anna Lisa. Volvió a contestar después de siete timbrazos.

—Voy a dejarle. Que lo sepas —dije.

—Yo te dejé el bebé a ti.

—No puedes estar hablando en serio. No puedes confiarme a un niño. No es legal.

—Sé lo que le pasó a tu hijo, lo vi en las noticias —dijo Anna Lisa—. No fue culpa tuya.

—Esta no es la respuesta a lo que sea que nos pasa a ti o a mí.

—No conozco a nadie más que pueda ayudarme.

—No podemos quedarnos aquí, y menos aún con ella. Nos vamos.

—No me digas adonde vais —dijo Anna Lisa, y colgó.

El bebé se movió en mis brazos. Perfilé sus pequeños labios con el dedo. «¿Qué voy a hacer contigo?», pregunté. Hizo gorgoritos y me apretó el dedo; no lo soltaba, de modo que nos quedamos así durante un buen rato, y me agarraba cada vez con más firmeza. Pensé que iba a romperme a mí también. Unos círculos húmedos se formaron en la camiseta de Ben. Mi leche se negaba a secarse, hiciera lo que hiciera. Mi cuerpo necesitaba algo que alimentar. Cuando entré en casa, Ben sostenía el teléfono y las llaves del coche en la mano. Tenía el pelo en punta. Su aspecto era juvenil, como cuando nos conocimos. Era nuestro primer año de facultad y me persiguió patio a través porque le gustaba el mechón rosa de mi pelo. Me dijo que siempre supo que amaría a una mujer con un nombre de tres sílabas. Yo no estaba segura de a

qué Ben estaba viendo y entonces se acercó a mí y, hundiendo la nariz en mis cabellos, me dijo que olía como el aire de la noche.

—Creí que te habías ido.

—Creí que me habías dicho que no podía irme.

Su rostro se estiró en lo que había devenido su sonrisa.

—No podemos vivir en esta casa.

Ben asintió.

—No podemos vivir en esta ciudad, ni en ningún sitio cercano.

—Lo sé.

Miré al bebé.

—Se viene con nosotros. Por ahora. Hasta que su madre pueda ocuparse de ella. La niña no arreglará lo que está mal. No estoy loca, como cree la gente. Sé quién es esta niña y quién no es.

—Puedes decir el nombre de nuestro hijo. —Nuestros ojos se encontraron. Nuestro hijo tenía sus ojos. Hubo un tiempo en que me pregunté si podría soportar mirar a mi marido durante el resto de mi vida—. Di su nombre —dijo Ben.

Abrí las manos y negué con un gesto.

Cuando Ben hijo nació, llevábamos siete años casados y solo éramos unos críos. Éramos jóvenes todavía, pero nuestros padres se habían resignado a no tener nietos y entonces este niño radiante, precioso, se abrió camino hasta todos nosotros. Tras el accidente llamé a mi madre para contarle lo sucedido. Se lo conté sentada en el porche, porque no podía estar en la casa, no había aire. Ben estaba a mi lado. Sostuvimos el teléfono entre nuestras mejillas. Mi madre gimió cuando le expliqué que mi hijo era un trecho de sangre en la calzada caliente de un aparcamiento, que le habían arrancado las zapatillas, que yacía en algún lugar, solo y frío.

Quise quedarme en la morgue con Ben hijo el día de su muerte, pero contravenía las normas. Un extraño con las manos frías no dejaba de decir: «Lo sentimos mucho, pero tiene que irse». Al final dos agentes de policía nos escoltaron al aparcamiento. Monté una escena salvaje y caótica. Y me siento orgullosa de ello. Uno de los agentes dijo: «No quisiéramos tener que detenerla», y yo grité: «Está de coña, ¿no?». La gente que entraba y salía de la comisaría se quedaba mirando, señalando con el dedo y sacudiendo la cabeza.

El agente me agarró del hombro y me arrimó lo suficiente a él como para que yo sintiera el olor del café en su aliento. Se inclinó más y dijo: «Yo también tengo hijos, cuatro, pero tiene que irse», y yo volví a gritar: «Está de coña, ¿no?». Tenía la garganta en carne viva. Toda yo estaba en carne viva. Me importaba una mierda. No pensaba dejar solo a mi niño. Finalmente, Ben se sacudió de encima su trance y me alejó de allí. Me resistí con todas mis fuerzas. Cuando por fin consiguió llevarme hasta el coche, se plantó en mi puerta. Me señaló con un dedo y dijo: «Aquí quieta, cariño». Luego corrió alrededor del coche hasta su asiento. El sudor le chorreaba por la cara y el cuello. Yo tenía lamparones de sudor por el cuello y en las axilas. Estábamos podridos, mugrientos de pena. Se volvió y me miró. «Eres más fuerte de lo que pensaba.» Presioné la mano contra la ventana mientras nos alejábamos. Le dije: «No tienes ni idea». Después volvimos a la comisaría, aparcamos unas manzanas más lejos y permanecemos sentados en silencio cerca de la ventana de la morgue, en la parte de atrás, hasta que pudieron devolvernos el cuerpo de Ben hijo por la mañana.

En lugar de decirme algo cariñoso, en lugar de no decir nada cuando le dije que mi hijo había muerto, mi madre preguntó: «¿Cómo has podido permitir que pase esto?». Empecé a temblar y a chillarle sin ton ni son, palabras como *perga, gile, frate o turga*, palabras disparatadas fruto de la rabia. Ben cogió el teléfono y dijo: «¿Cómo te atreves?». Nos quedamos en el garaje esa noche, y la siguiente, y la siguiente. El frigorífico en el que almacenábamos la carne de ciervo y las cervezas High Life zumbaba ruidosamente. Lo oíamos toda la noche, fingiendo que dormíamos, fingiendo que dormir era posible. Hacía calor allí, olía a aceite de motor, a tierra y a hierba cortada. Ben no dejó de rodearme con sus brazos, sin soltarme nunca.

Nos trasladamos a una tienda de campaña en el jardín hasta que los vecinos se quejaron. Cocinábamos comida de lata en un hornillo de acampada y bebíamos vino y fumábamos, todo ello sentados en sillas plegables hasta que nos vencía el cansancio y se nos cerraban los ojos. Ben me decía: «Háblame», y yo lo intentaba, pero solo me salía aire seco, nada más. Pedí una excedencia en el trabajo, pero Ben siguió yendo a la oficina, dijo que necesitaba que al menos una cosa tuviera sentido. Cuando se iba, yo me quedaba sentada en el aparcamiento de la tienda *gourmet* donde comprábamos ocho clases distintas de aceitunas. A veces un empleado me reconocía y me traía café y decía: «Mi

más sentido pésame». Oía esta frase con tanta frecuencia que empezó a sonar como una palabra: «Mimasentidopésame, masentidopésame, maspésame, maspésame, maspésame».

Perdí todo el peso del embarazo que me quedaba y más. Ben se enfureció cuando le dije que no podía ingerir nada, y dijo que no tenía derecho a echarme a perder. Una noche me cocinó mi plato de pasta favorito. Como me negué a comer, se sentó a horcajadas sobre mí y me alimentó a la fuerza. No pude pasar la comida. Ben se enfadó tanto que estrelló el maravilloso cuenco de barro que contenía su maravillosa pasta contra el suelo de la cocina. Armó un lío tremendo. Sus manos se apretaron formando unos puños firmes y quise sentir sus nudillos contra el hueso de mi mandíbula. Me abalancé sobre él y le dije: «Pégame», pero no lo hizo. Le pegué y volví a pegarle y él no me detuvo. Le dije: «Pégame o me iré». Se negó y me fui. Dormí en mi coche, cerca de las vías del tren, donde solíamos llevar a Ben hijo cuando no se dormía. Mi marido me encontró y me dijo que volviera a casa. No volví.

En un bar encontré a un hombre dispuesto a pegarme. No me costó mucho. Pude oler la ira en él solo con mirarlo. Yo estaba bebiendo burbon Maker's e iba ligera de ropa, enseñando las tetas y una pierna. Se sentó a mi lado y me pidió una copa aun cuando no había apurado la mitad de la que tenía. Le dio un toquecito a mis anillos y me dijo: «¿Dónde está tu marido?». Me trinqué de un golpe lo que quedada en mi vaso y en la copa a la que me había invitado. «No te preocupes por eso», dije. Se puso a hablar y estuvimos bebiendo durante horas, y cuando dijo «Vámonos atrás» yo me dejé arrastrar. El hombre me empujó contra la pared y me tapó la boca con la suya como si intentara comerme la cara. Se apartó para coger aire y dijo: «¿Te gusta, nena?». Lo agarré del cinturón. Quiso besarme otra vez, pero me aparté. Le dije: «Quiero que me hagas daño», y eso hizo, una y otra vez, sin descanso. Dejé de ir a dormir a casa. Cada vez que ese hombre me hundía los puños en el cuerpo, yo respiraba un poco. Utilicé una herida para tapar otra. Me convertí en una magulladura ferozmente tierna mientras él me cuarteaba la piel, los músculos, los huesos, la sangre..., hasta que lo único que sentía era la forma con que usaba mi cuerpo durante unos momentos perfectos cada día, momentos con los que yo jugueteaba entre mis dedos hasta desgastarlos.

Ben me agarró de los hombros y me sacudió.

—Di su nombre.

—Más fuerte —dije.

El bebé carcajeó. Se aferró a la camisa de Ben y a la mía, como si intentara acercarnos. Ben se calmó y bajó la vista hacia el bebé. Luego me soltó.

—Por favor.

Lo enganché de la nuca y me puse de puntillas. Cerré los ojos y vi todas y cada una de sus letras, la forma del nombre de nuestro hijo. Intenté perderme en mi magulladura. Dejé al bebé en el parque de juegos y fui al cuarto de mi hijo. Ben vino tras de mí, pisándome los talones. Me paré junto a la cuna y así los barrotes. El oso de peluche favorito de nuestro hijo seguía apoyado en una esquina. La manga de una camiseta asomaba por debajo de un cojín. Y entonces no pude sostenerme en pie ni un segundo más. Caí de rodillas, jadeando.

—Pégame —le dije, le supliqué. Le cogí la mano y le enrosqué los dedos en un puño y me lo llevé al esternón—. Por favor, si me quieres, pégame —dije. Mi voz era fea y famélica. Si Ben rompía un poco más los lugares rotos en mí, si rompía lo que sea que quedara de mí debajo de la piel, finalmente podría romperme hasta la médula.

Ben se arrodilló a mi lado, desenroscando los dedos.

—Pero es que yo te quiero. —Me envolvió con los brazos mientras yo buscaba el aire que me faltaba. Era tan cariñoso, tan terrible...

—Por el amor de Dios, por favor, Ben, hazlo. Por favor. —Un timbrazo en mis oídos dificultaba que me concentrase en nada que no fuera la amarga ponzoña en mi pecho.

Ben echó los hombros hacia atrás y sus dedos se apretaron en un puño, y entonces grité, pero él se relajó.

—No —dijo—. No pienso hacerlo.

Me aferré a la cuna, sacudiéndola y golpeándola contra la pared hasta que los tornillos se aflojaron, hasta que la cuna que albergó a nuestro hijo se rompió hasta la médula, también. El B-E-N que colgaba de la pared sobre la cuna se cayó al suelo. Se me cansaron los brazos y solté la barandilla rota que sostenía. El sudor se me acumulaba en la parte baja de la espalda. Pensé en meterme todo lo que había en esa habitación en la boca, pensé que si me esforzaba lo suficiente podría hacerle sitio. Ben se inclinó hacia delante y apoyó la frente en el suelo.

—Lo echo tanto de menos como te quiero a ti. Te quiero a ti tanto como lo echo de menos a él —dije. Choqué contra él y, de algún modo, nos quedamos dormidos así, rompiéndonos el uno contra el otro.

A la mañana siguiente cogimos todo lo que había en el cuarto del niño y lo dejamos en el jardín de atrás, en el patio de ladrillos irregulares. Lo quemamos todo hasta reducirlo a la nada. Los vecinos nos miraban desde detrás de las cortinas abiertas. No iban a seguir siendo nuestros vecinos durante mucho más tiempo. Levanté el dedo corazón bien alto. Nos quedamos mirando cómo todo se mezclaba en una masa negra y endurecida: juguetes y sábanas, camisetas y chupetes, y zapatos muy pequeños, todo. Cuando la hoguera se extinguió finalmente, una fina capa de hollín nos revestía la piel. El aire apestaba al recuerdo chamuscado de las cosas que no debían quemarse. El bebé dormía y dormía y dormía.

Nos precipitamos dentro y rasgué la ropa de Ben, besándole fuerte con el hueso de la cara, el blanco de los dientes, deseando sentir algo distinto aun cuando cada poro del cuerpo me dolía encarnizadamente. Ben me dobló sobre la mesa del comedor, presionándome las manos contra la nuca mientras me penetraba. Su aliento me quemaba en el cuello. Lo que hicimos, cómo sonamos, fue algo indómito.

Después le dije: «Por favor, sácame de aquí», y Ben dijo: «Di el nombre de nuestro hijo». Le sostuve la cara y le limpié un poco de hollín debajo de los ojos con los pulgares.

En unas semanas, le entregaríamos las llaves a un agente inmobiliario que finalmente vendería la casa y transferiría el dinero a una cuenta bancaria. Le diríamos a Anna Lisa que siempre sabría dónde encontrarnos. Ella nos diría que no pensaba seguirnos. Empaquetaríamos lo necesario en el coche. Pondríamos al bebé en el asiento de atrás y escucharíamos felices su balbuceo. Miraríamos a esa niña cuyos rasgos irían haciéndose patentes con el discurrir de cada día y diríamos: «Esto es una locura, no está bien, sí está bien, no está bien». Conduciríamos hacia el norte y hacia el oeste y hacia el norte y hacia el oeste hasta llegar al océano, a costas rocosas, al verdor por doquier y a un cielo inmenso hacia el cual alzar al bebé cuando se riera.

Antes de eso, sin embargo, besé a Ben con dulzura, con mucha dulzura. Sus rizos se derramaban entre mis dedos. Sabíamos al calor más blanco del fuego

más cercano al suelo, donde arden casi todas las cosas. Dije el nombre de Ben hijo en su boca y memoricé su sabor carbonizado.

El mal sacerdote

EL padre Mickey —el padre Michael Patrick Minty, que se hacía llamar Mickey para distanciarse de las expectativas de su madre— tenía una aventura con una chica llamada Rebekah. Era vendedora de perfumes en unos grandes almacenes y seguía viviendo en casa de sus padres. No era católica. La madre del padre Mickey, Nora Minty, devota católica, le puso a su hijo el nombre de Michael por el arcángel Miguel, porque estaba convencida, desde el momento en que posó sus ojos sobre el crío, de que sería un guerrero de la fe. Lo llamaron Patrick por su padre, que en paz descansa, que abandonó a Nora cuando Mickey tenía cuatro años y murió tres meses después por un exceso de dicha, como contarían más tarde los amigos de Patrick Minty, pues murió en su pequeño piso mientras veía un partido de béisbol con un paquete de seis cervezas en el regazo.

Mientras que sus amigos escuchaban cuentos antes de irse a la cama, Mickey Minty se nutría de oscuras historias sobre la incesante batalla por la salvación y la derrota de David sobre Goliat y la caída de Sodoma y Gomorra. Nora recitaba sin descanso el libro de Daniel, capítulo doce, versículo primero: «Entonces se alzaré Miguel, el gran príncipe, el defensor de los hijos de tu pueblo». Él oía estas palabras tan a menudo que le daban mal de estómago. Por eso, determinó más tarde, la pared de su estómago empezó a rendirse a la acidez y a las úlceras.

Cuando ingresó en el seminario y luego en el sacerdocio, el primero en sorprenderse fue el propio Michael Patrick Minty. Era una vida sencilla, se dijo. No le exigía pensar mucho. Nunca tendría que mantener a nadie. No es

que Mickey Minty fuera incapaz de asumir responsabilidades, pero, en vista de las expectativas de su madre, no le quedaban energías para hacer nada más, sencillamente. Atendía a sus parroquianos, pero al concluir la jornada podía encerrarse en la rectoría, a solas, sin necesidad de preocuparse de nadie más que de sí mismo. Hallaba consuelo en esto, y este consuelo convertía los sacrificios del sacerdocio en algo resistible.

A Mickey Minty no le agradaba escuchar a extraños. No le agradaba escuchar a nadie en general. Los sonidos de otras voces, ora agudas y ligeras, ora graves y tímidas, o cualquier otra variación para el caso, le crispaban y le provocaban náuseas. Había días en que, al escuchar tantas palabras detallando tantos pecados y pesares y esperanzas y deseos y necesidades, unos chorros de ácido caliente le quemaban el fondo de la garganta mientras estaba sentado y oculto en el confesionario, redistribuyendo su peso incómodamente durante las larguísimas excavaciones en las debilidades del ser humano. Tener que preocuparse, que mitigar, que dispensar..., era demasiado para él. Pero lo peor de todo era la forma que tenían de buscar en su mirada las respuestas, de escuchar con avidez sus consejos, de creer, de cumplir debidamente la penitencia. Lo que odiaba era la fe de sus parroquianos: fe en que él les mostraría el camino, y fe en que él combatiría por su fe, y fe en que todo aquello tenía un sentido, y fe en que existía algo superior a ellos. Mickey Minty mentía a sus parroquianos porque tenía muy poca fe. Mentía con tanta desmesura que, pese a no ser creyente, temía por su alma mortal.

El interés de Rebekah en la iglesia o la fe era escaso, pero sí tenía mucho interés en Mickey Minty, a quien había conocido en la sala de espera del hospital del condado, donde aguardaba a que le suturaran una herida a una amiga suya. Esta, Ava, había atravesado con el puño una puerta de cristal, en un gesto dramático por impedir que su novio la dejara. El gesto había fracasado estrepitosamente. Rebekah estaba esperando y Mickey Minty estaba sentado junto a ella, vestido con un chándal gris claro, mientras aguardaba a que le dieran noticias de un anciano parroquiano al que habían ingresado gravemente enfermo. Mickey observaba a Rebekah y la escuchaba mientras la chica le contaba que acababa de dejarlo con su novio, César, el cual acababa de salir de rehabilitación y se había puesto más pesado que nunca con su recién adquirida sobriedad y el fervor de los doce pasos y la fe en un poder supremo. Ella no estaba segura de que existiera un ser supremo, añadió,

arrimándose más a él, apoyando en la rodilla de Mickey una mano que mostraba una manicura perfecta mientras cruzaba las piernas. Él le dio unos toquecitos en los nudillos a la chica con los dedos.

—Tenemos algo en común —dijo.

A Rebekah le gustaba hablar con extraños, le gustaba desnudar su corazón, compartir los detalles íntimos y mundanos de su vida con cualquiera que estuviese dispuesto a escucharla. Era exactamente la clase de parroquiana que le provocaría acidez de estómago, pero el padre Minty disfrutaba estudiando su labio inferior, carnoso y protuberante, ceroso por el efecto del brillo. Su boca, pensó, tenía un diseño perfecto para cosas en las que no debía pensar pero en las que pensaba a menudo. Tenía la boca ancha y la lengua parecía especialmente larga, acabada en una punta perfecta que gozaría mordisqueando entre sus dientes. Sintió su fe temporalmente renovada. A Mickey tampoco le importaba el escote de Rebekah, amplio y bien expuesto bajo la seda firmemente ceñida de un vestido de verano. Levantó la vista hacia las luces fluorescentes, sacudiendo la cabeza, y después volvió a centrar su atención en la boca de Rebekah. Y no es por nada, pero olía sublime. Casi siempre estaba rodeado de personas mayores que olían a ungüentos y colonia barata, y apreció particularmente el esfuerzo que Rebekah ponía en oler tan maravillosamente. A pesar de su parloteo incesante, Mickey supo de inmediato que nada le alegraría más que romper sus votos con ella.

Esa noche en la sala de urgencias, Mickey Minty escuchó a Rebekah porque la chica llevaba un vestido corto y ajustado y un vivo carmín y se le veían los tirantes del sostén. Era la clase de chica contra la que su madre le habría prevenido en la pubertad. Era la clase de chica que jamás se habría fijado en él. Decidió, en ese momento, que su forma de vestir era la prueba irrefutable de que era la clase de chica que necesitaba la salvación. Esto es lo que se dijo cuando le contó a Rebekah que era sacerdote. Esto es lo que se dijo cuando la invitó a visitar su iglesia; visita que ella aceptó el fin de semana siguiente, un sábado después de que Mickey Minty celebrase la boda de los O’Kelly, con las margaritas marchitas aún colgando de los bordes de los bancos.

La primera vez que follaron fue en la iglesia, y a altas horas: las dos de la mañana. La luz de la luna brillaba a través de las vidrieras y Rebekah no paraba de reírse porque le gustaba el eco de su voz bajo los abovedados

techos. Rebekah no era su primer desliz, pero con ella pecó de glotón. Para Rebekah, la experiencia fue poco memorable, aunque recordaba que sus dedos olían a incienso y su aliento sabía a menta. Y recordaba ver dos imponentes crucifijos —el que colgaba detrás del altar y el que, circundando su cuello, lo ceñía a su servicio fiel—, y cómo entraban y salían de su vista a cada vigorosa embestida de Mickey Minty.

Unas noches más tarde, Rebekah se presentó en la rectoría. Eran las dos de la mañana otra vez y se coló dentro. Halló a Mickey Minty en la segunda planta, sentado en el borde de una cama estrecha en un cuarto escasamente decorado. Tenía un rosario en la mano y musitaba. A pesar de tener los ojos bien abiertos, no los levantó hasta que ella entró en el cuarto. Rebekah se despojó de su impermeable y se sentó al lado de Mickey. Le apoyó su mano fría en la nuca, surcando sus cortos y aseados cabellos con los dedos. «No deberías haber venido aquí», dijo Mickey. Rebekah se deshizo rápidamente de su ropa y se tumbó boca arriba, con un brazo sobre su cabeza. Las sábanas estaban limpias pero ásperas, y el colchón era delgado pero firme. Se acercó una mano de Mickey al interior de sus muslos. Él repasó las cuentas del rosario con los dedos de una mano y a Rebekah con los dedos de la otra. Más tarde, cuando Mickey dormía con las cuentas del rosario todavía aferradas con la mano, Rebekah lo estuvo contemplando durante todo el tiempo que se atrevió, y luego se marchó, antes de que el personal de la iglesia llegara para sus deberes matutinos.

Rebekah se crecía con las relaciones imposibles. Mickey era el más reciente de una larga lista de hombres inapropiados que siempre dejaban a Rebekah intrigada pero vagamente insatisfecha. Lo que le gustaba de Mickey Minty era su extremada incorrección. Jamás se habría visto capaz de presentárselo a ninguna de sus amistades. No tenía grandes gestos ni la trataba con cariño. No era de esa clase de hombre, llevara o no alzacuellos. Y esta embriagadora combinación de futilidad obligó a Rebekah a enamorarse loca y desesperadamente de Mickey Minty. Ella prestaba escasa atención a sus obligaciones espirituales; eran detalles menores, y, si había que sentirse culpable por el asunto, eso se lo dejaba a Mickey, que era quien, a fin de cuentas, se dedicaba a estas cosas.

Mickey tenía un rebaño que atender. A Rebekah le dio por asistir a misa y se sentaba en la primera fila, sonriendo con recato, mientras él largaba duros

sermones sobre la adhesión a la doctrina católica mientras el mundo se resquebrajaba. Le ofrecía el cuerpo y la sangre de Cristo, y así sus dedos le tocaban la húmeda punta de la lengua después de colocar la hostia de la comunión entre sus labios apenas entreabiertos. Después de misa, después de las galletas y el ponche en el atrio, después de haber cumplido con las visitas a casa de los enfermos y de encerrarse, Mickey se llevaba a Rebekah a cenar a algún sitio varios pueblos más allá. Se sentaban al fondo del restaurante, en el mismo lado de la mesa. Mickey se quitaba el alzacuellos y Rebekah apoyaba la cabeza en su hombro, le bajaba la cremallera de los pantalones debajo de la mesa, deslizaba una mano por el surco y le acariciaba despacito mientras el camarero les tomaba nota.

Ella siempre pedía sopa de cebolla francesa y pollo asado. Mickey siempre pedía el bistec, vuelta y vuelta, con guarnición de champiñones y una copa de vino tinto. Cuando terminaban de comer, se colaban en el baño de los hombres y se metían en la última cabina. Mickey ponía de espaldas a Rebekah para no tener que mirarla. Le subía la falda, se bajaba los pantalones y se la follaba bien fuerte. Gruñía. Rezaba entre dientes. En su mente la llamaba cosas obscenas y después se castigaba por su desliz. Aunque fe tenía poca, vergüenza sí. Cuando hubo terminado, besó a Rebekah en el hombro e inhaló profundamente, intentando identificar la fragancia elegida para ese día, siempre distinta; ventajas de su empleo. Luego la despachaba a la mesa y a continuación intentaba limpiarse con toallas de papel y pegotes espumosos de jabón industrial.

Las noches en que Rebekah sabía que era arriesgado colarse en la rectoría, llamaba a Mickey por teléfono. Le hablaba de su empleo y de su familia y de que César seguía rondándola para intentar redimirse. Le preguntaba a Mickey si eso le ponía celoso y se respondía la pregunta ella misma. Le hablaba de sus amigos y de las discotecas adonde iban de fiesta y de lo mucho que deseaba que Mickey pudiese conocer a personas que le importaban. Mickey no decía mucho, aunque se estremecía con una mueca y se le revolvía el estómago mientras escuchaba los pecados y las penas, las esperanzas y los deseos, las necesidades de Rebekah. Soportaba sus confesiones a modo de penitencia. Se enorgullecía de su capacidad de resistencia. Escuchaba mientras abría el cajón de su mesilla de noche, donde hurgaba hasta encontrar el frasco de pastillas para la acidez. Machacaba cuatro o cinco y se tragaba las migas calcáreas con

un sorbo de agua. Resistía. Luego le preguntaba qué llevaba puesto y se quedaba mirando el pequeño crucifijo de madera en la pared mientras Rebekah le nutría con los detalles obscenos de lo que le haría la próxima vez que estuvieran juntos.

Mickey iba a ver a su madre todos los lunes para cenar con ella, unas horas de televisión, contemplación, sus quejas e, inevitablemente, oraciones. Cuando empezó a verse con Rebekah, Nora Minty se olió algo. Amaba a su hijo, pero no era ciega a sus defectos, a su debilidad. «Estás distinto», le dijo un lunes por la tarde, ocho meses después de que Mickey y Rebekah hubieran consumado su aventura por primera vez. Lo dijo mientras cortaba con esmero un asado poco hecho y levantaba un grueso trozo de carne sanguinolento hacia el plato de Mickey, que retrocedió rechinando los dientes. Se obligó a sonreír cariñosamente a su madre. Apretó los cubiertos hasta que le dolieron los dedos y se centró meticulosamente en la tarea de comerse la res descuartizada en el altar del sacrificio que era su plato. Escuchaba a su madre mientras esta arremetía contra Satanás y la debilidad y su lucha eterna por la fe y el peligro de la tentación. Mickey forzó los músculos de la garganta para que empujaran cada trozo cuidadosamente cortado de carne hacia su estómago. Se paraba únicamente para dar sorbos de vino tinto barato. Hacía pausas frecuentes. Al final de la comida le dolía el estómago. La cabeza le daba vueltas y tenía las mejillas encendidas. Su madre era otra humillación que tenía que soportar.

—Estoy como siempre —dijo por fin cuando se hubieron acomodado en la sala de estar y comían bizcocho mientras el televisor parpadeaba en silencio.

Nora se sorbió los dientes y alcanzó la Biblia que estaba en el extremo de la mesa.

—Recemos —dijo.

Mickey negó con la cabeza.

—Me paso todo el día rezando. Disfrutemos de la velada.

La Biblia de Nora estaba muy usada y se abría fácilmente en sus pasajes favoritos. La abrió sobre su regazo.

—Rezaremos. Corintios, capítulo diez, versículo trece.

Mickey tragó un trozo de bizcocho seco.

—Tendrás que refrescarme la memoria.

Nora suspiró y se aclaró la garganta.

—No os ha sobrevenido tentación que no fuera humana, y fiel es Dios, que

no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, antes dispondrá con la tentación el éxito, dándoos el poder de resistirla.

—De resistirla, desde luego. Gracias, madre.

Nora alargó el brazo para darle unas suaves palmaditas en la mano a Mickey y luego sostuvo la Biblia en el aire.

—Aquí están todas las respuestas.

Él se arrellanó en su silla, se frotó las sienes, cogió el mando a distancia y cambió de canal. Guardaron silencio durante el resto de la velada. Más tarde, mientras se despedía de ella, su madre sacudió la cabeza, con los labios tan fruncidos que le blanqueaban. Entonces agarró a su hijo firmemente, tanto que este respiró con dificultad.

—Fiel es Dios, y no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas — le susurró al oído, y el cálido aliento de la madre hizo que su garganta despidiera nuevos chorros de ácido.

Cuando regresó a la rectoría, Mickey llamó a Rebekah por teléfono. Le sudaban las manos y apenas podía sostener el aparato. «Ven aquí», dijo sin rudeza. Rebekah se encontraba en un bar a unas manzanas de la rectoría cuando recibió la llamada. Llamarla no era propio de él, que le dejaba la responsabilidad de la comunicación a ella. Rebekah contestó enseguida y no dijo nada en respuesta porque no necesitaba decir nada. Estaba tomando algo con sus amigos Angel y Sarah, que quisieron saber con todo lujo de detalles quién había llamado y adonde pensaba ir a esas horas de la noche. Ella se mostró esquiva, apuró deprisa su cerveza, se retocó el carmín y se apresuró hacia la rectoría; sus tacones resonaban en la calzada. Halló a Mickey de rodillas junto a su cama y le sonrió cuando alzó los ojos. En otras circunstancias, en ese momento Rebekah le habría dicho que lo amaba con locura.

En cambio, fue junto a su sacerdote y deslizó sus largas uñas por su nuca, como a él le gustaba.

—Soy un mal hombre —dijo Mickey sosteniéndole la mirada.

Rebekah se deslizó entre Mickey y la cama. Se levantó la falda y se bajó las medias. Atrajo la boca de Mickey hacia ella.

—Lo sé —respondió.

Matrimonio abierto

ESTAMOS teniendo un debate acalorado sobre si el yogur puede caducar o no cuando mi marido sugiere que sigamos juntos pero que veamos a otras personas. Dice que el matrimonio abierto le intriga, que está superfeliz ahora, pero que leyó un artículo en internet. Le digo que el yogur no puede caducar porque contiene muchas bacterias. No sé si es cierto, pero como he visto anuncios de yogur que mencionan cosas como las bacterias y la palabra *probiótico* siento que tengo un dominio suficiente del tema. Le lanzo una mirada. Le digo que se ponga a buscar a otras mujeres con las que acostarse si quiere, pero que yo estoy bien así, y él hace una mueca porque cree que le estoy tomando el pelo, cosa que no es cierta. No tiene ni idea de seducir, ni la más remota idea. Si yo no hubiera tomado las riendas, seguiríamos los dos sentados en el sofá de su pisito de soltero, con su brazo culebreando alrededor de mis hombros después de cada bostezo. No estoy preocupada. Es de esa clase de hombre al que le vienen ideas pero que luego es incapaz de acometer ni una sola. Se mete las manos en los vaqueros (es algo que hace a menudo, y termina agujereando los bolsillos de la mayoría de sus pantalones). Se apoya en la encimera de la cocina. Me dice que lo de cultivar un matrimonio abierto quiere que sea algo que hagamos los dos juntos. Rechazo educadamente la oferta por segunda vez. Le digo que abrir mi parte del matrimonio no es algo que me tienta, cosa que le confunde más aún, porque soy una mujer de prontos y lo que él llama peleona, lo cual, traducido, solo significa que le replico y se la chupo de uvas a brevas mientras conduce, y, como soy la primera mujer que le ha hecho algo así en su limitada experiencia, pues sigue siendo una especie

de novedad, algo que sigue requiriendo una forma de denominarlo. Doy un bocado al yogur que originó nuestro debate científico. Lleva caducado más de dos meses, pero se puede comer. Cuando hundo la cuchara en el recipiente de plástico, el yogur cede con facilidad. Sabe ácido. Mi marido tiene la cara roja y el labio de arriba perlado de sudor. Pregunta si me parecería bien de verdad que él mantuviera relaciones sexuales sin ataduras con otra mujer y yo le digo: «Sí, cariño, pues claro». Me dice que soy increíble en la cama, que no es que esté insatisfecho ni nada, y yo le digo: «Sí, cariño, pues claro». Normalmente lo pongo en órbita y los dos lo sabemos. Apenas puede articular tres palabras seguidas después de hacer el amor. Se queda ahí tumbado, intentando recobrar el aliento, farfullando «Dios» una y otra vez. Le digo: «Buena suerte y no corras riesgos y no vayas a romperme el corazón, cariño, no vayas a romperme el corazón». Sus ojos se agrandan. Me como el yogur entero, rebañando las paredes del recipiente hasta dejarlo limpio como una patena. Vocalizo mi apreciación por el yogur caducado y le doy un montón de elaborados lengüetazos a la cuchara. No dejo de sostenerle la mirada a mi marido durante todo ese tiempo. Él era virgen cuando nos casamos. El primero en apartar la vista es él.

Una palmadita

V I a un hombre comiendo solo en uno de esos bancos dobles de plástico duro. Retiró el envoltorio de papel de su burrito y lo alisó esmeradamente en un cuadrado perfecto. La escena me partió el corazón. Estrujó un pequeño pegote de salsa de un paquete de aluminio naranja en una esquina y antes de cada mordisco mojaba el extremo abierto del burrito en la salsa. Comía despacio.

Tenía que hacerle compañía. Cuando entré en el restaurante, recargaba la atmósfera un tufo a carne barata, vapor y desinfectante de manos. El sudor me corría por el cuello, por toda la espalda y aun entre mis muslos. Su aspecto era el esperado: barba desaliñada y encanecida y gorro de lana. Tenía manchas en la camiseta y los vaqueros rotos. Era guapo. Levantó la vista. Me presenté porque mi madre dijo una vez que las conversaciones con extraños siempre deberían empezar por tu nombre. Me miró, luego se enjugó la boca con la mano y alargó el brazo por encima de la mesa. Tenía la palma callosa y los nudillos rojos por la artritis. Me dio un apretón de manos. Se presentó hablando con la boca llena. Su nombre tenía muchas vocales, parecía inventado. Le pregunté si quería venir a mi casa para comer algo en condiciones. Se encogió de hombros. Caminamos los cinco kilómetros hasta mi casa. A veces los coches nos pitaban. Él iba por la parte exterior de la acera, tenía muy buenos modales, a su manera.

Nos sentamos a la pequeña mesa de mi cocina, sin hablar mucho, pero comimos sobras caseras y bebimos vino tinto. Después nos retiramos al salón y tomamos más vino y seguimos sin hablar mucho. Yo tenía sus manos en las

mías, las sostuve todo el tiempo que él me lo permitió. Luego señaló mi cuarto de baño y me preguntó si podía darse una ducha. Le indiqué dónde estaban las toallas limpias y el jabón. No tardó mucho, y cuando hubo terminado se quedó de pie en mi pasillo. Apuré rápidamente mi copa de vino y fui junto a él. Me tumbé de espaldas y dejé que me cubriera. Me dio las gracias, sonrió y se fue.

Cuando empecé la escuela primaria, mi madre me acompañó el primer día de clase. Nos quedamos, juntas, al pie de las extensas escaleras de ladrillo que conducían al colegio. Mi madre me cogió de la mano y me dijo: «A ver que te vea». Luego se humedeció el pulgar y lo utilizó para domarme las cejas. Me enderezó el dobladillo de la falda. Me dijo que me estuviera quieta. Olí su perfume y deseé que su aroma no me abandonase en todo el día. Me dijo: «Haz buenas migas con los niños más feos de tu clase y haz buenas migas con los niños más solitarios de tu clase, los que van por libre. Serán los mejores amigos que vas a tener jamás y te harán sentirte mejor contigo misma». Y me despachó con una palmadita en la cabeza.

Sus mejores atributos

MILLY es gorda y fea, pero la chupa bien, así que raras veces duerme sola, lo cual no quiere decir que no esté sola. La verdad es que Milly no es gorda, pero bien podría serlo. Tiene una cara bonita, lo que viene a ser lo mismo que fea cuando una mujer es gorda. En el complejo cálculo entre hombres y mujeres, Milly entiende que gorda es siempre fea y que fea y flaca hacen a una mujer sumamente más deseable que gorda y cualquier otra combinación, como guapa, atractiva, inteligente o cariñosa. Milly es todas estas cosas, pero sabe que da lo mismo. La realidad de las cosas enfurece a Milly, pero esta furia se la calla. Se la guarda para sí, sabe que se encuentra en la base del pecho y que crece y crece, pero no hay mucho que pueda hacer al respecto. Sabe cuán difícil es cambiar el mundo. Solía intentarlo, lo de cambiar el mundo, pero aprendió la lección.

Jack es un hombre conflictivo. Ha pasado un tiempo en la prisión del condado, tampoco excesivo, pero el suficiente como para haber aprendido a ser el mejor hombre malo. Jack está solo y furioso. El mundo está contra él, y él es lo bastante espabilado como para saberlo. Jack es muy consciente de sí mismo. En su primera cita, que supuso un desplazamiento muy largo del campo a la ciudad, Jack le contó a Milly todos sus problemas. Le habló de la soledad y de los malos amigos y de vivir encallado en un pueblucho. Le habló de la falta de opciones y de no saber qué hacer con sus sueños. Milly lo escuchó muy atentamente y luego le preguntó: «¿Qué tienes que puedas ofrecerle a una mujer?». Jack bajó la ventanilla, prendió un pitillo, inhaló profundamente y suspiró. «Ni un puñetero carajo», dijo. Milly lo miró y apreció la torpeza y la

sinceridad de su honestidad. Asimiló sus bonitos ojos grises y sus finos labios rojos. «Podría amar a este hombre más de lo que merece», pensó.

Jack no conduce porque no tiene ganas de saber el daño que podría causar si fuera al volante de un coche. Va caminando a todas partes. Tiene los muslos llenos de músculos que se le tensan a cada paso. Se siente orgulloso de sus piernas. Sabe que son uno de sus mejores atributos. Sabe que lo único que le salva es tener buenos atributos. Jack vive a catorce kilómetros del piso de Milly. Todos los días a las cuatro de la tarde emprende el camino a pie hasta su casa para llegar justo cuando ella ha vuelto del trabajo. Cuando Milly lo hace pasar, lo primero que él hace es darse una ducha en el cuarto de baño de los invitados. Ella le ha dicho que puede usar su cuarto de baño cuando le plazca, pero él dice, con verdadera formalidad, «en tu casa soy un invitado». Cada vez utiliza una toalla nueva, lo que enloquece a Milly. Ella las deja colgadas en el toallero. Le trae sin cuidado si apestan a hongos y a moho: odia hacerle la colada a un hombre. Después de la ducha, a Jack le gusta pasearse por el piso con la toalla anudada a la cintura, como si estuviera en su casa. A veces se para para sacar músculo y posa como un pavo real. Milly finge que le resulta encantador.

Milly odia este topicazo, pero lo cierto es que le encanta cocinar y tiene muy buena mano. La primera vez que cocinó para él, Jack dijo que tenía sentido que una chica como ella cocinara tan bien. La ira de Milly salió disparada desde su pecho hasta su boca, impidiéndole respirar por un momento. Le pasó la lengua por encima, dura y amarga, y volvió a tragársela. Todo lo que Milly guisa es casero, con ingredientes naturales, y Jack, acostumbrado a los productos enlatados y los platos congelados, se come la comida de Milly con verdadero placer. Le hace preguntas detalladas sobre la preparación de su lasaña, el pollo *a la cacciatore* o la paella. Le gusta el sonido de la voz de Milly, su calidez. Jack se sienta a la cabecera de la mesa de Milly como si estuviera en su casa también. Cuando está comiendo, no es un invitado. Es un rey. Deja que ella le sirva y siempre añade sal a los platos antes de probarlos. Milly no finge que esto le resulta encantador. Cuando él lo hace, ella pone los ojos en blanco y se consuela con la certeza de que Jack no debe de tener muy bien la tensión arterial.

Se acostaron la noche que se conocieron, después de pasar varias horas sentados a cierta distancia el uno del otro, haciendo como que estaban

absortos en una conocida comedia romántica que ambos habían visto ya varias veces. Milly daba golpecitos en el brazo del sofá de piel nerviosamente, y el sonido resonaba de forma queda en la estancia. Su piso tenía los suelos de madera, y el sonido reverberaba. Jack se arrimó a ella poco a poco conforme avanzaba la noche, y finalmente estiró los brazos y los movió para acercarla a él. Le dijo: «Normalmente no me van las chicas como tú, pero las chicas grandes se esfuerzan más», y Milly no pudo impedir que se le escurriera algo de ira. Le dijo: «No me hagas ningún puto favor», y Jack se puso rojo como un tomate. «Lo he dicho como un cumplido», farfulló. Milly decidió que lo odiaba y eso le puso cachonda, de modo que dijo: «Pues vamos al grano».

En su dormitorio, Milly se desvistió rápidamente y se deslizó debajo de las sábanas. Mientras esperaba, el estómago empezó a dolerle, como siempre que se acostaba la primera vez con un hombre. Odiaba saber cómo iba a mirar su cuerpo y odiaba lo que iba a pensar, pero era consciente de que las chicas como ella no tenían más remedio que consentir, y eso es lo que hizo. Consentía con independencia de su deseo. Apenas recordaba qué se sentía de verdad al desear a un hombre. Raramente dormía sola. Jack se tomó su tiempo para desvestirse mientras observaba la austera decoración. Para Milly tenía poco sentido invertir mucho tiempo decorando una habitación si la mayor parte del tiempo que pasaba en esa habitación lo hacía con los ojos cerrados. «Me gusta», dijo él. «Me da igual», repuso ella. Era un hombre peludo, con el pecho recubierto de una gruesa pelambreira negra. Más tarde, cuando se quedó dormido encima de ella, los ramales de su vello le cosquillearon desagradablemente, pero no dijo nada. No dijo nada, pero su ira, apenas un atisbo, se escurrió de entre sus labios, bajando por el cuello, hasta reposar en el fondo de su garganta. Quemaba.

Milly tenía unos senos amplios y suaves que siempre olían bien. Sabía que eran su mejor atributo y Jack los disfrutaba plenamente. No podía dejar de hablar de sus dimensiones mientras los estrujaba y los lamía y los mordisqueaba y los chupaba. «Me voy a correr por todas tus tetas», le decía. Milly yacía debajo de él, con un brazo sobre la cabeza, y le daba palmaditas en el hombro. Todos los hombres eran iguales. Odiaba saberlo. Cuando se hubo divertido lo suficiente con su escote, Jack no perdió más tiempo. Le separó los mulos empujando con los suyos y empezó a follársela. Se quedó mirando el punto de la pared justo encima del cabezal de la cama y luego la

miró a los ojos a ella, cosa que la incomodaba, de manera que Milly se metió de lleno en el papel y se puso a rebotar rítmicamente con entusiasmo, emitiendo los sonidos esperados, fingiendo éxtasis. Le dijo a Jack lo grande que se la notaba dentro y tomó el nombre del Señor en vano y demostró su flexibilidad apoyando sus pantorrillas en los estrechos hombros de él. Jack gemía ruidosamente y hacía comentarios sobre el puto placer que era estar dentro de ella, tan prieta. Le dijo que era una buena chica. Le dijo que tenía un coño divino. A ella le daba lo mismo si le estaba diciendo o no la verdad. Milly no sentía nada, pero se le daba muy bien hacer creer a los hombres lo contrario. A veces, casi se convencía a sí misma.

Densidad ósea

EL invierno de aquí es más un estado vital que una estación. Dura seis o siete meses oscuros y crueles. El frío se vuelve familiar. Cuando nieva, hay cierto silencio. Esta noche estamos sentados, juntos, pero cada uno a solas con su trabajo. Vemos la calle afuera, donde, de cuando en cuando, un coche reptá unos milímetros a través de la sustancia blanca, y un manto de polvo fresco amortigua el sonido. El fuego se está consumiendo, pero somos demasiado perezosos, no somos lo bastante intrépidos como para desafiar los elementos y reunir más leños del cobertizo. Nos quedamos sentados, sin hablarnos, colmando la quietud circundante. Cada hora o así, deslizo los pies en unas pantuflas de lana, me echo el jersey sobre los hombros y me fumo un cigarro en la puerta del patio trasero, abierta apenas unos centímetros. Lleva varias horas nevando y la ausencia de sonido mientras caen al suelo copos nuevos es seductora. Siento leves remordimientos al tirar la ceniza del cigarrillo, los negros copos estropean el retrato invernal, y oigo su hondo suspiro. No le hace gracia. Se preocupa porque ha leído sobre los riesgos del tabaco y le inquieta especialmente que fumar disminuya la densidad ósea. Le gusto como soy; no quiere que me quede en menos mujer de lo que soy, dice.

Nuestra relación es como sigue: David viaja tres o cuatro días a la semana de cada mes de cada año. Es profesor de Ingeniería Mecánica y Biomédica en una universidad de la región. Tiene cierto renombre en su campo. Eso es lo que dicen sus adorables colegas y estudiantes en aburridos cócteles donde desempeña el papel de esposa devota. Siempre se asombran ante lo que debe de ser estar casada con el gran doctor David Foster III. Imaginan, creo yo, que

nuestras noches se constituyen de susurros románticos sobre la dinámica de fluidos y la transferencia térmica, o de la potencia de la biomecánica articular. Olvidan que soy escritora y que poseo únicamente un somero entendimiento e interés en el trabajo de David: el suficiente para garantizarle que mi amor es verdadero. A cambio, él posee el mismo nivel de entendimiento sobre mi escritura y escudriña cuidadosamente cualquier relato que le pongo delante. Su forma de leer mi trabajo es prudente: se inclina hacia delante, se desliza las gafas hacia arriba por la nariz y se aclara la garganta como si eso fuera a ayudarlo de un modo u otro a despejarse la mente y comprender más cabalmente mis palabras.

Nuestra relación es así, un estereotipo espantoso. Es esa clase de profesor que tiene aventuras tórridas pero discretas con ayudantes de investigación y estudiantes y extrañas que conoce en bares de hotel. Sabe que lo sé. Sé que sabe que lo sé. Es una ecuación interesante, pero hacemos como que ambos somos fieles y veraces. La mentira nos conviene y yo me niego a hacer el papel de esposa insatisfecha y celosa. No me siento insatisfecha. Sé con quién me casé. Y yo también tengo mis secretos. Hay un poeta, Bennett, que vive en una cabaña en la otra punta de la ciudad. No tiene teléfono y vive prácticamente desconectado. No tiene nada que ver con David: es oscuro, infeliz y taciturno. Está enamorado de la idea de sí mismo como poeta torturado en busca de su lago Walden particular. El ensimismamiento de Bennett es una de sus cualidades más atractivas.

No es un romántico y no nos engañamos sobre la realidad de nuestra aventura. Es intenso, sin embargo, y siempre me deja dolorida en lugares incómodos. Cuando David no está en la ciudad —y solo cuando David no está en la ciudad—, me escabullo a casa de Bennett. La cabaña es pequeña y austera, pero está limpia. Es un hogar. La calienta con una estufa de leña que es una antigualla. No quiere distracciones cuando está escribiendo, me dice, y por eso prescinde de la mayoría de las comodidades modernas, con la salvedad de una cadena estéreo para escuchar música. Su concentración es tan singular que me asusta. Cuando se le viene una idea a la cabeza, no importa nada más. Yo no importo. Y eso me pone, también. A veces lo observo encorvado sobre su pequeño escritorio de madera mientras escribe furiosamente con un portaminas y sé que se ha olvidado de que estoy en su cama, desnuda, con la sábana lisa remetida bajo las axilas.

No hay mucha ceremonia entre nosotros. Bennett me coge en brazos o me empuja contra la pared, desprendiendo algún cuadro, en el instante en que abro la puerta y pronuncio su nombre. Es como un adolescente, magreándose con torpeza, quitándose la ropa, deslizado sus dedos entre mis muslos. «Estás mojada», gruñe, como si le sorprendiera que yo siga excitándome. Follamos en su estrecha cama individual. Sus bastas sábanas me hacen rozaduras en la piel. Agarro el cabezal con una mano y me sujeto a la pared con la otra, con los ojos cerrados. Bennett entierra la cabeza en mi hombro. El contacto visual le molesta; nunca quiere revelar mucho de sí mismo. Adoro su cuerpo y me encanta arañarle con las uñas, dejarle la espalda inflamada y despellejada. Tiene los brazos fuertes, muy morenos incluso en pleno invierno, y con unos músculos fibrosos bien prietos después de años de talar madera y escalar rocas. Tiene los muslos gruesos por las raquetas de nieve y el montañismo. Parece un hombre que usa más el cuerpo que la mente. Es una contradicción. Las apariencias engañan.

Con las piernas enrolladas en torno a la cintura de Bennett y el cuerpo lleno (mi amante la tiene más larga que mi marido), pienso en David, que en comparación se me antoja hasta delicado. Mi marido es suave, mientras que Bennett es rudo, y guapo, mientras que Bennett no lo es.

Después de correrse en una exhibición sonora y fea que siempre me asusta tanto como me gusta, mi amante y yo nos quedamos tendidos en la cama fumando. Usamos un platillo a guisa de cenicero, que se balancea precariamente entre nosotros. A Bennett no le preocupa ni por lo más remoto la densidad de mis huesos. Nunca me pregunta por qué no me corro. Que yo vuelva de cuando en cuando parece bastarle, lo mismo que a mí. Me gusta la mordiente insatisfacción que me llevo a casa. Apoyo la cabeza en el pecho de Bennett y lo escucho hablar de su poesía; a veces me lee algo o escuchamos viejos discos de *bluegrass*. Yo le cuento qué sucede al otro lado de las paredes de su cabaña. Me permito sumergirme en el aroma que desprende, natural y dulzón, y en sus contradicciones. Cuando le vence el sueño, lo arropo con una colcha, me envuelvo en las capas necesarias para desafiar la intemperie y me voy. Nunca me pregunta cuándo volveré. Sabe que volverá a verme, o le da lo mismo, lo que también me pone.

Esta noche, David está en casa y Bennett está donde sea que esté. Después del último cigarro, vuelvo a la sala de estar y le sonrío a David, cuyo rostro se

ve oscurecido por el débil brillo de la pantalla del portátil. Cierro de golpe el ordenador y me siento en su regazo, recorriendo su oreja con el dedo. «Es hora de irse a la cama», le digo. Me besa la comisura izquierda de los labios y luego desliza sus manos suaves como el alabastro, salvo por un pequeño callo por donde coge la estilográfica, por debajo de mi camiseta. Me estremezco y le arrastro las manos hasta los senos. Le quito las gafas, le beso la frente, deslizo mis labios por la longitud de su nariz y empezamos a besarnos, exhalando un aliento caliente a tabaco, café y a la pimienta de la cena. Después de once años David conoce bien mi cuerpo. Cuando hacemos el amor, pienso en Bennett. Con David sí me corro, a lo grande.

Me paso los días que no estamos juntos imaginando qué clase de amante será David con sus otras mujeres. ¿Es tan insaciable con ellas como lo es conmigo? Me imagino a chicas luminosas, núbiles; cuerpos meticulosamente afeitados; senos redondos, elevados, turgentes; muslos prietos. Desempeñan un papel activo en el cliché. Las imagino sentadas con timidez en su atestado despacho, llamándolo «doctor», encaramadas en el borde de su escritorio. Las imagino en el papel de ingenuas, con su falda de cuadros y su camisa blanca, exhibiendo muslos, revelando braguitas de una prístina blancura, húmedas desde el centro hacia los bordes. Me pone pensar en él y en esas busconas, enmarañados en ásperas e impersonales sábanas de hotel, embrollados entre sí y embrollando nuestro matrimonio. Pienso en estas chicas cuando me folla y me dice el polvazo que tengo mientras, con su pelo húmedo pegado al contorno del rostro, puedo ver en sus ojos que sí que me quiere. Pienso en ellas cuando me dice lo especial que soy para él. Empiezo a preguntarme si, para él, esta palabra no tendrá otra acepción.

Por la mañana, estamos en la cama y David me rodea el cuerpo con su pesado brazo. Es muy posesivo cuando duerme, le gusta tenerme cerca, me dice. Hace frío, y desde la ventana de nuestro dormitorio veo que sigue nevando. Antes de que termine el invierno, habrán caído más de ocho metros. Me escabullo de su abrazo y voy a la cocina a preparar café. Cuando vuelvo está sentado, viendo el canal de surf, y parece más un chaval que alguien que ronda la cuarentena. Su torso desnudo muestra la piel de gallina. Nuestra relación es así: necesito estos momentos para recordar por qué lo quiero incluso cuando lo odio. David me sonrío y acepta el café que le ofrezco. Señala hacia la ventana. «Podríamos ir a dar un paseo», dice. Me encojo de

hombros. No soy una entusiasta de la naturaleza, pero puedo hacer pequeños sacrificios.

Afuera, los árboles están desnudos y esqueléticos. Me coge de la mano y yo sigo las grandes pisadas que deja con sus botas. «Quiero enseñarte algo», dice. Nos adentramos en la espesura detrás de nuestra casa y al cabo de quince minutos llegamos a un riachuelo, cuyo caudal sigue fluyendo inexplicablemente sobre las heladas piedras.

David me barre unos copos de nieve de la bufanda y me ciñe más el abrigo.

—¿A que este lugar es precioso?

Me apoyo contra un tronco grueso y me muerdo el labio inferior. David saca su cámara del bolsillo del abrigo.

—No te muevas —dice.

Miro con odio a la cámara. David sabe que odio que me saquen fotos, y aun así insiste. Así se define nuestra relación: el no conocer realmente al otro. Pongo cara de boba y finalmente sonrío. David aprieta furiosamente el disparador para plasmar el momento. Su honestidad me hace sonreír más, y pronto me pongo a exagerar para la cámara. Él se para y me mira al detalle. Luego ataja la distancia que nos separa y me empuja contra el árbol, estudiando detenidamente mi rostro. Cierro la mano alrededor de su cuello para procurar mantener una mínima separación entre ambos. Desvío la mirada. Cuando la cámara cae sobre un montón de nieve blanda, no le prestamos atención. Las ramas que tengo encima son bonitas, recubiertas de nieve y hielo.

Más tarde estoy en el cuarto de baño secándome el pelo. David se pone detrás de mí y me rodea la cintura con los brazos. Nos miramos en el espejo.

—Mañana tengo que salir de viaje —dice—. Es un asunto de última hora. Voy a sustituir a un tipo de mi departamento en una conferencia muy importante. No tengo más remedio que ir.

Miro a David en el espejo poniendo los ojos en blanco y tiro el sacador en la encimera del baño. Se estrella con estrépito y me muerdo el labio inferior. No quiero que David piense que me afecta.

—¿Muy importante?

David me besa el hombro derecho.

—Ya sabes cómo es esto.

Sonríó forzadamente. Al día siguiente de la partida de David le haré una visita a Bennett. Le llevaré un nuevo disco que he encontrado en una tienda del Ejército de Salvación. Echaré de menos a mi marido.

Aquí los inviernos son largos, pero se hacen más largos cuando los pasas sola. Está Bennett, pero sé a qué atenerme con él. Tanta claridad resulta incómoda. Después de una fuerte nevada, los copos blancos se vuelven gris parduzco, y después negros, por la arena y la sal. Una nueva capa de hielo cubre las calzadas y las aceras. Estoy deseando llevar zapatos en lugar de las torpes botas necesarias para sortear el espacio exterior. David se ha marchado ocho días por ese asunto suyo «muy importante». Yo relleno los días con mi trabajo, que toma una deriva más siniestra. Cuesta escribir sobre cosas alegres cuando es imposible escapar a esa clase de frío que te cala los huesos y permanece. Estoy en Siberia, decido. Me reconforta pensar en el exilio, el frío consuelo, la meditación y la inspiración que nace de la depravación emocional: todo muy dramático.

Paso las tardes cenando con amigos, viendo películas malas en la tele y planeando vacaciones de ensueño en climas soleados. David cumple y me llama tres veces al día, con la misma regularidad que las tres comidas principales. Nuestras conversaciones son breves durante el día y se alargan por la noche. Le encanta escuchar cómo me corro, me dice. Me encanta hacerle el numerito. Le cuento todas las guarradas que me hago sin omitir ningún detalle. Me hace implorarle al teléfono, y oigo su satisfacción cuando lo hago. Se complace en saber que me tiene dominada sea cual sea la distancia. La especificidad de estas conversaciones y las distintas degradaciones que estoy dispuesta a padecer son dos de las razones por las que le gusta estar casado con una escritora. Suele decirme que tengo un don para los detalles. Me pregunto si estará solo durante estas llamadas o si su mano estará surcando los cabellos de una amante mientras escucha a su esposa en el papel de su puta. Una parte de mí espera que no, porque a veces no lo soy.

Cuando David vuelve de su viaje, viene contando mil historias de ingenieros borrachos en bares de postín del centro de Filadelfia y del intelecto inferior de otros colegas de su campo. Se golpea el pecho.

—Soy un dios entre los hombres —dice guiñándome un ojo—. Pero, por encima de todo, te he echado de menos.

—Pues claro que me has echado de menos —contesto. Durante las siguientes semanas, me burlo de él sin piedad y le recuerdo que es un dios entre los hombres. Él lo encuentra entrañable, hasta que deja de hacerlo.

Cuando deshago la maleta de David, separo la ropa en montones según esté para guardar, lavar o llevar a la tintorería. Organizo sus artículos de aseo y compruebo que tenga suficiente dentífrico, loción o crema de afeitar para la siguiente ocasión que deba dirigir un asunto «muy importante». Esta rutina me relaja, me recuerda mi papel de esposa a tiempo parcial. Reviso los bolsillos en busca de cerillas, monedas, recibos, bolígrafos, ideas plasmadas en servilletas de cóctel... Una vez encontré un porro y antes de acostarnos nos lo fumamos en el cobertizo del jardín, riéndonos tontamente como adolescentes hasta que nos chamuscamos los dedos con la pava.

Esta vez encuentro una foto Polaroid de David posando con una morena jovencita, atractiva a su manera. Ella está sonriendo. Él no. Ella le pasa un brazo por el costado y lo mira como imagino que lo mirarán todas sus jóvenes amantes: con adoración, con desesperación. No conocen al hombre con el que me casé, la facilidad con la que traiciona, y por eso pueden permitirse mirarlo de esta manera. David parece querer desembarazarse de la chica. Qué numerito tan penoso. Hay un teléfono escrito al pie de la fotografía con pintalabios rojo. Dejo la Polaroid en su parte del cuarto de baño, apoyada en el vaso del cepillo de dientes. No es la primera vez que he encontrado una muestra de su infidelidad, y no será la última. Dejo los artículos a la vista para que él los encuentre, porque él los ha dejado para que yo los encuentre. Jugamos porque podemos y nos gusta hacerlo. La mayoría de los días estos juegos nos mantienen unidos, de algún modo.

Más tarde esa misma noche me dirá que es hora de irnos a la cama. Nos deslizaremos, desnudos, entre las sábanas. Se tumbará encima de mí y yo me relajaré, disfrutando del peso de su cuerpo comprimiéndome el pecho, como si me asfixiara. Me sumergiré en la fragancia de su colonia y sus productos para el pelo y su gel de baño. Haremos el amor como si no hubiéramos compartido nuestro cuerpo con nadie más, como si siguiésemos siendo las personas que una vez prometimos ser.

Después de terminar de ordenar sus cosas, de preparar algo de cena y de charlar banalmente como tan bien saben los matrimonios que se conocen de sobra, nos sentamos en la sala de estar, en el sofá, en nuestro sitio de siempre

entre ordenadores portátiles y secretos y amantes y el silencio de la nieve que sigue cayendo. Los viejos radiadores crujen en su pugna por escupir aire caliente en la estancia.

—¿Tienes frío? —pregunta David con una tímida sonrisa.

Asiento y me arrima a él, arropándome con sus brazos. Junto al mío, su cuerpo me parece más enjuto, casi frágil, como si sus huesos hubieran perdido algo de su densidad. Le devuelvo el abrazo. Me doy cuenta de que estoy abrazada a un hombre que es menos hombre de lo que era. Me pregunto cuánto más aguantaremos nuestros juegucitos, y luego voy a la puerta trasera a fumar mientras pienso en Bennett, brusco y despiadado, necesario. Acepto que soy, quizás, menos mujer de lo que era.

Yo soy un cuchillo

MI marido es cazador. Yo soy un cuchillo. En la última temporada de caza del ciervo, me llevó con él a una cacería. Me despertó a las cuatro de la madrugada. Me hizo el amor. Siempre me folla antes de irse de caza. La naturaleza de sus esfuerzos es diferente, mejor. Me toma, me usa y me marca. Yo le dejo. Cuando terminó, me dijo que no me duchara. Conforme nos vestíamos, lo sentí aún dentro de mí, pegándose a mis muslos. Fuera hacía frío. En la cabina de su camión me apoyé en su brazo con los ojos cerrados. Él bebía café de un termo que había sido de su padre, que está muerto por la enfermedad del pulmón negro. La barba le olería a café durante el resto del día.

Pasamos horas y horas en el espiadero, empapados de meada de ciervo, a la espera. Mi aburrimiento iba en aumento, pero permanecí en silencio. Yo soy un cuchillo. Pasaron varios ciervos por delante de nosotros, pero mi marido se llevó un dedo a los labios. Estábamos esperando a un macho. «Hoy quiero matar algo majestuoso», dijo mi marido. Cree que matar lo acerca más a Dios. Transcurrió el tiempo. Nos estábamos quedando tiesos. Yo tenía un vacío en el estómago, estaba hambrienta. Sus hombros se desplomaban conforme su esperanza se desvanecía, pero entonces un enorme macho entró galopando en nuestro ángulo de visión. La criatura era majestuosa de veras: musculatura pronunciada, cuerpo grueso, porte elevado. Mi marido blandió el rifle, aspiró hondo y apoyó el dedo en el gatillo. Esperó. El macho volvió la cabeza y nos miró con sus negros ojos vidriosos. Aguanté la respiración, yo también. Esperamos. Mi marido apretó el gatillo y exhaló lentamente. Esperamos. La

bala acertó al ciervo en el cuello, haciéndole un limpio agujero negro. Mi marido asintió con la cabeza una vez y dejó el rifle en el suelo. Yo soy un cuchillo. Él es un arma de fuego.

El ciervo seguía vivo cuando llegamos junto a él y respiraba superficialmente. Apreté la mano contra su apelmazado pelaje, sentí su calor, la fortaleza de sus músculos debajo de su piel y los huesos debajo de los músculos y la sangre que lo mantenían de una pieza. Mi marido hizo ademán de sacar su cuchillo, preparándose para cortarle el pescuezo al ciervo. Le agarré el brazo y sacudí la cabeza. Yo soy un cuchillo. Coloqué la mano sobre el corazón del macho y esperé a que dejara de latir. Esperamos. Esperamos durante un buen rato. Mi marido rezó, ofreciéndole actos de contrición al aire circundante. Cuando el ciervo murió al fin, abrí a la criatura desde el cuello hasta el trasero con una uña. Se le abrieron las carnes lentamente, y sus calientes entrañas humearon bajo el frío aire, que se tornó afilado y húmedo con el hedor a muerte rodeado de plegarias. Yo soy un cuchillo.

Mi marido metió la mano en el animal muerto y luego se la miró, cubierta de sangre rojo oscuro casi negro. Me recorrió el labio inferior con el pulgar y luego lo deslizó dentro de mi boca. Lo chupé despacio, saboreando la sangre del ciervo, salada y compacta. Gemí. Mi marido me embadurnó la cara con la mano ensangrentada y, conforme se secaba, yo me notaba la piel fina y tirante. Me recosté en el suelo, ya empapada de la sangre del ciervo. Mi marido me desvistió despacio y luego se detuvo para mirarme desnuda, temblando junto al animal que había matado. Me pregunté si era capaz de diferenciarnos. Era tal el silencio de los bosques en derredor que sentí cierto terror retumbando bajo el tórax. Cuando yació encima de mí, separé los muslos y le hundí los dientes en el hombro. Mi marido olía como un animal y me tomó como un animal. Le dejé mi marca en la vasta extensión de su espalda. Yo soy un cuchillo. Él es un arma de fuego.

Más tarde atamos al ciervo de las patas delanteras y traseras y mi marido cargó con el animal abierto y ensangrentado sobre los hombros. Yo cargué con nuestras armas y seguí sus pasos. Cuando llegamos a casa, él se llevó su pieza al cobertizo que hay detrás y empezó a descuartizarlo. Yo soy un cuchillo. Descuartizar a un animal lleva tiempo y es sangriento. Para sacarle provecho a la caza hay que hacer varias cosas. Durante los siguientes meses, llevaremos a nuestros amigos todo tipo de venado envuelto cuidadosamente en papel de

carnicería marrón, atado con un fuerte bramante. Él hará cecina y salchichas para compartirlas con los hombres con los que juega al póker, con su hermano, los asiduos al bar... Yo no probaré bocado. No me agrada el sabor del venado, sabe demasiado a carne de animal.

Vivimos en una casa grande que es bonita y está vacía. Nunca hablamos del vacío o de nuestros intentos fallidos de colmarlo. Es un pesar que compartimos sin compartirlo. A veces me siento en una de nuestras estancias vacías, decoradas a la perfección, congeladas en el tiempo. Me siento en el suelo y me quedo mirando el empapelado rosa y las letras de madera en la pared que deletrean un nombre y las sábanas que mi madre hizo para una cama minúscula y perfecta. Me mezo hacia delante y hacia atrás hasta que no puedo respirar y entonces me arrastro hasta el pasillo en busca de aire.

La familia de mi marido es religiosa. Sus parientes creen en Dios. Su dios es un dios furioso y cruel porque lo hicieron a su imagen y semejanza. Todos los domingos mi marido y yo vamos a la iglesia con su familia —hermano, madre, padrastro—. Este es el único momento que paso con ellos. La fe de mi marido es débil. A mí no me queda ninguna. Nos sentamos en la iglesia, sobre los duros bancos, fingiendo que creemos, fingiendo que este es nuestro sitio. A veces noto que su madre me mira fijamente con sus ojos achinados, frunciendo los labios. Cuando noto que me mira, clavo las uñas en el himnario, o en el banco, o en el muslo de mi marido. Yo soy un cuchillo. Después de misa vamos a comer a casa de mis suegros. No se fían de mí porque no como venado. A su madre le molesta tener que acomodarse a mis peculiaridades culinarias, pero cada semana me prepara una pechuga de pollo reseca, asada de cualquier manera, sin sazonar, y yo me como la carne correosa sin dejar de sonreír, cosa que la cabrea más. La ayudo a lavar los platos mientras mi marido y su padrastro se afanan en el granero y ya luego, afortunadamente, podemos marcharnos. Su madre siempre sale al porche para ver cómo nos alejamos. Me aseguro de sentarme tan cerca de mi marido en la cabina del camión que parezca que estoy sobre su regazo. Hago que me bese y yo lo beso a su vez con tantas ganas que parece que estoy devorándole la cara. Quiero que ella sepa que yo soy un cuchillo.

Mi familia vive muy lejos, en la torridez del sur de Florida. Mis parientes rara vez nos visitan, no saben cómo afrontar el frío. No alcanzan a entender por qué mi marido y yo vivimos en el norte del país. Cuando visitamos a mi

familia, mi marido se siente desbordado por esa humedad y esas personas que parecen tan distintas a él, pocas de las cuales hablan inglés. Siempre me coge fuerte de la mano cuando estamos en Florida, y se lo ve muy asustado, muy joven. Es cuando nos marchamos de casa cuando comprendo que no es que él no quiera vivir en cualquier otro lugar, es que no puede. Mi hermana, mi gemela, viene a menudo de visita porque comprende que viva con mi marido en un lugar que no me gusta. Comprende que él me quiere tanto que yo viviría donde fuera con él. Se llevan bien. Ella también es un cuchillo.

Los hombres nunca le duran mucho; dice que vive a través de mí, como yo a través de ella, y así no necesita casarse y yo no echo de menos estar soltera. Siempre me telefonea para contarme que ha conocido a un hombre en un bar, una librería o la cola de una cafetería, y que el susodicho ha terminado en su cama y, ocasionalmente, en su corazón. Cuando viene de visita, tontea con el mejor amigo de mi marido, un tipo llamado Grant, el chico de la pólvora del equipo de tala de mi marido, que se piensa que él y mi hermana comparten algo tan especial que ella sigue volviendo. A los cuatro nos gusta ir a la bolera. Bebemos y jugamos a los bolos, bebemos y jugamos más, y después bajamos al lago con una caja de cerveza y nos lo hacemos en los bancos de madera del parque como adolescentes sin otro sitio adonde ir. Cuando yo me estremezco con las manazas de mi marido deslizándose por debajo de mi camisa, ella gime, y cuando ella abre las piernas y se mete la mano de Grant por las bragas, yo aprieto los muslos. La gente nos pregunta si tenemos algún tipo de conexión especial. Nosotras mentimos y les decimos que no.

Las viudas de los leñadores cuentan historias de hombres que acabaron destrozados por una rama o una copa caída, o de una motosierra con la cadena suelta; llaman a estas cosas «creaviudas». Cuando escucho estas historias pienso que si algo le pasara a mi marido me dedicaría a talar todos y cada uno de los árboles que he visto durante el resto de mi vida. Yo soy un cuchillo. Cuando mi marido llega a casa tarde del trabajo, empiezo a sentirme mal. Me imagino nuestra casa vacía incluso más vacía de lo que ya está. Compruebo que el teléfono funciona, que no he desatendido ninguna llamada, y cuando por fin vuelve a casa, le doy puñetazos en el pecho. Lo maldigo por haberme preocupado. Casi todas las noches llega a casa oliendo a sudor y savia, y a veces a serrín, si ha estado en el aserradero. Se quita las botas sucias del trabajo y se desviste en el zaguán. Yo lo observo, apoyada en el umbral, con

una cerveza fría. Él siempre me sonríe, aunque haya tenido un día duro. Le da un buen trago a su bebida y me besa, y su aliento es cálido y sabe a levadura. Presiona los labios contra mi cuello y me hinca los dientes en la piel. Él es un arma de fuego. Yo soy un cuchillo.

Cuando me llama, percibo en la respiración de mi hermana, antes de que diga palabra alguna, que le pasa algo. Me siento a la mesa de la cocina. Mi marido está en el salón viendo algún documental sobre tala con helicóptero, y se queja en voz alta de que todo lo hacen mal. «¿Qué ocurre?», pregunto. Intento parecer tranquila. Me duele la piel. Mi hermana dice: «Estoy embarazada», y yo suelto aire despacio y le digo: «Todo va a salir bien». Trago algo duro y luctuoso. Me clavo las uñas en la palma de la mano. Yo soy un cuchillo. Dice: «Lo sé», y yo sonrío y me sujeto el vientre, recorriendo con los dedos la cicatriz levemente en relieve que se niega a desaparecer incluso si ya ha pasado un tiempo desde que me abrieron. Yo no soy un cuchillo. «¿Puedo ir a quedarme contigo mientras pienso qué voy a hacer?», pregunta, aunque no es necesario. Hablamos un rato más y luego voy junto a mi marido. Me siento en su regazo y escarbo en su pecho con la cabeza. Le digo que mi hermana va a venir y por qué, y él me abraza con tanta fuerza que incluso horas después, cuando estamos acostados y él duerme, sigo sintiendo su abrazo.

Mi hermana y yo tuvimos una vez un accidente durante una de sus visitas. Un conductor ebrio nos dio de lado en una carretera rural, la única clase de carreteras que hay por aquí. Unos tallos de maíz muy altos flanqueaban el camino y por todas partes había bichos, cuyo agudo zumbido espesaba la noche. Mi hermana yacía inconsciente, con el pulso débil. El conductor ebrio falleció, un furioso corte le latía en el nacimiento del pelo. Apestaba a vino barato. El hedor que desprendía me hizo vomitar. Lo empujé hacia nuestro coche. Pesaba tanto que pensé que se me iban a separar los hombros del cuerpo conforme empujaba y empujaba sin parar. Cuando llegamos junto a mi hermana, caí al suelo, sudada y sin aliento. Apoyé dos dedos en su cuello. Ella nació siete minutos después que yo. No podía morir antes que yo. Su pulso era más débil. Su corazón se estaba muriendo. Mi corazón se estaba muriendo. Le abrí el pecho al conductor ebrio. Yo soy un cuchillo. Metí la mano en su cuerpo, mojado y caliente, y le arranqué el corazón que no se merecía. No sentí tristeza ni piedad por él mientras el resbaladizo órgano me latía en la palma de la mano. Le abrí el pecho a mi hermana. Yo soy un cuchillo. Coloqué

el corazón del hombre al lado del de mi hermana. Los dos corazones se ovillaron y empezaron a latir como uno solo. Yo soy un cuchillo. Junté los colgajos de piel otra vez sobre su pecho y recé una oración en silencio conforme su piel se replegaba en su sitio. Sostuve a mi hermana en mis brazos hasta que llegó la ayuda. Le besé la frente y le susurré actos de contrición al aire nocturno para que supiera que no estaba sola. La mantuve caliente y a resguardo.

La casa parece menos vacía con la presencia de mi hermana. Ella se crea su pequeño hogar en una de las habitaciones vacías. Le crece la tripa y le reluce la piel. A menudo la sorprende paseándose por nuestra propiedad y canturreando, agarrándose la barriga. Está cambiando. Yo no. A veces sorprende a mi marido mirándola. Cuando percibe que lo miro mientras la mira, se sonroja y desvía la mirada con sentimiento de culpabilidad. Una noche estamos tendidos en la cama después de hacer el amor y él sigue tumbado encima de mí. Sigue dentro de mí. Me aparta el pelo de la cara y me besa con fuerza y yo lo beso a mi vez y nos magullamos el uno al otro con la boca. Dice: «Ojalá pudiéramos coger el niño que está creciendo dentro de ella y meterlo dentro de ti, donde pertenece». Lo odio y lo quiero por decir esto.

Grant se pasa por casa prácticamente todas las tardes para comprobar cómo está mi hermana. Está convencido de que el niño es suyo. No se equivoca. Le trae ropa para el bebé, mantas suaves, la comida que se le antoja a ella, un cochecito de los caros... Cuando ella está de buen humor, lo deja que se quede por la noche. Dice que es un consuelo. Adora sus manos y su voz y la gruesa mata de pelo de su pecho. Dice que no sabe si eso es suficiente. Yo le digo que podría serlo. Cuando los oigo reír, cuando veo cómo la mira, suena un fuerte y doloroso timbrado en mis oídos que no desaparece hasta que me golpeo en el estómago. Imagino que me meto la mano en la barriga y cerceno el daño porque soy un cuchillo.

Su barriga crece y crece y crece. Se le hinchan los tobillos. Camina cada vez más despacio, sujetándose las lumbares. Su piel todavía reluce. Hacia finales de marzo nos sentamos en el porche. No tardará mucho en dar a luz. Dice: «Quiero a esta cosa que llevo dentro pero quiero que salga». Estira las piernas, gime y luego se apoya en mi hombro. Me coge la mano y me la coloca sobre su estómago, cubriéndome la mano con la suya. Dice: «Tú eres un cuchillo». Me está pidiendo algo. Su barriga es firme y cálida y noto los

movimientos del bebé dentro de su saco amniótico. El bebé es un chico o una chica. El bebé es fuerte. Su madre tiene dos corazones. Pregunta: «¿Qué se siente al dar a luz?». Digo: «Sientes que algo salvaje está desgarrando tu cuerpo desde dentro hacia fuera». Ella cierra los ojos y me estruja más la mano. La cicatriz que me atraviesa la barriga se abre en dos y la sangre me empapa la camisa, pero me quedo quieta, me quedo con mi hermana. Necesita esto de mí.

Un grito desgarrador en la parte más solitaria de la noche me despierta. Mi marido sale de la cama de un salto, con la carne de gallina y el bóxer colgándole holgadamente en la cintura. Mira por el dormitorio con los dedos enroscados en apretados puños. Él es un arma de fuego. Sus ojos son de un blanco brillante. Oímos otro grito. Salgo de la cama. El suelo está frío. Voy al dormitorio de mi hermana. Está sentándose en la cama, sudando por los cuatro costados, y la larga melena le cuelga en la cara. Me mira con los ojos nublados de miedo. Grant tiene su teléfono en la mano. Dice: «He llamado a la ambulancia, pero no estarán aquí hasta dentro de unas horas». Así es la vida en North Country. Mi marido y yo sabemos de sobra lo que ocurre cuando la única ambulancia en cuatro condados está a horas de distancia. Terminas sangrando en la cabina de una camioneta mientras tu hijo muere dentro de ti, mientras tu marido corre a toda velocidad al hospital, a una hora de distancia, por helados y tortuosos caminos rurales, entre lloros, porque sabe que no te puede llevar allí a tiempo. Apoyo una mano en el brazo de Grant. Digo: «Déjanos», y mi marido saca a Grant del dormitorio.

Me arrodillo en la cama junto a mi hermana. Pienso en cómo aferraría a la vida. Digo: «Cierra los ojos», y lo hace. Confía en que está a salvo conmigo. Yo soy un cuchillo. Arrastro una uña por su abdomen inferior y la piel se le abre sin oponer resistencia. Hay muchísima sangre. Corto las capas de dermis, la grasa, amarilla y blanda, que se desprende flácidamente. Soy cuidadosa. Soy afilada. Cuando llego al útero, hago otro corte horizontal, delicado y limpio. Sigue habiendo mucha sangre. Veo la oscura cabeza de un bebé cubierta de espesos fluidos. Saco al bebé, un niño, y le sigue un largo cordón de resbaladiza membrana. Libero al niño cortando el cordón y sostengo a la criaturita, sucia, en mi pecho mientras mi hermana yace quieta, abierta en canal; hay mucha sangre. Mi hermana espera, sigue confiando en mí. Su niño está caliente en mis brazos. Cuando abre las rendijas de los ojos, me muerdo

la lengua hasta que me sabe a sangre. Miro a este niño, sus deditos enroscados, sus miembros estrechos y largos, y me duele pensar en todos los momentos que vivirá. *Soy todo ira. Soy un cuchillo. Ojalá pudiera extirpar la ira de mi cuerpo del mismo modo que corto todo lo demás.* Mi hermana tiene los brazos abiertos. Confía en mí.

Aquella noche, en la cabina de su camión, la calefacción no funcionaba y a cada respiración me dolía el pecho. Me desangré por todo el asiento y me sujeté al muslo de mi marido y temblé y se me olvidó cómo era sentir el calor. Se negó a mirarme, pero decía sin cesar: «Voy a llevarte allí». La cosa salvaje dentro de mí estaba intentando salir y el dolor era claro y constante y considerable. Dije la última oración que diría en mi vida. Una vez en el hospital, mi marido me llevó dentro. Le explicó al médico que iba a dar a luz en cualquier momento. Dijo: «Todo va a salir bien, ¿de acuerdo?». El médico no le hizo caso. El médico me abrió en dos y me vació y me dejó una herida fea: medicina rural. Sacó de mi útero a una niña frágil y ensangrentada que no podía respirar por sí sola, que no podía llorar. Tenía la cabeza extrañamente alargada y la piel casi translúcida, como si pudieras ver directamente a través de ella. Era una cosa salvaje, pero no vivió mucho tiempo. Le pusimos un nombre.

La noche posterior al nacimiento de mi sobrino, después de que abriera a mi hermana y tuviera su vida en mis manos y cerrara las heridas que yo había hecho para salvar a su hijo, mi marido me folla en la cama mientras mi hermana, un hombre y un bebé duermen en la suya. Mi marido y yo somos escandalosos y violentos el uno con el otro. Cuando le muerdo, sale sangre. Yo soy un cuchillo. Me folla como si intentara arreglar todo lo que está roto dentro de mí, como si intentara romperme más, como si intentara, solo mediante la voluntad, crear otra vida dentro de lo que me queda de útero. Creo que, a través de él, todas las cosas son posibles. Enrollo los brazos a su espalda. Presiono las rodillas contra sus costillas. Ninguno aparta la vista del otro. Cada nueva embestida duele más, me duele en todo el cuerpo, pero yo abro más las piernas, me abro más a él. Yo soy un cuchillo.

El sacrificio de la oscuridad

I.

CUANDO yo era pequeña, el padre de mi marido fue volando en una máquina aérea al sol. Desde entonces, los días han sido oscuros y las noches luminosas.

El hombre que quiso alcanzar el sol, Hiram Torrealta, había trabajado bajo tierra toda su vida, explotando la mina, excavando la dura tierra para enriquecer a otros hombres, para llenar sus casas de cosas finas, para vestir a sus mujeres con lino fino y seda fina, para llenarles la boca de comida fina. Trabajó la tierra inflexible hasta que la presión del mundo que pesaba sobre él día tras día tras día le ennegreció los pulmones y le hinchó los huesos.

Cuando era joven, a Hiram no le importaba pasar la mayoría de su jornada laboral en el mundo debajo del mundo. «Siempre ha sido un misterio —dijo cuando mi marido era pequeño— tamizar la tierra entre mis dedos en busca del brillo de metales preciosos.» Conforme pasaron los años, sin embargo, el misterio fue a menos. Por la mañana tomaba café de un termo alto mientras conducía a la mina. Se enfundaba el mono de trabajo y la pesada chaqueta y bajaba en el ascensor a la mina. Arañaba la arcilla y el granito, siempre en busca de algo precioso. Se estremecía conforme el frío le permeaba la piel. A veces encontraba feldespatos y los escondía en los bolsillos. Se los llevaba a casa y les sacaba un lustre perfecto para su mujer, que los guardaba en la repisa de la chimenea. Estas formaciones de cristal eran las únicas cosas hermosas que le daba a su mujer, aparte de su hijo, de modo que ella los atesoraba a la manera de las mujeres que aman a los hombres duros.

El aire de la mina era un horror. Al cabo de demasiado rato, los hombres ya no pueden respirar allá abajo. Al término de cada jornada, conforme los mineros recorrían el lento kilómetro y medio que los separaba de la

superficie, del aire más fresco y espeso, se agarraban el pecho con las manos temblorosas. La mayoría de las noches, cuando volvía a casa, Hiram permanecía en silencio, sin tener nada que decir, sabedor de que su familia jamás entendería que cada vez que bajaba a la mina se veía obligado a dejar atrás un trozo de sí mismo, sabedor de que el día menos pensado no quedaría lo bastante de sí mismo para volver a casa. Se comía la comida que su mujer le ponía delante: platos contundentes, carnes bien sazonadas, pan recién horneado, hortalizas del huerto que ella misma atendía... Su esposa, Mara, siempre tenía una sonrisa para Hiram; se sentaba con él pacientemente, aguantaba su silencio y fingía, cada noche, que no compartía mesa y cama con un hombre venido a menos comparado con el hombre que había sido la víspera.

Hiram tenía unas manos preciosas, me había dicho Mara en muchas ocasiones, unas manos capaces de amedrentar a una mujer que no lo conociera bien. Se notaba su fuerza en la gruesa red de piel y músculos, venas y huesos. Su cuerpo entero era una gruesa cuerda de músculos y pesar. Cuando se quedaban solos, a Mara le gustaba apoyarse en su espalda, en su ancha y cálida extensión. Cuando le sobaba el cuerpo con los dedos, él gemía en voz alta y decía: «Mujer, haces que nunca quiera despegarme de ti». Mara nunca tuvo miedo de Hiram, su tamaño le tenía sin cuidado. No era cariñoso cuando la tocaba, pero era un buen hombre. La tocaba como ella quería que la tocaran. Le encantaba que él supiera que ella también tenía fuerza.

Algo cambió en Hiram cuando cumplió los cuarenta. Siempre había sido un hombre de pocas palabras, pero en su cumpleaños enmudeció por completo. Lo único en lo que pensaba noche tras noche era en que, más pronto de lo que podría soportar, tendría que bajar a los túneles angostos, rodeado de aquel aire frío y fino, con la tierra cayéndole en los ojos, la nariz y la boca, asfixiándolo, rompiéndolo. De noche, Mara se tendía junto a su marido e intentaba sonsacarle alguna palabra de los labios, pero él era incapaz de darle lo único que ella necesitaba de él. Mara empezó a olvidarse del sonido de su voz. Él siguió yendo al trabajo, siguió arañando la tierra, siguió cargando las herrumbrosas carretas con los relucientes metales preciosos anhelados por los hombres codiciosos. Sin embargo, no hallaba ningún gozo en ello, ninguno. Cada vez le costaba más ponerse derecho o respirar hondo.

Una mañana se despertó y supo que no podía pasar ni un minuto, ni un día,

ni una hora más bajo el aire fino y oscuro del mundo debajo del mundo. Su mujer le movió el hombro cuando sonó la alarma. Había amanecido, pero Hiram no salió de la cama. Se sentó apoyándose en el cabezal de hierro, señaló la ventana del dormitorio y le pidió a Mara que arrancara las cortinas. Su petición era extraña, pero Mara agradeció tanto oír la voz de su marido que hizo lo que le había pedido. Agarró la tela y tiró de las cortinas hacia el suelo con un movimiento fluido. Quedaron dos agujeros mellados en la madera de la pared, pero ni a Hiram ni a Mara les importó. Hiram dio una palmadita en el espacio vacío a su lado y Mara fue junto a su marido. Hiram miró fijamente el sol, con su mujer a su costado. No desvió la mirada ni siquiera cuando su piel se calentó incómodamente. Más tarde, cuando su hijo se hubo ido al colegio, Hiram posó los labios en el hombro desnudo de Mara, le dio la vuelta y recorrió los óseos nudos de su columna desde el cuello hacia abajo. Deslizó sus manos fuertes y amorosas entre los muslos de ella, sonriendo cuando se estremecieron a su tacto. Ella rodó de espaldas y, cuando él hundió su cuerpo contra el de ella, Mara suspiró y cedió a su peso. Él le apretó el rostro con las manos como si fuera a aplastarle el cráneo. La presión de sus manos hizo que le vibrara la cabeza, casi agradablemente. Cuando Hiram besó a Mara esa mañana, los labios de ella se hincharon y magullaron, amenazando con abrirse y derramarse. Se notó los labios pulposos, deformados de una forma hermosa. Cuando él hubo terminado, todo su cuerpo se sentía así, como si las manos, la boca y los ojos de Hiram hubieran trabajado cada músculo y cada trecho de su piel, deshaciéndola hasta la médula.

Cuando Mara saltó de la cama, dolorida, densa y extenuada, Hiram le dijo: «No te laves», y no se lavó. Fue a la cocina y le preparó un emparedado de gruesas lonchas de carne y tomate y un vaso de leche fría. El olor a Hiram era omnipresente; su presencia, también. Cuando él estaba de buen talante, su peso era ineludible. Mara adoraba esto de su marido. Hiram fue a la cocina con ella y comió despacio. La miró de tal forma que Mara llegó a pensar que estaba sentada frente a un extraño. Él no desvió la mirada. Ella no desvió la mirada. Ella intentó no hacer caso al suave dolor de su pecho que florecía lentamente en un nerviosismo que no acertaba a explicarse. Cuando Hiram hubo terminado, se puso en pie y llevó su plato a la pila, lo fregó, lo secó con cuidado y lo dejó en la encimera. Miró afuera por la ventana de encima del fregadero, al jardín de Mara, a la arbolada espesura de detrás. Bizqueó al

levantar la vista hacia el sol.

—Tengo que hacer una cosa —dijo.

Mara sacudió la cabeza.

—No vayas a romperme el corazón, Hiram. Ni te atrevas.

Él le tendió la mano y Mara la cogió. Hiram llevó a su mujer afuera y se pararon en la losa de piedra que había detrás de su casa. Él señaló el sol.

—Quiero tocarlo, solo una vez. Lo necesito, mujer, lo necesito sin más, y no hay nada que vaya a impedirme intentar alcanzarlo.

Esa misma tarde Hiram condujo hasta el proveedor de máquinas aéreas más cercano con una buena tajada del dinero que había ganado haciendo dinero para otros hombres. Las monedas le pesaban en el maletín. El peso de las monedas le cansaba, pero tenía un asunto importante que atender. Necesitaba colmar la imposible vacuidad de su interior. Hiram escuchaba al vendedor, que intentaba venderle una máquina aérea de último modelo con asientos de lino y líneas elegantes, pero eso no era lo que él necesitaba. Necesitaba algo fuerte, robusto, una máquina aérea que lo llevara lejos, muy lejos. Era una cosa fea la máquina aérea que compró. No tenía gracia alguna, pero le encantó el color: un rojo vivo que embellecería el cielo. Mientras examinaba el fuselaje, Hiram preguntó cómo era posible que un artefacto tan desgarrado pudiera levantar el vuelo, pero el vendedor le garantizó que la máquina aérea respondería perfectamente. El vendedor era un hombre de palabra.

II.

CRECÍ en un valle flanqueado por dos cerros que algunos llamaban montañas. Tampoco es que estuviéramos muy acostumbrados al sol. Esto es lo que nos decimos ahora que hace tiempo que no sale. Nuestro pueblo era pequeño pero bonito, o al menos así es como siempre lo vi. Lo bonito no tiene que ver siempre con lo que se ve. A veces lo bonito es lo que sientes. Menos por la gente, nuestro pueblo me sigue pareciendo bonito. Había montones de árboles despuntando sobre cada casa y edificio. De niña yo estaba convencida de que estos árboles alcanzaban directamente el cielo. Sigo estándolo. No cambio mucho de parecer si ya tengo una impresión formada. Las calles estaban y están ribeteadas de aceras de madera, robustas y toscamente labradas, elevadas a unos centímetros del suelo porque la mayoría de los lugareños no se fían del suelo, sabiendo lo que saben sobre lo que hay debajo, lo que ese mundo debajo del mundo puede quitarte, nos ha quitado a todos. Los propietarios de las minas viven cerca del centro del pueblo, como si quisieran que sus mansiones fueran visibles desde cualquier punto, puro acero y cristal alzándose hacia el cielo, casi tan altas como los árboles, esparcidas por amplias parcelas de tierra. En la sombra de esas mansiones es donde vivimos los demás, algunos en el valle y otros en los arbolados cerros, donde el aire es más dulce y la tierra es más dura pero tiene más significado. A las afueras del pueblo se encuentran las minas, sus entradas escarbadas en la baja y rocosa falda de los cerros.

Cuando se hizo la oscuridad, el mundo cambió. Por necesidad. Hiram Torrealta voló su máquina aérea de un rojo vivo hasta el sol y este desapareció. La única luz que quedó fue la de la luna. El único calor posible era el de una buena fogata o un jersey grueso, o el de la piel de otro cuerpo

junto al tuyo. Yo no era una mujer todavía. Era una niña de once años con un vestido amarillo. Mi pelo era una maraña larga y alocada que me caía muy por debajo de los hombros. Yo también era una alocada. Corría descalza por nuestro jardín trasero, con la cara salpicada de tierra, mientras mi madre tendía la colada, con las pinzas de madera presas entre los labios. Mi madre estaba canturreando la misma canción de siempre, la primera canción que ella y mi padre bailaron juntos. Arrastraba los pies de lado a lado, y hundía los dedos en la tierra caliente. Fue un día bueno en una corta vida de días buenos.

Oímos a Hiram Torreaba antes de levantar la vista, y vimos relucir el sol más de lo que nunca creímos posible. Fue un sonido alegre, prolongado, amplio y completo. Luego este sonido alegre desapareció y el sol se hizo pequeñito, muy pequeñito, cada vez más a medida que rellenaba a Hiram Torreaba con la luz que había anhelado a lo largo de tantos años de trabajo en las frías y solitarias minas. Cuando el sol desapareció, un surco de un rojo vivo se abrió en el cielo. El aire se heló y poco a poco el mundo fue enfriándose, sin llegar a un extremo insoportable, aunque lo suficiente como para ver nuestro aliento con más frecuencia que menos. La luz del día dejó de existir. No volvimos a verla.

En los primeros días de oscuridad, pensamos que se acabaría. Pensamos que veríamos el sol una vez más, que sentiríamos su brillo dorado aferrándose a nuestra piel. El surco rojo vivo del cielo latió y, al igual que el sol, empequeñeció hasta desaparecer. Los científicos intentaron entender lo ocurrido. Les parecía poco creíble que un hombre estuviera tan lleno de oscuridad que necesitara engullir toda la luz del sol. Después de esto cerraron las minas. Sus propietarios no eran tan codiciosos como para jugársela con otro minero, con lo que pudiera arrebatarse al mundo para llenarse. Su dinero podía comprar montones de cosas finas, pero no podía traer el sol de vuelta. Ahora los únicos que bajan a las minas son adolescentes y camorristas en busca de bronca o de algo con que llenarse los bolsillos. Venden lo que encuentran en el mercado negro, casi siempre en poblaciones lejanas. Nadie de este pueblo tendrá nada que ver con este lucro.

No transcurrió mucho tiempo antes de que el alcalde mandara colocar lámparas de gas por todo el pueblo para suministrar suficiente luz durante el día y que la vida siguiera, acaso un poco más caliente. Esto es lo que más recuerdo de mi infancia: la pálida luz de esas lámparas y cómo, durante el día,

el aire frío se mezclaba con el aroma dulce del gas de combustión; cómo, incluso de noche, cuando más refrescaba, perduraba ese aroma dulzón que impregnaba la ropa, los cabellos, la piel de los dedos...

Mi marido iba un curso por delante de mí en el colegio y después de que su padre volara su máquina aérea de un rojo vivo hacia el sol nadie volvió a hablar con él. No es que se burlaran o insultaran a Joshua Torrealta; es que hacían como si no existiera, lo que era peor. El silencio es la más cruel de las crueldades. Cada tarde, su madre lo esperaba al pie de los escalones que conducían dentro y fuera del edificio de ladrillo donde estudiábamos y, cuando el chico corría a su encuentro, con sus cabellos salvajes y rizados como los míos, ella le cogía la mano, levantaba en alto la cabeza, le asentía y él levantaba la cabeza en alto también. Ella lo rodeaba con el brazo, como si pudiera proteger a su hijo de la ira, la oscuridad y el frío. Caminaban a casa solos, siempre solos. Las únicas personas que alguna vez hablaban con Mara y Joshua Torrealta en aquellos días eran los compañeros de Hiram en la mina, porque entendían qué podía llevar a un hombre a tragarse la luz del mundo y porque, cuando Hiram voló su máquina aérea de un rojo vivo hacia el sol, por un momento también ellos se sintieron colmados de luz y calor. También ellos sintieron plenitud. Este momento, pese a su brevedad y a la imposibilidad de retenerlo, para los hombres que solo conocían el mundo debajo del mundo fue suficiente.

Mi madre es una mujer bondadosa, siempre lo ha sido. Mi padre suele decir que se aferra a la bondad que la mayoría de las personas no pueden o no se molestarán jamás en mostrar. Cuando Hiram Torrealta voló su máquina aérea hacia el sol, mi madre dijo: «Bendita sea su alma, que la luz lo colme para siempre». Cuando le conté que Joshua Torrealta no tenía a nadie con quien hablar en el colegio, ella hizo un mohín y sus labios se plegaron en una línea estrecha. Con los brazos en jarras, dijo: «No podemos tolerarlo de ninguna manera. Invita a ese chico a casa para jugar contigo después de clase. Serás un alma dulce para él».

Yo tampoco era muy popular en el colegio, que digamos. Era muy lista y eso incomodaba a la gente: donde hemos pasado nuestra vida, la mayoría de las personas no confían mucho en la inteligencia de una mujer. Luego está el problema de mis ojos, que no esconden nada. Si alguien no me importa, mis ojos lo dejan claro. Y lo cierto es que no me importa casi nadie. Por lo

general, la peña acepta sin reparos las mentirijillas. No saben qué hacer con alguien como yo, que básicamente no se molesta en inventarse mentirijillas.

El día después de que mi madre me dijera que llevara a Joshua Torrealta a casa, lo estudié, en clase de mates, desde tres filas más atrás. Siempre me había encantado su pelo y ese día observé sus tonos marrones, del oscuro al cobrizo, maravillada ante el precioso patrón que estos colores formaban en cada uno de sus gruesos rizos. Tenía la nuca morena y esbelta, aunque no tan morena como había sido antes. Pronto perdería todo su bronceado. Todos perderíamos cualquier matiz oscuro de nuestra piel. Joshua tenía una mandíbula fuerte, incluso entonces, y ojos bondadosos. Me puse roja de vergüenza cuando intenté explicarle por qué había pasado de él. Mi debilidad seguía encendiéndome las mejillas cuando me senté a su lado en el patio del colegio, más tarde ese mismo día. Él se dedicaba a mirar, en silencio, el oscuro cielo, y se frotaba las manos para guardar el calor. Se estremeció cuando me senté a su lado, así que apoyé la mano en su muslo. Levanté los ojos para ver qué estaba mirando.

—Mi padre está en algún lugar ahí arriba —dijo.

—Lo sé.

—No pretendía hacer nada malo.

Asentí.

—Eso también lo sé.

Joshua se volvió para mirarme.

—¿Por qué hablas conmigo?

Por una vez, decidí que no pasaba nada por decir una mentirijilla.

—Porque pareces alguien con quien puedo hablar. —Las comisuras de su boca se tensaron como si luchara contra algo. Se encogió de hombros—. ¿Te apetece venir a mi casa después de clase?

Se mordió el labio inferior y puso cara de estar tomando la decisión más difícil de su vida. Se le arrugó la frente. Cuanto más tardaba él, más me enojaba yo. Al final lo empujé y me fui con paso airado, llena de un calor diferente, más furioso.

Joshua no vino a clase al día siguiente ni el día después. Cuando volví a verlo, llevaba una caja larga y estrecha en la mano. Me la dio y miró al suelo.

—Lo he estado pensando —dijo—. Me gustaría ir a tu casa.

—¿Y si ya no quiero que vengas?

Señaló la caja.

—Es para ti.

Levanté con cuidado la tapa. Dentro había un largo lazo de seda rosa sobre un lecho de terciopelo rojo. Era la cosa más bonita del mundo. Me daba miedo tocar el lazo, pero no pude resistirme. Era suavísimo, nunca había tocado nada igual. Me hizo sentirme perfecta y guapa. Cerré la caja y me la guardé en el bolsillo de la falda.

—Podemos ir a casa juntos —dije.

Sentí las miradas mientras íbamos caminando a casa, arrebujados en nuestros abrigo de lana. Las lámparas de gas no eran lo mismo que el sol, pero no nos ocultaban. Al pasar por delante de la casa de los Torrealta vi que había una nueva valla de hierro, realmente alta, circundando toda la casa. Hiram Torrealta debe detestar tener su casa cercada, pensé.

Señalé la valla con el dedo.

—¿Por qué tenéis la casa enjaulada?

Joshua se encogió de hombros.

—Mi madre quiso evitar que la gente entrara en el jardín y nos arrojara cosas. Mi padre consiguió enfadar a mucha gente.

Guardé un momento de silencio.

—No me parece justo que tengáis que vivir en una jaula. No me parece nada justo.

Joshua me agarró el brazo por el codo. Le miré los dedos, envueltos en guantes de piel fina. Aflojó el agarre, pero no me soltó.

—No es justo —dijo—. Lo odio.

—Mi casa no tiene jaula —dije.

Después de esto, no diría que fuésemos amigos, pero estábamos juntos todo el tiempo. Nos sentábamos juntos en clase y compartíamos la hora del almuerzo en el patio, debajo del esqueleto que antaño había sido un árbol. Cada tarde, volvíamos a casa caminando bajo la titilante luz de las lámparas de gas, zapateando en las aceras de madera, haciendo música con nuestro cuerpo. Cuando alguien nos miraba o susurraba cosas desagradables, o cuando otros niños del colegio intentaban prevenirme contra Joshua Torrealta, yo mantenía la cabeza bien alta, como siempre habían hecho Joshua y su madre.

Casi siempre íbamos a mi casa, aunque de vez en cuando íbamos a la suya. La madre de Joshua era una mujer taciturna, y siempre llevaba el pelo recogido en un nítido moño. Se pasaba las horas sentada en la habitación delantera de la casa, con la mirada fija en el cielo, como si estuviera esperando el regreso de Hiram Torrealta. Siempre que me miraba, sus ojos eran de un azul pálido acuoso, como una masa de agua en lenta agonía. Ella me miraba como si no me viera. Me ponía triste. Entristecía a todo aquel que la veía, porque veíamos que el agujero que Hiram Torrealta no pudo llenar en su interior había hallado un nuevo cuerpo en el que crecer.

Los niños con los que íbamos al colegio odiaban a Joshua porque sus padres odiaban al padre de Joshua y ninguno de estos niños sabía cómo ser mejor que las personas que los habían traído al mundo. Cuando Joshua salía a la pizarra, silbaban. Quienes pensaban que eran más listos que él lo llamaban el Garzón del Ladrón del Sol. Él seguía manteniendo la cabeza alta, siempre, lo mismo que su madre, porque venía de buena gente que merecía la pena. Joshua nunca se encerró en sí mismo ni intentó hacerse pequeño. Al contrario, crecía y crecía y crecía. Estudiaba mucho. Levantaba la vista para mirarme y sonreía cada vez que yo llevaba mi precioso lazo rosa, lo cual sucedía a menudo. Me dijo que le daba igual el silencio de los demás mientras yo estuviera ahí para llenarlo. Conforme yo iba haciéndome mayor, más amigos nos hacíamos y mayores eran mis ganas de rellenar todos los huecos de su interior.

Cuando Joshua cumplió los dieciséis y yo los quince, convocaron un consejo para estudiar las maneras de traer el sol de vuelta. Sus miembros se hicieron llamar los Corona, en su mayoría hombres ricos, semejantes a los que de entrada crearon el vacío en Hiram Torrealta. Querían devolverle el sol a todo el mundo, así nos lo pintaron, para que pudiéramos bañarnos en él y mirarlo hasta que se nos quemaran los ojos, para poder recordar el calor natural, pero no era el caso. La mayoría presumimos que a los Corona les interesaba, más que nada, encontrar la manera de reabrir las minas, de hacerse más ricos todavía. Ver tanta avaricia embozada en falsa bondad era una cosa oscura y fea.

Joshua y su madre fueron convocados ante los Corona para responder por el delito de Hiram Torrealta, que no era un delito. Me senté en la tribuna con mis padres. Cada cierto tiempo, apoyado en la barandilla de madera que yo

tenía enfrente, Joshua levantaba la vista para mirarme. Yo extendía mi mano abierta y él se llevaba la suya al corazón. Los Corona sugirieron que quizás alguien del linaje de los Torrealta debía ser sacrificado: si no Joshua, entonces su primogénito. Mara Torrealta, que normalmente guardaba una serena compostura, palideció. Dijo que no se derramaría más sangre de los Torrealta al servicio del sol. Dijo que la sangre derramada no podría, de ninguna de las maneras, obligar al sol a salir. Muchas personas en la tribuna comenzaron a proferir furiosas calumnias. Me aterrorizaba mirarlos, con el rostro severamente perfilado en máscaras de odio, los labios relucientes de saliva, las manos arañando el espacio delante de ellos como si quisieran hacer trizas a Joshua y a Mara Torrealta, arrancarles la piel de los huesos allí mismo. La sola idea de que pudieran tocar a Joshua me agarró el corazón y lo retorció en un nudo amargo. En ese momento es cuando entendí el amor. Mientras la tribuna rugía, mis padres y yo estábamos sentados en un círculo de mineros que se quedó señalando hacia lo alto en silencio, como si no hubiera techo encima de sus cabezas.

Ninguno de nosotros supo qué significaba su gesto.

Pero supimos que no se derramaría más sangre de los Torrealta mientras ellos siguieran respirando.

Cuando llegó la hora de matricularnos en la escuela secundaria, Joshua ya era lo bastante alto como para llenar el vano de cualquier puerta, lo mismo que su padre. Era huesos y sangre latiente, órganos y músculos fibrosos. Sus cabellos seguían tan salvajes y rizados como siempre. Yo no era alta, pero me convertí en lo que soy: una mujer guapa, o eso es lo que me dicen. No soy tan vanidosa como para reivindicar mi propia belleza. Joshua nunca me dijo que era hermosa, pero no le hizo falta. Yo veía lo que él veía en mí por su forma de mirarme por fuera y por dentro, de tocarme, de desearme, abierta y ávidamente.

Conforme pasaron los años, nos hicimos amigos íntimos y luego nos hicimos algo más. Joshua me hacía reír y yo le hacía reír también. Hablábamos y hablábamos y hablábamos. Corríamos juntos, un oscuro kilómetro tras otro, con las piernas cada vez más fuertes y esbeltas, para guardar el calor, para sudar incluso a través de nuestra piel húmeda enseguida congelada en una fina capa de hielo cuando nos parábamos para recobrar el aliento. Recordábamos el sol, su brillo; en los días claros, especialmente en el lago, era como si los

mismísimos dioses nos echaran el aliento. En los días de oscuridad, algo diferente nos echaba el aliento, algo menos amable.

Los Corona no cejaron en su intento de rescatar el sol. Enviaron fuego al cielo utilizando una gigantesca catapulta, pero cuanto más alto ascendía el fuego en el cielo, con mayor rapidez se consumía. Intentaron captar la luz con paneles lunares y después convertir esta energía lunar en energía solar que a continuación pudiera lanzarse al cielo. Los miembros más ambiciosos de los Corona propusieron que se enviaran máquinas aéreas a otros planetas, en busca de vías para robar los soles, las lunas o las estrellas de otros sistemas, dispuestos a crear un terrible desequilibrio en otro mundo para arreglar el nuestro. Se produjeron, a la postre, sacrificios de los Torrealta de otras tierras, pero estas matanzas no lograron nada más que regar la tierra con más sangre inocente. Se formaron consejos escindidos, a cada cual más furibundo, más empeñado en traer el sol de vuelta, más obsesionado con el frío y la oscuridad, prefiriendo ver la ruina allí donde otro tipo de vida era posible.

Mara Torreaba y su hijo prefirieron llevar ese tipo de vida distinta. Hacían cuanto estaba en su mano por ser mejores ciudadanos. Mara se ofreció como voluntaria para ayudar a todos aquellos que necesitaran alguna clase de ayuda, intentó hallar alguna redención donde, si bien ella era impecable, no podía haber ninguna. Nunca conoció las caricias de otro hombre, y nadie la poseería, ni siquiera los mineros que mostraban cierta amabilidad con ella.

Cuando Mara y Joshua fueron convocados ante los múltiples consejos, se presentaron por voluntad propia. En una de estas comparecencias, Joshua, harto del peso de la carga paterna, ofreció su vida a los Corona, avanzó su muñeca y la hoja de un cuchillo penetró en el grueso extremo verde de una vena. Mientras los Corona lo contemplaban, él empezó a arrastrar la hoja por esa vena, y una fina línea de sangre formó gotas en la estela de la hoja. La cámara del consejo era terrible y permaneció silenciosa y quieta. Yo no pude quedarme callada. Me levanté y grité: «¡Ni se te ocurra hacerlo!». El primer consejero me fulminó con la mirada, dijo que no tenía derecho a hablar en la cámara, que estaba advertida. Yo no le hablaba a él. «Detente», dije, esta vez con más calma. Uno a uno, los mineros se pusieron en pie en la tribuna y miraron a los miembros de los Corona hasta que el primer consejero alzó la mano. Joshua se detuvo; su sangre caía lentamente al suelo en gotas de un rojo vivo. Pocas personas comprendieron por qué los Corona perdonaron a Joshua,

pero yo estuve en la tribuna ese día, rodeada por los silenciosos mineros en pie. Vi cómo se ensombrecieron los rostros de los Corona, cómo intentaron plegar juntos sus cuerpos para protegerse de semejante ira silenciosa. Fue evidente que sintieron terror de lo que podrían perder a manos de otro hombre llevado al extremo, de un hombre con la indomable necesidad de hacer algo que no pudiera deshacerse.

Muchas noches, después de que su madre cayera dormida a solas con los ojos húmedos, Joshua venía a hurtadillas a mi casa. Nos sentábamos en el inclinado tejado y mirábamos la luna, que, en ausencia del sol, se inflaba en una frágil belleza de la que resultaba difícil apartar la vista. A menudo veíamos a otras personas de las casas vecinas haciendo exactamente lo mismo, sentadas en el tejado, con la cara radiante vuelta hacia el cielo. Era un gusto ver la luz de la luna y vislumbrar, bajo su brillo, los recuerdos de quienes habíamos sido antes. De algún modo, mirar la luna hacía que los días fueran menos oscuros, menos fríos.

III.

MI marido me pidió matrimonio en el observatorio donde trabajábamos. Noche tras noche, escudriñábamos textos antiguos de astronomía, con el anhelo de que, si estudiábamos las estrellas, si entendíamos su larga e insondable historia, tal vez encontráramos la manera de traer el sol de vuelta. Usamos potentes telescopios e instrumentos del pasado largo tiempo abandonados para observar el cielo, para descubrir algún recuerdo solar de combustión lenta. Si bien los días y las noches eran oscuros y fríos, yo sentía la luz y el calor dondequiera que me hallara. Joshua era mi sol. Y yo el suyo.

La noche en que Joshua me pidió matrimonio, yo estaba observando la luna, con el ojo puesto en el telescopio. La ilusión de la cercanía del cielo me maravillaba. La luna proyectaba un brillo azul sobre todas las cosas. Olí a Joshua cuando se acercó; olía a limpio, muy limpio. Deslizó un brazo alrededor de mi cintura y le cubrí la mano con la mía, recorriendo sus nudillos. El corazón me dio una punzada y sentí una agitación entre los muslos. Gemí suavemente. Lo deseé como siempre lo deseo, ansiándolo en lo más profundo de mí, mi apetito escarbando su salida. Joshua me posó los labios en la nuca y me estremecí. Me aparté del telescopio, giré en mi silla, separé los muslos y lo atraje hacia mí; luego apreté sus muslos entre los míos y arrastré su mano por mi cuerpo hacia abajo, más abajo.

Le cogí la barbilla y lo acerqué más para poder mirarlo a los ojos.

—¿Por qué te tiemblan las manos? No es la primera vez que me tocas, desde luego.

Sus mejillas se encarnaron y bajó la mirada, hacia un lado. Posé mis labios en su cuello. Su pulso latió a mi tacto, con la arteria gruesa y caliente, el poder del sol. Joshua se metió la mano en el bolsillo y sacó una caja gris

oscuro, similar a la que me había dado doce años antes, más estrecha y más gruesa. Las manos le temblaron con más fuerza. Lo arrimé tirándole de las muñecas. Cuando quiso hablar, solo consiguió tartamudear, enredando las palabras en complicados nudos.

Me escurrí del asiento y apoyé la mejilla en su pecho, duro y suave a un tiempo. Los latidos de su corazón eran tan rápidos y fuertes que me aterraron, pero supe que podía confiar en su corazón. «Chist», dije. Le cogí la caja y la dejé en mi silla. Me puse de puntillas y le rocé la oreja con los labios antes de atrapar su carnoso lóbulo con los dientes. Sabía a especias dulces. Las manos de Joshua encontraron la parte baja de mi espalda como siempre hacen, amarrándose a la base de mi columna. Permanecimos así durante un buen rato: él respiraba sobre mi cabeza; yo respiraba sobre su pecho. Los latidos de su corazón se moderaron.

—¿Qué es lo que quieres decirme, Joshua Torrealta?

Inhaló hondo, como si intentara aspirar todo el aire de la sala abovedada con su cuerpo.

—Quiero casarme contigo.

—¿Vas a ser bueno conmigo?

Su frente se arrugó al asentir.

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

Le pasé el pulgar por el labio inferior.

—Prométeme que no harás nada que pueda alejarte de mí o que cambie el mundo tal como lo conocemos ahora.

Joshua se dejó caer perezosamente sobre mí. Respiré con dificultad, pero aguanté su peso. Los dos somos fuertes.

—No soy mi padre —dijo al fin—. Mi padre era un buen hombre. Aspiro a ser mejor.

—Me alegra que supieras la pregunta que no había necesidad de hacer. Yo también quiero casarme contigo.

Joshua alcanzó la caja detrás de mí y la abrió. Me cogió la mano como si mis huesos fueran la cosa más delicada. Deslizó un anillo precioso por mi dedo, con el platino frío y sólido, un ancla, el diamante luminoso como la luna y lo que una vez fue el sol. No tenía ni idea de de dónde lo había sacado, pero supe que no debía preguntar. Los hombres necesitan tener sus secretos.

Caímos de rodillas. Deslicé las manos por debajo de su camisa de algodón resistente, presionando las palmas contra los músculos afiladamente tallados, los huesos del tórax. Le saqué la camisa por la cabeza y él hizo lo mismo con la mía. Me tendí en el suelo del observatorio y él apretó un botón. La cúpula se abrió lentamente con un chirrido y, por encima de la sombra azul de su cuerpo sobre el mío, contemplé las estrellas, el luminoso resplandor de la noche. Hundí las uñas en la tirante piel de su espalda mientras él me colmaba y se movía por todo mi cuerpo, enredando sus labios con los míos. Nuestros dientes chocaban, nos movíamos ruidosamente, húmedos y enmarañados. Mantuve a Joshua muy dentro de mí, pero sin dejar de mirar las estrellas. El placer me arrebató. Lloré. Me lamió las lágrimas con la lengua. Dije: «Tú lo colmas todo».

Poco después de aquella noche, los consejos empezaron a disolverse. La obsesión solo perdura si se alimenta. La mayoría de la gente, que seguía sintiendo rabia y frío y anhelaba el sol, dejó de preocuparse y desvivirse por algo imposible. Ya se había derramado mucha sangre, y quedaban pocos Torreaba. Es fácil acostumbrarse a la oscuridad y a la gelidez. Si consigues aguantar lo suficiente, no hay casi nada a lo que no puedas acostumbrarte. Aceptar el frío y la oscuridad, eso es lo que hicimos. Aprendimos a amar esa otra clase de luz nocturna, su palidez azulada. A la luz de la luna, el mundo se nos antojaba más puro. Hacer las paces con el mundo y sus días oscuros fue la única forma de encontrar algún atisbo de felicidad. Si existía algo que deseáramos más que el sol, era un poco de paz que poder aferrar con las manos y el corazón.

Mi marido y yo nos casamos en el prado que rodeaba el observatorio, en medio de la noche. Mis padres, su madre y un predicador nos acompañaron. Yo llevaba el lazo rosa, ya casi deslustrado, trenzado a mis cabellos y un largo vestido blanco, sin mangas, un vestido que se me arremolinaba en las piernas al caminar. Joshua lució su mejor traje, de corte fino y líneas claras. Intercambiamos promesas hechas hacía largo tiempo, aunque jamás pronunciadas, pero que siempre hemos cumplido.

IV.

UNA nueva vida nació entre nosotros. Noté esa minúscula y desconocida criatura que se revolvió en mi útero desde el principio.

Se lo dije a Joshua a la mañana siguiente de una larga noche de trabajo, mientras nos remojábamos en la bañera, con el agua aún ardiente. Darme un baño era una de las pocas cosas que despertaban el recuerdo del sol en mi piel. Estaba roja, tierna y blanda. Mi marido se hallaba en la puerta del cuarto de baño, llenando el marco de lado a lado, casi del suelo al techo. Sonrió y dijo algo que me incendió las mejillas y me tensó los muslos. Cuando me sonrío, todo se ilumina dentro de mí, como si estuviera en medio de la luz más candente. Recuerdo cómo era la sensación, de pequeña, de estar tumbada al sol, de sentir esa sagrada calidez en mi piel. Ladeé la cabeza y arrastré la mano por la superficie del agua, formando leves ondas. Joshua se estremeció, se descalzó los gastados zapatos y luego se quitó la ropa, que dejó en una ordenada pila en el pasillo. Mientras se sumergía en el agua frente a mí, suspiró, sonrió de nuevo y yo noté más calor. Le toqué la barbilla con los dedos del pie y él apoyó la mejilla, y luego los labios, en el arrugado nacimiento de mi pie. El pelo se me pegó a la cara por efecto de las emanaciones del vapor. Nos miramos fijamente durante mucho rato. Nunca me canso de mirarlo.

—Estás muy callada —dijo al fin.

Enrosqué el dedo hacia mí para indicarle que se acercase. Joshua se deslizó por el agua, salpicando algunas gotas en el suelo de baldosas. Flotó delante de mí, acercando la frente a mi barbilla cuando levantó la vista con avidez. Le cogí la barbilla con las manos ahuecadas y se la estrujé. Respiré hondo. Sentí una curiosa tirantez en el pecho, como si mi cuerpo intentara

guardar mi secreto un poco más.

Joshua me acarició el cuello.

—Háblame. ¿Qué quieres decirme?

—Vamos a tener un hijo —dije con voz queda.

Él se arrodilló, salpicando más agua fuera de la bañera. Es un hombre tranquilo, pero aquella noche no puso límite a sus expresiones de regocijo. Yo me sentí más libre y liviana tan pronto como logré expulsar las palabras de mi boca. Hablamos de lo mucho que queríamos a nuestro hijo, de lo mucho que ya lo queríamos. Nos reímos sin parar y nuestras voces crecían en la pequeña habitación. Cuando salimos del agua ya enfriada, mi marido me envolvió en una toalla suave y me llevó a la cama. Hicimos el amor. No fuimos tiernos pero sí. Se quedó dormido dentro de mí. A la mañana siguiente, me desperté sintiendo sus ojos sobre mí. Apresó su mano bajo mis pechos y dijo: «Que quede entre nosotros todo el tiempo que sea posible». Compartir este perfecto y desesperado secreto nos acercó más, nos fortaleció.

Mi marido y yo procuramos esconder la creciente turgencia de mi barriga todo el tiempo que pudimos. Nos reclinamos más que nunca. La gente del pueblo no recibiría con agrado ni un solo instante de felicidad de alguien que llevara la sangre de Hiram Torrealta. Aunque los consejos estaban prácticamente disueltos, aún persistían elementos marginales. Cuando a un hombre se le mete una idea loca en la cabeza, poco se puede hacer para abrirle los ojos. El padre de Joshua nos lo había enseñado y habíamos aprendido bien la lección.

Cuando caminábamos por el pueblo, en la oscuridad del día, era difícil contener la marcada línea de felicidad que nos unía con más fuerza que nunca. Ninguna oscuridad podría ocultar algo así. Joshua me arrimaba más a él, aferrándome fuertemente el brazo con sus dedos. Si un hombre o una mujer me miraban demasiado tiempo con malos ojos, Joshua enseñaba los dientes. Manteníamos la cabeza alta. Dábamos pasos firmes. Guardamos nuestro secreto hasta que una tarde, mientras reíamos y prácticamente brincábamos por las aceras de madera como hacíamos de pequeños, un hombre al que no conocíamos, sentado delante de Mercancías & Artículos de Confección Kershbaum, estiró una pierna delante de mí. «Garzón del Ladrón del Sol», siseó. Tendría que haberse avergonzado de sí mismo, todo un adulto burlándose como un crío. No vi venir la mezquina crueldad. Me di un buen

batacazo, noté dónde me saldrían los cardenales en las rodillas y en los muslos, en todo el cuerpo. Al caer miré a Joshua con los ojos muy abiertos e intenté asirme a él, pero aunque lo intentamos nuestros dedos no llegaron a tocarse. Pensé: «Mi bebé, mi bebé, mi bebé...», pero todo sucedió tan rápido que no pude pensar claramente más allá de la terrible comprensión de lo que podíamos perder. Choqué contra el resbaladizo suelo por la escarcha y me protegí el estómago con las manos. Me dolió todo y me costaba respirar, y noté un fuerte calambre entre los muslos. Intenté levantarme, pero me caí de nuevo, esta vez golpeándome en la cabeza. El mundo se nubló.

La ira de Joshua, la ira que había arrastrado en silencio durante tantos años, la ira por la pérdida de su padre y la desaparición del sol, por haberse plantado ante los Corona para ofrecer su sangre, la ira de vivir su vida entera en un lugar donde todo el mundo le achacaba la oscuridad, esta ira se desfogó, derramándose por la calle revestida de escarcha y por las hendiduras de las tablas de madera de debajo. Joshua fue a coger un carámbano, largo y transparente, que colgaba de un alero. Arremetió contra el hombre mezquino, acercándole la punta del carámbano al cuello. Llamé a mi marido a gritos y se detuvo. Tiró el carámbano al suelo, donde se astilló en cien pedazos. Si hubiera brillado sol, habríamos visto cientos de minúsculos prismas de luz. Con las manos temblorosas, rojas y probablemente entumecidas, Joshua agarró al hombre, cuyos labios se rizaban en una fea sonrisa. Joshua levantó al desgraciado hombrecillo en el aire y lo sacudió como si intentara convertirlo en alguien mejor. «¡Está embarazada! —exclamó mi marido—. ¿Cómo te atreves?» El hombre palideció, con un semblante realmente enfermizo que intentaba resistir el contundente acaloramiento de la ira de Joshua. Yo procuré centrarme, alargué el brazo y apreté el tobillo de Joshua con los dedos. «Te necesitamos», dije tan bajito que temí que no me oyera. Joshua soltó al hombre, que se alejó corriendo, dando bandazos y dejando un fuerte hedor a orina a su paso.

Mi marido me cogió en brazos y corrió a lo largo de las tres manzanas que nos separaban del hospital. Hundí la cara en su pecho, temblando. Dije: «Tengo mucho frío. No dejes que me pase nada». Joshua abrió de una patada la puerta del hospital y me colocó con cuidado en una camilla. Luego me cubrió con unas gruesas mantas. Me cogió las manos. El dolor me caló con más profundidad los huesos. Me sentí desfallecer mientras el médico enfocaba

sobre mi cuerpo con una luz brillante. Estaba soñolienta, tanto que me venció un sueño que no era realmente sueño.

Algún tiempo después, dos días casi, abrí los ojos en una habitación de blancas paredes con un ventanal, y detrás de él, un oscuro cielo vespertino. Cerré los ojos de nuevo, suspiré y apoyé las manos en mi barriga. Sonreí y recordé un agradable paseo con mi marido antes de una dura caída contra el despiadado suelo. Pensé: «Al final este es el precio que pagamos». Con rigidez, me senté, acusando de nuevo el profundo dolor de huesos. Rodé a un lado, despacio, y vi a Joshua, con su enorme cuerpo despatarrado en una silla minúscula o en una silla que parecía minúscula bajo su corpulencia. Alargué el brazo para rozarle la rodilla con las yemas de los dedos. Se levantó de golpe, se acercó a mí y me apartó el pelo de la cara. Me cogió las mejillas con las manos y me besó la frente y la nariz, y otra vez. Sonrió y vi que había vuelto a encerrar su ira en su interior y que tal vez ahora ocupase menos espacio en su pecho después de haber soltado un poco. Cuando intenté hablar, me puso un dedo en los labios. «Estás bien. Nuestro hijo está bien», dijo. Pestañeeé y ya el sueño me venció otra vez, sabedora de que nuestro dichoso mundo privado no terminaba aquí. Me deslicé un poco y toqué el espacio vacío a mi lado. Oí que Joshua se descalzaba y subía a la cama conmigo. Me cubrió la mano con la suya. Sujetamos juntos a nuestro bebé.

Cuando salimos del hospital, los transeúntes nos miraban, pero nadie osó acercarse a nosotros o soltar alguna grosería al aire circundante. Su ira enfriaba el aire y lo hacía más fino. Cuando el sol desapareció, todo el mundo abrigó algún tipo de ira. Fue inevitable. Lo cierto es que Joshua y yo sentimos verdadero pesar por lo que todo el mundo había perdido, pero al cabo de tantos años ya no teníamos la fortaleza de cargar con ello. Salimos del hospital y fuimos a por pan recién hecho, algo de fruta y vino, y luego volvimos a casa, a nuestro pequeño rincón del mundo donde estábamos a salvo, donde nuestro hijo estaba a salvo, donde la felicidad estaba a salvo. El sol no volvería nunca más. No había sacrificio ni sangre que derramar que pudiera arreglar lo que Hiram Torrealta había deshecho. Si el precio por la salida del sol era la sangre de nuestro hijo, seguiríamos aprendiendo a celebrar la oscuridad.

V.

NUESTRA hija nació en el espacio más luminoso de la noche, en las primeras horas del año nuevo. Le pusimos Alba. Al enterarse de su nacimiento, porque nos estaban vigilando, los Corona se reunieron, pero como era una niña decretaron que la perdonarían.

No tenían ni voz ni voto: ninguno.

A la mañana siguiente de nacer Alba, nos sentamos con ella en la plataforma que Joshua había construido. En el rincón más alejado del cielo pudimos ver una luz gris difuminada donde antes no había nada salvo el negro recuerdo del sol. El aire era un poco más cálido. Extraño. Joshua se levantó y sostuvo a nuestra hija bajo ese brillo gris, y, aunque dudamos de que pudiera entendernos, le hablamos de los días en que el sol ardía tanto que oscurecía nuestra piel y cubría el mundo de luz.

Siempre supimos que no ocultaríamos nuestra hija al mundo. Era imposible contener tanta dicha. En las tardes perezosas, conducíamos hasta el pueblo y paseábamos bajo las titilantes luces de gas, inhalando su dulce, dulcísimo, aroma. Gozábamos de la oscuridad que nos recubría y nos aferrábamos firmemente al manillar del carrito, con la sonrisa fácil cuando Alba nos hablaba en el lenguaje íntimo que procurábamos descifrar con tesón.

Cuando Alba cumplió nueve meses, ella y yo estábamos a orillas de lo que antaño había sido un lago, pero que, en ausencia del sol, no era ya más que una masa de agua menor. La luz gris difuminada había adquirido un blanco pálido más brillante. Algunos días era posible caminar al aire libre sin abrigo o jersey. Nadie, en ninguna parte, osaba hablar del negro recuerdo del sol que había devenido algo más brillante. Aquel día en el lago, Joshua anduvo por la polvorienta orilla, con los brazos a los costados, sonriendo, ejecutando un

baile tonto. Alba y yo lo saludamos y cantamos para él. A lo largo de la ribera había otras familias disfrutando del día fresco y claro. Besé a mi hija en la frente y le susurré palabras secretas de madre sobre la suave tez de su rostro.

Se me acercó una mujer que no sería mucho mayor que yo, una mujer que, como yo, había conocido la calidez del sol en su juventud. Era flaca y de tez pálida, y no parecía familiarizada con la felicidad. Abracé con más fuerza a Alba. Mi hija arrulló y yo sonreí más abiertamente. La mujer nos miró a mí y a mi hija feliz y a mi marido feliz, que detuvo su baile tonto y comenzó a acercarse a nosotras ojo avizor.

La mujer miró el oscuro cielo que no era tan oscuro como alguna vez lo fue.

Señaló a mi hija con un dedo largo y delgado.

—¿Valía tu hija una vida entera de oscuridad?

Comprendí su rabia, que, más que rabia, era pena. Quise hablarle de lo que no osábamos hablar, de que lo que un día fue el sol podría volver a serlo. Quise decirle que el cielo se iluminó el día en que mi hija perfecta nació y que, con el tiempo, el mundo volvería a ser luminoso. Estudié a esa mujer y cavilé cuál sería la penitencia que podría ofrecerle allí en medio de la fresca ausencia de luz. En lugar de hablar, guardé silencio. Las palabras no pueden infundir fe en los descreídos.

Miré a mi hija a los ojos.

No hay nada más luminoso.

Cosas nobles

TRAS la segunda secesión del sur y el auge de las tensiones que habían abocado a la nueva guerra civil, Parker Coles Johnson VI era un hombre distinto. Estaba cansado. Añoraba la vida de antaño, cuando lo bueno era más corriente que lo malo y dormía a pierna suelta, envuelto en el aliento de su mujer y su hijo. Y añoraba la comida rápida, cuando al morder una patata frita el vaho le llenaba la boca y la grasa revestía su lengua, y esa sensación, que duraba horas, de los granos de sal entre los dientes.

Sabía que no debía recrearse en algo tan bobo, pero eso era más fácil que darle vueltas a todo lo que él, lo que todos, habían perdido. Todos los restaurantes de comida rápida estaban vacíos, tapiados la mayoría de ellos, en virtud de los Artículos de Austeridad. No había lugar para la frivolidad, ya no. Era indecoroso comprar comida en un restaurante si podías prepararla en tu casa. Así lo disponía el Artículo III (Nuestra unión será fuerte únicamente si nos privamos de todo lo que sea despilfarro), sí.

A veces, cuando conducía por la ciudad de noche, Parker Coles Johnson atisbaba el destello de un fuego bajo: vagabundos y revoltosos que avanzaban hacia el norte, ocupando oscuros callejones donde pasar la noche, buscando el calor. A pesar de las cosas que había hecho, Johnson tenía buen corazón, y se preguntaba cómo se las arreglaban para sobrevivir. Intentaba no confiar demasiado en su buena fortuna, o lo que cabría describir como buena fortuna en el nuevo sur. Tenía una casa robusta y una cama caliente. Su mujer, Anna, yacía junto a él, profundamente dormida o, sospechaba él, haciéndose la dormida para que él no la sobara como acostumbraba a hacer cuando no

conciliaba el sueño.

Anna no era una mujer fría, nada más lejos. Cuando se conocieron, en un pleno municipal, ella se mostró descarada, haciéndole ojitos con un atrevimiento que no daba pie a malinterpretar sus intenciones. Esos ojos, marrón oscuro, intensos, fueron lo primero que Parker Coles Johnson apercibió, y su descaro fue aún mayor después de que uno de los ancianos la mandara calmarse. Anna protestaba contra la moción de que solo los hombres y las mujeres unidos en matrimonio pudieran hacer uso de la palabra en los plenos municipales. Las mociones de este tipo eran bastante habituales, aunque raras veces llegaban a ninguna parte. Las mujeres habían sacrificado muchísimo en la guerra y no pensaban quedarse al margen, nunca más.

Durante el pleno, Parker se puso en pie y todo el mundo se volvió para mirarlo, a él, el hijo más joven del general, el que llevaba el nombre de este. Parker miró a todos y cada uno de los miembros del pleno municipal y dijo: «Una mujer tiene el mismo derecho a hablar que cualquier hombre, sin importar si está casada o no. Hay ciertas cosas que no podemos ni deberíamos cambiar». Dicho esto, asintió, se enderezó la chaqueta y volvió a sentarse, y el corazón le latía tan veloz que apenas podía respirar.

Esa misma noche, Anna arañó la puerta de Parker con sus largas uñas y cuando él abrió ella se deslizó dentro de la casa tan liviana y silenciosamente que él no estuvo del todo seguro de su presencia hasta que, tendido en su cama boca arriba, la tuvo sujeta con sus caderas entre las manos.

Anna ya no le resultaba tan suave al tacto. Parker se volvió de costado y estudió la tenue pendiente de su hombro desnudo. Moviéndola despacio hacia ella, pero ella dijo que no de forma sucinta y débil. Anna estaba furiosa y no había mucho que Parker Coles Johnson pudiera hacer con esa furia, que llevaba un tiempo buscando su forma presente.

En la familia Johnson todos eran sureños de pura cepa. El padre de uno de sus tatarabuelos había luchado en la primera guerra civil al igual que muchos otros parientes. Tras la caída del sur, perseveraron y prosperaron en el cultivo del tabaco, y habrían seguido prosperando de no haber sido por los cambios que nadie vio venir. Anna procedía de un extenso linaje de sureños igualmente, pero no tenía el mismo apego a sus antepasados. Después de que se erigiera la valla que discurría por la línea fronteriza de Mason-Dixon, casi toda la familia de Anna huyó al norte. Muchos de ellos, demasiados, habían amado a

personas de piel oscura y habían tenido hijos de piel oscura; no soportarían los cambios venideros, Artículo II (Nuestra unión será fuerte únicamente si la procedencia de nuestro pueblo es demostrable). La familia de Anna huyó tres meses después de que ella y Parker se conocieran, y ahora, casi una década después, ella añoraba a las personas de su misma sangre, la redondez de sus voces, las manos de su madre.

El razonamiento que mantenía despierto a Parker terminó con estas palabras de Anna: «No es justo para nada el precio que tengo que pagar por amarte, y no sé cuánto tiempo más estoy dispuesta a pagarlo». Su voz sonó tan calmada que Parker se estremeció.

Él no se negaba a seguir a Anna adonde fuera y odiaba en qué se había convertido el sur. El precio de rebelarse otra vez era excesivo, más excesivo de lo que nadie habría imaginado. Cuando estaba en el bar con sus amigos — el alcohol, a diferencia de la comida rápida, se consideró una necesidad—, Parker escuchaba todas aquellas conversaciones furiosas. Apretaba los dientes y deseaba que sus amigos no dieran por sentado que él se sentía como ellos. «Sigues aquí —le gustaba decir a Anna—. ¿Por qué no iban a pensar los demás que estás con ellos?» Y Parker se alejaba, porque también odiaba la mordacidad de la lengua de su mujer cuando esta llevaba razón.

El verdadero problema era su padre, el general Parker Coles Johnson V, que una vez lideró el Ejército de los Estados Federados del Sur —nutrido improvisadamente de los destacamentos militares por debajo de la Mason-Dixon—, y poca cosa más. El general, como siempre lo había llamado su familia, con escaso afecto, cierto temor y reticente respeto, esperaba que las personas de su linaje velaran por lo suyo, con la frente bien alta, si bien detrás de él. A veces, durante la cena del domingo, Parker sentía la mirada del general, como si su padre intuyera de algún modo que el amor y algo mucho más banal como las patatas fritas estaban empujando el corazón de Parker hacia el norte.

Por la mañana Parker abrió los ojos y se estremeció. La cama estaba fría y vacía; la casa estaba silenciosa; el aire, viciado. Se levantó de la cama despacio, con el cuerpo lleno de familiares achaques, y se encontró a Anna en el cuarto de baño, aplicándose lápiz de ojos en el párpado inferior. Las mujeres del sur no tenían ya gran necesidad de maquillarse, porque se juzgó que pintarse era una frivolidad demasiado cara cuando era preciso destinar

todo el dinero a las labores de reconstrucción, pero Anna no pensaba renunciar a ponerse guapa y, por la gracia del apellido de su marido, nadie iba a decir ni una sola palabra al respecto.

Parker se detuvo detrás de su mujer y le acarició los hombros y le besó la nuca a través de sus cabellos, que olían limpios y dulces. Ella lo estudió en el espejo del baño.

—No me entusiasma cenar en casa de tu padre esta noche. ¿A qué tanta ceremonia?

Él suspiró y asintió. Parker se acarició suavemente la gruesa cicatriz a la izquierda del pecho, un feo círculo de tejido muerto.

—Pero ¿vas a venir?

Anna dejó el lápiz de ojos, que su familia en el norte le había enviado de contrabando, en el borde del lavabo.

—¿Te he fallado alguna vez? —Frunció el ceño, sacudió la cabeza ante el reflejo de él y salió majestuosamente del cuarto de baño.

Luego estaba el chico, Parker Coles Johnson VII, llamado así, aceptó Anna a regañadientes, porque era el nombre de su padre y solo después de este era el nombre de los demás hombres que lo habían precedido. Físicamente, se parecía tanto a su madre como a su padre, y era un chico de gran inteligencia, más de la que nadie en general habría sabido aprovechar. Cuando el chico hablaba solía incomodar a los demás con sus numerosas preguntas, todas incisivas, todas bien ponderadas. Cuando su hijo cumplió ocho años, Parker estaba con él examinando un mapa para un proyecto de geografía. Ahí estaban los territorios occidentales, una tierra seca llena de personas que ignoraban que el agua provenía de Michigan y pagaban un precio exorbitante para aplacar su sed, y también estaba la República de Texas, que pronto se anexaría México. Los Estados Federados del Norte abarcaban prácticamente todos los estados que no se habían escindido, y se extendían a lo largo y ancho del país, saltándose la mayor parte del oeste e incluyendo California y Hawái. Y luego quedaba Florida, ahora colonia de Cuba, donde quienes podían costárselo iban en busca de unas soleadas vacaciones, cócteles de frutas y comida picante. El chico señaló los diversos territorios que solían integrar Estados Unidos, con cara de total concentración.

—¿Por qué no están juntos todos estos estados? —preguntó. Parker sintió un rubor de orgullo rápidamente seguido de vergüenza.

—Solían estarlo —dijo Parker, apretándole el hombro a su hijo—. Deberían estarlo.

Parker le explicó que un día se celebraron elecciones y que varias personas cerriles no toleraron al hombre que había ganado, y entonces se desató la furia y hubo peticiones que abocaron a decisiones horribles: demandas de secesión, negativas de Washington, tensiones crecientes, una guerra que trajo la secesión, la construcción del muro, todo yéndose al infierno en uno de los lados del muro, deslustrando cualquier victoria posible. Todo aconteció tan rápido que no parecía real, hasta que estalló la guerra y fue muy real, y cuando terminó la guerra nada pudo salvarse, cosa que sucedía siempre que unos hombres insensatos tomaban decisiones insensatas y soberbias.

El chico asintió, trazando la frontera de Colorado con el dedo.

—Lo estados deberían juntarse otra vez. Deberíamos decirle al abuelo que lo haga —dijo con la fe que solo los niños pueden tener en las personas que más confianza les inspiran.

Poco después de esto, Parker y Anna enviaron fuera al chico. Tras la guerra se habían reabierto las fronteras, aunque las vallas seguían en pie. A cambio de un precio, cualquiera podía ir al norte o bajar al sur, aunque por lo general las personas solo circulaban en una dirección. El chico estaba con los padres de Anna, y de eso hacía ya un año, porque Anna no iba a permitir que un hijo suyo aprendiera la clase de disparates que enseñaban en el sur. El chico era demasiado inteligente para eso, demasiado bueno, y en este punto ella y Parker estuvieron de acuerdo. Hablaban con su hijo una vez a la semana, por videollamada, y veían crecer poco a poco su cuerpo de niño; un cuerpo largo y desgarbado, pero que seguía siendo muy niño. Todas las semanas Anna le prometía a su hijo que irían a verlo pronto, y Parker asentía en silencio y desviaba la mirada, porque no se atrevía a mirar a su hijo a los ojos.

La única habitación de su casa con fotografías del chico era el dormitorio de este, todo un altar de él, donde sus pertenencias aguardaban pacientemente su regreso. Parker halló a Anna en la cama de su hijo, tendida de costado, hundiendo la cara en la almohada del chico. Anna dijo sin levantar la vista: «Sigue oliendo a él. Déjame sola, por favor». No había ira en su voz, solo hastío, y esto asustó a Parker más que toda la ira de Anna junta.

Parker quiso decir algo, pero no pudo. Tenía la boca seca y acre. Le dolía el pecho. Y luego estaba furioso porque nada de aquello era culpa suya y no

podía hacer un carajo por cambiarlo. Dio un puñetazo en la cómoda.

—No pienso vivir así, con mi mujer odiándome en mi propia casa.

Anna apartó la cara de la almohada.

—Pues no lo hagas.

La suya era una amenaza falsa. Desde el principio, habían compartido algo fuerte, algo que superaba cualquier cosa que ambos hubieran conocido antes. El carácter tranquilo de Parker, la apacible calma de sus creencias, era algo que Anna apreciaba. A Parker le gustaba el celo de Anna, que nadie pudiera domarla. Había visto demasiadas veces lo que sucedía cuando las mujeres — su madre, las mujeres que sus hermanos habían desposado— agachaban demasiado las orejas ante los hombres que querían y empequeñecían año tras año.

Él no quería una mujer pequeña, no así. Durante los primeros meses, cuando Anna se deslizaba cada noche por la oscuridad hasta su casa, cuando se desgarraban mutuamente como si sus cuerpos fueran algo más que hueso y carne, él le decía: «No empequeñezcas jamás», y ella decía: «Nunca podría».

Marido y mujer estuvieron evitándose durante el resto del día. Ambos se hallaban en casa, pero se sentía vacía y silenciosa, como si Anna no fuera a concederle a Parker siquiera el pequeño placer de oírla trajinar y canturrear por su hogar. Mientras consideraba el estado de ánimo de su mujer, Parker pensó, con una no escasa dosis de orgullo, que su mujer era más grande que nunca: pequeña en estatura, sí, pero sabía cómo acaparar espacio.

En la iglesia, Parker se sentó delante, junto a su familia: madre, padre, hermanos y sus esposas e hijos. Se sentó con tanta rigidez que, cuando el predicador hubo concluido su sermón sobre la libertad, la fe y las bondades de la guerra, sintió unas punzadas en la espalda. Más tarde, cuando se acercó a sus padres, Parker desoyó las preguntas sobre Anna y su paradero. No fueron muchas. Las gentes del pueblo no comprendían a Anna y pensaban mayormente que era descreída, designación que a ella le hacía más gracia que otra cosa, porque entendía que en su comunidad ser descreído era pensar por sí mismo. Cuando volvieron a la finca familiar, Parker se cambió la ropa que llevaba por unos vaqueros y una camisa de franela y se llevó a sus sobrinos de pesca, aunque no tuvieron suerte. Procuró no pensar en su hijo y en cómo, cuando salían de pesca, el chico miraba el agua concentrado, como si fuera a atraer los peces a su sedal.

A las seis en punto, Anna llegó a casa de los padres luciendo un vestido azul, con los cabellos recogidos en un moño alto y los labios generosamente pintados con el carmín brillante que su suegra aborrecía. Cuando Parker la recibió en la puerta, apoyó una mano en la parte baja de su espalda y susurró: «Gracias por venir». Ella lo miró sosteniéndole la mirada, pero sin sonreír.

La cena transcurrió con solemnidad. El general hablaba monótonamente de los Artículos de Austeridad y de lo poco austeros que eran en el fondo, de la laxitud que envolvía y ablandaba a la gente, de que si no se producía un cambio la basura nortea terminaría arrasando el sur una vez más porque la valla fronteriza se caía a pedazos. Parker miró su comida y deseó algo que no tuviera ningún valor nutritivo compensatorio. Recordó los trocitos de sucedáneo de cebolla de la Big Mac y su crujido entre los dientes. Anna no se molestó siquiera en ocultar su desprecio. Cuando dijo: «El sur necesita que lo arrasen para que todo vuelva a su sitio», Parker se quedó mirando su plato, se aclaró quedamente la garganta y se preguntó cuándo se había convertido en la clase de hombre que miraba hacia abajo en lugar de ponerse en pie. Todo el mundo dejó de comer y miró a Anna, y ella devolvió la mirada. Parker se sintió orgulloso, como siempre lo había estado. A su mujer no había nada que la asustara. El general fue a decir algo, pero luego no lo hizo. Le dio un trago al vino —tinto—, que le tiñó labios, dientes y lengua.

Una vez en casa, solo en su cama, a Parker le dolía la pierna derecha. La granada de fragmentación persistía bajo la piel que le cubría el muslo, incrustada justo encima de los músculos. Al caminar notaba las esquirlas de metal y deseaba poder abrirse él mismo y arrancárselas de cuajo. Había aprendido a vivir con el dolor, pero últimamente, en una cama fría sin el calor de una mujer, se le hacía insoportable, demasiado vivo, un peso que cargaba obligadamente por culpa de las decisiones de otros hombres.

Durante la guerra Parker fue un hijo obediente. Los hombres de su familia eran así de cumplidos, aunque él no le hubiera deseado nada igual a su propio hijo. El día en que se marchó a la guerra con su padre y sus hermanos, Anna salió al porche, con sus cabellos salvajes, sus ojos salvajes y su voz salvaje. Nada habría podido contenerla. Miró fijamente al general y se dirigió a él por su nombre completo: «Parker Coles Johnson Quinto, a este hombre me lo trae usted de vuelta de una pieza». El general pestañeó. Nadie lo llamaba por otro nombre que no fuera «general» o «señor», y ciertamente no una mujer. El

general se quedó tan desconcertado que se quitó el sombrero y se lo llevó al pecho. Dijo: «Descuide, señora, lo haré». Conforme caminaban hacia el Humvee que los esperaba, el general dijo volviéndose hacia su hijo: «No vayas a hacerme quedar como un mentiroso, hijo».

Fue un viaje largo, destinado básicamente a proteger la frontera de Maryland. Parker nunca estaba seguro de si su cometido era impedir que la gente entrara o saliera, ni del propósito de todo aquello. Dormía con sus hermanos en la tienda contigua a la de su padre. Vivía constantemente rodeado del hedor de los hombres y de sus voces toscas. Apenas soportaba el recuerdo de su hogar. En manos de Anna, con los jaboncillos que olían a lavanda y a lino, y su comida de sabores exóticos procedentes de países que probablemente jamás visitaría pero que ahora anhelaba.

Cada día los chicos de Coles, como los llamaban, salían a patrullar. Eran hijos de un general. Su trabajo era útil, y lo desempeñaban bien, pero el servicio prestado no involucraba nada que pudiera matarlos, nada que pudiera impedirles volver a casa junto a la mujer que los esperaba. Lo que más recuerda Parker de aquellos tres largos años es el aburrimiento, las rondas en herrumbrosos *jeeps*, sentado en silencio mientras sus hermanos peroraban sobre nada que le importara un bledo. Era raro que dispararan por cualquier otra cosa que no fueran prácticas de tiro o cazar ciervos. Parker pensaba en Anna y en el aroma a levadura de su cuello por las mañanas. Pensaba en las líneas de su cuerpo; en lo inteligente que era, tanto que le asustaba; en las cartas que escribía, breves, casi secas, pero haciéndole saber que lo estaba esperando, que seguía amándolo. En una le decía: «No vayas a destrozarme por amarte».

Los soldados dormían con el rifle en el suelo junto a su catre. Cuando no conciliaba el sueño, Parker se tendía boca arriba, con el rifle apoyado en el pecho bajo la gruesa manta de lana, musitando: «Este es mi rifle. Hay muchos como él, pero este es mío». Pronunciaba estas palabras y se reía, porque no tenían sentido, ningún sentido en absoluto. El rifle no era más que un trozo de metal, una cosa que pesaba y que mataba.

Parker era certero y directo cuando disparaba. No le tenía miedo a las armas. Había cazado con su padre y sus hermanos de renacuajo. El general sonreía de oreja a oreja mientras sus chicos exterminaban cualquier forma de vida salvaje, y les daba palmaditas en el hombro con sus manos rollizas y

callosas. Parker sabía cómo sostener la culata del rifle contra el hombro en el ángulo perfecto, cómo exhalar despacio cuando apretaba el gatillo, cómo interpretar el viento y la frescura del aire para calibrar mejor la trayectoria de la bala. Era consciente de que una bala podía atravesarle el cuerpo a un hombre y dejarlo abierto y sangrando. Lo había visto. Lo había hecho y, por eso, cuando se lo hicieron a él mientras hacía una batida cerca del río Potomac con sus hermanos, no se enfadó. La guerra hacía mucha mella en los hombres.

No llegó a advertir a los soldados nortños cuando emergieron de la maleza. Tenía la cabeza muy lejos y lo siguiente fue su cuerpo tendido en el suelo mientras se cogía la pierna y chillaba. Chilló con tanta fuerza que escupió sangre. Tenía una bala en algún punto del hombro —notaba la quemazón de dentro afuera— y otra en algún punto del pecho, y otras dos, quizá, en el muslo. Sus hermanos se inclinaron sobre él, trataron de detener frenéticamente la hemorragia y le pincharon una inyección de morfina. Thom, el mayor, murmuró: «El general va a matarnos». William, el segundo mayor, siguió disparando con el rifle hacia la vacua distancia, pero no se veían soldados enemigos por ninguna parte, habían desaparecido como por arte de magia. Mientras los chicos de Coles esperaban ayuda, Parker descansó la cabeza a un lado. Le dolía todo, pero se había desgañifado y la morfina al fin le estaba haciendo efecto y atenuando su dolor. Se quedó mirando las aguas del Potomac, enfangadas, la basura que se mecía mansamente en la superficie. Pensó en las palabras de su mujer: «No vayas a destrozarme».

Fue el propio general quien llevó a Parker a casa. Se tomó una semana de permiso para hacerlo y ver de paso a su mujer, a la cual, después de toda una vida casada con un militar, no le quedaba más remedio que resignarse. Mientras viajaban en la ambulancia, el general le explicó a su benjamín por qué le había puesto su nombre.

—Te miré —dijo el general— y eras tan pequeñajo que me daba miedo tocarte, pero tú alargaste el brazo y me enganxaste el dedo y vaya si lo apretaste fuerte. Pensé para mí: «Este chico podrá cargar con el peso de mi nombre». Y en eso atiné. —Al general se le quebró la voz y se aferró al brazo de Parker—. Atiné —repitió quedamente.

Cuando entraron en el sendero de la casa, Anna bajó corriendo las escaleras del porche hasta la ambulancia. Se protegía el pecho con las manos. Su aspecto era muy joven. Parker intentó sentarse, quiso hablar, pero lo vencía

el cansancio, tenía la boca seca y la lengua de trapo. Anna se mostró cariñosa con su marido. Le alisó los sudados cabellos hacia un lado de la frente y apretó los labios contra los de él, aun estando secos y agrietados. Le susurró un «te quiero» al oído, cosquilleándole con su aliento. Anna lo miró de arriba abajo y, cuando estuvo convencida de que podría vivir con el hombre que el general le había devuelto, ordenó a los paramédicos que metieran a Parker en casa.

Cuando el general quiso seguirlos, Anna lo detuvo plantando su pequeña mano en el pecho del anciano, con los dedos enroscados como garras.

—No es bienvenido en mi casa —dijo—. Ha roto su promesa.

El general no protestó, se limitó a tocarse el ala del sombrero y a contemplar a Anna, maravillado ante el hecho de que el más manso de sus hijos hubiera acabado con semejante mujer. Anna siguió a la camilla de su marido hasta dentro de casa y Parker sonrió lánguidamente.

Antes del disparo, Parker no había detectado ningún signo de fragilidad en Anna. Pero esa primera noche de vuelta en el hogar, junto a su mujer en la cama, Parker pensó que se rompería en añicos si la tocaba. Ella apoyó una mano en su tórax, cerca de uno de sus vendajes, y le dijo con solemnidad: «Se acabó lo de servir a tu padre». Parker posó la mano sobre la de ella y asintió. La guerra acabó poco después, y Parker y Anna concibieron un hijo, este nació y la vida siguió su curso, aunque la mayoría de los hombres del sur iban de aquí para allá con la sensación de que tenían que luchar contra algo, sin saber muy bien qué.

Por la mañana, Anna se asomó por la puerta del dormitorio. «Es la hora», dijo, y Parker se sentó poco a poco, se enjugó los ojos y quiso un vaso de agua fría, pero se lo pensó mejor y no lo pidió. Siguió a Anna hasta el estudio, con una cojera más pronunciada tras una noche de mal sueño, y se sentaron el uno al lado del otro. Pusieron las caras felices que sabían que su hijo querría ver. Cuando entró la videollamada y vieron a su hijo en pantalla, con los ojos relucientes y el pelo más crecido, cayéndole sobre el rostro, Anna se mordió el labio inferior y le apretó el muslo a Parker, el que no debía, y él hizo un mohín y sintió que la granada se movía y le desgarraba el músculo por segunda vez. Parker apretó los dientes y se obligó a sonreír más. Escucharon a su hijo mientras este les hablaba de todo lo que había aprendido en el colegio, de lo aburridos que eran tres de sus profesores, de una nueva amiga que le caía muy

bien aunque fuera chica, de un experimento que estaba haciendo en el frigorífico, del parque al que lo llevaban sus abuelos...

—¿Cuándo volveré a veros? —preguntó Siete, como lo llamaban.

Parker alargó la mano para tocar el monitor pero desvió la mirada.

—Pronto, hijo. Pronto.

Siete asintió, temporalmente satisfecho con la respuesta que en el fondo no era una respuesta. Cuando concluyó la llamada, Anna y Parker permanecieron donde estaban, sin moverse.

—Nuestro hijo cada día se parece más a ti —dijo Anna—. Me alegro. Aunque seas exasperante, eres un hombre bien parecido.

Parker no supo qué decir, pero sintió una chispa de vanidad y sonrió. Estiró las piernas y se crujió los nudillos.

Anna le hincó un dedo en el costado.

—¿Te acuerdas de cuando nació Parker? Era una criatura muy pequeña y extraña, muy revoltosa y roja, completamente desconocida. Yo estaba aterrorizada. No sé si habrá otro niño al que hayan mirado tanto por hacer tan poco.

Parker se rio.

—Nuestro hijo me cabía en una mano cuando lo trajimos a casa. Me costaba creer que lo hubiéramos concebido. Yo lo añoro también, Anna. Lo añoro más de lo que puedo expresar.

Anna cruzó las piernas y se volvió para mirar a su marido.

—Lo concebimos y es hora de estar con él. Tú, yo y Siete no somos nada los unos sin los otros. Pasar el resto de esta vida sin él... me haría pequeña. Tienes que elegir.

Se oyó un fuerte timbrazo que provenía de algún sitio, pero Parker no estaba seguro de dónde. Se frotó la barbilla y la incipiente barba emitió un sonido áspero bajo sus dedos.

—Me gusta cómo habla la gente en Florida. Lo echo de menos. Echo de menos el sol.

Su boda se había celebrado en la tierra de su padre y fue una boda por todo lo alto. Los invitados lucieron sus mejores galas y hubo comida y bebida a tutiplén. Hasta bailaron. Por una noche no hubo austeridad. Bajo un baldaquín de lucecitas blancas el mundo se asemejó al de antes. El general

brindó por la joven pareja, brindó incluso por su mujer y por todos los sólidos años que habían pasado juntos, y eso fue todo lo expresivo que jamás llegaría a ser. Las atenciones de su marido ruborizaron a la madre de Parker, y durante el resto de la velada su risa colmó el aire, como si fuera su propia boda.

Los recién casados pasaron su luna de miel en Florida, en Miami. Hacía calor, cosa que Anna adoraba. Mucha gente hablaba español, cosa que Anna adoraba porque ella también lo hablaba. Parker andaba despistado, pero Anna siempre estaba ahí, mostrándole lo poco que sabía del mundo sin hacerlo sentirse inferior por ello. Durante el día, se sentaban a orillas de un océano reluciente de agua azul, Anna con un minúsculo traje de baño que revelaba mucha piel y Parker con bermudas y el pecho desnudo. Gozar del calor era decadente y ellos eran decadentes y no les pesaba. Corrían por la arena y se zambullían en las olas rompientes. Bebían ron, montones de ron, y comían fruta bañada en ron y platos picantes. De noche bailaban una música que Parker apenas recordaba después de la guerra. Le gustaba sentir el rasgueo del bajo en el pecho, su mujer y él sudando juntos y moviéndose juntos. De vuelta en la habitación del hotel, tras la tercera noche de baile, Parker apoyó la cabeza en la llanura del estómago de Anna y ella le dijo, mientras le masajeaba el cuero cabelludo: «Podríamos quedarnos aquí, ¿sabes? Podríamos quedarnos para siempre». Al cabo de los años Parker comprendió que debería haber dicho que sí, pero aquella noche, en medio de tanta felicidad, le besó la palma de la mano a su mujer y no dijo nada.

En el estudio, envuelto en el silencio de su casa prácticamente vacía y tan lejos de la dicha que antaño compartieran, Parker se acercó a su mujer y la tiró al suelo. Ella se resistió al principio, rechazó sus manos con una palmada y se retorció para salir de su alcance, pero él dijo: «No me rechaces», y ella se apaciguó. Anna le sujetó cariñosamente la cara a Parker entre las manos y le acarició los pómulos con los pulgares. «Yo podría decirte lo mismo», dijo. La desvistió despacio, tirando de cada centímetro desnudo de su piel con los dientes, haciendo una reclamación, dejando una marca. Cuando se levantó para acercarse a su marido, Anna no tuvo piedad, y los huesos de sus caderas chocaron entre sí. Querían hacerse tanto daño como amor sentían el uno por el otro. Esto es lo que necesitaban y se exigían mutuamente.

Más tarde se sentaron en el balancín del porche, arropados con mantas, bebiendo güisqui de tarros de conservas. La noche era fría y clara; la luna

estaba en lo alto, la calle, desierta, y sus cuerpos, tiernos.

Parker dio un trago lento y el güisqui le quemó la garganta.

—Nunca pensé que llegaríamos a esto. Nunca pensé que se haría tan largo.

Anna se inclinó sobre el hombro de Parker y cerró los ojos.

—El orgullo no deja indiferente al tiempo —dijo—. Y el orgullo estúpido es peor aún.

—¿Soy un hombre orgulloso y estúpido?

Anna se apartó.

—Esta noche no nos dormiremos escuchando la respiración de nuestro hijo. No eres un hombre estúpido, pero sí orgulloso.

Parker fue a cogerle la mano a su mujer y Anna le permitió esta pequeña muestra de afecto. Recorrió sus nudillos trazando círculos lentos.

—Cuando era pequeño, mi padre... Yo al hombre no lo entendía, pero él siempre estaba ahí, por encima de mí y mis hermanos, metiéndonos el miedo de Dios en el cuerpo. Siempre nos decía: «Un hombre permanece cerca de casa, cerca de su sangre, porque ahí es donde da lo mejor de sí».

Una ráfaga de frío barrió el porche, meciendo ligeramente el balancín. Anna volvió a los brazos de Parker.

—No digo que tu padre esté equivocado, pero tampoco digo que tenga razón, y, si lo que dice tu padre es cierto, tenemos que pensar en nuestra sangre, en nuestro hijo, mi sangre, nuestra familia.

—La primera vez que te vi...

—No —dijo Anna tajantemente, posando dos dedos en los labios de Parker—. Los recuerdos no nos harán ningún bien. Ahora estamos aquí.

Parker gruñó y bebió otro trago de güisqui. Anna hizo lo mismo y siguieron sentados en silencio.

A la mañana siguiente, Parker se levantó antes del alba, se puso su ropa de correr y fue a casa de sus padres haciendo *footing*. Cuando entró en el vestíbulo, estaba empapado en sudor y el pelo mojado se le pegaba a la frente y al cuello. El general detestaba a la gente desaliñada y Parker detestaba saber tan bien todo lo que el general detestaba. Su padre estaba en la cocina, sentado a la mesa con una taza de café aguado y la mirada perdida en la distancia. El general levantó la vista cuando su hijo más joven entró en la estancia.

—No es que pueda decir gran cosa de tu vestimenta, pero al menos estás

en buena forma. La disciplina militar tiene sus ventajas, ¿no te parece?

Había un pequeño charco de café en la base de la jarra sobre la encimera y Parker lo vertió en un tazón antes de sentarse frente a su padre.

—Tenemos que hablar, papá.

El general miró hacia arriba, con esos rasgos tan severos como de costumbre. La guerra hace mella en el hombre, decían, y muchas guerras hacen mucha mella en el hombre. El general era un hombre muy mellado después de sus viajes a Irak, Afganistán, Irán y aun aquí, en esta tierra que él llamaba su casa. Era espantoso tener que derramar sangre en la tierra de tus raíces, pero cuando la alternativa era no derramar sangre y ceder tu tierra a quienes no pensaban respetar la historia y el lugar, el patrimonio, no había elección. Esto es lo que se decía el general ahora que había terminado la guerra y pocas cosas habían cambiado.

—No me interesa ninguna conversación que quieras tener a esta hora del día viniendo aquí a hurtadillas.

—No he venido a hurtadillas —dijo Parker sin alterarse—. Anna...

El general dio un puñetazo en la mesa y la tapa del tarro del azúcar salió despedida, dejando un hilillo de azúcar que Parker se puso a recorrer con los dedos, complaciéndose en el tacto de los granos.

—A mí no me vengas aquí si lo primero que sale de tu boca es el nombre de esa mujer. Habla por ti mismo. Me consta que ella sabe hablar por sí misma.

—No podemos quedarnos. Soy hijo, pero también soy padre, y un año separado de mi chico es un año muy largo.

—Que vuelva el chico. Su sitio está aquí, entre nosotros. Esta tierra es su tierra. Su historia está en estas raíces.

—No voy a obligar a mi hijo a pasarse el resto de su vida aquí, viviendo una mentira en la que no creo.

—Nuestra familia ha defendido y trabajado esta tierra desde antes de que tuviera un nombre siquiera. Y a esto no se le da la espalda. No te puse mi nombre para que huyas con él.

Parker se surcó los cabellos con los dedos y se mantuvo firme.

—No estoy huyendo.

El general se encogió de hombros y se volvió.

—No tengo claro lo que intentas decirme.

Parker se acercó despacio a su padre y le apretó el hombro al anciano.

—No intento decirte nada, solo te informo de cómo están las cosas.

El general gruñó y los dos hombres permanecieron en silencio durante un buen rato.

Cuando volvió a su casa corriendo, Parker iba repitiéndose: «No estoy huyendo». Lo dijo hasta que se le secaron la boca y los dientes y pronunciar las palabras le hizo daño.

Todas las mañanas, Anna recordaba al despertarse el día en que ella y Parker habían enviado fuera a su hijo. Recordaba la selección de sus prendas: una camisa de vestir blanca a finas rayas grises y unos vaqueros gastados que le había remendado hacía poco. Recordaba que había hecho la última de las maletas procurando poner alguna parte indispensable de sí misma junto con la ropa y los libros, una vieja figura de acción y un mapa de su nuevo mundo, porque el chico adoraba los mapas y entender la geografía de las cosas. Siete no deseaba marcharse, pero llevó su pena con dignidad, pues entendía, a la manera de un niño, la complejidad de lo que sus padres estaban decidiendo para él. Permanecieron en el andén, y Parker le apretó con tanta firmeza el hombro a Siete que el chico hizo una mueca de dolor, pero aguantó.

Anna, por su parte, le apartaba los cabellos de la cara y le ajustaba el cuello de la camisa. Le metió el pasaporte en el bolsillo de la camisa y le pasó el abrigo por los hombros. Le besó la frente y le dijo: «Pórtate bien con tus abuelos. Y no nos olvides. No me olvides, hijo». A continuación se fue al coche a esperar, diciéndole a Parker: «Ahora te lo dejo a ti». Parker nunca supo con certeza si aquello había sido un castigo o una bendición, porque una vez que se quedó a solas con su hijo mientras las vías del tren vibraban por la electricidad, lloró y lo abrazó, inhalando profundamente, tratando de aspirar su olor. Parker vio el tren alejarse mientras Siete miraba a su padre a través de la pequeña ventana, con la mano aplastada contra el cristal. Mucho después de que el tren hubiera partido, Parker seguía en el andén, con las piernas juntas muy tiesas. No sabía cómo parar de llorar y no quería que su mujer lo viera deshecho. Sin embargo, ella lo vio finalmente, porque fue a buscarlo, y dijo: «Pobre, pobre amor mío». Lo envolvió metiendo los brazos por debajo de su abrigo. «Esto era algo que había que hacer», dijo.

Mientras esperaba a que Parker volviera de correr, Anna se quedó contemplando el techo y dijo: «Llevo trescientos ochenta y nueve días separada de mi hijo». Era la cantinela que profería cada mañana cuando pensaba en la última vez que había tenido a su hijo al alcance de las manos. Anna iba a marcharse pronto. Abandonar a Parker no era su deseo, pero lo haría. Rezaba por no llegar a ese extremo, pero lo tenía planeado y estaba preparada. Lo único que necesitaba era hacer las paces con su corazón. «Eso es lo único que necesito hacer», le susurró a la almohada. Anna rodó hacia un lado y se ciñó las rodillas al pecho. Pensó en las maletas, escondidas en el fondo del armario, llenas con las cosas que, se había convencido a sí misma, necesitaba. Anna repetía una y otra vez: «No estoy huyendo». Lo dijo hasta que se le secaron la boca y los dientes y pronunciar las palabras le hizo daño.

Ya entrada la noche, cuando se tumbaron juntos, con sus cuerpos tocándose lo máximo posible, Anna y Parker tuvieron conversaciones que solo podían tener entre ellos. Intentaron recordar el antes, cuando eran pequeños y solo existía un sitio al que llamar «casa», un solo país, la bandera que en los días de viento ondeaba delante de las casas esparcidas por cada calle: bandas rojiblancas, cincuenta estrellas, una nación indivisible hasta que dejó de serlo, la rapidez con que todo se había venido abajo.

Dioses ajenos

HAY cosas que no sabes de mí. Y no son cosas intrascendentes. Nos despertamos esta mañana y me besaste el hombro desnudo antes de salir de la cama. Mi piel seguía desprendiendo tu olor de anoche. Metiste la mano debajo de la almohada y dejaste una cajita de terciopelo en mi estómago; me dijiste que no podía decir que no. Abrí la caja y vi un prisma de luz reluciente, luego la guardé debajo de la almohada y me volví de espaldas. Sonreí entre las sábanas, intenté controlar la respiración, me quedé totalmente inmóvil. Resoplaste y saliste de la cama, y empezaste a trajinar por la casa dando pisotones, farfullando cosas que querías que oyera sobre el compromiso y la paciencia y sobre tensar la cuerda. Después de vestirme, me besaste en la frente y te fuiste al trabajo, no sin gritar antes de cerrar la puerta: «¡Eres la hostia, en serio!». Sentí un escalofrío al oírte, me encanta cuando usas un lenguaje soez. La de esta mañana era tu quinta proposición en cuatro años; entiendo tu frustración. La primera vez te abofeteé. Te dejé una marca. Lo siento. Diré, en mi defensa, que tu deseo de comprometerte conmigo el resto de tu vida me enfureció.

Mi madre es una mujer rencorosa. Es capaz de hacer el recuento de todas las injusticias pasadas hasta hoy. Una vez me dijo que nunca se me olvidara nada, dijo que el perdón como tal no existía. Luego me recordó aquella vez que estaba en primero, cuando respondí mal a una pregunta de mis deberes escolares y embutí la hoja con las correcciones de la profesora entre los pliegues del asiento del autobús porque sabía que mis padres se disgustarían. Me dijo lo triste que le puso que una cría de seis años comprendiera ya lo que

era el engaño.

Nuestro vecindario estaba enclavado en un vasto bosque de árboles caducifolios. Aprendí la palabra *caducifolio* en sexto. Es uno de los pocos conocimientos que retuve, porque adoro lo que significa esta palabra, la forma que los árboles caducifolios tienen de desembarazarse de las cosas que ya no necesitan, de las cosas que han cumplido su propósito. Pasábamos mucho tiempo en aquellos bosques. Los explorábamos, hacíamos mapas y nos inventábamos lugares secretos donde escondernos. Cuando nos hicimos mayores, los bosques dejaron de ser un lugar de descubrimiento como antes. Nos ocultábamos en secreto entre gruesos troncos, bajo las oscuras copas de los árboles. Fumábamos cigarrillos y bebíamos vino generoso Mad Dog 20/20, y gozábamos siendo lo peorcito del estereotipo burgués. También aprendí la palabra *dendrocronología*: el análisis de los patrones de los anillos del tronco para saber todo lo que le ha ocurrido a un árbol a lo largo de su vida. Así es como yo te quiero. Estoy desollándome, capa a capa, para que al final puedas saber todo lo tengo dentro.

Mi primer novio fue un chico guapo que se llamaba Steven Winthrop. Tenía un hermano mayor que estudiaba en Harvard. A Steven le encantaba ponerse una sudadera de Harvard encima de un polo con el cuello levantado para ir al colegio. Tenía el pelo largo, de un rubio trigueño, y dejaba que el flequillo le tapara los ojos. Cada vez que me miraba a través de sus cabellos con sus perfectos ojos verdes, yo pensaba que era posible que estuviera enamorada de él. Vivíamos en una pequeña subdivisión de veinticuatro casas coloniales, todas ellas con menos de una década de antigüedad. Mi padre, que era historiador, pensaba que eso de yuxtaponer lo nuevo y lo viejo era algo molesto. Decía que nuestro vecindario era un simulacro, decía que todo en él era falso y artificial. Mi madre ponía los ojos en blanco cuando lo oía decir cosas así. «Y sin embargo aquí estamos», decía ella, y él se quejaba y se iba a su bien amueblado estudio para calificar y deplorar el analfabetismo de los estudiantes universitarios.

El hombre que te precede una vez compartió conmigo su receta estrella para una cita perfecta. Decía que era comida sencilla que estaba riquísima. Tú no te pareces en nada a él. Él decía que las mujeres se quedaban tan impresionadas con la comida que no solo se acostaban con él, sino que además lavaban los platos. Eliges dos filetes gruesos, con ricas vetas de grasa,

y los sazonas generosamente con sal marina gruesa y pimienta recién molida. Precalientas el horno a 230 grados. Doras los filetes por cada lado en una sartén de hierro fundido y reservas el jugo. Introduces los filetes en el horno utilizando la misma sartén y los dejas cocer entre cinco y siete minutos. Los sirves con pan recién horneado con mantequilla sobre lechuga muy fría y utilizas el jugo de la carne de aderezo.

Mi madre siempre me dijo que le quitara la grasa a los filetes porque no era buena para mí. Ella es vegetariana y desconfía por naturaleza de la carne animal y de la comida sacrificada en cautividad. Yo he dejado de quitarle la grasa a la carne. Me encanta comérmela, me encanta su sensación cálida, salada y gelatinosa entre los dientes. Me encanta cómo me reviste la garganta y lo mal que me sienta al estómago; me recuerda que estoy haciendo algo que no debería hacer.

Aquel novio me preparó su receta estrella. Me acosté con él después de lavarle los platos, pero no fue mérito de la comida, que resultó, como él había prometido, perfecta. El vino que bebimos era un tinto dulce, con cuerpo, y me nubló todo lo que había en su calurosa y estrecha cocina. Estábamos bebiendo directamente de la tercera botella y riéndonos cuando el fino cuello de cristal se nos reventó y unos torpes sonidos resonaron como si estuviéramos tocando la flauta. Él se puso detrás de mí y me hincó los dientes en el cuello. Su aliento era cálido y ajumado y, mientras me hundía los dientes en la piel, me apoyé en él. Más tarde, ni siquiera pude llegar a su habitación por mi propio pie. Estaba tan borracha que me arrastré a gatas y él me siguió, empujándome el culo con su pie descalzo para hacerme avanzar. Permití que lo hiciera. Lo permití. Trajo otra botella de vino. Me tiró encima de la cama, me desvistió y me puso boca abajo.

Cocinar no es una cosa que me guste. Mi madre solía decirme que una mujer no debería cocinar nunca para un hombre, porque si lo hace le da vía libre para no valorarla. Estaba resentida con mi padre a pesar del amor que le profesaba. Estaba resentida con que mi padre entrara y saliera a su antojo, y estaba resentida con lo ordinario de su resentimiento. Estaba resentida por ser más inteligente que él. Cuando empecé a ir al colegio, mi madre a menudo se pasaba los días en el fondo del aula de mi padre, escuchándolo perorar. Un hombre delante de una pizarra tiene un no sé qué, decía. Por la noche, ella lo ayudaba con las evaluaciones, a preparar presentaciones en conferencias y a

escribir artículos académicos. «Yo debería retomar las clases», decía ella, y él le daba palmaditas en la mano con una risa sofocada y esto hacía que también yo estuviera resentida con él. Tú nunca me has dado un motivo para estar resentida.

Una vez tendida, con la cara aplastada contra las ásperas sábanas, me separó las piernas. Me plantó una mano sudorosa en la nuca, afianzándose boca abajo, y me folló con la botella de vino, con el caro merlot desparramándose por todas partes. Lo había visto en una película, dijo. Me estaba abriendo, dijo. Me pregunté si el vino me mancharía el útero. En ese momento me sentí miserable y sucia. Fue un momento de una honestidad tan absoluta que me corrí y él se dio cuenta. Se cernió sobre mí, observando cómo temblaba, gemía y me mordía el labio inferior. «Así, nena», dijo embelesado. Permití que me hiciera mucho más. Lo permití. A la mañana siguiente me desperté con resaca seca y mi boca era un lugar horrible y solitario. Busqué mi ropa y mis llaves y, cuando llegué a casa, solté el bolso en el zaguán, subí las escaleras y me metí en la ducha sin quitarme la ropa. Permanecí debajo del agua fría, con los vaqueros y la camiseta de zorrón pegados incómodamente al cuerpo, y los recientes cardenales esparciéndose por la espalda, por las nalgas, entre los muslos... Pensé en mi afición a la repetición.

Mi mejor amiga está enamorada de mí. Tú lo sabes y te gusta. Te gusta tener algo que otra persona desea. A mí también me gusta. Te inquieta dejar de acaparar toda mi atención porque me he acostado con mujeres, pero ellas son muy buenas y muy crueles y tú eres muy auténtico. Mi mejor amiga está loca, y no es una locura encantadora que inspire historias interesantes. Es la hija mediana de unos diplomáticos del Servicio Exterior. Tanto ir de aquí para allá, tanto mezclarse por obligación con otras culturas, la dejó marcada. Te gusta decir que no está bien acabada mientras giras un dedo cerca de la oreja izquierda y sueltas un silbido. Ella tiene una amiga igual de loca que vive en una de esas comunas jipis del norte de California. Se ven durante los solsticios y el resto del tiempo lo dedican a escribirse largas cartas con una caligrafía minúscula y alterada. A veces sus padres nos llaman a casa para ver si sabemos algo de ella. Temen que acabe como una de esas personas tristes que mueren solas en su casa y nadie las descubre hasta que ya es demasiado tarde, verdes e hinchadas, con la piel cayéndoseles a cachos. Antes de conocerte, no éramos tan distintas la una de la otra.

Sé por qué estás conmigo o, al menos, cómo empezó lo que hay entre nosotros. Soy lo bastante oscura de piel como para satisfacer tu deseo de estar con una mujer exótica, pero no lo bastante oscura como para crear problemas infranqueables cuando pasamos tiempo con tu familia. Te gusta bromear diciendo que soy lo mejor de los dos mundos, con un padre blanco y una madre negra y una buena educación, con mi acento soso del Medio Oeste y mi piel caramelo. Me quieres más en verano, cuando pasamos las tardes en el lago, tostándonos y bebiendo, rindiéndonos a los mosquitos y al bronceador. Mi piel se oscurece bajo el alto sol, aunque no peligrosamente. Brilla, y, cuando sudo, te gusta lamerme el hombro. Tiras de mi cuerpo con los dientes y gimes desde algún lugar profundo y sé que eres mío. Eres mucho mejor amante en verano.

A veces nos aventuramos en el agua y enroscamos los dedos en el cieno caliente bajo nuestros pies, y tú nos haces girar en círculo donde no cubre hasta que nos mareamos. Nos alejamos mucho de la orilla, abriéndonos paso por el agua, hablando de naderías. Vamos un poco más allá de esa plataforma donde el fondo del lago cae a profundidades desconocidas. Tú flotas de espaldas y yo floto entre tus muslos, con los brazos apoyados en tus piernas. Señalas la orilla y dices: «Mira lo lejos que podemos llegar cuando estamos juntos», y este momento siempre me asfixia. Hace tres veranos me pediste por segunda vez que me casara contigo mientras flotábamos sobre las vastas aguas azules. Me aparté de ti y dejé que mi cuerpo se sumergiera por completo. Abrí los ojos y vi que me mirabas desde arriba, formando un suave oleaje con los brazos. Dije que sí, y mis palabras burbujearon lentamente hacia la superficie.

Te quiero porque eres simple, pero no de ese modo banal e insultante al que con frecuencia quedan relegados los hombres. Eres simple porque eres optimista. Crees que quienes llevan una vida buena serán bendecidos con todas las cosas buenas. Dices que somos buena gente. Dices que merecemos ser felices. Yo digo que no soy buena y tú dices que sabes que sí. La generosidad de tu espíritu me conmueve. Te miro y veo tus preciosos ojos y tu tez lisa, tu corazón abierto y tus suaves manos. Yo soy una vileza a tu lado. No soy preciosa, ni lisa, ni suave ni simple. Discutimos raras veces, pero no porque yo no lo intente. Pierdo los nervios y tú guardas la calma y eso me enoja más. Hago demandas imposibles y tú las satisfaces. Digo cosas espantosas y tú nunca me echas nada en cara. Solo me abandonaste en una

ocasión. Mentí y te dije que te odiaba. Te dije que solo nos estábamos utilizando mutuamente. Te dije que padecías un caso severo de fetichismo racial. Tus ojos se agrandaron y finalmente supe que había tensado demasiado la cuerda. Me enroscaste una mano alrededor de la garganta y me empujaste por toda la habitación hasta empotrarme contra la pared. Cuando levantaste la otra mano, recobré el aliento y me relajé. Mi cuerpo entero se distendió y se liberó, porque por fin había encontrado a la persona que estaba buscando dentro de ti. Cerré los ojos y esperé. Esperé a que me hicieras daño como me merecía, como necesitaba, pero no lo hiciste. Aflojaste la mano y no dijiste nada. Mientras te alejabas, te detuviste, te giraste y me señalaste con el dedo. Te temblaba la mano.

Los globos me hacen llorar, lo mismo que las bandas de música y los fuegos artificiales. Cuando tenía cinco años, estaba yo en un centro comercial abarrotado con un globo rojo perfecto. Mi madre y yo íbamos en las escaleras mecánicas. El globo se me escapó de la mano sin querer. Me puse a correr escaleras arriba detrás del globo, intentando agarrar el hilo suelto, pero todo fue en vano, y entonces me caí contra los dientes de acero debajo de mí y me partí la clavícula. Mi madre me llevó corriendo al hospital y se quedó a mi lado, velándome. Empecé a entender lo mucho que me quería y me aterró descubrir que yo pudiera importar tanto. Una vez reajustaran el hueso, el hospital no podría hacer mucho más por mí. Cuando dos médicos me sujetaron y recolocaron mis huesos en su sitio correspondiente, mi madre enseñó los dientes, meciéndose enérgicamente hacia delante y hacia atrás, como una criatura salvaje. Se hizo el silencio en la habitación. El médico me colocó el brazo en un cabestrillo para inmovilizarlo y favorecer la curación de mi cuerpo, y salió deprisa de la habitación. Mi madre no me volvió a dejar usar escaleras mecánicas nunca más; por eso tengo unas pantorrillas de diez.

Soy como mi madre. Si a ti te pasara algo, tendrían que neutralizarme, porque me transformaría en un animal.

Yo fui madre una vez y tú fuiste padre, y tuvimos un bebé, o, al menos, la idea de un bebé estaba arraigando en mi útero y en nuestros corazones. Compramos libros y buscamos una casa más grande y no se lo dijimos a nadie, no porque estuviésemos preocupados, sino porque guardar este perfecto misterio entre nosotros era algo maravilloso. Fuiste tú quien se despertó con mi sangre en los muslos y quien nos llevó al hospital y quien cargó conmigo

hasta dentro mientras unos horribles calambres me recorrían el cuerpo. Cuando la idea de nuestro bebé dejó de sostenerse, lloraste. Tejido cicatrizal, retroversión uterina y pura mala suerte, nos dijo el médico. Cómo es posible que no supieran que es difícil concebir un hijo, preguntó el médico. Cuando saliste de la habitación, el médico me miró por encima de la montura de sus gafas. Posando su mano cálida y ligeramente sudada sobre la mía, con cuidado de no apretar con fuerza la intravenosa, dijo: «Algo tuvo que ocurrir para provocar esta clase de daño, la cicatrización». Dijo: «Lo siento. Ha sido un milagro que pudiera quedarse embarazada siquiera». Volviste a mi habitación con un ramo de flores. Te ovillaste en la cama junto a mí y me diste mil besos en la frente. Por cuarta vez, me pediste que me casara contigo. Me enrosqué a tu cuerpo. Intenté aferrarme a ti.

La caza era algo muy importante en el lugar donde vivíamos cuando yo era pequeña. Algunas veces veía a hombres sacando ciervos muertos de la parte trasera de su camioneta, y habría parecido que los animales caídos estaban vivos de no ser por un nítido agujero de bala con los bordes ennegrecidos, o por una herida de flecha sangrante en el pescuezo. Los cazadores colgaban la pieza en la balanza y el camal de la tienda del pueblo. Mi madre siempre intentaba taparme los ojos, pero yo esquivaba su abrazo protector y me quedaba mirando el ciervo caído. Recuerdo sus cuerpos muertos y sus ojos aún abiertos durante esta afrenta final.

Steven Winthrop es agente inmobiliario en Atlanta. Al parecer, le va muy bien. Está igual que siempre: su frente ha aumentado de tamaño y eso supone una pequeña victoria, pero en conjunto sigue siendo atractivo. Su especialidad son las inversiones inmobiliarias corporativas. En su página web lleva traje gris y corbata rosa. Bajo su nombre, un lema: «Excelentes venta(ja)s». Anoté la dirección de su oficina, su correo electrónico y su número de teléfono. Apreté con tanta fuerza al escribir que esta información ha quedado impresa en mi mesa de escritorio. Cuando estoy trabajando, paso los dedos por las hendiduras de los números cuatro, seis, nueve, siete y dos. Las pasadas Navidades lo vi en dos ocasiones cuando fuimos a visitar a mis padres. La primera de ellas lo vi saliendo de un lujoso sedán alemán de último modelo acompañado de una rubia alta y de un crío que era igualito a él. Empezó a saludar, pero paró, con el brazo torpemente detenido en el aire. La segunda vez lo vi fumando en el porche de sus padres mientras yo fumaba. No apartó la

mirada al verme y yo tampoco. No me saludó y yo tampoco. Después de tres cigarrillos, bajó del porche y vino hacia mí. Yo entré corriendo en casa y me escondí en el armario del dormitorio, que estaba oscuro y apretado. No podía respirar. Tú me encontraste y, como no me moví, te quedaste a mi lado.

Un buen espiadero de ciervos ha de estar bien camuflado y tener un soporte para las armas. Ha de ser robusto, estar bien equilibrado y tener algún tipo de revestimiento para suelos que amortigüe los sonidos. Steven Winthrop encontró una cabaña abandonada en el bosque que hay detrás de nuestra subdivisión de casas. Tenía dos ventanucos a la altura adecuada para servir de soporte para las armas y el suelo de tierra cubierto de piedras y palos, colillas rancias, latas de cerveza y refresco viejas, casquillos y un chaleco de caza naranja butano. Junto a una de las paredes había un pequeño banco, pero, aparte de esto, la cabaña estaba vacía.

—Los cazadores la habrán usado como espiadero en algún momento — dijo Steven—, pero me parece que ya no vienen por aquí.

Te marchaste durante tres días cuando, finalmente, me pasé de la raya contigo y te dije cosas que no podía dejar en el tintero. Cada uno de esos días acudía al trabajo, me sentaba en mi despacho, sonreía y fingía que estaba viva. Por las noches daba vueltas en el coche buscándote. Aparcaba delante de casa de tus padres y veía el parpadeo de su televisor y a ellos sentados en sus butacas reclinables. Pasé por delante de las casas de todo aquel que te conociera. Te llamé por teléfono y te dejé mensajes ordenándote que volvieras a casa. Accedí a tu correo electrónico y a tus cuentas bancarias en busca de una pista, pero te habías esfumado. Cuando llegó la tercera noche, el mundo entero se me hizo incognoscible. Dejé una nota en casa por si volvías y fui a la peor zona del pueblo. Entré en el bar más ruidoso y busqué al hombre más malvado. Me invitó a copas, y yo me las bebí hasta que la lengua me pesó en la boca y me fue imposible decir la palabra *no*. Era alto y flaco, pero su cuerpo estaba erizado de músculos. Tenía la tez aceitunada, los ojos achinados y la nariz ancha. Una barba incipiente le cubría la cara y el cuello. Llevaba un tatuaje de un corazón anatómico en el interior de la muñeca derecha y cuando me surcó los cabellos con la mano le latió. Le habría seguido hasta su casa, le habría dejado hacerme lo que quisiera. Le habría dejado castigarme, pero estando allí en la barra, envueltos en el halo del humo de los cigarros, me sonó el teléfono. Vi tu nombre en la pantalla reluciente y caí de rodillas.

En la universidad, mi mejor amiga era también mi compañera de cuarto. Apenas salía con nadie; era demasiado rarita para las chicas que tonteaban con el lesbianismo hasta graduarse, incluso en una universidad liberal ultracara como la nuestra. En vez de tener otras citas, me seguía a mí a todas partes, y esto le valió el apodo de Sombra. Pero se lo tomaba como un cumplido, y es que ella es así: nunca acaba de entender la realidad de las cosas, o eso finge para que los demás piensen que es inofensiva, y a mí estas cosas me pierden. De modo que yo me llevaba chicos y chicas a nuestro cuarto. Ella se hacía la dormida. Yo hacía como que me creía que no se lo hacía. Me follaba a chicos y chicas sin ninguna discreción, y, cada vez que miraba al otro lado del dormitorio, veía a la chica rara mirándome fijamente, con el blanco de los ojos chispeante y la respiración entrecortada, a remolque de la mía.

El hombre más malvado volvió a tirarme del pelo y me acercó la cara a su entrepierna. Ya estaba dura, insistente contra mi mejilla. Tragué con fuerza y le dije que la noche entera había sido un malentendido. Le dije, con cierto remilgo, que me excusara, y él se echó a reír. Rio con tanta fuerza que su voz resonó a nuestro alrededor, llegando hasta la calle, y tras unos segundos me soltó y tiró de mí para ponerme en pie. Me dijo que no se reía tanto desde hacía siglos. Me dejó volver a casa junto a ti. Cuando crucé el umbral de casa, ibas paseándote arriba y abajo y, como seguía borracha, rompí a llorar. Me gritaste. Tus manos temblaban de nuevo. Quisiste abrazarme, pero te aparté interponiendo un brazo entre nosotros. «Es mejor que no me toques —dije—. Estoy desquiciada.» Dijiste: «Sí, cariño, lo estás», y esa fue la primera vez que me pediste que me casara contigo. No fue mi intención abofetearte, lo hice por instinto. Tan pronto como noté el hueso de tu mejilla bajo mi mano, sonreíste. Hiciste una mueca de dolor y retuviste mi mano en tu cara. Luego pegaste los labios a mi palma, me apretaste contra ti firmemente y me dijiste que sentías haberte marchado. Por más que luché por zafarme de ti, no me soltaste.

Steven Winthrop y yo salíamos a menudo con la bici por el bosque en fila india porque íbamos por un camino trillado pero muy angosto. Yo iba detrás de él y admiraba su cuerpo esbelto y atlético y gozaba siguiendo su estela. A veces organizábamos pequeños picnics en el espiadero de ciervos abandonado. Nos hacíamos los sofisticados y los románticos. Leíamos novelas

de Judy Blume en voz alta. Nos besábamos durante horas y él se tumbaba encima de mí, con la suave sudadera de Harvard contra mi piel. Deslizaba las manos por debajo de mi camisa y me recorría el tórax y me decía que tenía un cuerpo bonito aunque no lo tuviera. Sus labios siempre sabían a Mad Dog de uva negra y puros baratos Swisher Sweets, fuera la hora que fuera.

Tu madre no me odia, pero una vez me llevó a un aparte mientras tu padre y tú estabais fuera cortando leña. Me condujo al salón y me sirvió una copa de vino. Luego sonrió educadamente, cambió de postura en su asiento, apoyó una mano en mi rodilla y me dijo lo que todas las madres blancas dicen cuando sus preciosos hijos blancos pretenden a chicas de piel oscura. Le preocupaban nuestros hipotéticos hijos, lo difícil que sería para esos niños, lo difícil, realmente, que sería para ella. No sabía nada de la idea de bebé que una vez existió entre nosotros. Dijo que yo era distinta y especial, pero que tal vez debiéramos reflexionar sobre la idoneidad de nuestra unión. Pensé en nosotros dos en aquella cama de hospital, en lo largo que fue nuestro duelo. Estallé y le dije que cualquier niño cuyos padres ganasen seis cifras probablemente no fuera a sufrir una barbaridad. Le dije que mis padres nunca habían sido un problema para mí. Sus ojos se entrecerraron y dijo que el dinero no lo es todo, que mis padres eran la excepción. Esto es lo que la hace creer que soy codiciosa. Hablé sin pensar y le dije a tu madre que no podía tener hijos, a no ser que me sometiera a una intervención médica seria, y sus ojos relucieron. Su cuerpo entero vibró. Deberías saber esto de tu madre.

Yo creía en Steven Winthrop más de lo que creía en Dios. A veces nos colábamos en el dormitorio de su hermano y mirábamos revistas guarras como *Juggs* y *Gallery*, y después él me sobaba e intentaba entender el funcionamiento de mi cuerpo, contorsionando mis extremidades como las chicas de las páginas lustrosas. Yo me dejaba hacer, incluso si me hacía sentirme más como un trozo de carne que como una chica. En mi último año de universidad trabajé en una tienda porno en el turno de noche. En la radio sonaba permanentemente la misma emisora de *rock*. Me sé al dedillo las letras de todas las canciones de *rock*, por eso el karaoke se me da de perlas. La tienda tenía diez cabinas donde los hombres podían alquilar y ver vídeos en pequeños reservados oscuros. Tenía un cine con dos pantallas y pasillos tras pasillos de puños de goma y vibradores con forma de animales marinos, esposas forradas de peluche rojo y porno europeo de alta gama a todo color.

Lo mejor de este trabajo era seleccionar las películas que se proyectarían en los cines. Descubrí opciones pornográficas de lo más perturbadoras: enanos fornicando con mujeres obesas, jóvenes asiáticos dándole duro a ancianas de geriátrico, amputados follándose a mellizas con los muñones... Era de justicia.

Soy hija única. Después de tenerme, mis padres comprendieron que solo tenían suficiente amor para un único hijo, y siempre he valorado esta autoconciencia. Tú tienes un hermano y una hermana y no te pareces a ellos en nada. Salta a la vista que tus padres te quieren más a ti, y quizás esta es la razón por la que tus hermanos siempre andan metidos en líos. Tu hermana y yo tenemos mucho en común. Lo sé por la curva de su espina dorsal: su cuerpo sabe cosas. Te preocupa que me canse de sus llamadas telefónicas a altas horas de la noche para que vayas a buscarla al bar o para que le prestes dinero. Te preocupa que me harte de verme atrapada en medio de vuestras tensiones familiares siempre que os reunís, pero no me hartaré, jamás. Cuando te vas de casa, tu hermana viene a pasar la noche conmigo porque entiende la curva de mi espina dorsal. Vemos el canal de cocina Food Network y pedimos *pizza*. Bebemos vino y nos sentamos en la terraza con bengalas en la mano y con la risa tonta mientras la lluvia de luz nos quema la piel. Nos vence el sueño en el sofá y contamos en silencio los minutos hasta tu vuelta. No es sencillo impedir que un tremendo caos se esparza por todas partes. Tú y yo siempre haremos cuanto podamos por ella, hasta que conozca a alguien que la ayude a recomponerse como tú me ayudas a mí.

Los hombres me hacían proposiciones cada dos por tres en la tienda porno. Yo los dejaba. Así es. La mayoría de los clientes eran hombres tristes, mal afeitados y flácidos, pero inofensivos. Otro no. Una vez, un hombre deslizó cinco billetes nuevecitos de veinte dólares y su tarjeta de visita sobre el mostrador, por el hueco que quedaba oculto a las cámaras de seguridad. Cinco minutos más tarde, le seguí a una de las cabinas y me senté a su lado en el banco menudo. Era un lugar oscuro y apretado, como un confesionario, solo que más honesto. No podía respirar. No podía moverme. Mientras yo permanecía atenta al timbre de la entrada, vimos a Steven St. Croix y Chasey Lain hacérselo. Chasey estaba contra la puerta de la ducha con una pierna levantada sobre la cabeza. Era muy flexible y llevaba sombra de ojos verde que le iba muy bien a sus ojos azules. Nunca supe cómo se llamaba aquel

hombre. Me cogió la mano y me la puso en su regazo. Tenía la polla seca, caliente y pequeña. Quise que el trance terminara antes de empezar, pero solo había una forma de salir de allí. No quería que me hicieran daño. No fue el último cliente que me dio dinero a cambio de mi boca, mi mano o algo más. Sigo conservando algunas de las tarjetas de visita en un tarjetero al fondo de nuestro armario.

Cuando mi caos eres tú, los hombres te lo huelen. Te dan caza. Tu hermano no es una excepción. En tu fiesta de cumpleaños, en el mes de julio, yo estaba en la cocina abriendo una bolsa de hielo. Todo el mundo estaba en el jardín trasero, riendo y bailando bajo farolillos japoneses y velas de cidronela. Tú ibas borracho y hacías el baile del *running man* fingiendo que bailabas de cachondeo cuando en realidad te lo estabas tomando muy en serio. Me llamaste a gritos para que te acompañase y cantaste una frase de tu canción favorita. Yo canté la siguiente frase por la ventana de encima de la pila de la cocina. Eres un bebedor alegre, así que no me importó el despliegue entusiasta, incluso sabiendo que después me tocaría llevarte a rastras hasta la cama y ayudarte a desvestirte, y que te quedarías dormido con tu pesado brazo sobre mi pecho y tus ebrios ronquidos en mi oreja. Tu hermano me sobresaltó al aparecer por detrás. Pensé que estaba sola contigo, rodeada de todos tus amigos. Sonaba Kool & the Gang y yo me mecía de lado a lado mientras rellenaba una cubitera. Tenía los dedos fríos, pero un frío que sentaba requetebién. Era un verano tórrido, y el aire, espeso y húmedo, runruneaba incluso ya entrada la noche.

Tu hermano me agarró con tal fuerza que me hizo ocho pequeños cardenales en las caderas con las yemas. Su aliento desprendía un tufo dulzón a lúpulo fermentado. Me apretó contra su carnoso cuerpo y me presionó la picuda barbilla contra el cogote. El estómago se me revolvió con desagrado y el pecho se me encogió. Pensé en mi odio a la repetición. Me quedé inmóvil y hundí más las manos en la cubitera, esperando un poco de misericordia, esperando que el hielo entumeciera todo mi cuerpo para no sentir nada de nada. No quería que me hicieran daño. Él dijo: «A mí también me gusta el café con un poco de crema», y me estrujó el culo, zangoloteando la mano. Tú me llamaste de nuevo y sonabas muy emocionado, como si llevaras mucho tiempo sin verme. Te dije que iba para allá y deseé estar diciendo la verdad. Me hiciste una proposición de matrimonio por tercera vez. Gritaste: «Cásate

conmigo, cariño. Cásate conmigo ahora», y nuestros amigos se rieron y nos vitorearon y yo sonreí y te lancé un beso en el aire. Dije que sí, pero mi voz se perdió en la distancia que nos separaba. Mi sangre martilleaba con tanta fuerza que pensé que iba a partirme en pedazos. Le dije a tu hermano: «No lo hagas. No le rompas el corazón. No rompas el mío». Él me atrapó entre su cuerpo y la encimera, y su presión me dejó sin aliento. Tu hermano emitió un sonido feo, pero finalmente se alejó. Cuando está cerca, noto que me mira, esperando. Por favor, nunca me dejes a solas con él.

Le conté a mi no tan mejor amiga y compañera de habitación en la facultad mis años de zorro después de graduarnos. Permanecimos en contacto, aunque no estoy segura del motivo. Supongo que ella era lo único que tenía. Mi historia le pareció sumamente interesante. Esas fueron exactamente sus palabras. Estábamos sentadas en su salón, bebiendo *tonics* y escuchando una música feminista espantosa. Ella estaba sentada con las piernas cruzadas, mirándome fijamente, con el ceño profundamente fruncido. «Esa historia es sumamente interesante», dijo con voz un tanto entrecortada, articulando cada palabra con exageración. Me pidió que le contara todas las indiscreciones, sin ahorrarme ninguna, meciéndose hacia delante y hacia atrás mientras yo la convertía en mi confesora. Su piel se tiñó de un rubor oscuro, y no dejaba de lamerse los labios. Imaginar cómo me utilizaban la excitaba. Ella es supercultura y ha asistido a muchas clases de estudios de género. Utiliza palabras como *empoderamiento* sinceramente. Cuando concluí mi relato, se me arrimó tanto que nuestras rodillas se tocaron y me apoyó una mano en la parte baja de la espalda. Me rozó el cuello con los labios y me estremecí incómodamente. Me aparté y sonreí con amabilidad. Ella deslizó la otra mano por debajo de mi camisa y la ahuecó suavemente sobre mi pecho, y entonces me vi de espaldas, contemplando el techo mientras ella presionaba su mejilla caliente contra la llanura de mi estómago. Preguntó: «¿Cuánto me costaría estar contigo?». La oí. Le planté las manos en los hombros y la empujé, cosa que solo consiguió enfurecerla más. Se sentó a horcajadas sobre mi pecho y me fijó los brazos a los lados. Reconocí la mirada en sus ojos, asombrada por que no fuera exclusiva de los hombres. Levanté la rodilla entre sus muslos, con fuerza, y se cayó rodando con un grito. Por primera vez en mi vida dije: «No». La palabra sonó gloriosa y extraña en mis labios.

Mi madre me llevaba a confesarme una vez a la semana, los jueves

después de clase. Yo aguardaba en los bancos de la iglesia a que ella confesara sus pecados y aguzaba el oído para escuchar lo que decía y tener una idea más clara de lo que Dios esperaba. Fui, por una vez, una buena chica. Sacaba buenas notas. Tenía buenos modales. Decía por favor y gracias. Llevaba faldas de una longitud aceptable. Cuando estaba dentro del confesionario, no podía respirar. Detestaba estar en aquel lugar prieto y oscuro. Allí sentada, escuchaba al sacerdote, el padre Garibaldi, mojarse los secos labios e instarme a la confesión, a la confesión y al arrepentimiento. Olía a ajo. Una vez me dio un panfleto, *del rosario y la confesión para personas jóvenes*. Aprendí sobre los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos del rosario y cómo confesarme, cómo utilizar los diez mandamientos como mi guía moral. Escuchaba su frustración cuando yo seguía sin nada que decir, cuando era incapaz de referir mis malas acciones.

Los chicos adolescentes populares van en manada. Steven Winthrop era el líder de una manada de cinco chicos. Dondequiera que Steven y sus amigos se desplazaran, lo hacían en disciplinada formación, dando zancadas perfectamente acompasadas, balanceando los brazos a la misma velocidad. Sabían cómo llenar el espacio a su alrededor. Los amigos de Steven Winthrop creían más en él que en Dios. En la *Guía del rosario y la confesión para personas jóvenes*, el primer mandamiento rezaba: «Yo soy Jehová, tu Dios; no tendrás dioses ajenos delante de mí». Nosotros desafiábamos nuestra inmortal salvación por Steven Winthrop. Lo hacíamos con el corazón alegre. Tú también fuiste siempre un chico popular. La prueba de ello es la habitación que tenías de niño, meticulosamente conservada por tu madre. Incluso ahora te siguen manadas de hombres, deseosos de convertirte en su dios ajeno. Esa es la única cosa de ti que me asusta.

Perdiste la virginidad cuando estabas en segundo año de universidad. Piensas que tu espera raya en la vergüenza, porque todo el mundo creía que no habías esperado. Piensas que está trillado esperar a hacer el amor por primera vez con una chica a la que amas, el haber planeado tu primera vez como lo planeas todo: con muchísima consideración y atención al detalle. Lloraste después de tu primera vez porque al fin te sentiste pleno. Me lo contaste durante nuestras primeras vacaciones de verdad, diez días en Barcelona durante los cuales no hablamos del trabajo, ni de nuestra familia ni de nada feo. En su lugar, nos sentimos ridículos hablando el español que aprendimos

en la universidad, y visitamos castillos y catedrales y recorrimos Las Ramblas de arriba abajo. Hablamos de lo pequeños que nos sentíamos en el mundo y de todas las personas que nos habían llevado a conocernos. Crees que perdí la virginidad en mi tercer año de universidad con un chico que se llamaba Ethan. Cuando te conté este cuento te reíste, porque, según tú, ningún hombre que se llamara Ethan podría satisfacer jamás a una mujer. Dijiste que te encantaba que yo también hubiese esperado. Dijiste que te hubiera gustado esperarme a mí. Yo dije que me hubiera gustado haber tenido esa posibilidad y luego cambié de tema.

La tarde de un jueves perfecto de junio, cuando yo seguía siendo apenas una niña, Steven Winthrop me llevó a nuestro escondite secreto en el bosque. Mientras pedaleaba detrás de él, me quedé mirando los claros rayos de luz que traspasaban las copas de los árboles. Me reía sin parar y grité «¡Te quiero!» al viento. Él se volvió para mirarme y sonrió de oreja a oreja. Cuando llegamos a la cabaña, la manada de Steven Winthrop me estaba esperando. Me ofrecieron una lata de cerveza caliente, pero dije que no. Contaron chistes y yo me reí sin ganas. Me llevé a Steven Winthrop a un aparte y le dije que no me apetecía estar con sus amigos. Intenté irme, pero aquellos chicos eran mucho más grandes que yo. Me bloquearon la entrada y se rieron. «Esta es peleona», dijeron, y también que siempre habían querido probar un poco de azúcar moreno. Permanecí en el centro de la cabaña mientras se oscurecía y se estrechaba. No podía respirar.

Un terapeuta me dijo una vez que con el tiempo y la distancia el recuerdo se borraría. Él carecía de imaginación y de compasión. También me dijo que era demasiado bonita como para tener problemas reales. Empecé a ir a su consulta porque me comía todo lo que veía. Desde que me despertaba hasta que me acostaba me atiborraba de comida. Comía hasta un extremo que superaba la repugnancia, hasta ver mi estómago dando vueltas y deformarse bajo mi piel. Nunca tenía hambre, pero comía y comía, hasta que mis conocidos dejaron de reconocerme. Comía hasta sentir náuseas, hasta conseguir que cualquiera de mis conocidos sintiera náuseas al mirarme; de esta forma, no volverían a acorralarme en un lugar horrible otra vez. Jamás volvería a ser un esperpento de carne, pero en aquel momento necesitaba que alguien me diera una razón para parar, para sentirme a salvo, y aquel terapeuta que se sentaba afeminadamente con las piernas cruzadas en su cara silla

Herman Miller me ayudó a catalogar mi belleza, pero no tenía nada más que ofrecer.

Steven Winthrop dijo: «Yo primero», y entonces es cuando lo entendí. Le ordenó a su manada que me sujetara. Los chicos me clavaron los dedos en las muñecas y en los tobillos y chillé tan fuerte que me desgañifé. Steven Winthrop aullaba mientras me follaba. Me golpeaba el pecho con los puños, gritando: «¡Soy el cazador de vírgenes!», y sus amigos se reían y gritaban al unísono: «¡Es el cazador de vírgenes!». El sudor de Steven Winthrop me cayó en los ojos y me cegó. No veía nada. Desprendía un olor muy desagradable — acre y metálico— y su cuerpo pesaba mucho. Estaba fuera de sí. Me susurró al oído, diciéndome «bonita». Me dijo que eso me gustaba. Cuando se corrió, gimió fuertemente en mi oído y se quedó dentro de mi cuerpo, jadeando durante un buen rato. Me manchó con su sudor. Su manada empezó a impacientarse, de modo que Steven Winthrop se quitó, se subió los pantalones de un tirón y se tumbó de lado para mirar. Cuando nuestros ojos se encontraron, no los apartó. Sonreía.

La manada se fue turnando. Sus cuerpos eran duros, musculosos, exigentes e insaciables. Me desgarraron. Les daba igual que me resistiera. El menor de la manada fue el más cruel, el más decidido a deshacerme. Cuanto más salvajemente me resistía yo, más sonoros se volvían sus rebuznos. Al cabo de una hora o así, Steven Winthrop y su manada hicieron una pausa, sin aliento y sudorosos. Se felicitaron mutuamente; se sentían orgullosos. Me quedé en un rincón de la cabaña, con las rodillas replegadas contra el pecho. Vi, a través de un agujero del techo, el cielo perfecto de un día perfecto de junio. Cuando empezaron otra vez, dejé de resistirme. Me quedé mirando el sol mientras se ponía, y el cielo fosco, y la primera negrura de la noche.

Más tarde, cuando el resto de la manada se hubo retirado a sus casas, Steven Winthrop me ayudó a vestirme. De todas sus crueldades, su amabilidad fue la peor. Escupió en mi ropa interior rota y la usó para limpiarme la cara antes de guardársela en el bolsillo. Me subió los vaqueros sobre los muslos y me los abrochó con cuidado. Me besó el ombligo, donde los cardenales florecían alrededor. Me metió la camiseta por la cabeza y me pasó su chaqueta universitaria por los hombros. Me besó la frente y me dijo que era una buena chica. Volvimos a casa en bicicleta en silencio. Me escoltó durante todo el trayecto hasta el borde del camino que conducía a mi casa. Mis padres

salieron corriendo. Dijeron, entre gritos, que estaban muertos de preocupación y que habían llamado a la policía. Le preguntaron a Steven dónde me había encontrado, sus voces cada vez más estridentes.

—La he encontrado vagando por el bosque mientras buscaba a mi perro — dijo Steven—. Ojalá la hubiera encontrado antes.

Mis padres enmudecieron, me miraron con dureza y dijeron que apenas me reconocían. Quisieron abrazarme, pero levanté las manos delante de mi cuerpo y retrocedí suplicando que hicieran el favor de no tocarme, que me dejaran en paz. Mi madre sacudió la cabeza despacio y se llevó una mano a la boca. Se puso a llorar. Mi padre entró en casa para llamar a una ambulancia y al volver le dio las gracias a Steven por haberme ayudado. Las manos de mi padre temblaban cuando tomó las de Steven y las apretó firmemente. Le dijo a Steven que volviera a casa antes de que sus padres se preocuparan, le dijo que había gente peligrosa en el mundo, le dijo que la policía seguramente querría hablar con él. Steven mostró su sonrisa perfecta, pero no fue capaz de seguir mirándome a los ojos cuando se inclinó, me cogió la muñeca y me besó la mejilla. Yo gemí quedamente y me encorvé para vomitar en el arriate de margaritas amarillas que rodeaba el buzón.

En el hospital, varios detectives y trabajadores sociales y médicos y enfermeras me preguntaron quién me había hecho aquello tan horrible. Sacaron fotografías y me agarraron y me rasparon y me abrieron como al ciervo en la balanza y el camal. Me hicieron más preguntas, me dieron un chándal gris y me dijeron que necesitaban mi ropa. Yo no dije nada. No podía respirar. Deseé que la lluvia me encontrara, que cayera y lo limpiara todo. Cuando volvimos a casa eran casi las tres de la mañana, con mi padre al volante farfullando furiosamente entre dientes. Me senté atrás con mi madre, con la chaqueta universitaria de Steven Winthrop aún echada sobre los hombros. Cuando entramos en casa, vi que me miraba desde su habitación. Dejé resbalar la chaqueta de mis hombros al suelo. Después de ducharme, mi madre se sentó en el borde de mi cama y me apartó los húmedos rizos de la cara. Se retorció el anillo de boda hacia delante y hacia atrás nerviosamente. Me dijo: «No tienes por qué hablar nunca de esto si no quieres. Podemos hacer como que no ha pasado». Así lo hice y así lo hicimos.

La carne de venado es peculiar: musculosa y con un sabor fuerte, difícil de digerir, pero apreciada en muchos círculos. A mí el venado me da igual. No

me fio de ninguna carne sacrificada en la naturaleza. A ti te gusta cazar, pasarte diez días en el bosque cada otoño con tu padre y tu hermano, agazapado en pequeños espiaderos de ciervos, rociado de orina de ciervo y con los dedos entumecidos del frío. Cazar te hace sentirte hombre, dices. Todas las temporadas me traes venado sacrificado, salchichas de venado, cecina de venado, carne picada de venado... Tu madre nos dio un arcón congelador y almacenamos tus botines en el sótano, cuidadosamente etiquetados. La palabra venado viene del latín *venari*, «cazar». Llamar a algo igual que lo que hace que llegue su fin me parece cruel.

Tú eres la alegría de mi vida. Yo soy un caos, pero seré la alegría de la tuya. Lo que tenemos es algo perfecto, como el bebé o la idea de bebé que una vez tuvimos; nuestro bebé nonato era un secreto sagrado entre nuestros corazones. Cuando me tocas, sientes lo que siento, la fealdad bajo mi piel, me haces sentir, me serenar, devuelves mi piel al lugar donde pertenece. La próxima vez que me veas, llevaré tu anillo en el dedo izquierdo. Diré que sí. Me oirás.

Agradecimientos

VERSIONES de estos relatos han aparecido en *Best American Mystery Stories 2014*, *Best American Short Stories 2012*, *NOON*, *Barrelhouse*, *West Branch*, *Monkey Bicycle*, *Night Train*, *Oxford American*, *Twelve Stories*, *The Collagist*, *Hobart*, *Acappella Zoo*, *Annalemma*, *Pear Noir*, *Word Riot*, *Storyglossia*, *Minnesota Review*, *A Public Space*, *American Short Fiction*, *The Literarian*, *The Normal School*, *Copper Nickel*, *Joyland* y *Black Warrior Review*. Vaya mi agradecimiento a todos los editores que publicaron originalmente estos relatos. Quisiera dar las gracias especialmente a Elizabeth Ellen, que eligió mi relato «North Country» de la cola de espera del *Hobart* e hizo posible que se incluyera en *Best American Short Stories*.

Amy Hundley es el gentil custodio de mis palabras. Maria Massie es la agente que me preguntó cuál era mi sueño como escritora y lo ha hecho realidad. Darle las gracias sería quedarme corta; sin embargo, gracias. John Mark Boling es mi amado publicista en Grove y siempre le estaré agradecida por su forma de integrar mi ficción en el mundo. Quisiera dar las gracias también a Amanda Panitch, Clare Mao, Jami Attenberg, Lisa Mecham, Mensah Demary, M. Bartley Seigel, Alissa Nutting, Aubrey Hirsch, Devan Goldstein, Tayari Jones, Brian Leung, Krista Ratcliffe, Trinity Ray, Kevin Mills, Sylvie Rabineau, Terry McMillan, Channing Tatum (con un reconocimiento especial para su cuello), Beyoncé (con un reconocimiento especial por su álbum *Lemonade*) y la serie y orden: *Unidad de víctimas especiales*.

Doy las gracias a mi familia directa por ser mis más fervientes animadores y guardianes de la realidad: Michael y Nicole Gay, Michael Gay Jr.,

Jacquelynn Camden Gay y Parker Nicole Gay, Joel Gay y Hailey Gay, Mesmin Destin y Michael Kosko, Sony Gay y Marcelle Raff. Por último pero no menos importante, gracias a Tracy, mi primera y última lectora, mejor amiga, motivadora, guardiana de mis secretos y poseedora de mi corazón.

Créditos

LOS siguientes relatos aparecieron por primera vez en estas publicaciones: «I Will Follow You» («Iré adonde tú vayas») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *Branch*, 72, invierno de 2013; y en *Best American Mystery Stories 2014*, copyright © 2014, Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company.

«Water, All Its Weight» («Agua, todo su peso») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta con el título «The Weight of Water» en *Monkeybicycle*, 7, copyright © 2010, Monkeybicycle Books.

«The Mark of Cain» («La marca de Caín») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *Night Train*.

«Difficult Women» («Mujeres difíciles») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta con el título «Important Things» en *Copper Nickel*, 2013.

«Florida» se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta con el título «Group Fitness» en *Oxford American*, 80, primavera de 2013.

«La Negra Blanca» («La negra blanca») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *The Collagist*, 3, octubre de 2009.

«Baby Arm» («El brazo de bebé») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *Magazine*, antigua *The Mississippi Review Online*.

«North Country» se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *Hobart*, 12; *Best American Short Stories 2012*, y *New Stories from the Midwest 2012*.

«How» («Cómo») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *Annalemma*, 6.

«Réquiem for a Glass Heart» («Réquiem por una corazón de cristal») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *A Cappella Z* 3, otoño de 2009.

«In the Event of My Father's Death» («En el supuesto de la muerte de mi padre») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *Pear Noir!*, 3.

«Break All the Way Down» («Romperme hasta la médula») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *Joyland*, 2013.

«Bad Priest» («El mal sacerdote») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *Storyglossia*, 34, julio de 2009.

«Open Marriage» («Matrimonio abierto») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *Minnesota Review*, 80, 2013.

«A Pat» («Una palmadita») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *NOON*, 2012.

«Best Features» («Sus mejores atributos») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *se Online*, noviembre de 2010.

«Bone Density» («Densidad ósea») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *Word Riot*.

«I Am a Knife» («Yo soy un cuchillo») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *The Literarian*, 4.

«The Sacrifice of Darkness» («El sacrificio de la oscuridad») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *American Short Fiction*, vol. 15, 55.

«Noble Things» («Cosas nobles») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *A Public Space*, 21, verano de 2014.

«Strange Gods» («Dioses ajenos») se publicó originalmente en una versión ligeramente distinta en *Black Warrior Review*, 37.2.

Contraportada

¿QUÉ oculta una ‘mujer difícil’? Descúbrelo con la autora de *Mala feminista*

MUJERES DIFÍCILES

¿Qué calla una mujer difícil? ¿Qué ha vivido y nunca le ha confesado a nadie? ¿Qué hay detrás de las mujeres a las que la sociedad llama locas, o frías, o licenciosas? Roxane Gay, en estas historias de inusitada fuerza y belleza, nos pone en la piel de mujeres únicas, complejas y tridimensionales. Dos hermanas, uña y carne desde la infancia, huyen de un pasado terrible. Una publicista de éxito se desfoga en sus ratos libres en un club de lucha exclusivamente femenino. Una estríper que consigue sacarse el título de bachillerato repele las insinuaciones de un cliente ultraceloso. Una mujer casada con un hombre que tiene un gemelo finge no darse cuenta cuando marido y hermano se intercambian los papeles. Ya sean camareras o ingenieras, ya vivan en caravanas, en barrios opulentos o habiten futuros distópicos, Gay ofrece al lector unos personajes alejados del estereotipo y una visión sardónica, hermosa e inquietante del mundo moderno.

Solapa interior izquierda

ROXANE GAY

ROXANE GAY es escritora feminista de narrativa y ensayo, editora, profesora de Lengua Inglesa en la Universidad de Purdue, columnista de *The New York Times* y fundadora de la editorial independiente Tiny Hardcore Press.

Su ensayo *Mala feminista*, al que siguió *Hambre: Memoria de mi cuerpo*, fue bestseller de *The New York Times* y le valió renombre internacional.

Como novelista, ha publicado la novela *Secuestrada* y la colección de relatos *Ayiti*. También es la autora del cómic *World of Wakanda* para Marvel.

Solapa interior derecha

«Los personajes que habitan *Mujeres difíciles* no son simples personajes. Son nuestras madres, hermanas, parejas.

Son humanas. Son nosotros». *USA Today*

«La escritura de Gay no tiene precedentes». *Forbes*

«Historias extraordinariamente poderosas y hermosamente escritas que muestran las amenazas que tantas mujeres sufren en la vida real, pero también que, sea cual sea su situación, tienen voluntad, resiliencia e identidades que nada tienen que ver con los estereotipos creados y reforzados por los hombres». *The Guardian*

«Las protagonistas de esta colección de relatos son estríperes e ingenieras, que participan en clubes de lucha y dramas de las élites suburbanas. Todas ellas son irresistibles, gracias a la iluminadora prosa de Gay». *Entertainment Weekly*